

ANTROPOLOGÍA DE LA DISCAPACIDAD Y LA DEPENDENCIA

Un enfoque humanístico de la discapacidad.

Ricardo Hernández Gómez. 2001

General Perón 13, 28020 Madrid. Tel. 915555386.

Fuente: <http://www.peritajemedicoforense.com/RHERNADEZ.htm>

Índice de materias

Primera parte: *Los Albores*

1. Idea de Rehabilitación en Luis Vives
2. El discapacitado ante la sociedad
3. El valor del inválido
4. Automarginación
5. Análisis para un examen de cometidos
6. Los otros minusválidos
7. El espíritu del niño

Segunda parte: *Caballero sin montura*

1. El mendigo profesional visto por un médico rehabilitador
2. Profesión: minusválido
3. Los que han de vivir
4. Hacer Rehabilitación
5. Barreras sociales del inválido
6. La realidad del minusválido
7. Mitología del autismo

Tercera parte: *De la comedia al drama*

1. La fantasía del niño minusválido
2. El frente humanístico
3. Responsabilidad de la Comunidad en Rehabilitación
4. Pedagogía Social del deficiente mental
5. Aspectos Psicológicos del paciente con malformaciones congénitas
6. El minusválido, realidad y penumbra
7. Gimnasia y deporte como derecho

Cuarta parte: *En el espacio y en el tiempo*

1. La escoliosis de la duquesa Cayetana
2. Algo más que todo un nombre

3. Destellos en la Paraolimpiada
4. La edad del minusválido
5. La luz de la ceguera
6. El latido del silencio
7. Crepúsculo

Quinta parte: *LUZ de amanecer*

1. Del niño al hombre, pasando por el pájaro
2. El médico ante el minusválido
3. También ellos son atletas olímpicos
4. Conceptos sobre rehabilitación laboral
5. Las raíces del hombre
6. Minusvalía y cultura
7. El temblor de las manos

PEREGRINO, COMPAÑERO...

*Peregrino de anhelos,
compañero.
Por el mismo camino
van nuestras huellas.
Idéntica luz nos guía
aunque a veces en ella
no resplandezca
tu oscura tiniebla.*

*Peregrino de siglos,
caminante.
El caminar
ha sido más difícil
para ti, hasta ahora,
en que hemos descubierto,
entre todos,
que es más fácil avanzar
estando unidos.
Peregrino de esfuerzos,
compañero.
Algún día seré yo,
no tú,
quien tienda la mano
para buscar tu ayuda.*

Preámbulo: La Discapacidad desde dentro.

La atención ofrecida a la persona con discapacidad ha ido y va tomando cada vez mayor entidad, según pasa el tiempo y se van sustituyendo por otras nuevas las antiguas costumbres. Este avance, tan loable, tiene un peligro, el de caer en la deshumanización y la cosificación, más proclive la sociedad a proveer de bienestar externo, a impartir una política de compensaciones, que a compartir las inquietudes y los deseos, las ilusiones, los anhelos, de unas personas que nunca son disminuidas en sí mismas sino en relación con las disponibilidades que se les ofrezcan. Durante la Historia de la Humanidad, los minusválidos han tenido que vivir sus propias vidas, por lo general sin ayuda, muchas veces enfrentados a dificultades adicionales. Sus odiseas merecen un poco de atención, porque son avatares de hombres y mujeres obligados a luchar más de lo habitual para lograr unas conquistas que, si se midieran proporcionalmente, resultarían casi siempre superiores a las alcanzadas por el promedio de todos los nacidos.

Conscientes ya todos de ser solidarios de cuanto le ocurra a cualquiera de nosotros, no es lo más importante considerar la discapacidad como situación vivida por quien la contiene, sino intentar comprender lo que sienten aquellos que se ven obligados a luchar a pesar de ser portadores de ella. Más allá, o más acá, de la compasión, importan la lucha de un niño discapacitado por evolucionar o el triunfo logrado por seres semejantes a como fueron Homero, Beethoven, Helen Keller o Goya, que usaron su limitación como estímulo, no como freno. Sin olvidar la desesperanza a ante la discapacidad ajena, como le sucedió a Unamuno, o la templanza y la comprensión humana de un Luis Vives. Entonces el afán de despeñar, como en Esparta, o

de comprar con limosnas la salvación del alma, o el desprecio, incluso toda la apariencia política, se trocarán en admiración.

En este libro se recogen varios trabajos que están relacionados con diversos aspectos, desde los médicos a los sociales, de la discapacidad, en sus diferentes vertientes, Sensorial, Mental, Expresiva y Motórica pero que, sobre todo, atienden al sentir de los discapacitados. Se han publicado, por lo general, en revistas especializadas, lo que significa que su divulgación ha sido bastante limitada. Hoy día, cuando la figura del minusválido va tomando consistencia y eficiencia, cuando nos hemos venido a dar cuenta de que todos somos peregrinos recorriendo un mismo camino, puede ser de interés recogerlos en un volumen. Interés tal vez tan solo histórico, puesto que algunos de los escritos del autor proceden de la década de los sesenta, pero interés al fin.

Dada la complejidad de matices que acompaña a las diversas formas de discapacidad se ha decidido distribuir los trabajos en cinco grupos o partes, en cada uno de los cuales predomina una determinada idea, de acuerdo con el siguiente esquema:

Primera parte.- **Los albores.**

En los escritos que componen este apartado se resaltan los comienzos, más remotos de lo que pudiera parecer, del intento de integración social de los minusválidos, ese intento que hoy día se llama Rehabilitación. La integración requiere el acuerdo de dos factores, el individuo por una parte, la sociedad por la otra. La lucha entre ambos factores no debió darse nunca pero se dió y soslayarla ahora no basta para ocultar su existencia.

Se incluyen aquí los siguientes trabajos:

- 1.- Idea de Rehabilitación en Luis Vives.
- 2.- El discapacitado ante la sociedad.
- 3.- El valor del inválido.
- 4.- Automarginación.
- 5.- Análisis para un examen de cometidos.
- 6.- Los otros minusválidos.
- 7.- El espíritu del niño.

Segunda Parte: **Caballero sin montura.**

El minusválido siempre tuvo alma de caballero andante, aunque a veces ocultara esta esencia, casi nunca por culpa suya, con modales de truhán. Convertido en un caballero especial, que hubo de conformarse con su degradación a pícaro y a mendigo, se vió casi siempre enfrentado a una sociedad, a la que ataca y de la que recibe ataques. El fruto de estas batallas madura en la novelística sin par de la Picaresca, casi exclusiva del solar español, que muestra que nada sucede sin motivo y que cualquier aspecto del vivir, por mezquino y triste que se muestre, puede ofrecer arte.

Quedan en esta parte integrados:

- 1.- El mendigo profesional visto por un médico rehabilitador.
- 2.- Profesión, minusválido.
- 3.- Los que han de vivir.
- 4.- Hacer Rehabilitación.
- 5.- Barreras sociales del inválido.
- 6.- La realidad del minusválido.
- 7.- Mitología del autismo.

Tercera Parte: **De la comedia al drama.**

La representación que se ha visto obligado a ofrecer el minusválido en el gran teatro del mundo se ha venido desgranando en trancos, más o menos diablescicos. Unos trancos que, en realidad, vamos dando todos en el mismo escenario, aunque algunos nos creamos distintos. Somos todos agonistas, o sea, luchadores, aunque a alguien le toque a veces, como tantas les ha tocado a los discapacitados, convertirse en el luchador primero o principal, es decir, en el protagonista.

Comprende este apartado:

- 1.- La fantasía y el niño minusválido.
- 2.- El frente humanístico.
- 3.- Responsabilidad de la Comunidad en Rehabilitación.
- 4.- Pedagogía social del deficiente mental.
- 5.- Aspectos psicológicos del paciente con malformaciones congénitas.
- 6.- El minusválido, realidad y penumbra.
- 7.- Gimnasia y deporte como derecho.

Cuarta Parte: **En el espacio y en el tiempo.**

Inmóviles, pensantes y sentientes pero no actuantes, así es como vemos transcurrir casi todos a esa sucesión de hechos a la que llamamos Historia. Contemplando, espectadores pasivos, aquello que sucede o sucedió y sintiendo dentro de nosotros el temor hacia lo que sucederá. De este modo han vivido durante siglos las personas con discapacidad, sintiendo pero no actuando o actuando mal, haciéndolo, nunca mejor dicho, con deficiencias. Convirtiendo en constante la presencia de la melancolía y, muchas veces, de la desesperación.

Se incluyen los siguientes escritos:

- 1.- La escoliosis de la duquesa Cayetana.
- 2.- Algo más que todo un hombre.
- 3.- Destellos en las Parolimpiadas.
- 4.- La edad del minusválido.
- 5.- La luz de la ceguera.

6.- El latido del silencio.

7.- Crepúsculo.

Quinta Parte: **Luz de amanecer.**

Al final queda, debe quedar siempre, la esperanza. Esperanza de que concluyan las batallas, de que la armonía universal alcance también a esos planetas pequeños e inquietos, dentro de su pertinacia, que son los núcleos sociales. Pero la esperanza es siempre activa, exige esfuerzo. Hay que actuar, pero hay que hacerlo bien, porque con ello obtendremos la mejor de todas las esperanzas. La que todavía no se ha cumplido.

Contiene este último apartado:

1.- Del niño al hombre, pasando por el pájaro.

2.- El médico ante el minusválido.

3.- También ellos son atletas olímpicos.

4.- Conceptos sobre rehabilitación laboral.

5.- Las raíces del hombre.

6.- Minusvalía y cultura

7.- El temblor de las manos.

En cada uno de los escritos se hacen figurar lugar y fecha de publicación. Hay repeticiones, que hemos preferido respetar. En primer lugar porque sirven para afirmar ideas. En segundo término, porque, al fin y al cabo, lo biológico no es sino una cadena continua de repeticiones.

I LOS ALBORES

I-1 IDEA DE REHABILITACION EN LUIS VIVES.

Es Comunicación presentada a la I Reunión de la Sociedad Española de Médicos Escritores, Valladolid, Junio de 1973. Publicado el texto en 1974 (Ediciones Roche) y reproducido en MINUSPORT, num.25, de Abril de 1980.

IDEA DE REHABILITACIÓN EN LUIS VIVES

Desde hace años leo y medito a Luis Vives, le comprendo, me impregno de él. Sus conceptos han pasado a formar parte de mí mismo y sus razonamientos, sin darme cuenta, son lo que defiendo. En Unamuno, en Zubiri, encuentro aquello que me habría gustado pensar. En Luis Vives hallo, casi siempre, el que creía que era mi propio pensamiento. Casi todo cuanto haya podido aportar personalmente, si es que algo ha sido, al concepto y a la forma de mi especialidad de Rehabilitación, se debe seguramente a mis lecturas del gran humanista valenciano. Por eso, este tema, con el que me honro participando en la Primera reunión de la Sociedad Española de Médicos Escritores, se ha convertido, más que en trabajo literario, en confesión, balbuciente y emocionada, pero sincera y confortadora, como todas las confesiones que cumplen su misión de ayudar a hacer profesión de fe.

En 1509 envía a Juan Luis Vives su padre desde Valencia a Paris. Tenía entonces el futuro filósofo 17 años según el sentir general, 16 según José María de Palacio. Sus ojos de niño se mantenían abiertos a un asombro que fue capaz de transmitirnos en sus escritos. Luis Vives está intentando comprender al hombre y a la naturaleza. A la vida y a la muerte. A Dios, al alma y a las cosas insignificantes, que también fueron amadas por él. A través de sus ojos, inmensos, penetra la imagen de su madre, recién muerta, y la amenaza que diezma su familia, de origen judío. El ser humano y, sobre todo, Cristo, por lo que tiene de divino y por lo que tiene de humano. Sobrecoge la grandeza de aquel hombre que no puede volver a su patria, a su siempre amada patria, que rechaza una cátedra en Salamanca, que sabe de la muerte de su padre en las hogueras inquisitoriales y del proceso "contra la memoria y fama" de su madre, la extraordinaria Blanca March, que Azorín comparaba a su propia madre. Del despojo a sus hermanas, tras ser exhumados, quemados y aventados los restos de Blanca March. De la persecución, en fin, de que son objeto todos los suyos, que él sufre desde lejos, "pues lo que hace con ellos pienso yo que lo hace conmigo, pues a todos ellos los quiero no menos que a mí", como dice en su carta a Francisco Cranevelt. Y que, sin embargo, se mantiene en todo momento apegado a su inquebrantable fe cristiana, a cuya verdad, ya moribundo, dedica su último libro, "De veritate fidei christianae". Sobrecogen su serenidad, su ecuanimidad y su entereza, virtudes que sólo en un santo o en un sabio pueden alcanzar tan altos niveles. Sobrecoge, en fin, que, cediendo el paso a la convicción y a la sinceridad, sea capaz de afirmar, en "De comunione rerum", cuando nada ni nadie le obligaba a ello y lo fácil hubiera sido ceder a una idea de represalia, que "Los preceptos hebreos que aduces son carnales y no tienen lugar en la Ley del espíritu, sino en cuanto referidos al espíritu. Si fuera de otro modo, ¿por qué no admitiríamos aquella insustancial y muerta ley con sus pueriles ceremonias?".

Los ojos inmensos de aquel niño que pronto va a ser "el escritor más completo y enciclopédico del Renacimiento", según Menéndez Pelayo, se mantienen abiertos a cuanto les

rodea y son capaces de captarlo para transmitírnoslo. Así, un solo hombre, crea los fundamentos de lo que pronto van a ser la Sociología y el Humanismo cristiano y la Psicología experimental y la Pedagogía. Y también, las bases del movimiento médico-social que, siglos después, va a ser conocido con el nombre de Rehabilitación.

De Rehabilitación se pueden dar muchas definiciones, puesto que no hay ninguna suficientemente completa. Diremos, brevemente, que es la parte de la Medicina Social que se ocupa de integrar a los discapacitados de todo tipo, en una situación sociolaboral apropiada y estable. "Los que puedan trabajar no estén ociosos, que ésto lo prohíbe el discípulo de Cristo, Pablo", dice Luis Vives en "De subventionem pauperum". "La Ley de Dios sujetó al hombre al trabajo, y el Salmista llama bienaventurado a aquel que "come el pan adquirido con el trabajo de sus manos". "Pablo dice de sí mismo que es deudor de todos —afirma en "De communione rerum"— y que tiene que trabajar con sus manos; pero vosotros queréis que trabajen las manos ajenas y que los trabajadores sean deudores vuestros, mientras recorréis lupanares y tabernas".

Se ha hecho costumbre secular la idea de que los discapacitados estaban exentos de todo trabajo, debiendo vivir de la limosna y, modernamente, de pensiones de invalidez. Vives admite, en efecto, en "De concordia et discordia", que "la sociedad y la unión de unos con otros preserva de las fieras nocivas y hace que unos sirvan a otros de mutuo auxilio", pero, en primer lugar, habla de "mutuo auxilio" y, además, aclara ("De subventionem pauperum") que limosna equivale en griego a misericordia, "la cual no consiste exclusivamente en la sola distribución de dinero, como piensa el vulgo, sino en toda obra con que se alivia la insuficiencia humana".

A lo largo de toda la obra viviana se traduce la necesidad de que todos aquellos que no estén absolutamente imposibilitados para ello cumplan un trabajo apropiado, premisa que ha pasado a ser una de las fundamentales en la moderna Rehabilitación. "¿Quién podrá ver, con buena conformidad, que lo reunido por su industria, trabajo, constancia y economía sea repartido, contra su voluntad, entre los haraganes y que toda su diligencia no haya servido sino para alimento de la vagancia ajena" ("De communione rerum"). En esta misma obra define al necesitado como "el que nada tiene o no puede conseguirlo ya por la edad proveya, la incapacidad o la ignorancia", aclarando de forma admirable en "De concordia et discordia", "que no existe nadie que, o no haya sido útil, bien a nosotros, bien a quien como a nosotros apreciamos, o que no nos pueda ser útil en adelante". Aún más, los aspectos vocacionales de la Rehabilitación quedan perfectamente apuntados en "De subventionem pauperum": "... se ha de preguntar si saben algún oficio; los que ninguno saben, si son de proporcionada edad, han de ser instruidos en aquel a que tengan más inclinación, si se puede, y si no, en el que sea más semejante, como el que no pueda coser vestidos cosa las que se llaman polainas, botines y calzas; si es ya de proveya edad o de ingenio demasiado rudo, enseñésele oficio más fácil y, finalmente, el que cualquiera puede aprender en pocos días, como cavar, sacar agua, llevar algo a cuestras o en el pequeño carro de una rueda, acompañar al magistrado, ser ministro de éste para algunas diligencias, ir a donde le envíen con letras o mandatos, o cuidar y gobernar caballos de alquiler". El germen de esa parte fundamental de la Rehabilitación denominada formación profesional del discapacitado, que tanto cuesta imponer en nuestros días, se halla también aquí, expresado con toda claridad.

En el mismo "De subventionem" se lee: "Los que están sanos en los hospitales y allí se mantienen como unos zánganos de los sudores ajenos, salgan y envíense a trabajar". Y este maravilloso, increíble párrafo, de cuyo concepto nos hallamos aún lejos en estos finales del siglo XX: "Ni a los ciegos se les ha de permitir estar o andar ociosos; hay muchas cosas en que pueden ejercitarse; unos son a propósito para las letras, habiendo quien les lea; estudien, que en algunos de ellos vemos progresos de erudición nada despreciables; otros son aptos para la música, canten y toquen instrumentos de cuerda o de soplo; hagan otros andar tornos o ruedecillas; trabajen otros en los lagares ayudando a mover las prensas; den otros a los fuelles en las oficinas de los herreros; se sabe también que los ciegos hacen cajitas, cestillas,

canastillos y jaulas, y las ciegas hilan y devanan; en pocas palabras, como no quiera holgar y huir del trabajo fácilmente hallarán en qué ocuparse; la pereza y flojedad y no el defecto del cuerpo, es el motivo para decir que nada pueden. A los enfermos y a los viejos dárseles también cosas fáciles de trabajar según su edad y salud; ninguno hay tan inválido que le falten del todo las fuerzas para hacer algo, y así se conseguirá que ocupados y dados al trabajo se les refrenen los pensamientos y malas inclinaciones que les nacen estando ociosos”.

Manantial inagotable es la obra del humanista español. Solamente para describir cuanto hay en ella relacionado con Rehabilitación harían falta horas. La Asistencia Social y el deber que de cumplirla tiene el Estado, inhibido durante siglos por la preponderancia eclesiástica, se hallan claramente expuestos en “De communione rerum”, libro del que por cierto poseo una preciosa edición realizada por González-Oliveros aquí en Valladolid el año 1937, en cuya portada reza así: “La primera monografía anticomunista publicada en el mundo, obra de un pensador español”. La Pedagogía Diferenciada es materia de estudio en “De ratione studii puerilis” y el lenguaje, en un sentido amplio, en “De ratione dicendi”. La Psicología, esencial en Rehabilitación, concretamente la Psicología fundada en los datos de la experiencia, nace realmente con Luis Vives en “In somnium Scipionis”, “Fabula de homine” y, sobre todo, “De anima et vita”. La Geriátrica, por último, en cuanto a la situación de semiinvalidez, por su indefensión, del anciano, en “Anima senis”. Un curioso comentario sobre mutilaciones puede leerse en “De prima Philosophia”.

Tal vez el mayor mérito de Juan Luis Vives resida en haber sido capaz de meditar de acuerdo con la realidad y con la lógica, utilizando la razón y no el testimonio de los filósofos antiguos. En lugar de perderse en elucubraciones sobre párrafos evangélicos o, por el contrario, buscar a ultranza errores en la Biblia, se mantuvo en una línea de autenticidad que le ha conducido directamente hasta la cima del pensamiento actual y que, posiblemente, le mantenga en la cima del pensamiento futuro. En lo que la Rehabilitación tiene de obra social y humanística estamos necesitados de una guía filosófica y esta guía, sorprendentemente, tal vez, para el que no ha meditado sobre ello, la encontramos en gran parte en la obra y el pensamiento de aquel español de raza judía y espíritu cristiano, poeta y descendiente de poetas, que se llamó Juan Luis Vives y March.

I-2 EL DISCAPACITADO ANTE LA SOCIEDAD.

Apareció en ASCLEPIO, Vol. XVII, 1965, con título levemente cambiado a “Evolución histórica del concepto de discapacitado ante la sociedad”, por considerar el comité de redacción que encajaba mejor con el carácter histórico de la publicación.

EL DISCAPACITADO ANTE LA SOCIEDAD

El mejor maestro del hombre es la humanidad.

(Alejandro Pope).

I

Con el término "discapacitado" pretendemos sustituir a aquellos otros que, en lengua castellana, quieren indicar a "la persona que, por una u otra razón, ve alterada la suficiencia o aptitud que como humano le corresponde". Esta sustitución la consideramos necesaria dada la impropiedad y aún la poca elegancia y comprensión que muestran los términos usuales. Una revisión de algunos de los más importantes de entre ellos justificará nuestro punto de vista, más ampliamente expuesto en otros momentos y lugares ¹.

Inválido.—Es la denominación más extendida de todas. En latín, el verbo "valeo" poseía un claro sentido de "tener salud", de donde su uso como saludo, que más adelante se pierde, quedando en español, para la palabra valor y sus similares, un significado de utilidad y de posesión. A estas acepciones se refiere la palabra inválido, el que no vale, impregnada de un claro matiz negativo por la presencia del prefijo "in".

Lisiado.—Dícese del que sufre una imperfección orgánica. Etimológicamente tiene este término el mismo origen que la voz "lesionado", es decir, el verbo "laedo", dañar, que da "laesio", daño, lesión.

Tullido.—Indica esta palabra, según el Diccionario, al "individuo que ha perdido el uso y movimiento de su cuerpo o de uno o más miembros de él". Deriva del verbo latino "tollere" en su acepción de acabar, destruir.

Mutilado.—Proviene de mutilar, es decir, "cortar o cercenar una parte del cuerpo". Sería este un término correcto para expresar con él a los amputados, por ejemplo, pero no a la mayor parte de los discapacitados.

Incapacitado.—Originada esta denominación en el verbo "capio", coger, poseer, encierra idéntico matiz de negación total que la palabra inválido, negación o ausencia que en muy pocos casos llegará a darse. En rigor significa "el que no puede asir o tomar". Indica imposibilidad de usar la propia capacidad.

Impedido.—"Aquel que no puede usar de sus miembros ni manejarse para andar". Es uno de los muchos términos que derivan de la palabra latina "pes", pie.

Deforme.—También es palabra de estirpe latina, que significa literalmente "irregular en la forma".

Tarado.—A pesar de su similitud con la voz italiana "tara", estigma o desmerecimiento, la etimología de esta palabra parece ser árabe, inspirada en "tarah", que significa sustracción o descuento. Puede decirse por tanto de aquel que ha sufrido una rebaja o merma.

Baldado.—Dícese del individuo "privado por una enfermedad o accidente del uso de los miembros o de alguno de ellos". Su entronque es también árabe, de "battal", anular.

Como puede verse, todos estos términos poseen una clara orientación negativa, de anulación. Además, el uso secular les ha venido confiriendo, al menos en parte, un matiz de descrédito peligrosamente cercano al ridículo, con cierto regusto de denigrante y aún ofensivo, todo ello difícil ya de eliminar. Para salir al paso de estas defectuosas matizaciones no queda sino el camino de los neologismos y así surgen los términos "disminuido", ("físico" o "mental"), "minusválido" y "discapacitado". Son varias las razones que nos han hecho preferir el último de ellos:

1. Encierra un concepto absolutamente general en cuanto al tipo de alteración existente, es decir, se refiere, al contrario que casi todas las demás denominaciones, incluido el neologismo disminuido físico, tanto al aspecto físico como al mental y aún abarca, dentro de cada uno de ellos, cualquier clase de alteración que pueda darse, siempre que esta alteración afecte en algo la capacidad psicofísica del individuo.

2. No implica negación ni disminución alguna sino, como queda dicho, alteración. Alteración de unas cualidades que, por otro lado, pueden estar sobradamente compensadas con la presencia o desarrollo de otras diferentes o que no impiden el desenvolvimiento del discapacitado en un tipo de actividad para la que no sean esenciales esas cualidades alteradas. Llamar minusválido, o disminuído, a Beethoven, por sordo o a Homero, ciego, se sale de toda ponderación, puesto que en otros aspectos ambos se hallan muy por encima del resto de la humanidad.

3. Indica, sin duda alguna, una posibilidad de acción positiva, en un sentido que muchas veces es ignorado incluso por el propio interesado, pero que los aspectos vocacionales de la Rehabilitación se ocupan de poner al descubierto.

4. No posee el más mínimo matiz ofensivo o de negación ni, por tanto, de tristeza. Antes al contrario encierra una idea de reorientación profesional, de su posibilidad y de su necesidad. Es, en suma, palabra abierta hacia una auténtica y regeneradora esperanza.

Baste lo dicho para justificarnos por emplear, en este trabajo, el término "discapacitado" en sustitución de los habituales de "inválido", "tullido", "lisiado" o "incapacitado", todavía por desgracia tan al uso entre nosotros, así como de los neologismos "disminuido físico", "disminuido mental" y "minusválido", que nos parecen menos acertados en su matización negativa o en su acepción demasiado unilateral.

II

No puede decirse que haya sido agradable ni justo el trato que han recibido los discapacitados en el transcurso de la historia de la humanidad. Bien poco realmente bueno y ecuánime han de agradecer a las personas refugiadas en esa forma de convivencia denominada "sociedad". Hasta hace bien poco les ha sido negada prácticamente, y salvo algunas excepciones, toda posibilidad de integración en la comunidad, lo cual ha motivado, por una parte, una serie de reacciones en cierto modo lógicas y por otra la aparición de situaciones tan absurdas como reales producto del choque entre ambos grupos de intereses. Una evolución gradual y lenta ha ido teniendo lugar hasta llegar a nuestros días, momento en que el problema va a quedar por fin totalmente superado. Esta evolución en el pensamiento, en la conducta y, sobre todo y ante todo en la magnitud espiritual y cultural del hombre, que le ha permitido alcanzar esta meta de convivencia y humanitarismo, puede ser interesante de analizar siguiendo el transcurrir de una serie de etapas cronológicas.

A) Etapa prehistórica.

Hasta cierto punto resulta lógico que el hombre primitivo, obligado a vencer peligros de casi imposible superación simplemente para alcanzar el derecho a proseguir su existencia, apartase de sí todo aquello que no le representaba una positiva ayuda. Cuanto más si constituía una carga. Sin embargo, algunos hechos hacen pensar que, al menos, se intentaba alguna acción curativa, como lo demuestra el hallazgo de fracturas óseas consolidadas (Homo Neanderthalensis) de modo tan perfecto a como hoy se lograría. Algo después, en la Era

Neolítica, existen pruebas de que se realizaban amputaciones (restos de La Terre, en Francia), si bien las especiales características de estas (manos y, sobre todo, dedos) han hecho pensar en la práctica de algún rito o ceremonia religiosas. Una intervención, interesante por su antigüedad, es la trepanación que hoy día, en alguna tribu aislada del continente africano se sigue realizando, seguramente con la misma técnica usada en la Prehistoria, sin el empleo de anestésicos y con resultados postoperatorios excelentes, a pesar de la increíble atmósfera en que se lleva a cabo la intervención. Probablemente, hay también aquí un fuerte componente religioso, premonición de los famosos “endemoniados” medievales. En vasijas de épocas más modernas de la Prehistoria se han encontrado grabadas figuras de cífóticos, enanos, amputados, etc., lo que demuestra que al menos el discapacitado existía, puesto que era conocido.

B) Primeras civilizaciones.

Las Culturas Primitivas de la humanidad están unidas por un mismo denominador en relación con el discapacitado: Proscripción y desprecio. Ello deriva tanto de la creencia en que la fuerza física constituía el máximo don para el hombre como de la idea generalizada de que las deformidades y deficiencias físicas y las alteraciones mentales eran una muestra del castigo divino por pecados cometidos por los interesados o sus ascendientes o bien signo externo de la malignidad del sujeto. Es curioso que esto ocurriera tanto en los países orientales y asiáticos como en las alejadas tribus americanas. Así, los Indios Salvias de Suramérica daban muerte a sus miembros con alteraciones físicas, tanto congénitas como adquiridas, lo mismo que en la India eran lanzados al sagrado Ganges. Algunos pueblos, al menos relativamente, se salvan de este comportamiento, como son el egipcio y el hebreo entre los orientales y el maya entre los americanos.

En Egipto, si bien es posible que esto sucediera de modo exclusivo con las personas reales o de elevada alcurnia, existen pruebas de que se aceptaba y se trataba de mejorar al individuo discapacitado. Así, el bajorrelieve existente en Copenhague, que representa a un príncipe de la XVIII dinastía, Imperio Nuevo (unos mil cuatrocientos años A. C.), con una extremidad inferior intensamente atrófica, seguramente como consecuencia de un proceso poliomiéltico, y apoyado en un largo bastón. La representación más habitual del dios Horus era en forma de un niño débil y poco desarrollado situado sobre las rodillas de Isis, su madre. También se conserva una fractura de extremidad inferior, con una ingeniosa férula inmovilizadora, hallada en una momia de la V dinastía (unos dos mil quinientos años a. A. C.), lo que indica el buen desarrollo de la Medicina egipcia. Los hebreos parece trataban bien a sus discapacitados, considerándolos como verdaderos hombres y, por tanto, hechos a imagen y semejanza de Dios. De los mayas sabemos que poseían una gran bondad de costumbres. Respetaban y querían a los ancianos y les eran especialmente gratos los enanos y los seres deformes.

C) Grecia y Roma.

En Atenas, si bien de una forma empírica y naturista, comienzan a crearse lugares saludables, por su clima o sus aguas, para la estancia de enfermos o convalecientes. En cambio, en Esparta las leyes de Licurgo, que pretendían una mejora racial a ultranza, así como la pertenencia total del individuo al Estado, obligaban a que todo aquel que al nacer presentase una deformidad física fuese eliminado. Para ello, como es bien conocido, se recurría al despeñamiento por el monte Taigeto.

Los romanos, especialmente a partir de la Ley de las Doce Tablas (540 A. C.), conceden al padre todos los derechos sobre sus hijos, muerte incluida. En general, sin embargo, la muerte del niño deforme no era lo habitual, sino que se le abandonaba en las calles, o bien se le dejaba

navegar por el Tíber, introducido en un cesto, para pasar a las manos de quien le utilizase, bien como esclavo, bien como mendigo profesional. Es en Roma donde se inicia el ejercicio de la mendicidad como oficio y donde nace la costumbre, tan extendida después, de aumentar las deformidades deliberadamente con el fin de que al ser mayor la compasión fuesen también mayores las limosnas. Esto originó todo un comercio de niños deformes o deformados a voluntad con distintos tipos de mutilaciones que se va a mantener prácticamente hasta nuestros días. Es en Roma, finalmente, al ser un país guerrero por antonomasia, donde se va a dar por primera vez el sistema de retribución a los discapacitados, si bien exclusivamente por causa bélica, a través de la entrega de tierras de labrantío, cuyo cultivo les permitiese proveer a su subsistencia. Este sistema es el que dio origen indirectamente a los agrupamientos llamados "collegia", antecedente directo de las agrupaciones gremiales de la Edad Media.

Hecho importante en esta etapa lo constituye la aparición del Cristianismo, que, en principio, consigue la integración fraternal de todos los hombres en una sola comunidad. Esto da origen a la creación de instituciones para la atención del discapacitado, que culminan con los "nosocomios" del emperador Constantino. Puede decirse que esta época constituye un oasis de bienestar en la odisea del discapacitado.

D) Edad Media.

Pocas etapas en la historia de la humanidad más descorazonadoras y tristes que la fanática, aunque dinámica, Edad Media. Lo mismo que sucede en las ciencias y en las artes, lo social sufre un gran retroceso. El discapacitado encuentra muy poco a su favor, como no sea persecución, superstición y daño, en lo cual intervienen una serie de factores que no es del caso analizar. El significado religioso de las deformidades se exagera y así puede verse que los genios del mal son representados en la figura de seres físicamente deformes. La deformidad es un castigo divino y la enfermedad obra del demonio. Es corriente ver en pinturas de la época al diablo saliendo, generalmente por la boca, de la persona "poseída", como en la tabla de Leonhard Beck, conservada en Viena, y que representa a "Santa Radegunda expulsando a un diablo".

Por añadidura, el número de discapacitados aumentó considerablemente debido a las invasiones, fundamentalmente la árabe, y las Cruzadas, así como a las innumerables epidemias que azotaron Europa. De esta manera se inicia una larga e importante etapa en la historia del discapacitado, como es el asilo y socorro en los centros y comunidades religiosas. Pronto nace, sin embargo, la idea de atribuirles actos de hechicería y brujería por pactos hechos con Satanás, creencia que les consigue el odio y la animadversión generales. Se incrementa también de modo fabuloso la explotación de la mendicidad como negocio y, por tanto, la mutilación de niños nacidos incluso sin ninguna alteración. De bien poco sirven a este respecto los esfuerzos de legisladores bien intencionados, que entre nosotros se remontan a Alfonso X el Sabio, continuando a través de Pedro II y Enrique II, quienes especificaron que los mendigos "robustos y voluntarios" fuesen expulsados y no recibiesen limosna.

Resulta curioso advertir que en otros lugares del mundo la suerte del discapacitado en esta época no era mucho mejor que la de sus compañeros europeos. Era norma general, tanto entre las distintas tribus americanas como en las del Pacífico, el abandono de los miembros no capaces para valerse por sí mismos cuando las circunstancias obligaban a una emigración masiva. Hasta hace bien poco ha prevalecido esta costumbre entre las tribus esquimales. Una excepción, acaso en el mundo entero, la constituyó la tribu de indios Pies Negros, de Norteamérica, que cuidaba de sus miembros impedidos aunque ello representase un sacrificio para los intereses comunes.

Un hecho importante se da en la Edad Media y es el agrupamiento de los artesanos, en su lucha contra el feudalismo, en "gremios" o "cofradías". Por primera vez nace una idea de ayuda por y a través del trabajo. Este sistema se inicia en las "gildas" germanas y se extiende rápidamente por toda Europa, manteniéndose prácticamente hasta el siglo XVIII, en que aparecen los Montepíos Laborales, que dan paso finalmente a las modernas asociaciones obreras sindicales. Entre nosotros se conservan, sin embargo, algunas de aquellas agrupaciones, como son las Cofradías de Mareantes, del Norte y el Levante español, que encierran seguramente la más perfecta ordenación social alcanzada hasta hoy por el hombre. Los discapacitados aportan su ayuda en forma de enseñanza e instrucción profesional de niños y adolescentes.

E) Renacimiento.

Representa el Renacimiento no la meta, sino el camino para llegar a ella. La ruptura con la tradición y el oscurantismo es una especie de epílogo de la Edad Media, que es a su vez el prólogo de la civilización moderna. Nos cabe el honor a los españoles de que fuese el valenciano Juan Luis Vives el primero en promover la necesidad de una revisión de las estructuras sociales basada en la organización estatal, lo cual afectaba de modo directo al discapacitado. "Quien quiera comer, trabaje", dice Vives. "Quien quiera trabajar, encuentre dónde". En esta idea le secundan eficazmente autores de tan acendrado cristianismo como buena voluntad, tales Fray Juan de Medina, el médico Cristóbal Pérez de Herrera y sobre todos el P. Juan de Mariana, quien propone incluso el paso al Estado de los bienes y posesiones de la Iglesia para un mejor cometido por parte de aquél. Contra esta acción se alza bien pronto una fuerte reacción, sustentada especialmente por el P. Domingo de Soto y por Fray Lorenzo de Villavicencio, en defensa de las prerrogativas eclesiásticas y del derecho a la mendicidad y a la limosna. Así, sucede que a pesar de haber sido nuestro país el primero en intentar mejoras sociales es prácticamente el último en alcanzarlas, ya que hasta el siglo XVIII, con Felipe V, no se consigue imponer el papel del Estado en los asuntos de Beneficencia como colaborador de la Iglesia.

Entre tanto, en los siglos XVI y XVII se habían dictado en Inglaterra "leyes de pobres", que si no son una solución si que representan al menos una ayuda para los discapacitados, todavía incluidos en ellas. Por toda Europa se van extendiendo dos aspectos médicos fundamentales para su beneficio, como son la Cirugía ortopédica, impulsada sobre todo por el francés Ambrosio Paré, y la confección de prótesis y aparatos ortopédicos, muy desarrollada en Alemania. Se prepara, en fin, el paso a la sociología científica, que va a llegar con el siglo XVIII y que va a constituir la clave del progreso actual.

F) Siglos XVIII y XIX.

El siglo XVIII es del nacimiento científico de la sociología moderna, creada por el francés Comte sobre la base de las ideas vivianas. Se acepta ya universalmente que el discapacitado necesita ayuda, es decir, trabajo e instrucción profesional y no limosnas. Es el momento de las Mutualidades y los Montepíos como defensores y ordenadores de los derechos del trabajador. Todas estas ideas llegan pronto a España a través del irlandés nacionalizado Bernardo Ward, aunque hay que esperar al reinado de Carlos III y al mandato de Floridablanca para que se ordene realmente la Beneficencia Pública en España.

El siglo XIX, siglo de ordenación y de avance, es el siglo de los seguros sociales. Tres figuras, cada una por motivos diferentes, resaltan especialmente en esta época. En primer lugar, Bismarck, primero en implantar los seguros sociales. En segundo término, Carlos Marx, que defiende la dictadura del proletariado, con lo cual abre paso a las distintas formas de socialismo, que, por desgracia, desembocan en el comunismo político. En tercer lugar, y por encima de

todos, el Papa León XIII, que es capaz, en su Encíclica "Rerum Novarum", no sólo de romper con sistemas arcaicos, sino de sentar las bases de la política social cristiana, sin duda el mejor de los caminos actuales.

G) Siglo XX.

Una larga serie de acontecimientos ordenadores se suceden de forma casi ininterrumpida, entre los cuales el más importante es sin duda la toma de forma y de carácter de la especialidad médicosocial denominada Rehabilitación, que se ocupa directamente de las distintas etapas que conducen al discapacitado a una reintegración laboral correcta. Se crean (Boston, 1905) talleres protegidos por el Estado, en los cuales aquellos discapacitados que no pueden alcanzar un rendimiento normal desarrollan un cometido laboral posible. Se consiguen avances técnicos considerables en ortopedia. Se afronta de modo directo el problema de los niños discapacitados. Se busca, en fin, llegar a esa meta por la cual todos luchamos y que será seguramente el símbolo de nuestro siglo: Seguridad Social. Seguridad Social para todos los hombres, sin distinción alguna.

II

Decíamos párrafos atrás que la integración social del discapacitado había venido a conseguirse a través de toda una larga evolución que fue sirviendo a la humanidad para ganar progresivamente en grandeza espiritual y en cultura. En efecto, ambos aspectos se hallan en relación directa. Ya Platón decía, y más tarde le secundó ardientemente Baruch Spinoza, que "virtud y cultura son la misma cosa; todo hombre sabio es virtuoso e imposible es llegar a ser virtuoso sin ser sabio". En gran parte esto es bien cierto y un buen ejemplo lo tenemos en Rehabilitación.

Entendemos que la humanidad ha llegado a la Rehabilitación porque a su vez ha alcanzado, a lo largo de una evolución de siglos, un estado suficiente de madurez, tanto en el aspecto médico como en la vertiente social. La Rehabilitación encierra una idea de nobleza, de verdadera ayuda, que sólo puede encajar en una época de cultura y civilización elevadas. Lo fuerte, no sólo física, sino también mentalmente, es noble por naturaleza. El mismo Platón, una de las cimas espirituales de la humanidad, buscaba constantemente la felicidad de los demás. Pocas figuras más nobles que la de su maestro Sócrates, compendio de sabiduría, altruismo y fortaleza de alma. Lo mismo podría decirse, en realidad, de casi todos los filósofos que en el mundo han sido. "Filósofo" equivale a aficionado a la sabiduría, es decir, a la verdad, y pocos son los que siguiendo este camino, tantas veces indicado por S. S. el Papa Juan XXIII, no hayan sido capaces de dar a la vez a los hombres ejemplo de virtud y lecciones de rectitud moral. Esta nobleza se encuentra también en el gobernante de auténtica valía, capaz de la grandeza del comprender y del perdonar (Trajano, Marco Aurelio, Carlos I, Napoleón). Tomás Jefferson, tercer Presidente de los Estados Unidos y retirado pobre de la política, dijo: "He jurado ante el altar de Dios guerra a muerte contra cualquier forma de tiranía sobre la mente del hombre," En el fondo, la galantería es también una forma de expresión de la fortaleza consciente del varón cultivado, que le lleva a ayudar a quienes sabe más débiles. Recordemos la figura del profesor Challenger, protagonista de una serie de novelas de Conan Doyle, aparentemente tan grosero y, sin embargo, capaz, con quienes le necesitan, de las mayores finuras espirituales.

Estos sentimientos de nobleza y altruismo, de ayuda a los demás, poseen una base mucho más espiritual que física. Durante siglos se han homologado erróneamente los conceptos de "bueno" y de "bello" por influencia del adagio latino, debido a Juvenal, "mens sana in corpore sano". De aquí, en parte, el menosprecio ancestral hacia el discapacitado por parte de la sociedad a pesar de las llamadas en contra lanzadas por personas de buena voluntad. La

Leyenda de Riquet, recogida por Perrault en uno de sus "Cuentos de viejas" y tan espléndidamente humanizada por Buero Vallejo en "Casi un cuento de hadas", traduce la superioridad de la bondad, de la calidad de alma, sobre la apariencia física. Hasta el punto de que la belleza interna de Riquet es seguramente la que al conseguir enamorar a la princesa transforma a los ojos de ésta toda su fealdad aparente en auténtica hermosura. Un grito en contra de ancestrales encasillamientos, de este eterno juzgar de la sociedad por las apariencias, parece existir también en el cuento de Perrault con la presencia de las dos princesas, una, hermosa y boba, la otra, inteligente, pero fea, al ser a la larga la fea la que se va llevando tras sí a los pretendientes llegados al reclamo de la perfección física de su hermana. Algo análogo podría decirse de la figura de Cyrano de Bergerac, cuya verdadera hermosura solamente al final es comprendida por Roxana. Una figura en parte comparable a la de Cyrano, si bien situada en un nivel muy superior, la tenemos en nuestro don Francisco de Quevedo, mal apreciado y peor comprendido, a medias a causa de su patriotismo, su nobleza y su talento y a medias por su aspecto poco decorativo y deforme, "quebrado de color y de piernas", como él mismo dice. Y, sin embargo, lo recto de su intención trasciende por todos los rincones de su obra inimitable.

En cambio, lo inculto es desconfiado, solapado, egoísta. Ese trato secular dado al discapacitado no traduce en el fondo sino una ignorancia, una incultura realmente feroces. Es casi imposible llegar así a alcanzar sentimientos nobles y altruistas. Una de las razones por las que estamos de acuerdo con los que creen que aquel mediocre actor llamado Shakespeare no pudo escribir las inmortales obras adscritas a su nombre reside precisamente en la mezquindad y falta de nobleza que demostró en su vida privada. Basten como ejemplo los pleitos entablados por el actor, tanto en Londres como en Stratford, entre 1604 y 1615, es decir, cuando era poseedor de una gran fortuna, pleitos que la mayor parte de las veces se basaban en verdaderas nimiedades; o la sordidez y seguridad con que va realizando sus negocios, impropios de mente tan aparentemente elevada sobre los asuntos de este mundo; o su declaración en contra de su antiguo amigo Montjoy, en 1612. Nada más lejos que todas aquellas minucias burocráticas, que aquel constante egoísmo, del mundo irreal y bondadoso de "El sueño de una noche de verano" o de las alturas espirituales de "Hamlet" y de "Macbeth" o de la trágica grandeza de "Romeo y Julieta" o "Tito Andrónico".

Ejemplos geniales de todo esto los tenemos en el "Quijote". Don Quijote, que tantos libros había leído, dedica voluntariamente sus esfuerzos a "favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos". Todas las acciones de su vida se hallan poseídas de una idea de altruismo y entrega a sus semejantes y cualesquiera que sean las vicisitudes y malaventurados acontecimientos que sobre su caballerosa persona se pueden suceder, se mantiene don Quijote irreductiblemente fiel a su "voto de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores". Y no sólo esto, sino que lo cultivado de su espíritu le permite razonar su altruismo y su caridad: "... si has de vestir seis pajes viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo"; "Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso". La sabiduría popular, en cambio, simbolizada por Sancho, es mucho menos despreñada y aconseja al individuo que mire más por sí mismo que por los otros. No es en vano, seguramente no es tampoco casual, que Sancho se apellidase Panza. Sancho representante del pueblo, ese "grande doctor de errores", como dice Vives. Sancho, que apenas era capaz de firmar. Sancho, que era "hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera". Poco después de la aventura de los batanes, Sancho trata de concretar sus posibilidades futuras, que él anhela bastante alejadas de toda gloria espiritual: "... pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir a lo de los salarios) cuanto ganaba un escudero de un caballero andante...". El interés es el señuelo que le impulsa a acompañar a don Quijote: "Mire vuesa merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido..."; sentir que se mantiene invariable a su vuelta a casa, terminada toda aventura: "Dineros traigo, que es lo que importa." En la famosa "paga por los azotes del

desencanto de Dulcinea" da aquellos no en sus espaldas, sino en los árboles, engañando tranquilamente a su amo, con un sentido práctico del que Don Quijote es tan absolutamente incapaz que ni aún por asomo llega a sospechar doblez alguna. El sentir de Sancho podría resumirse en aquellos razonamientos, por otro lado tan justificados si adoptamos su propio ángulo de visión, que siguen a la aventura de Altisidora y que son los que inducen precisamente a don Quijote a la recompensa por los azotes, tan galanamente conseguida: "... yo les voto a tal que si me traen a las manos algún otro enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías; que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis."

Sin embargo, con certeza que si Sancho hubiera sido culto habría sido también altruista y desprendido, capaz abiertamente de sacrificios y de renunciaciones, de dar salida a unos sentimientos de nobleza, que allá en su fondo existían, pero que eran ahogados en la práctica por su saber egoísta de refranero: "Bien predica quien bien vive", "El buey suelto bien se lame", "Con lo mío, Dios me ayude", "Sobre mí la capa cuando llueva", "Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza". "A salvo está el que repica", "Más vale un toma que dos te daré"... Resulta casi cruel este acervo de saber popular (curioso que "acervo", reunión, conjunto, y "acerbo", amargo, hiriente, puntiagudo, posean un origen común en "acer", arce, el árbol de dura madera y buen arder), pero a su vez el pueblo que lo ha creado lleva en él la penitencia más directa a su pecado, ya que seguramente es el estrato de la sociedad que más fácilmente puede ser engañado y explotado por quienes se preocupen de manejar sus sencillas convicciones y su astuta desconfianza, de fondo egoísta. De aquí que sigan prosperando timos absurdamente burdos, basados sistemáticamente en el engaño de quien creía a su vez poder engañar a otro.

Un ejemplo paradigmático de todo esto lo tenemos en la mendicidad profesional, a la vez víctima y explotadora de la ignorancia inconsciente del pueblo, que inútilmente se disfraza de una falsa y ramplona sabiduría, fácil al engaño. Por eso, donde más mendigos ha habido siempre, donde más, por desgracia, continúa habiendo, es en los pueblos, aunque no falten hoy en las ciudades.. Hemingway, gran observador, se da cuenta de esto y lo describe en "Muerte en la tarde": "La plaza está al final de una calle tórrida, larga y polvorienta que del frescor selvático de la población lleva hacia el calor y los mutilados de profesión, los profesionales del horror y de la limosna que siguen las ferias de España una tras otra, bordean la carretera, agitando sus muñones, exponiendo sus lacras, exhibiendo sus monstruosidades y pidiendo limosna con su gorra entre los dientes cuando no les queda otra cosa para sujetarla; de manera que recorréis ese camino polvoriento, como si fuese un torneo, entre dos filas de monstruos hasta la plaza." Se escribió esto en 1932. Todavía tiene en muchos lugares una vigencia indiscutible entre nuestras costumbres.

Todo esto va siendo cambiado por la Rehabilitación en una labor progresiva que, comenzada hace mucho tiempo, ha venido a fructificar plenamente en nuestra época de civilización y de cultura, que es por ello también, aunque opiniones poco meditadas apunten lo contrario, de altruismo y buena voluntad. Pero no es solamente la Rehabilitación, al hacer renacer unos sentimientos de ayuda y de amor al prójimo, una reivindicación del qui jotismo, sino que en su estructura entran factores de índole intelectual en un maridaje perfecto con los de carácter afectivo. Así, el antiguo "ayúdame y te ayudaré" queda sustituido por un concepto mucho más cristiano, pero a la vez más real y más positivo: "Te ayudo porque es mi obligación y porque tal vez serás tú quien me ayude en otro momento". Se trata de un concepto más elaborado, intelectual y afectivo a la vez, de hombres más cultivados anímicamente y, por lo tanto, más cerca de Dios. Aparece de este modo una Caridad razonada, útil a quien la da y a quien la recibe y que no tiene nada de ofensivo ni de humillante para ninguna de las dos partes, sino que, por el contrario, beneficia a ambas y, con ellas, a toda la sociedad.

El discapacitado necesita ayuda, qué duda cabe. Ayuda para conseguir una vuelta a su estado primitivo tan completa como pueda alcanzarse, lo cual buscaremos con todos los medios

a nuestra disposición. Ayuda en cuanto a su orientación profesional y en el aprendizaje de la nueva profesión, así como en la consecución de un puesto de trabajo estable, sin el cual todos los esfuerzos quedarían truncados. Ayuda en suma del médico y del estadista y de su ambiente social y su medio familiar. Pero esta ayuda la recibe con la idea de que se trata de un préstamo que va a devolver con creces y no de una limosna. Y la utiliza al máximo porque piensa que seguramente en otro momento, en muchos momentos, va a estar ayudando a los demás con su utilidad. Los países en que la Rehabilitación se halla más perfeccionada son los más desarrollados, pero no ya sólo porque su bienestar les permite una organización más correcta, sino también porque este bienestar se ve considerablemente aumentado por el indudable carácter financiero que posee una Rehabilitación bien montada en sus diferentes aspectos, por lo que aportan los que no se limitan a recibir. Jansson, experto de la O. M. S., comprobó en 1953 que los gastos que cada año se realizan en Estados Unidos para rehabilitar a los correspondientes discapacitados son amortizados por ellos mismos en dos años y medio de trabajo normal, con sólo los impuestos directos e indirectos que pagan a su gobierno.

Esta caridad organizada, intelectual, de pensar que el débil que hoy precisa ayuda puede ser mañana el fuerte que la brinde debe guiarnos si queremos lograr resultados positivos para la sociedad; si pretendemos crear una organización social efectiva y real. Pero ello no quiere decir que anulemos la otra caridad, la afectiva, siempre que sea sincera, sino que debemos darle una orientación, de la que ha carecido durante siglos y que se basa precisamente en la sinceridad. Impulso, que no postura. Sentimiento, que no apariencia. La caridad a que alude don Quijote cuando dice: "Si acaso doblaras la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia." Es ésta la caridad más difícil y la más hermosa. La del amor. La que nos lleva a aliviar el sufrimiento de los demás, a ayudarles en su dolor o en su desgracia, porque sabemos que son sufrimiento y dolor que restamos a los de Jesucristo, que murió hace casi dos mil años por nosotros, pero que sigue y seguirá sufriendo y muriendo cada instante, en eterno milagro de amor, mientras exista un solo hombre que sufra, que es tanto como decir mientras exista un solo hombre sobre la tierra.

1 "Concepto de Inválido e Invalidez", "El valor del inválido", "Concepto de Rehabilitación", etcétera.

I-3 EL VALOR DEL INVALIDO.

Se publicó inicialmente en MEDICINA, XXXV, Septiembre de 1967 y fue reproducido por la Asociación Nacional de Inválidos Civiles (ANIC) de Cádiz en los números 11 y 12, de Septiembre y Diciembre de 1970 en su revista VALGO.

EL VALOR DEL INVALIDO

Según cifras del V Congreso de la Sociedad Internacional para el Bienestar de los inválidos, celebrado en Estocolmo en 1951, casi el 15 % de la población del mundo presenta alteraciones somatopsíquicas del tipo de las que suelen expresarse bajo la denominación de "invalidez". Mejor que "invalidez" y que "inválido", palabras que encierran una negación que rara vez se da, preferimos emplear otros términos que no posean este matiz de ausencia y que, en cambio,

marquen de forma clara la existencia de una alteración, que es la característica esencial en estos casos. Estos términos son los de "discapacidad" y "discapacitado", que se corresponden etimológicamente con las voces inglesas "disability" y "disabled", originadas ambas del latino "habilis" y que encierran el concepto que en realidad debería recaer sobre unos términos ("dishábil" y "dishabilidad") a los que es mejor renunciar por su escasa eufonía castellana. Ambos términos, "discapacidad" y "discapacitado", son utilizados habitualmente por nosotros desde hace varios años por poseer precisamente estos matices ideológicos de alteración o de merma, pero no de negación, que corresponden por derecho a la denominación correcta de aquellas personas que, por una razón u otra, han visto mermada la suficiencia o aptitud que como humanos les corresponde. Ahora bien, nos conviene en este trabajo servirnos precisamente de las voces "inválido" e "invalidez" como punto de partida de un análisis que sin duda presenta matices interesantes.

En un sentido amplio inválido es "el que no vale", es decir, el que carece de "valor". Ocurre que, en general, la palabra "valor", a consecuencia de un empleo semántico demasiado unilateral que la costumbre ha ido marcando poco a poco en nuestro lenguaje común, evoca en la mayor parte de nosotros el concepto de "valentía", que el diccionario define como "cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y arrostrar sin miedo los peligros". Pero existe una acepción de "valor" con un matiz mucho más amplio y una clara raigambre filosófica y que, sin embargo, suele olvidarse. Esta acepción indica un concepto de "validez", de "valer" o "ser válido", lo que equivale a decir que expresa el "grado de utilidad de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite" o, como mucho mejor y más sucintamente expresa Ehrenfels, que indica la "propiedad que tiene un objeto de ser deseable".

Alfredo Stern analiza muy bien este segundo sentido del término "valor" al tomarlo como expresión de los estados de desigualdad de rango que hacen que el hombre distinga uno de otro los diferentes elementos físicos y espirituales ante los que se encuentra. Ahora bien, cada individuo experimenta la desigualdad de rango entre los mismos contenidos de una manera forzosamente subjetiva, es decir, diferente a la apreciación de los demás, lo que crea distintas jerarquizaciones y, por consiguiente, acciones, respuestas y aún conductas muy diferentes unas de otras. De aquí que la ciencia, que por su propia naturaleza ha de hacer abstracción de cuanta relación subjetiva pueda haber en sus contenidos, se vea impotente para llegar a solución alguna en relación con una posible ordenación de valores, y de aquí también que se haya hecho necesario recurrir a la Filosofía, a cuyo dominio compete muy especialmente la reflexión sobre las relaciones sujeto -objeto. Aún introducidos de este modo en el campo filosófico, la posición es bastante inestable y se nos hace difícil el actuar de modo objetivo, puesto que son siempre los sentimientos subjetivos los que han de ser transformados en cada caso en representaciones objetivas acompañadas de sentimientos de valor, y ello obliga a actuar en una esfera teórica. Es algo parecido, dice Stern, a lo que sucede en Química cuando se opera con símbolos y ecuaciones en representación teórica de las reacciones que sólo pueden obtenerse en el laboratorio experimental.

De esta forma, el estudio filosófico de los valores ha dado origen a toda una serie de doctrinas enlazadas entre sí a través de matices teóricos más o menos afines y que se encierran bajo denominación común de "axiológicas". Procede este último término del verbo griego axioun, derivado a su vez de, axios, valor, precio, estimación, dignidad, mérito, palabra que en español engendra voces técnicas como "axioma" y sus derivados, con una significación de categoría, dignidad, consideración. En su forma verbal griega expresaba esta palabra matriz una idea de satisfacer, apreciar, honrar, juzgar rectamente, tener a alguien por digno o merecedor. De aquí que pueda definirse la Axiología como la ciencia del apreciar o del valorar o bien, dicho de otra forma, la parte de la Filosofía que se ocupa de la teoría o estudio de los valores.

Un breve repaso a alguna de las más importantes doctrinas axiológicas nos va a servir para centrar nuestro propósito y alcanzar nuestro cometido a lo largo del presente escrito. Conviene

señalar que uno de los aspectos más interesantes de cuantos abarca el pensamiento actual se encuentra precisamente en el que compete a la axiología o teoría de los valores. Si bien el concepto de "valor" es tan antiguo como la filosofía moral, no aparece en realidad como problema directo hasta bien entrado nuestro siglo, fundamentalmente a través de la obra de Max Scheler "El formalismo en la ética y en la valorativa material", aparecido en 1913. Desde entonces, son tan numerosos como variados los autores que van haciendo alguna aportación ideológica, más o menos insignificante, más o menos revolucionaria, en relación con la esfera de los valores, hasta que casi sin darnos cuenta hemos llegado a encontrarnos ante un verdadero mar de conocimientos teóricos al que convergen multitud de ríos, canales o arroyuelos llegados hasta él por diferentes lugares y desde muy distintas alturas. De entre todo ello hemos tratado de recoger aquellas orientaciones que nos han parecido más fundamentales o bien que parecían abrirse más claramente hacia las normas que la vida moderna, en su evolución, parece irnos marcando.

1. Criterio psicológico en el enfoque doctrinal de los valores.

El psicologismo filosófico es una de las corrientes más importantes y a la vez más combatidas entre los pensadores modernos. Su base reside en considerar la psicología como auténtica ciencia fundamental en que apoyar la lógica. Este criterio, aplicado al estudio de los valores, se debe a Ricardo Müller-Freienfels, quien sentó los principales fundamentos de su doctrina axiológica en su libro «Fundamentos de una nueva doctrina de los valores», publicado en 1919. El psicologismo filosófico entiende que la experiencia interna es el único punto de partida de todo conocimiento de orden lógico y que la psicología es la ciencia básica capaz de dar las normas fundamentales en que apoyar todo sistema filosófico. De este modo resulta que un pensamiento lógico únicamente será válido cuando posee una clara raíz psicológica, quedando la ausencia de rigor compensada por una mayor aproximación a la realidad empírica vivida.

Esto tiene una ventaja en el análisis de los fenómenos axiológicos, puesto que, ya de entrada, admite este sistema la existencia de un objeto estimado y un sujeto que aprecia. La relación entre ambos factores es el mecanismo que conduce hasta la captación de valores. Según Müller-Freienfels, el proceso necesario para llegar hasta esta apreciación es complejo. Cuando algo nos place o nos desagrade lo único que estamos alcanzando en realidad es una base emotiva, un fenómeno parcial, que precisa de un complemento de concienciación por parte de la persona que valora para convertirse en auténtica apreciación. Este complemento es denominado por Müller-Freienfels «puesta de valor» y consiste en una aprobación o reprobación de la relación primaria que ha servido como base emotiva. Al dar un paseo o escuchar una melodía indefinida; ante un paisaje campestre o junto a la orilla del mar o bien, por el contrario, situados en una habitación de desahogable decorado o molestos por una conversación banal que tratamos de seguir, nos embarga un sentimiento de placer o de displacer, una relación primera de índole emotiva. Es necesaria una toma de posición ante este sentimiento afectivo para que exista auténtica aprobación o reprobación de su significado, y esto es lo que constituye la puesta de valor.

El sentimiento, el placer, el deseo, no pueden por lo tanto constituir por sí solos apreciación. En cambio, la puesta de valor no siempre precisa de una base auténticamente subjetiva para tomar cartas de naturaleza, y esto sucede precisamente en aquellos fenómenos que se suelen encerrar bajo el nombre de «tradición». Muchos consideran de gran mérito la música de Beethoven o la pintura de Picasso no porque les gusten verdaderamente, sino porque han oído decir que poseen este mérito, o defienden una determinada película o una obra teatral porque la crítica o los festivales internacionales les han sido propicios. En esto se basa también en gran parte el poder de la propaganda, que es otra habilidosa manera de imbuirnos opiniones ajenas a nuestros modos de valoración. Es curioso pensar que la mayor parte de las apreciaciones con que cada uno nos vamos pertrechando posee un carácter tradicional ancestral, siendo aceptadas

por nuestra parte sin ninguna intervención personal. O bien sucede que aceptamos, como si fueran nuestros, valores impuestos, en ocasiones muy hábilmente, obligados por nuestra época, por nuestras modas, por nuestros ambientes sociales o por las técnicas propagandísticas más refinadas. Todo esto sucede a pesar de que, como dice el propio Müller-Freienfels, "en general, la apreciación aceptada por tradición subsiste como un postulado vacío, cuando no como una ilusión o una hipocresía".

Sin llegar hasta una afirmación tan categórica, resulta lógico pensar, en efecto, que la falta de contacto primario, con su correspondiente ausencia de todo contenido afectivo, va a falsear y a descomponer la autenticidad del proceso valorativo, a convertirlo en algo ajeno a nosotros, extraño a la intervención de nuestra propia personalidad y un ejemplo bien palpable de ello nos lo ofrece precisamente aquel al que se ha venido llamando habitualmente inválido. El individuo corriente, a lo largo del transcurso de innumerables años, ha ido aceptando sin analizarlos los conceptos tradicionales que le iban pintando al inválido de cada época como mendigo profesional o como bufón solamente útil para divertir a los demás, o como persona incapaz de trabajo o portadora de maleficios y desencadenadora de desgracias. Y no sólo ha aceptado estos conceptos, sino que los ha adoptado como suyos sin ni siquiera advertir, al menos, que los tiempos y las costumbres habían ido cambiando.

2. Criterio fenomenológico personalista.

La doctrina psicológica de los valores se inclina, en razón de su propia naturaleza, hacia un relativismo axiológico que tiene el inconveniente de conducirnos hasta un subjetivismo arbitrario de las apreciaciones. Por mucha que sea su ventaja al mantenerse en todo momento próximo a la realidad psíquica, lo cierto es que este sistema niega la posibilidad de establecer un principio unitario de lo exacto o de lo falso, de lo bueno o de lo malo, así como de la jerarquía de cada uno de estos y de todos los demás valores posibles. De aquí que esté justificada la búsqueda de un matiz de perfección axiológica que permita encontrar «un principio unitario de la exactitud de los valores y de su jerarquía» (Stern). De aquí también que surjan, como contrapartida de la doctrina axiológica psicologista, otros sistemas que se orienten hacia y que defiendan un absolutismo axiológico bajo el principio fundamental de que no es posible la existencia de una moral universal si no contamos con valores universalmente válidos.

Estos razonamientos, sin embargo, encierran a su vez un fácil y grave peligro, como es el de caer efectivamente en el absolutismo axiológico, contrario a todos los principios y fundamentos que sirven de apoyo a la Filosofía y a la ciencia y que se resumen en la necesidad de eliminar todo prejuicio y toda presuposición. Son los fenomenólogos, capitaneados por Max Scheler, los que mejor han sabido obviar estos peligros al crear una doctrina absolutista de los valores de orden personalista.

La fenomenología, creada por Husserl, pretende ser una ciencia de esencias, una ciencia eidética (de *eidōs*, imagen naturaleza, visión) y no una ciencia de hechos. Su principio fundamental consiste en tomar las cosas que originariamente se ofrecen a nuestra apreciación tal como se dan, en un auténtico y genuino trasunto de esencias eternas e inmutables que captamos por intuición, es decir, apriorísticamente. El «fenómeno» no es otra cosa que el objeto tal como se muestra por sí mismo, sin necesidad de referencias ni denominaciones. El punto de partida de la doctrina fenomenológica personalista de los valores de Max Scheler está en tornar las cosas que originariamente se ofrecen a la intuición de cada uno de nosotros tal como se dan «a priori» y sobre el apoyo de una base ética emotiva que no deriva del pensamiento ni de la lógica, sino del dominio emocional del espíritu. Este dominio emocional espiritual es el que marca el subjetivismo en la captación de los valores absolutos que se nos ofrecen. Es la persona de cada uno de nosotros el verdadero soporte de los valores morales y es ella, por tanto, la que puede ser buena o mala, independientemente de lo que suceda a su alrededor, de donde resulta

que los valores llamados morales son en realidad valores personales. De aquí que Scheler diese a su doctrina axiológica el nombre de «personalismo».

Ahora bien. En general, todos nosotros, en cuanto a personas, estamos supeditados a los grupos sociales a que pertenecemos y en los cuales estamos integrados, de donde resulta que la persona aislada es, en el fondo, una simple abstracción, cuya ética se halla condicionada a la del grupo a que pertenece. Scheler habla, en razón de esta situación, de “personas colectivas”, auténticas personas de orden superior, considerando a los diferentes grupos humanos de convivencia como verdaderas unidades espirituales. Estas personas colectivas realizan actos de los cuales son responsables, a su vez, las distintas personas Individuales que las forman, una a una, ante cada una de las demás y ante el conjunto de todas ellas. Unido este hecho al principio básico de la “intuición fenomenológica”, resultará que las valoraciones colectivas van a chocar, por un lado, con el número de personas individuales entre las que han de quedar repartidas; por el otro, con la propia magnitud de la cosa valorada. De aquí que los valores materiales, difíciles de repartir fuera de ciertos límites, en ocasiones muy estrechos por una u otra de las razones apuntadas, con un reparto en todo caso limitado a un número determinado de individuos, van a llevar a la larga a la separación y a la lucha entre estos individuos y, por tanto, a la desintegración y anulación de la persona colectiva a que pertenecen. En cambio, los valores espirituales, indivisibles y eternos, pueden ser comunicados a un número ilimitado de seres humanos que, al aceptarlos, se ven más unidos unos con otros, reforzando de esta forma el poder de su grupo.

Hemos venido a dar así, a través de la doctrina fenomenológica, en una nueva forma de choque de la realidad con el concepto de inválido. Este concepto ha sido casi siempre materialista, casi nunca espiritual. Se le han venido negando habitualmente al inválido los valores espirituales, como si se tratase de un ser desprovisto de espíritu, y ello dificulta enormemente su valoración por la colectividad.

3. Filosofía fronetista de los valores.

Alfredo Stern, que tanto se ha interesado por el estudio de los valores, ha creado a su vez una filosofía axiológica cuya base es en parte lógica y en parte extralógica, y con cuya descripción vamos a estructurar el último de los esquemas que nos hemos propuesto en relación con el análisis de las más importantes maneras filosóficas de llegar a una mecánica valorativa.

En la elaboración del pensamiento determinante ante el objeto determinado el racionalismo admite únicamente que puedan establecerse auténticas relaciones bajo necesidades puramente lógicas, en tanto que el empirismo defiende, ante todo, la importancia fundamental de la experiencia. Stern publicó en Munich, en 1932, un libro titulado “Los fundamentos filosóficos de la verdad, de la realidad y del valor”, en el cual estructura una nueva forma de teoría del conocimiento que denomina «fronetismo» (de *froneo*, tener entendimiento, pensar, idear). Pretende oponer este sistema al racionalismo y al logicismo, por una parte, y al empirismo, por la otra, considerando que el pensamiento posee vínculos internos no sólo lógicos, sino también extralógicos. Estos componentes no lógicos son tan admisibles como los lógicos, y para su conformación admite Stern como única fuente de origen la que brinda la experiencia, con lo cual consigue edificar una doctrina, por una parte, equidistante, por la otra, enlazada con las teorías racionalistas y con las empiristas.

En principio, además, y esto es lo que más nos interesa desde nuestro punto de vista, Stern matiza un poco más que los demás filósofos en relación con la apreciación axiológica al separar los conceptos de “valor” y de “validez”. Para llegar a ello, y de acuerdo con su doctrina fronetista, distingue entre el pensamiento como factor determinante y el pensamiento como factor determinado. En el primer caso, el pensamiento es de orden lógico-trascendental; en el segundo, de carácter antropológico-psicológico-cerebral. El pensamiento lógico es sujeto “que pone”; el

pensamiento antropológico, objeto "puesto". En cuanto a lógico, el pensamiento, al poner los objetos determinados, produce los contenidos de los mismos. En cuanto a antropológico, el pensamiento es, en sí mismo, un objeto determinado y, por tanto, un mero contenido parcial del pensamiento. Es este segundo tipo de pensamiento el único que de verdad pertenece al hombre como una función cerebral o un fenómeno psicológico, puesto que "hombre", "cerebro", "psiquis", son, en sí mismos, objetos determinados por el pensamiento lógico-transcendental al cual, por lo tanto, presuponen. La validez representa, de este modo, las condiciones internas de cada objeto que va a ser analizado por el pensamiento determinante, y estas condiciones internas son auténticas condiciones formales equivalentes a las nociones lógicas y matemáticas. Los valores, en cambio, indican condiciones materiales bajo las cuales el pensamiento determinante pone sus objetos; se hallan también arraigadas en vínculos internos del pensamiento, pero estos vínculos son extralógicos, es decir, psíquicos.

Ni unos ni otros elementos, formales y materiales, pueden dar de manera aislada una determinación objetiva del pensamiento. Se precisa, para llegar a esta objetivación, la unión de ambos vínculos. Expresando todo esto de forma más concreta, quiere decirse que no es posible llegar a la realidad objetiva más que "a posteriori", es decir, a través de la propia experiencia. Solamente cabe la determinación apriorística en relación con la lógica y las matemáticas, únicos objetos posibles de contenido puramente formal. El resto de los contenidos, precisamente los valores, no pueden existir sin la actuación previa de nuestra experiencia. Y no ha sido precisamente a través de la experiencia como los diferentes pueblos y naciones de la historia han formado sus pensamientos de "inválido" y de "invalidez", con lo que queda demostrada también, según las normas de la filosofía fronetista, la inconsistencia de las opiniones habituales en cuanto al sujeto principal de este trabajo.

A lo largo de estas rápidas revisiones se ha querido afrontar el problema de la necesidad, por un lado; la posibilidad, por el otro, de que exista un concepto axiológico de la entidad "inválido". A poco que nos fijemos nos daremos cuenta de que la solución a este problema se nos ofrece según una doble vertiente. En primer lugar, se deduce que todas, absolutamente todas las cosas que integran este mundo, poseen un valor, lo cual parece ser todavía más notorio en relación con las entidades humanas denominadas personas. En segundo término, que este valor sólo puede ser real cuando es captado por la persona que valora, es decir, cuando existe una auténtica y consciente penetración del proceso valorativo en el interior de la personalidad valorante, y esto es siempre así cualquiera que sea la doctrina filosófica que se adopte para explicar la mecánica de captación de los valores. Las opiniones llamadas tradicionales no hacen muchas veces sino dificultar el ritmo normal de progreso y de evolución de la humanidad al anular automáticamente toda acción personal renovadora.

Admitida la existencia de valores en el "inválido", queda demostrada directamente la improcedencia de este vocablo, que debe ser sustituido. Ya expresamos al comienzo nuestra preferencia por los términos "discapacitado" y "discapacidad", que propusimos hace algún tiempo, y que marcan bien ese sentido de alteración que caracteriza estos estados, en oposición a la auténtica negación que les infieren denominaciones como las de incapacitado, impedido o inválido, que carecen de matices ofensivos como los que encierran las voces lisiado, tarado, tullido y similares y que, por último, ni siquiera indican ese falso contenido de disminución de los neologismos minusválido y disminuido.

Para centrar del todo la situación, en una visión completa que permita el hallazgo de posibles soluciones, nos resta solamente analizar por qué causas o bajo qué tipo de influencias se han conseguido mantener a lo largo de los siglos conceptos tan reñidos a la vez con la moral cristiana y con el desarrollo evolutivo de los pueblos, tan contrarios al estado favorable de vida y de cultura de la humanidad de nuestros días como son el aislamiento social y el apartamiento laboral de los discapacitados.

Para llegar a una captación real de los valores es necesario adaptarse a una mecánica, a un mecanismo de formación de sus contenidos, que va tomando cuerpo a través del engranaje sucesivo de una serie de etapas. Como esquema básico vamos a tomar el de Alfredo Vierkandt, creador de una doctrina sociológica de los valores.

Lo social como ciencia, y aun diríamos que como fenómeno de convivencia humana, tiene su verdadero origen en el genio creador y ordenador de nuestro compatriota Luis Vives, como hemos analizado en otro lugar (1). Vierkandt considera fundamental la existencia de una serie de condiciones sociológicas en la formación de los valores. La fuente primaria de todo valor reside en los sentimientos, pero, sobre ellos se van acoplando procesos más elaborados y de claro fundamento sociológico, los cuales van siendo adquiridos por nosotros a lo largo de nuestra educación, que van frenando y regulando nuestros sentimientos primarios. Estos procesos o fases que quedan sobreañadidos al sentimiento primario de valor son tres en opinión de Vierkandt: la tradición, la condensación y el desplazamiento. Este esquema es el que vamos a utilizar.

A) **Tradición.** En este caso la apreciación de los valores se traslada de una persona a otra; ya se ha indicado cuán peligroso y fuera de lugar puede resultar este sistema. Uno de los poetas más excelsos cuyo espíritu haya visitado jamás nuestro planeta, Omar Khayyam, dejó dicho hace aproximadamente novecientos años, en una de sus inmortales rubaiatas: «Entre los pliegues del pasado y el dintel del porvenir, en esa maraña de creencias, en medio de los engaños del mundo y los terrores del más allá, mantente libre y sé feliz». Pocas personas, a lo largo de la historia de la humanidad, se han encontrado más envueltas que los discapacitados en maraña alguna de creencias que les impidiera ser libres y, por tanto, felices. En épocas más o menos remotas se les aparta totalmente de las actividades sociales, como en Babilonia, o son sacrificados por considerar su alteración como una señal de castigo, castigo impuesto por la divinidad en razón de los pecados cometidos por el interesado o sus ascendientes, lo que conduce a verdaderas matanzas legales en la India o entre los habitantes de algunas tribus suramericanas. La misma situación, si bien ahora por motivos raciales, se repite en Esparta a partir de las leyes de Licurgo.

Esta idea de la discapacidad como castigo impuesto va evolucionando y bien pronto pasa a ir acompañada de un nuevo matiz, como es el de ser considerada indicación de la maldad del que la padece, opiniones que se mantienen «tradicionalmente» a través de los siglos hasta casi nuestros días. La discapacidad es un castigo o un índice de maldad y, al contrario, la belleza y la salud físicas se consideran, de modo inveterado, un signo de bondad y de nobleza, conceptos en los que influye no poco una interpretación demasiado unilateral del famoso adagio latino «mens sana in corpore sano». Así, en el libro VI de la Eneida, canto 4, que trata del paso por Eneas de la laguna Estigia, dice Virgilio: «Allí vio Eneas a Deifobo, hijo de Príamo, llagado todo el cuerpo, cruelmente mutiladas la cara y ambas manos, arrancadas las orejas de las destrozadas sienes y cortada la nariz con infame herida». Castigos por su boda con Helena, después de la muerte de Paris. En cambio, en el Canto 6, al atravesar Eneas los Campos Elíseos, ve allí «... el antiguo linaje de Teucro, raza bellísima, héroes magnánimos...». Dante, en el Canto XXVIII del Infierno, dedicado al Noveno Foso, donde sufren tormento los que han causado discordias civiles y divisiones religiosas entre los hombres, describe como castigo la mutilación, repetida una y otra vez, de cada uno de los condenados por acción de los golpes de la espada de un demonio. Ellos tratan de reconstruir y unir sus miembros, pero una vez lo han conseguido son de nuevo inmediatamente descuartizados: «Y uno que tenía amputadas entrambas manos, alzando los muñones al aire ennegrecido...» Estos mismos conceptos se hallan presentes en las diferentes mitologías. Una leyenda griega admite que Hefaios, que se corresponde con Vulcano en la Mitología romana, fue arrojado a la tierra nada más nacer por su madre Hera, al ver lo feo y deforme que era. Sileno, símbolo de la vejez procaz, era pintado calvo, barrigudo, con el rostro deforme y lo mismo puede decirse de los sátiros, seres híbridos y lascivos. En cambio, los dioses

y los héroes supremos, Hera, Selene, Afrodita, Dionisos, Mercurio, Adonis, poseen casi siempre una extraordinaria belleza. También en el Cristianismo influyen estas ideas, y así vemos que los ángeles y los santos son siempre hermosos, y los diablos, feos y repulsivos. Esto ha trascendido, salvo algunas excepciones, a todas las formas literarias, lo que ha dado origen a mitos perfectamente definidos, como el de la bella y la bestia o la estereotipia, en bondad y belleza, del "protagonismo".

Otra tradición relacionada con el discapacitado y vigente hasta nuestros días es la de la mendicidad como profesión, que crea situaciones monstruosas, como el tráfico de niños deformes o deformados de intento para mejor mover a caridad y que posee normas perfectamente tipificadas que han dado origen a un verdadero "arte" o "ciencia" denominado Bibiatría. Unas Ordenanzas Mendicativas figuran en el Guzmán de Alfarache (Libro III, capítulo 2), y a ellas sigue, poco después, una donosa serie de tretas y de fingimientos para aparentar invalidez: "... a fin de que no se nos dijese que pues teníamos fuerzas y salud que trabajásemos".

B. Condensación. A diferencia de lo que sucede con la tradición, este proceso requiere una acción por parte del sujeto que valora. Se basa la condensación en las huellas que sobre nosotros dejan los sentimientos que experimentamos. Si un objeto cualquiera ha suscitado en nosotros determinados sentimientos, las huellas dejadas por estos sentimientos pueden acentuarse, condensarse, hasta formar un valor que, ulteriormente, pasa a ser atribuido al objeto. Tal sucede con la bandera de nuestra patria, que posee para nosotros una condensación de múltiples sentimientos relacionados con nuestros más íntimos componentes vitales. Así también el valor que tiene su viejo uniforme para el soldado retirado, como condensación de todos los sentimientos experimentados por él durante sus luchas.

De aquí la enorme importancia que tienen sobre cada uno de nosotros las lecturas, los viajes, la experiencia, la cultura en suma, como elementos formadores de condensación que van a contribuir a crearnos una personalidad propia con capacidad de valoración y abundancia de matizaciones, apta para un mejor conocimiento y una posibilidad de acción más amplia. Sirvannos como ejemplo algunos datos tomados en relación con los discapacitados. En 1953, Jansson, experto de las Naciones Unidas, demostró que los gastos efectuados por el Gobierno de los Estados Unidos durante un año para rehabilitar a los discapacitados correspondientes a este período de tiempo, son totalmente amortizados por estos mismos discapacitados en dos años y medio de rendimiento laboral normal y ello a través únicamente de los impuestos directos e indirectos devengados de ellos por el Estado. Aún más. La Cámara de Comercio americana y el Centro de Impulso Profesional de Heidelberg coinciden en el hecho de que no sólo la mayor parte de los trabajos industriales puede ser desarrollada por discapacitados, sino que el rendimiento obtenido de éstos es algo superior al que ofrecen las personas consideradas como normales. Bastará considerar estos hechos, reales y actuales, para que "condensem" nuestro concepto de "inválido" y cambie completamente el falso esquema que la tradición nos venía ofreciendo.

C. Desplazamiento. Un paso más en la mecánica valorativa permite el paso de los sentimientos y, por tanto, de las apreciaciones, de un objeto a otro, siempre que todos ellos se encuentren a la vez en la conciencia. Ejemplos de desplazamiento los tenemos en los recuerdos que conservamos de las personas queridas, o en los sentimientos de apreciación de nuestra tierra natal, sobre los cuales se transportan sentimientos de felicidad experimentados en nuestra infancia. Así surgen dos formas, tipos o especies de desplazamiento de valores: Por contigüidad, como sucede en los recuerdos de orden personal (infancia, ciudad natal, etc.) y por semejanza, como ocurre con los detalles o situaciones que nos traen el recuerdo de una persona amada.

También en el desplazamiento volvemos a encontrarnos ante el peligro de los valores impuestos, ya que, a la larga, las apreciaciones llegan a confundirse con valores originales, lo cual es especialmente frecuente en la vida social. En esto nuestra época posee indudables

ventajas en relación con las anteriores al contar con medios de extraordinaria eficacia, como son la facilidad en la difusión de las noticias y en las posibilidades de transporte, lo que nos permite el análisis de otros horizontes y otros puntos de vista. Nos enteramos de este modo de muchas cosas que para nuestros antepasados hubieran pasado inadvertidas; de formas y sistemas de vida, de hechos, en suma, de gran calidad formativa, como son el que Su Santidad Pablo VI ha dirimido a favor de Henri de Saint Julien un pleito que ha durado dieciocho años, autorizándole a recibir las Ordenes sacerdotales a pesar de tener amputadas las cuatro extremidades; que en Méjico, y ahora en España, se celebren misas para sordomudos por sacerdotes sordomudos; o que al famoso jugador brasileño de fútbol, Garrincha, no le han impedido convertirse en uno de los mejores extremos del mundo las secuelas poliomiélicas que padece en ambas extremidades inferiores.

Valga cuanto hemos dicho para que vayamos olvidando la idea romántica o picaresca del discapacitado, mendigo o truhán, que sin duda tuvo su época, indeleblemente marcada en nuestra historia y sobre todo en nuestra literatura. La idea del bufón, la del ser maligno o desagradable e incluso la del discapacitado como objeto pasivo de una caridad mal entendida. En la I Conferencia Interamericana para la Rehabilitación de Inválidos, celebrada en Méjico en 1949, se dice, entre otras cosas: "Se emplearán medios legales para evitar la explotación del mutilado, niño o adulto" (conclusión número 11). Esta corriente mundial avasalladora que trae la Rehabilitación y que consigue, por ejemplo, que en un solo año (1962) se recuperen para un trabajo activo normal 100.000 discapacitados que en otros tiempos quedaban apartados prácticamente de la sociedad, se va poco a poco imponiendo en nuestra patria y es necesario que así sea. En la España de hoy se necesitan acciones positivas, gentes activas, dispuestas a dar y están de más (siempre lo han estado en realidad) los grupos pasivos encerrados en recibir. Bastará con darle una oportunidad para que el "inválido" muestre su valor, todo su inmenso valor, en el engrandecimiento de su propio país y de la sociedad de que forma ya parte con todos los honores.

(1) "Luis Vives o el nacimiento de lo social", nunca publicado.

I-4 AUTOMARGINACION.

Lo publicó TRIBUNA MEDICA en su número 706 de 29 de Abril de 1977, con motivo de la O.M. de Febrero de este año sobre Programas Individuales de Recuperación.

Muy recientemente ("BOE" 28- II -77) ha sido publicada la orden ministerial de 16 de febrero sobre programas individuales de recuperación en el sistema de la Seguridad Social. Se estructura así la "norma que permita al SEREM una coordinación de todas las actividades centradas en torno al programa individual de recuperación", quedando constituida "la base esencial para el otorgamiento de las prestaciones recuperadoras reconocidas por el sistema español de Seguridad Social". La orden posee gran importancia y debe ser conocida por todos los médicos, aunque no sean rehabilitadores; al mismo tiempo plantea a la meditación unos supuestos muy sugerentes. Dos razones que justifican, por sí mismas, nuestro escrito.

CREACION DEL SEREM

Como es sabido, se creó el entonces denominado Servicio Social de Recuperación y Rehabilitación de Minusválidos (SEREM) en el decreto 2.531, de 22 de agosto de 1970 (artículo 22), de acuerdo con lo expresado en la ley de Bases de la Seguridad Social, artículo 20, párrafo 1, apartado d). Por decreto 2421/1968, de 20 de septiembre, se había establecido la asistencia a los menores subnormales por parte de la Seguridad Social, y a pesar de que la orden reguladora de 8 de mayo de 1970 especifica como subnormales a "ciegos; sordomudos y sordos profundos; afectos de pérdida total o en sus partes esenciales de las dos extremidades superiores o inferiores o de una extremidad superior y otra inferior; parapléjicos, hemipléjicos y tetrapléjicos; oligofrénicos, paralíticos cerebrales", a pesar de ello, repetimos, existe cierta tendencia a separar los dos términos homólogos, "subnormalidad" y "minusvalía", de forma que el primero exprese las deficiencias de orden mental y el segundo las de orden físico.

FUSION DE LOS SERVICIOS PARA SUBNORMALES Y MINUSVALIDOS

Los problemas que iban entorpeciendo de forma progresiva la labor general, quedan por fin soslayados con la promulgación del decreto 731, de 21 de febrero de 1974 ("BOE" de 20 de marzo), que fusiona los Servicios Sociales de Subnormales y Minusválidos de la Seguridad Social bajo la denominación común de servicio de Recuperación y Rehabilitación de Minusválidos Físicos y Psíquicos. Entidad cuyas actuaciones se ven ahora potenciadas por la orden ministerial reseñada al comienzo.

La figura del minusválido, sujeto auténtico de todo el proceso rehabilitador, va tomando fisonomía. El decreto de 22 de agosto de 1970, artículo primero, define a los minusválidos como "personas comprendidas en edad laboral que estén afectadas por una disminución de su capacidad física o psíquica en el grado que reglamentariamente se determine, sin que en ningún caso pueda ser inferior al 33 por 100, que les impida obtener o conservar empleo adecuado precisamente a causa de su limitada capacidad laboral".

MINUSVALIDOS SEGUN LA OMS

La OMS, en el Segundo Informe del Comité de Expertos en Rehabilitación Médica (1968), expresa que el minusválido es "la persona que presenta una disminución temporal o permanente de su integridad física o mental, de origen congénito o producida por la edad, una enfermedad o un accidente, disminución que dificulta su autonomía y su capacidad para asistir a la escuela o para ocupar un empleo".

Es la misma línea seguida por la OIT, que, en la famosa Recomendación 99 de la XXXVIII Reunión de la Conferencia Internacional de Trabajo (Ginebra, 1955), dice que minusválido "es toda persona cuyas posibilidades de obtener y conservar un empleo adecuado se hallan realmente reducidas debido a una disminución de su capacidad física o mental".

DISMINUCION DE CAPACIDAD O INTEGRIDAD

El enfoque sociológico laboral que se da al minusválido es el enfoque que hay que dar también a los diferentes aspectos de la especialización rehabilitadora, entre ellos, por supuesto, los cometidos médico y para-médico. Pero nos interesa más resaltar para nuestros fines la idea constante de "disminución de la capacidad o integridad" del minusválido, presente en todas las definiciones. Ante la porción médica del proceso rehabilitador, es decir, ante la Medicina Rehabilitadora, ¿quién es el minusválido? ¿Un enfermo? Para mí, no, rotundamente no, al menos en la mayor parte de los casos. Me he ocupado de este aspecto en diversas ocasiones. Esta va a ser una más, y presumo que todavía debe ser copiosa la aportación por parte de todos. Vamos a empezar, pues, nuestra meditación con el análisis de la posible situación de un

“no enfermo” ante una forma de Medicina que, para muchos, no pasa de ser eminentemente terapéutica. Paradoja que encierra un gran interés.

MEDIOS DEL MINUSVALIDO

El minusválido se encuentra con que los medios de ataque y de defensa que posee no son suficientes en su lucha con la vida. Necesita que su posición sea afirmada, bien incrementando sus propios medios de acción (prótesis, ortesis, silla de ruedas, perro guía), bien reduciendo el antagonismo del entorno (supresión de barreras arquitectónicas, protección social, concesión de formas especiales de trabajo). Ahora bien, el minusválido se halla en un “estado” irreversible, aunque con matices modificables a través de las técnicas rehabilitadoras, mientras el enfermo está siguiendo un “proceso” del que tiene esperanzas de salir. El primero se halla en una situación permanente, el segundo en una situación temporal. Quien ha sufrido una fractura en una pierna, el que padece una hipertensión, son lesionados o enfermos, pero si la fractura obliga a amputación, si la hipertensión determina un síndrome hemipléjico, dejan de serlo para convertirse en minusválidos y abandonan el tratamiento de su fase de enfermedad o de lesión para integrarse en la especialidad de Medicina Rehabilitadora.

EL ESTADO DE SALUD

Se nos puede decir que el amputado, el hemipléjico, no se hallan en estado de salud, y así es, pero de una forma diferente a la que antes tuvo lugar. La definición de salud que da la OMS tal vez pueda servirnos de ayuda: “Un estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades.” El enfermo pierde la salud ante la presencia de “afecciones o enfermedades”. El minusválido, porque le falta un “completo bienestar físico, mental y social”. Si bien la enfermedad es “pérdida de la salud”, hay personas que también pierden la salud a pesar de no existir enfermedad o lesión actuales. Son los minusválidos. He aquí por qué rechazamos en general al enfermo clásico, físico o mental, como posible sujeto en Medicina rehabilitadora. A lo sumo, el médico rehabilitador actuará ante ellos de una forma colateral, de simple colaboración, al revés de lo que sucede con los verdaderos deficientes estables, físicos o mentales, tributarios exclusivamente, salvo casos también especiales, de la atención rehabilitadora especializada.

La importancia de todo esto reside en que al surgir la necesidad de establecer un plan o programa de recuperación, el sujeto interesado debe aceptarlo, y esto es muy difícil si se trata de un verdadero enfermo, porque el enfermo acepta mal todo lo que no sea la curación de su proceso. El deficiente, físico o mental, llega a aceptar la situación creada y, sobre todo, el último agradece cuanto se haga por ayudarle. El enfermo, lo mismo que el que sufre una lesión, no acepta su situación, refugiándose en una eterna “esperanza terapéutica”

Esto nos lleva al importante tema de la aceptación, imprescindible en Medicina Rehabilitadora y en todo el proceso rehabilitador.

LA VOLUNTAD DEL PACIENTE EN MEDICINA REHABILITADORA

En cualquier especialidad medicoquirúrgica, el sujeto paciente puede ser intervenido quirúrgicamente, o escayolado, o sometido a electrochoques con absoluta pasividad. En Medicina Rehabilitadora nada se puede conseguir si el paciente no acepta seguir el plan impuesto, si no toma conciencia y parte en su problema. Uno de los motivos que le pueden impulsar a este rechazo es precisamente el sentirse, consciente o inconscientemente, un

enfermo, encerrándose en esperar y en exigir una curación imposible. Pero el tema de la situación creada y de las soluciones a la misma en orden a una aceptación real y sincera de los hechos, clave en rehabilitación, posee varios matices más, que vamos a intentar analizar.

Cuando cualquier minusválido acepta seguir un plan o programa de recuperación, lo mismo que cuando acepta cualquier matiz del proceso rehabilitador, acepta implícitamente vivir en las condiciones biológicas en que se halla, lo que le permite sacar el máximo partido de las mismas. La integración se produce y el sujeto se convierte en útil a sí mismo y a los demás. Por el contrario, el rechazo, la exigencia de soluciones imposibles, traduce egoísmo, puesto que la vida individual pertenece a cada uno, pero influye en los demás, y si la humanidad avanza es por una suma inmensa de valores vitales, grandes unas veces, pequeños otras, aportados por el conjunto de todas las individualidades convergentes o sucesivas. Aquellos que no acepten esta realidad y que incluso pretendan una subsistencia soportada por los esfuerzos ajenos, entran en una situación de marginación, que podemos llamar marginación voluntaria, distinta de la marginación ejercida sobre el individuo por la sociedad.

MARGINACION VOLUNTARIA

Son múltiples los ejemplos posibles de marginación voluntaria. En seguida acuden a la mente los sociópatas, denominación más adecuada que la de "psicópatas", preferida por Schneider. Muchos comportamientos sectarios sociales, políticos o religiosos tienen aquí sus raíces. Es una cadena en la que también cabe incluir a la mayor parte de los alcohólicos y drogadictos y que concluye muchas veces, como eslabón final, en el suicidio. Sin embargo, la característica esencial de los marginados voluntarios es la de aislarse en grupos, en tribus, en razas, en familias. A este respecto comenta Baroja en sus memorias del localismo y patriotería del español, para quien no hay poblado como el suyo ni organizaciones como las suyas, con lo cual no evoluciona y mejora poco. El idioma es también elemento importante de marginación voluntaria de grupos. A esto debemos el gran florecer de la novelística hispanoamericana actual y el cuidado que aquellos países ponen en su idioma, el nuestro, elemento importante de lucha, casi abandonado a este lado del mar. El investigador, el creador en general, según Javier del Amo, serían otros ejemplos de este tipo de marginación voluntaria, tan extraordinariamente nutrido y polifacético.

Pero no es esta forma de marginación la que queremos describir bajo el nombre de "automarginación". El marginado voluntario se aísla de los demás, pero no rechaza el grupo, y a veces lo busca. La marginación más grave, más conmovedora y mucho más interesante es la del individuo que trata de separarse de sí propio, la del que no acierta ni siquiera a vivir en paz consigo mismo, la del que no resiste la congruencia de su propia personalidad. Esta forma es la que denominamos automarginación. Para explicarla es necesario hacer previamente una elemental exposición de nuestra teoría psicológica, que tanto nos sirve en esa eterna búsqueda de soporte, de actitud y aun de denominación dentro de la recién nacida especialidad de Medicina Rehabilitadora. "El mundo era tan reciente —dice García Márquez— que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo." Y lo mismo sucede en Rehabilitación.

LAS TRES ESTRUCTURAS DEL SER HUMANO

A nuestro modo de ver (la idea está en San Pablo y en Plutarco y en Orígenes y en diversas doctrinas esotéricas), cada ser humano se halla integrado por tres estructuras: alma o psique, porción inmortal, hecha a imagen y semejanza de Dios y unión directa con El; soma o cuerpo, porción material y objetivable; espíritu o nous, resultado en nuestra opinión de la función celular somática, concretamente de las neuronas del sistema nervioso central. Prescindiendo de todo

intento de estudio del alma, cuyas claves todavía nos son negadas, la comprensión del ser humano ha de hacerse a través del conocimiento de soma y nous y de su integración. Llamamos "equilibrio noológico" a la interacción armónica entre lo somático (porción instrumental) y lo espiritual (porción creativa o ideativa) de la personalidad de cada sujeto. En el individuo normal este equilibrio se mantiene fácilmente, casi de manera ingenua, inconsciente. Hay sujetos en los que el equilibrio noológico exige esfuerzos conscientes, a veces intensos, aunque al final se consigue. A esta situación entendemos que corresponden los estados llamados neurosis. Por último existen sujetos que son incapaces de tolerar el equilibrio noológico, que lo rompen cuantas veces se ha llegado por acciones terapéuticas a conseguirlo y que no luchan jamás, como hace el neurótico, por mantenerlo. En este apartado se hallan los enfermos mentales, que se consideran Napoleón o Dios, porque no pueden resistir la evidencia de ser Fulano de Tal. El por qué de estas situaciones parece ser multiforme. Recordemos solamente los casos derivados de sociopatías cronicadas, como sucede con alcohólicos o drogadictos, que llegan primero desde la marginación voluntaria a la automarginación temporal, en forma de enfermedad mental, y por último a la automarginación definitiva, que es el suicidio. Citaremos, por su interés clínico y filosófico, las marginaciones segmentarias. El sujeto encuentra motivaciones que le hacen prescindir de una parte de su cuerpo, por ejemplo, una mano, una rodilla, o bien incluso se automutila. Ejemplos sugerentes, aunque llenos de matices, son los de Orígenes o Mucio Scévola.

LAS POSIBILIDADES REHABILITADORAS

Lo importante de todo esto en Medicina Rehabilitadora es que las posibilidades recuperadoras son casi nulas ante los enfermos mentales por su condición de enfermos y por su rechazo de todo posible equilibrio noológico y, por tanto, de un plan o programa individual, según establecen las disposiciones vigentes. Se acepta por algunos que el enfermo mental pueda entrar en el concepto y prestaciones de invalidez. En realidad, al ordenarse todas las misiones pertinentes y organizarse en función de una labor conjunta realizada por el SEREM, al preverse legalmente la integración social de todos los minusválidos a través de la elaboración de programas individuales, es necesario tener en cuenta la posibilidad de que existan sujetos aceptados en el proceso rehabilitador (aquellos precisamente que, en nuestra opinión, no son minusválidos, sino enfermos) que van a rechazar toda posibilidad de integración sociolaboral, anulando las posibilidades rehabilitadoras. Si el SEREM acepta estas situaciones, debe ser aceptando también unos cauces diferentes en su acción. No se trata de rechazar, sino de diferenciar. Posiblemente aquellos que se automarginan, que no se toleran, que sienten asco de sí mismos, son los mejores de todos, los más nobles. Porque, como hemos dicho en otro lugar, "manifiestan la propia opinión inconfesada que tienen de sí propios". Pero también es noble y, además, valiente el aceptar, como hace el discapacitado. En cualquier caso se hace imprescindible ordenar, colocar a cada uno en su lugar adecuado.

Estos son los motivos fundamentales de meditación que quería ofrecer a todos los médicos, especialistas en rehabilitación o no. Como dice Khalil Gibran, "la verdad necesita de dos hombres para ser descubierta: uno para decirla y otro para entenderla". Incluso una verdad a medias puede provocar la aparición de otras verdades enteras, con lo cual la misión planteada habrá sido cumplida.

I-5 MINUSVALIDOS PSIQUICOS Y ENFERMOS PSIQUICOS. ENSAYO PARA UN EXAMEN DE COMETIDOS.

Escrito en 1977 vio la luz en 1983 en MINUSPOPT, números 50 y 51.

Contiene un matiz de homenaje a la figura de Juan Huarte de San Juan.

Minusválidos Psíquicos y Enfermos Psíquicos. Ensayo para un examen de cometidos

La sabiduría popular puede resultar algunas veces errónea, pero es siempre aguda. Su expresión típica, entre nosotros, es el refrán, equivalente en tono menor a la máxima, el proverbio, el pensamiento. Ahora bien, la sabiduría popular tiende a lo establecido, lo acostumbrado. Dicho de otro modo, al tópico. Cabe preguntarse cómo atacaría el pueblo llano las estereotipias, los hábitos que, normalmente, tiende a defender. Sin duda, haría refranes más o menos certeros que suavizasen afirmaciones de otros más antiguos. "La costumbre no es maestra, pero ayuda a hacer cosecha." O bien, "el hábito siembra coles, el ingenio sólo honores". Admitiendo que "la costumbre no hace fuego, aunque mantiene el brasero" o que "la costumbre no hace adeptos, pero da fuerza a los necios".

Lo habitual es que nadie ataque, sin embargo, los saberes populares establecidos. Como si dijéramos, "la costumbre y el dinero no gustan de tiempos nuevos". El hombre suele temer que sus normas, su forma de vida, todo aquello en que basa su estabilidad se derrumbe si cambia. No advierte que lo que más muda no son las situaciones, sino la manera de enfocarlas. Lo que ha cambiado no es el paisaje, sino la mirada. Por el paso del tiempo, como cambia el punto de vista de un niño al ir creciendo. Es curioso que en esto resulta la mujer la más conservadora. En una ciencia, en un arte que comienzan, en un nuevo enfoque, es difícil encontrar mujeres que apoyen el cambio. Cuando lo hacen son las más eficaces, pero lo normal es que se opongan, luchen por mantener lo estatuido, por explicar las tendencias nuevas a través de concepciones viejas. Mucho más que el varón.

Hoy día los minusválidos empiezan a ser considerados en el concierto social. Antes no. Este "antes" tiene una fuerza tremenda en Medicina, porque lo único que se admitió, hasta el momento, en cuestiones de salud, fue al enfermo, "que se considera que es todo aquel que no se encuentra sano". El minusválido es un enfermo extraño, distinto, pero bien es verdad que no se encuentra del todo sano. Como la medicina está para curar enfermos y los minusválidos resulta que necesitan también de ella, la falsa consecuencia se reafirma y el minusválido se ve homologado al enfermo, por libre que se halle de enfermedades. En este trabajo pretendemos una breve revisión del problema en un intento de aclarar algunos aspectos relativos a lo que son un minusválido y un enfermo. Vamos a utilizar para ello uno de los aspectos de minusvalía menos conocido y más castigado por la tendencia natural al anclaje retrógrado: El de los minusválidos mentales, también llamados psíquicos, en relación con los enfermos mentales o psíquicos. Vaya por delante la afirmación categórica de que preferimos el término "mental" y que si utilizamos en el título la denominación "psíquico" es por concesión, una vez más, a la costumbre establecida. Sólo concesión, porque, sin duda, "crecer y cambiar de maneras hacen al hombre y le dan ideas".

En el complejo entramado de factores que conforman la "total, polifacética" (1) personalidad humana, confluyen tres circunstancias: Individuo, Ambiente y Tiempo. Es decir, persona, entorno y momento cronológico del devenir evolutivo de cada individuo. De hecho, Individuo y Entorno se integran en una unidad o identidad inseparables, expresada en la famosa ecuación letamendiana:

$$V = I \cdot C$$

Donde V es vida, I individuo y C cosmos (2). El factor temporal, T, representa el enfoque cronológico vivido en cada etapa por la unidad indisoluble (I · C). A lo largo de estas etapas pueden surgir situaciones de anomalía que se conocen con el nombre de "enfermedad". Estas situaciones interfieren sobre el estado ideal de "salud" y dan origen a lo que llama Laín Entralgo (3) "el dilema sano o enfermo".

Este "dilema" constituye un dualismo más que se añade a los muchos en que el hombre se ha movido durante siglos. En Ciencia. En Filosofía. En postura mental ante la vida. El danés Niels Böhr, descubridor de la reacción en cadena, viene a mostrarnos, con su teoría del "concepto complementario", una nueva postura de enfoque. Un "tanto así como también" (4) que permite la prudencia de aceptar concomitancias y rechazar antagonismos y antinomias: "Un fenómeno puede tener, y lo tiene a menudo, más de dos aspectos complementarios. Nuestro dilema, ante las aparentes contradicciones, puede ser artificioso o bien estar debido a una definición incompleta de los conceptos. Sólo la síntesis de las varias descripciones complementarias nos permitirá todos los conocimientos que es posible obtener acerca del objeto que se estudia" (4).

Veamos qué sucede al analizar cada uno de los términos de este aparente dilema sano-enfermo cuando no se acepta del todo la idea de un dualismo antagónico o intocable.

Comencemos por el concepto "salud". Desde el punto de vista fisiológico encuentra Laín (3) "cuatro significativos epítetos "para explicar lo que representa el "estar sano": El "estado de salud" es, a la vez, "justo", "puro", "bello" y "proporcionado", epítetos que el autor toma del Cuerpo Hipocrático. "La justicia cósmica, la pureza, la belleza y la recta proporción son, para un hipocrático, notas constitutivas de la salud" (3, pág. 186). Pero es este un concepto casi estético. Un concepto que, precisamente, cuadraría bastante bien a muchos minusválidos. Si a alguien le falta salud, parece predecir la Medicina Hipocrática, es al minusválido, lo cual va claramente contra nuestro propósito.

Prescindiendo, por incompletos, de los logros doctrinales de otras épocas, hay que esperar a 1948 para que la Organización Mundial de la Salud exprese claramente, según tomamos de (5), que "salud es un estado de completo bienestar, físico, mental y social y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades". Esta bella y humana definición hace que, por primera vez, empiece a estar claro el concepto "situación del individuo ante la vida", tal como apuntara genialmente Letamendi, base inicial de la definición "individuo minusválido". Porque este enfoque situacional permite huir de lo absoluto, concede posibilidades de gradación, flexibiliza, en suma, la rígida concepción antigua. "hemos llegado (5) a una idea clave, como es la necesidad de proveer de bienestar físico, mental y social a todos los hombres". Una conquista, sin duda, muy significativa en el ámbito rehabilitador.

El otro factor del antiguo dualismo hipocrático es el denominado "enfermedad". Enfermedad (3) es "desorden o alteración, de una realidad compuesta por varios elementos". "Desigualdad", "alteración morbosa del flujo del neuma a través de los canales por los que en el cuerpo se mueve", resultado de "diferencias de los componentes elementales del organismo humano" (3, págs. 192 y 193). "La enfermedad (3, pág. 220) perturba la vida entera del enfermo". Sus signos son, muchas veces, locales, pero ella es siempre "de todo el cuerpo", concepto, este último, tomado del "Cármides" de Platón. En efecto, una fiebre reumática produce dolores articulares, carditis, nefropatías. Una salmonelosis cursa con síntomas intestinales, pero también con fiebre y postración. Una fractura incapacita al individuo de manera parcial y a veces total.

Sin necesidad de más análisis, las diferencias con las situaciones de minusvalía se muestran claras. El hemipléjico no se halla ya en coma, como cuando sufrió el ictus. El amputado, el ciego, el parapléjico, no tienen más peligro de padecer una carditis, una nefropatía, una diabetes, que cualquier otra persona. Los deficientes mentales rebosan, en general, de salud, si nos atenemos al concepto clásico de "noxa". De nuevo vuelve a surgirnos, en todos ellos, la idea de "situación" ante la vida. Pero hay algo más que puede llevar a confusión. También la de enfermedad es una "situación". Antes de sacar conclusiones profundicemos un poco más en este aspecto.

Es evidente que las situaciones de minusvalía influyen también sobre el sujeto de una manera holística, total. Pero hay una diferencia y es que la enfermedad actúa de un modo procesal, reactivo, "humoral", que dirían los hipocráticos, en tanto que la minusvalía afecta al individuo todo, en un sentido antropológico. La minusvalía procede siempre sobre esa unión Fisiología-Psicología que es la clave de comprensión de ese "ser vivo del que nos ocupamos en Medicina" (6) "Un ser "racional" que, por tanto, es un "individuo" (indiviso) "humano"" (6). Pero continuemos con el análisis de las situaciones de enfermedad.

El concepto de enfermedad por "noxas" (daños) orienta hacia la posibilidad de que exista una constelación causal ligada al entorno y permite expresiones matemáticas como la de Hueppe, recogida por Nóvoa Santos (7): $E = A \cdot (P + P')$. Siendo E enfermedad, A agente patógeno, P predisposición natural y P' predisposición adquirida hacia una determinada enfermedad. "Para que se desarrolle la enfermedad (7, tomo I, pág. 8) se precisa, desde luego, la intervención de causas patógenas extrínsecas, pero se requiere, además, la existencia, por parte del organismo, de una disposición particular que le haga asequible a las influencias perniciosas citadas." Nada de esto sucede en situaciones de minusvalía. Si quisieran buscarse para ellas fórmulas de expresión matemática podrían ser así: En primer lugar $M = C/I$, donde M es minusvalía y C cosmos o entorno en que I, individuo, se mueve. Como el minusválido es un tipo especial de I cabría representarle por I_m , y dejar como fórmula definitiva $M = C/I_m$. El incremento de I, en un sentido de capacidad o aptitud, conlleva una disminución proporcional del grado de M. La única relación de M con E sería la que se derivase de ser a veces aquella consecuencia de ésta. Una relación temporal, fruto de una acción que ya ha pasado. Sincronismo, dijo Einstein, es un concepto relativo. En ello se apoya Rascio, al que hemos citado otras veces (8), para separar los conceptos de enfermedad y minusvalía: "En la primera, el momento generacional del daño está dinámicamente en acción, mientras que en la invalidez está inactivo" (8). De aquí la diferencia de comportamiento ante el médico del enfermo y el minusválido. El enfermo pide siempre que se le cure. El minusválido, somático o mental, que se le acepte. No parece necesario insistir más en este aspecto.

El concepto letamendiano de enfermedad merece, a su vez, algún comentario. Enfermedad es "un modo de vivir malo, deficiente y aflitivo" (2). De los tres caracteres letamendianos el primero y el último no pueden ser aceptados en una verdadera acción rehabilitadora. Queda el segundo, deficiencia, carácter fundamental de la minusvalía que busca ser atenuado en Rehabilitación. También las situaciones de enfermedad podrán tener siempre algún matiz de deficiencia, pero a ello se añade siempre algo más que no puede existir en un mundo bien organizado para el minusválido. Apoyándonos en las fórmulas anteriores, la deficiencia surge cuando es I el afectado en sí mismo y en su proyección en C. La enfermedad cuando es C el que presiona sobre un I que antes no presentaba ninguna alteración. En suma, enfermedad es un accidente surgido en situación de normalidad y susceptible de ser anulado (curación). Minusvalía es situación perenne, excepto en lo que pueda hacerse sobre la imbricación I-C en Medicina Rehabilitadora y a lo largo de todo el proceso rehabilitador.

De nuevo nos encontramos con el factor tiempo. ¿En qué momento surge la enfermedad? ¿Y si lo hace antes de que el individuo nazca? Tal vez así, en un sentido temporal lleguen a coincidir

enfermedad y minusvalía. El tema habrá de quedar para otra ocasión, pero puede decirse que, aún en casos en que lo patológico ha actuado antes del nacimiento, la enfermedad va a manifestarse para siempre como secuela; es decir, como real minusvalía. Y ello también, en gran parte, porque las alteraciones han tenido lugar antes de que se estableciera la que podemos llamar "identidad social" del sujeto.

En definitiva, hemos llegado a una conclusión: Ante los minusválidos nos encontramos alguna vez con un tipo especial de "enfermo", pero casi siempre estamos ante un "no enfermo" (5) que, sin embargo, necesita de la Medicina. Una forma especial de Medicina llamada Medicina Rehabilitadora. Que, además, precisa de atenciones no médicas, de tipo social, psicológico, laboral, etc. Todo ello componiendo el proceso rehabilitador.

En efecto, la integración de los minusválidos se cumple solamente cuando la sociedad acepta su presencia. De este modo la situación de minusvalía se atenúa y puede llegar a desaparecer. En un mundo de hemipléjicos, por ejemplo, el hemipléjico sería un ser normal. Lo mismo sucedería en sociedades en que predominaran los ciegos, los sordos, los parapléjicos. En definitiva, cualquier minusválido es normal en un mundo de minusválidos pero también lo es si se permite su integración sin reservas en un mundo llamado normal. De aquí que una de las misiones más definidas en el proceso rehabilitador sea el ajuste apropiado entre individuo y entorno. Es la única posibilidad de convertir, por ejemplo, a los minusválidos mentales en ciudadanos normales.

Con esto llegamos al meollo de nuestro propósito. Una vez admitida la diferencia existente entre enfermo y minusválido desaparecen las posibilidades de confundir a los minusválidos mentales con los enfermos mentales. Psiquiatría y Medicina Rehabilitadora pierden todo contacto. Aquella, destinada a atender enfermos mentales. Esta, cumpliendo su misión de aproximar a la normalidad a sus clientes los deficientes mentales. Los enfermos mentales no son motivo de confusión. No pueden tener cabida en Medicina Rehabilitadora al ser ellos mismos los que rechazan la integración. Los que se automarginan (12). El psiquiatra a su vez juega en Rehabilitación un papel análogo al representado por cualquier médico no rehabilitador. Su papel, como decimos en otro lugar (13) es el de "mejorar las técnicas psiquiátricas para que el enfermo mental" llegue a convertirse "en sujeto y circunstancia de una auténtica secuela tributaria de rehabilitación", si es que ello es posible. Sólo en este sentido cabría hablar de algo tan quimérico y remoto como sería una "rehabilitación del enfermo mental". Hablar de "enfermos psíquicos" en una "Guía de Centros y Servicios para Minusválidos Psíquicos" como la editada en 1979 por el SEREM es, sin paliativos, un gran lapsus.

Estas afirmaciones no hacen sino esbozar el verdadero problema. Hablábamos párrafos atrás de la unión entre Fisiología y Psicología como clave antropológica de la persona (6). Rof cita una frase de la Condesa de Noailles: "Cuando un enfermo os llame a su cabecera, consultadle" (9, pág. 51). La separación de ambos fenómenos, fisiológico y psicológico sólo tiene interés doctrinal, de estudio analítico. Pero no es admisible en la vida reconocida como normal. Más bien hay que pensar que ambos fenómenos son reflejo de la misma estructura biológica manifestados en niveles diferentes. Sí que cabe la separación, en cambio, en el ámbito de la Patología, como sucede en casi todas las especialidades medicoquirúrgicas. Jaspers (10) llama "fenomenología" a "las manifestaciones subjetivas de la vida psíquica enferma". Un aspecto más que separa los conceptos de enfermedad y de minusvalía.

Si concluimos que la Psiquiatría, especialidad de la vida psíquica enferma, no tiene cabida en Rehabilitación y, sin embargo, defendemos la necesidad de un conocimiento psicológico suficiente en esta última, algo habrá que hacer. Lo que se busca en Rehabilitación es un equilibrio, que hemos llamado "noológico" (5) entre los factores somáticos y los espirituales. Entre lo ideativo y lo manifestativo. Lo espiritual, lo ideativo, se convierte así en vertiente imprescindible de acción, en elemento vital para el desarrollo evolutivo de niños con deficiencia

mental. Para regular esta evolución se cuenta en rehabilitación, además de con el médico, con los clásicos técnicos paramédicos: Técnico ortopédico, logoterapeuta, terapeuta ocupacional y, sobre todos, cinesiterapeuta, mal denominado oficialmente, rebajando su categoría, fisioterapeuta. Pero hacen falta también expertos en Psicología. La psicología especial de los minusválidos, que busca su engarce en el entorno.

Esta misión, acaso por defectos de enfoque doctrinal, no la cumple el psiquiatra. "La psicología (10, pág. 17) estudia la llamada vida psíquica normal. Un estudio de la psicología es para el psicopatólogo tan necesario en principio como un estudio de fisiología para el anatomopatólogo". La mala orientación dada a la psicopatología y, por ende, a la psiquiatría, impide que esta premisa se cumpla, en la única excepción de todas las especialidades médicas destinadas a curar. Añade Jaspers: "La psicopatología elabora mucho que no es tomado todavía en lo "normal" correspondiente por la psicología". De este modo, "el psicopatólogo, buscando en vano consejo en la psicología, tiene que hacer su propia psicología". (10, pág. 18). Sin entrar en profundidad en el tema diremos que aberraciones actuales como las denominadas "psicomotricidad" y "estimulación precoz" tienen su base y su justificación en esta laguna.

La conclusión es clara. En Rehabilitación, el psicólogo tiene un gran papel que cumplir, complementando la labor del médico rehabilitador y de los técnicos paramédicos del equipo. El psiquiatra no cuenta en absoluto. Su misión es muy diferente y no haberlo visto así deriva de quienes han confundido al deficiente mental con el enfermo mental, astros de mundos muy distintos. Incluso un cuerpo de doctrina tan poco coherente como las llamadas "Tablas A.M.A." reconoce (11, pág. 297): "Deficiencia mental (retraso mental) —La deficiencia mental suele ser más un defecto que una enfermedad, en tanto representa el fallo de una persona para desarrollar un nivel adecuado de capacidad intelectual desde su nacimiento o desde una edad temprana". La confusión, sin embargo, se repite a lo largo y a lo ancho de las referidas Tablas, que intentan medir síndromes en lugar de calibrar situaciones de minusvalía. Todo por faltar esa perspectiva, sobre la que tanto insistimos, que permite distinguir entre deficiencia y enfermedad. Por no ser capaces de cambiar costumbres antiguas.

El razonamiento queda hecho. Seguramente es cierto pero, como nos enseñó Niels Bohr, también puede ser cierto su contrario. Circunstancias que parecen irreconciliables pueden no serlo si se busca el tronco común del que ambas proceden. Por ejemplo, ser todos, minusválidos o no, seres humanos. La mano derecha no es sino la mano izquierda vista en un espejo. El factor común es fácil en Rehabilitación: Una afirmación de todos los minusválidos como seres humanos. Algunas otras personas pueden beneficiarse de esta labor. Por ejemplo algunos enfermos, como los mentales. Es lícito y puede resultar bello. Pero será siempre simple corolario de nuestro esfuerzo directo y primordial, nunca al revés. Basta con razonar para comprenderlo. Razonar es, a veces, lo único, pero también lo menos que podemos hacer cuantos pretendemos conseguir algún bienestar para esos no -enfermos necesitados de Medicina a quienes llamamos Minusválidos.

BIBLIOGRAFÍA

- 1.— G.W. ALLPORT: "Psicología de la personalidad". Edit. PAIDOS, Buenos Aires, 1970.
- 2.— R. FORNS: "La reforma de la Medicina de Letamendi ante la ciencia actual". Folia Clin. Internac., 17, num. 12, Dicbre. 1967, pág. 606.
- 3.— P. LAIN ENTRALGO: "La Medicina Hipocrática". Ediciones Revista de Occidente, Madrid, 1970.
- 4.— S. CLEMMESSEN: "Fisioterapia y Ciencias Físicas modernas". Segundo Congreso Internacional de Medicina Física. (Sin más referencias).
- 5.— R. HERNANDEZ GOMEZ: "Medicina rehabilitadora". Medic. de Madrid, X, 2, Febr. 1976, pág 17.

- 6.— A. OROZCO ACUAVIVA: "Nomenclatura en Rehabilitación". REHABILIT. 5,3, 1971, pág. 275.
- 7.— R. NOVOZ SANTOS: "Manual de Patología General". Madrid, 1948.
- 8.— R. HERNANDEZ GOMEZ: "Los otros minusválidos". MINUSVAL, num. 23, Marzo 1978, pág. 4.
- 9.— J. ROF CARBALLO: "La Medicina actual". Edit. Barna, Barcelona, 1954.
- 10.— K. JASPERS: "Psicopatología General". Edit. Beta, Buenos Aires, 1963.
- 11.— Guías para la Evaluación del Menoscabo Permanente. Asociación Médica Americana. Comité para la Evaluación del Menoscabo físico y mental. SEREM, Madrid, 1974. Edición especial de la "Revista Española de Subnormalidad, Invalidez y Epilepsia".
- 12.— R. HERNANDEZ GOMEZ: "Aubmarginación". Tribuna Médica, 706, Abril 1977, pág. 13.
- 13.— R. HERNANDEZ GOMEZ: "Psicomotricidad en la rehabilitación del enfermo mental". Medic. y Cir. Auxiliar, 35, Enero 1974, pág. 20.

I-6 LOS OTROS MINUSVALIDOS.

Apareció en MINUSVAL, en su número 23, de Marzo de 1978, como parte de un trabajo conjunto sobre el tema.

Los "OTROS" MINUSVÁLIDOS

La sociedad ha comenzado a aceptar a los minusválidos. La idea de esta aceptación de su existencia, va tomando forma de modo paulatino, pero esto obliga, una idea sobre otra, a que también tome forma la idea de minusválido. Lo cual, en aparente paradoja, es bastante más difícil. El ser humano propende a la concreción y en este caso lo concreto es la aceptación, en unas tareas comunes y claras, de unos seres de entidad poco clara, llamados unas veces minusválidos y otras subnormales, porque la necesidad de concretar lleva incluso a cisurar la entidad indivisible denominada hombre.

El pretender hablar de "otros minusválidos" obliga al conocimiento previo de la entidad "minusválido". Vamos a intentar este conocimiento, en lo posible, a través de un ensayo de análisis en profundidad de hechos y de situaciones. Buscando lo conceptual a través de enfoques globales, prescindiendo de lo detallista, lo superficial, lo epidérmico. Tratando de evitar la rutina, el tópico. La apariencia.

1. DEFINICION INTEGRAL DE MINUSVALIDO

Dar un concepto de minusválido es dificultoso. Se trata de seres humanos con características especiales. Su definición está hecha al decir esta afirmación, seres humanos. Las características darán una visión parcial del sujeto definido, nunca una visión global, totalitaria. Sería como definir al finlandés, al chino o al habitante de los mares del sur. Por eso solamente son claras las definiciones parciales, de punto de vista, de enfoque. La definición médica: Persona alterada en la aptitud que como humano le corresponde. La definición jurídica, legal: Pérdida de la función psicofísica en un grado determinado, por ejemplo, 33 por 100. Pero las características personales son relativas y, en el fondo, meros matices. La norma es, así mismo, pura relatividad. En un mundo en que predominen los hemipléjicos, ser hemipléjico constituirá la norma y el

“diferente” será el no hemipléjico. Y hemipléjico y no-hemipléjico serán, seguirán siendo, los dos, individuos, es decir. “indivisos”, humanos.

Sin embargo, el minusválido; como el que habita una localidad o desempeña una concreta actividad profesional, se halla en una “situación”. Una situación particular que, sin embargo, le influye de manera total, personalística, antropológica. La figura particular se aclara en función de este engarce situacional y solamente al tenerlo en cuenta. Valga el ejemplo del profesional excelente como ingeniero, arquitecto o médico que, sin embargo, no está capacitado y, sobre todo, no está autorizado, para ser piloto de líneas aéreas. La mayor parte de los humanos somos minusválidos en tanto a la norma “piloto de líneas aéreas” y dejaríamos de serlo si se nos preparase en tal sentido, incluyendo la corrección perfecta de nuestras deficiencias visuales o auditivas. Esto nos da una clave general que es también clave particular en Medicina rehabilitadora: Cabe actuar sobre el individuo y a la vez sobre el entorno en que éste se desenvuelve, para mejorar la relación respectiva (1). Hasta conseguir un desempeño que sin las pertinentes acciones rehabilitadoras no llegaría nunca a ser posible.

Esta relación individuo-entorno permite un enfoque situacional cuya valoración va a dar fisonomía al minusválido. El concepto de minusválido solamente puede venir de aquí, del análisis de las diferentes situaciones posibles de minusvalía. Las situaciones de minusvalía sí que son definibles, susceptibles de calibración, aptas para una actuación correcta de todo el equipo rehabilitador sobre el factor individuo y sobre el factor entorno en que éste ha de desenvolverse. Desde esta forma de enfoque se muestran claras las diversas formas de minusvalía, así como las ramas correspondientes a cada una en Medicina rehabilitadora: Minusvalías de aparato locomotor, que competen a la denominada Medicina Ortopédica. Minusvalías del lenguaje, tributarias de formas de especialización medicorrehabilitadora denominadas Logopedia y Foniatría. Minusvalías mentales, que competen al médico rehabilitador y en cierto modo al psicólogo. Minusvalías sensoriales. Minusvalías mixtas. Y junto a ellas, otras formas discutibles: Minusvalías respiratorias. Minusvalías cardiocirculatorias. Minusvalías metabólicas.

Esta clasificación, que no pretende ser exhaustiva, es ofrecida con carácter orientativo. El concepto de “situación de minusvalía” permite afrontar una definición de Minusválido: Individuo que necesita para su desenvolvimiento en la vida un determinado reajuste entre su persona y el medio sociolaboral en que este desenvolvimiento va a tener lugar.

El enfoque situacional “en función de”, nos ha permitido obtener (2) un sistema de valoración de minusvalías, aceptado por el momento en el mundo del deporte, cuya concepción básica se enfrenta al criterio de valoración de síndromes, extendido desde la aceptación de las Tablas A.M.A. Pero esta circunstancia nos lleva a plantear, na vez más, un problema de máxima envergadura: La relación entre los conceptos “enfermedad” y “minusvalía”.

II. MINUSVALIA Y ENFERMEDAD

El hombre ha tendido siempre a buscar un apoyo a su razonar en situaciones duales. Pensar en ‘contrarios’, en ‘opuestos’, aclara, porque permite apoyar un concepto en otro, como se hace con las dos ramas de una escalera de mano. Pero hace caer en el dilema y con ello en la necesidad de tomar partido. Uno de los más antiguos y más preocupantes es el que llama LAIN (3) “el dilema sano o enfermo”. “Salud” y “enfermedad” son antinómicos. Cada uno obliga, para pervivir, a la ausencia del otro. Sin embargo, en 1948 (1) declara la Organización Mundial de la Salud que salud es “un estado de completo bienestar físico, mental y social y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”. La idea del individuo en una “situación ante la vida” se muestra con claridad. Un nuevo concepto, el de “salud social”, ha hecho aparición. Salud ya no es sólo contraposición de enfermedad. ¿Qué ha sucedido, entre tanto, con el concepto antagónico “enfermedad”, durante tantos siglos inseparable?

Para los hipocráticos, la enfermedad es la “alteración morbosa del flujo del neuma a través de los canales por los que en el cuerpo se mueve”. (3). Para el canadiense Hans SELYE, en

nuestros días, la agresión ("stress") ambiental obliga al organismo primero a responder defendiéndose ("reacción de alarma") y por último a adaptarse ("reacción de adaptación"); un fallo en estos mecanismos constituye la enfermedad. Entre ambas concepciones hay un largo camino de hallazgos, de anhelos, de fracasos, de dudas. En este mismo camino nos hallamos ahora sin poder hacer otra cosa que seguir recorriéndolo. Detenerse es, tal vez, lo único que no va a ser perdonado.

De entrada, queda claro que el individuo necesita efectuar un ajuste, tanto en situaciones de minusvalía como en situaciones de enfermedad. Situaciones ambas, sin duda. Situaciones ante la vida, lo mismo que el desempeño profesional o la elección de estado. Pero ante la enfermedad el individuo defiende su propio medio interno, su "homeostasis", como la llamó CANNON, en tanto que ante la minusvalía lo que defiende es su localización, su derecho a ocupar una plaza entre los demás. Lo cual está más cerca de la situación profesional o del estado social que la enfermedad. En la enfermedad el organismo lucha y los demás, sobre todo el médico, ayudan en la lucha. En la minusvalía el organismo acepta sin que nadie o casi nadie ayude de verdad, creando incluso motivos de lucha. El enfermo se defiende de su enfermedad. El minusválido, muchas veces, de sus semejantes. En una comparación simple cabe decir que la enfermedad ataca al hombre en lo humoral, mientras la minusvalía le ataca en lo social.

Los matices de separación no son siempre fáciles, sin embargo, y en ello juega, sobre todo, la falta de costumbre. Nunca la Medicina, la Sociedad toda, enfocaron el problema de los minusválidos bajo el prisma que, muy poco a poco, se va imponiendo en el mundo entero. Hasta ahora puede decirse que han predominado de manera abrumadora las quejas sobre las soluciones, las reivindicaciones sobre los soportes doctrinales. Y ello se debe a ese gran enemigo del progreso llamado costumbre, que envuelve y anula a los propios interesados. Rodrigo RUBIO, en su bello libro "Minusválidos" (4) se muestra preso de esa organización impuesta, previa a la solución que hay que encontrar: "Con los ojos serenos en Lourdes se puede hablar con Dios y a la vez decirle palabras duras a los hombres". El intuye que no es un enfermo y, sin embargo, llama muchas veces enfermos a los minusválidos. Al hacerlo es como si lanzara un grito de dolor y de protesta, pero la afirmación le surge, casi sin darse cuenta: "El deficiente no quiere ser un enfermo, sino un hombre". "Recibe humillación al ser tratado como un niño", dice, y recuerda a Bertrand RUSSELL: "Si damos de comer a un niño que puede hacerlo por sí mismo preferimos nuestra influencia a su bienestar". En el alma de todos los minusválidos está clavada la caridad oficial, la cuestación pública, la subasta de alto nivel, la tómbola benéfica. Y los grupúsculos inoperantes, las asociaciones, las entidades de rocácea, medieval beneficencia, formando entre todas una sopa de letras vacías y amargas que no consigue alimentar a nadie.

El minusválido, en general, no es un enfermo, aunque existen situaciones límite que analizaremos más adelante. Se trata, como hemos dicho en múltiples ocasiones, de un "no-enfermo" necesitado de medicina (1). MORAGAS (5), sin entrar en el problema, analiza los modos por los que se puede entrar en minusvalía. Uno de ellos es "suprimiendo una enfermedad". Mucho más explícito es RASGO, citado por MARTI BUFILL (6). Enfermedad y minusvalía son situaciones diferentes; "en la primera el momento generador del daño está dinámicamente en acción, mientras que en la invalidez está inactivo". También las tablas A.M.A., a pesar de su incoherencia y falta de sistema definen la deficiencia mental de manera muy acertada: "La deficiencia mental suele ser más un defecto que una enfermedad, en tanto representa el fallo de una persona para desarrollar un nivel adecuado de capacidad intelectual desde su nacimiento o desde una edad muy temprana".

La entidad del minusválido como sujeto social ha venido a tomar forma, sin damos cuenta, de una manera biográfica, vital, independientemente de cualquier intento definitorio. Su único problema está en que tiene dificultades para desempeñar las misiones que a todos nos están

recomendadas. La palabra inglesa "handicapped" parece ser que deriva de la unión de "hand", mano y "cap", término de origen hispano ("capa") que en inglés significa gorra, bolsa. Al cerrar un trato se introducía la mano en la bolsa de las monedas, "hand in cap", lo cual marcaba ventaja o desventaja según el punto de vista y el negocio que se hubiese concluido (7). La desventaja, para el minusválido, siempre ha estado en su desemejanza con los demás, lo cual le ha creado incluso problemas de carácter estético. En la actualidad, en que la sensatez y la cordura se van imponiendo sobre la costumbre y el desconocimiento, puede suceder al revés, de tal modo que los minusválidos que no aparenten serlo van a carecer de las ventajas dadas a los demás. Porque existen personas que no alcanzan el concepto legal de minusvalía y que, sin embargo, poseen alguna dificultad para desenvolverse en una vida activa. Son los minusválidos inaparente; los "otros minusválidos" de que se ocupa todo este trabajo. Vamos a analizar su problemática en el siguiente apartado.

III. MINUSVALIAS INAPARENTES

De nuevo se halla en la rutina, en el tópico, la verdadera dificultad. La fuerza de choque, en el proceso rehabilitador, es el médico, pero se le sigue encasillando. Los padres de niños paráliticos cerebrales se asombran al saber que también trato de deformidades de columna o hemiplejías, y al revés. La idea de "situación de minusvalía", remanso común en que se derraman fuentes de muy diverso origen, se les escapa por completo y prefieren aferrarse a lo estereotipado. Y siguen llevando al mongólico al pediatra, no por mongólico, sino por niño, privándole de las posibilidades que ofrece la Medicina rehabilitadora. La idea "traumatológica", bastante arraigada, entorpece sumamente la comprensión general. Recientemente hubo que elegir, en determinado Gabinete del SEREM, un médico, siendo imposible conseguirlo rehabilitador. Entre las dos opciones posibles había un traumatólogo y un médico general. Mi consejo, que fue seguido, orientaba hacia este último. La polivalencia de las situaciones de minusvalía hace mucho más útil, cuando no se dispone de un verdadero especialista, a un médico general que a un especialista en traumatismos, precursor, en el mejor de los casos, de una única situación parcial. Sin embargo, hubo hasta alguna protesta. El hombre es lento y reactivo a lo nuevo, lo cual no parece haber tenido gran influencia en la marcha de la humanidad, puesto que ésta ha seguido, y sigue, y seguirá avanzando hacia una meta ignorada pero intuitiva. A pesar de errores como el que ha dado lugar a ese concepto minimizado y casi mágico de la Rehabilitación, que ha extendido la curiosa frase "hacer rehabilitación", comentada por nosotros no hace mucho en esta misma publicación (8).

En un mundo de tópicos y de apariencias como el actual puede resultar útil ocultar una deficiencia. Sé de muchos que lo hacen. Pero lo falso se vuelve siempre contra su promotor para convertirlo en víctima. Uno de los factores básicos en Rehabilitación es el saber aceptar: "Señor, dame serenidad para aceptar lo irremediable, valor para cambiar lo remediable y sabiduría para apreciar la diferencia". Lema que sigue siendo necesario recordar. Aceptación general. Del minusválido por una parte, de la sociedad por otra. Lo mismo que uno y otra deben aprender a luchar contra lo remediable. De esta aceptación vienen, van viniendo, una serie de ventajas a las que la legislación está dando forma. Pero siempre que la situación de minusvalía sea reconocida "oficialmente". Lo que se llama "condición de minusválido". De otro modo las ventajas desaparecen. El que ocultó, el que disfrazó, el que no tuvo valor para aceptar, sufre la frustración de perder lo que le corresponde. Tal vez pague un pecado de cobardía. Pero hay muchos que se encuentran en situaciones de minusvalía inaparentes ante los ojos de los demás. Que han aceptado, que han clamado y que no han sido oídos porque no daban la medida de la norma legal o porque la inconsciencia general o bien no concedía ninguna importancia a su problema o bien dictaminaba el apartamiento total. Dictamen que era emitido, casi siempre, en alas del tópico, la rutina y el sentir general.

De este modo viene a resultar una especie de "raza distinta" de minusválidos. Que no son minusválidos porque no alcanzan la "condición" legal, pero cuya capacidad está alterada o va a estarlo en cualquier momento. Son, entre otros, los postinfartados de miocardio, los hemofílicos, los epilépticos, los deficientes mentales de grado leve, los que padecen una determinada discapacidad ortopédica, metabólica o dermatológica. los nefrectomizados. Y también los insuficientes renales y los afectados de procesos crónicos de aparato respiratorio, con lo cual volvemos a rozar el problema de la enfermedad. Concretamente, de la enfermedad crónica.

La característica fundamental de la enfermedad crónica es su pervivencia. Se mantiene en el tiempo, "cronos", con fases de agudización y periodos de aparente mejoría. Esto puede darnos la clave. Se aproxima unas veces a la fase de secuela y, por tanto, a la situación de minusvalía, o vuelve a "entrar en acción" la causa "generadora del daño". En cuanto a su vecindad con la minusvalía, la enfermedad crónica se mantiene en el tiempo o cambia al modo que lo hacen las secuelas, es decir, de una manera paulatina. En cuanto a su condición de enfermedad entra en periodos, en "momentos", en que "la acción generacional del daño" vuelve a estar súbitamente en primera línea. (RASCIO). De entrada, ninguna enfermedad "es" minusvalía aunque muchas enfermedades "generen" situaciones minusvalidantes. Pero existen procesos que, por su evolución lenta en el tiempo, o por presentar períodos intermedios estables de secuela, desembocan en situaciones limítrofes a las de minusvalía. Es papel del médico rehabilitador detectar estos momentos de agudización para orientar al paciente hacia el especialista adecuado. Un ejemplo claro es el del enfermo mental. Mientras "es" enfermo mental el sujeto no tiene nada que ver con las minusvalías y, por tanto, con la Rehabilitación. Si el proceso es dominado por el psiquiatra y surge a posteriori una deficiencia personalística, el paciente ingresará en el ámbito rehabilitador, permaneciendo en él si la secuela continúa. Pero si en un momento determinado aparecen signos de un nuevo brote de la enfermedad mental, el médico rehabilitador devolverá con toda urgencia al paciente a su psiquiatra. La baja, que el tiempo dirá si es provisional o definitiva, en Rehabilitación, significa el alta automática en Psiquiatría. Todo lo contrario a lo que sucede con el deficiente mental, cliente sistemático en Medicina rehabilitadora, sin otra conexión psiquiátrica que la que el tópico había impuesto en siglos pasados.

El ejemplo es también válido en pacientes crónicos respiratorio, cardíacos, renales o de otro tipo, cuyo proceso influye en los componentes sensorial, mental, expresivo o motórico, claves de las situaciones de discapacidad. La habitual colaboración entre especialistas facilitará las pertinentes revisiones de un postinfartado o un diabético. Con ello se logran varias ventajas, no empañadas por inconveniente alguno:

1. Se respeta la idea de especialidad y la rehabilitación lo es oficialmente en España desde 1969.
2. Se aparta al minusválido o al minusválido-enfermo del ambiente hospitalario en que en principio se desarrolló, proyectándole hacia hechos positivos como son el trabajo y la convivencia en situaciones próximas a la normalidad.
3. Se logra una colaboración inapreciable, como es la del psicólogo experto en situaciones de minusvalía, cuyo papel no se destina al campo de los deficientes mentales, sino al ajuste social, extensible al mundo limítrofe y difícil de la enfermedad crónica.
4. Se da libertad al paciente para que elija, en cada momento, el especialista que más pueda ayudarle a solucionar la circunstancia surgida en su proceso clínico, lo cual aumenta la sensación de que su seguridad y su futuro están bien protegidos.

Una vez hecha alguna aclaración sobre el problema de la enfermedad crónica queda indicar que se pretende dar fisonomía a estos grupos de "minusválidos inaparentes" o "potenciales" a lo largo de este trabajo conjunto. Los diversos aspectos van a ser enfocados por diferentes especialistas, casi todos ligados a la Medicina rehabilitadora. La idea es clara. Defensa de los minusválidos, o discapacitados, que no lo parecen. Un médico puede estar pasando una consulta sin que nadie sepa que le faltan los dos riñones. Un hemofílico puede tener problemas por negarse a una tarea que le puede producir un traumatismo inofensivo para cualquier otra persona. Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que un oligofrénico de grado leve llegue a obtener un

título profesional. El postinfartado necesita un tipo de desempeño laboral algo diferente al de los demás y éstos deben de saberlo. Todos ellos son problemas humanos. Todos ellos son problemas reales. Es, no tengo duda, prevención dentro de la Rehabilitación. Este trabajo conjunto pretende hacer llegar a todos la profunda riqueza de estas situaciones.

IV. MINUSVALIA E INADAPTACION

Dado lo genérico de este estudio nos parece que no puede quedar completa una visión de conjunto de la sugerencia planteada si no se hace algún comentario acerca de los problemas de inadaptación social. La vigente "Ley General de Educación " habla, en su Título I, Capítulo VII, núm. 49, de "tratamiento educativo adecuado a todos los deficientes e inadaptados para una incorporación a la vida social". Un primer error está en considerar "terapéutica" a la educación, error que se mantiene en la Ley al hablar de "Pedagogía terapéutica" (a no ser que se considere la ignorancia como enfermedad). Pero mayor gravedad tiene la aparente homologación que se hace entre "deficiente" e "inadaptado", que puede inducir a error a los no iniciados. VEIL, que plantea en su libro (9) supuestos muy interesantes, razona que "las nociones de minusvalía e inadaptación distan mucho de ser sinónimas", aunque "tampoco se excluyen ni se oponen recíprocamente".

En efecto, un minusválido puede sentirse inadaptado, lo mismo que un inadaptado puede ser también minusválido. Pero el minusválido inadaptado lo es porque los demás le rechazan, en tanto que el inadaptado rechaza por voluntad propia las normas de vida que se le ofrecen. El inadaptado se halla, por ejemplo, en condiciones perfectas para conducir un coche, pero sus motivaciones le hacen odiar el hacerlo. En cambio, el amputado doble de extremidad superior conduciría, tal vez desea hacerlo con toda su alma, pero sus circunstancias individuales o las normas legales no se lo permiten.

Claramente hay un matiz caracterológico, una tendencia innata, que obliga al inadaptado a un comportamiento fuera de norma. En cambio, las reacciones del minusválido son lógicas, provocadas por el comportamiento de los demás. Incluso en las minusvalías sociales lo que falla es la educación impartida, la "pedagogía social", tan importante o más que las otras formas, física y mental, de pedagogía. Nadie puede reclamar nada a un niño, deficiente físico o mental, por no haber recibido una educación apropiada. Al inadaptado sí se le pueden pedir cuentas, porque ha sido él, voluntariamente, el que ha rechazado todas las posibilidades.

Esto nos lleva hasta un concepto, el de "automarginación", del que nos hemos ocupado en otros lugares (10). En Medicina rehabilitadora no cabe ninguna acción positiva si el minusválido no toma parte. El aspecto clave del proceso rehabilitador, la elaboración de un Plan o Programa de Recuperación, se desmorona cuando el interesado no acepta las soluciones que se le ofrecen. Digamos que uno de los factores que inducen a este rechazo es la noción de enfermedad. Sentirse enfermo, consciente o inconscientemente, impulsa a esperar la solución verdadera en una curación que, ya lo sabemos, resulta imposible. El minusválido se margina así voluntariamente por no comprender la realidad, pero la Medicina rehabilitadora, todo el proceso rehabilitador, han fracasado. Es una marginación autónoma, bien distinta a la creada por la sociedad. De nuevo el psicólogo rehabilitador se encuentra ante un importante cometido.

Pero este ejemplo de automarginación deriva de un mal entendimiento y puede ser superado. Basta con conseguir que el minusválido "comprenda" y entonces aceptará. Frente a ella existe otro tipo de automarginación cuyas raíces se hallan en la conducta y el carácter. Es una automarginación imperturbable, connatural al sujeto, irremediable, permanente. Es la automarginación del sociópata, del sectario religioso, tan frecuente en nuestros días, del maleante, del alcohólico, del drogadicto, del homosexual. ¿Acaso desea, cada uno de ellos, dejar de ser lo que es? Alguno sí, por supuesto. Pero la mayor parte, no. Mejor es resultar, ya en el último de los peldaños, suicida. Vemos relación en todo ello con el enfermo mental, cuya esencia explicamos por un no aguantarse a sí mismo, un renunciar a la propia personalidad,

primero refugiándose en otra (Napoleón, Abraham Lincoln, Mahoma), llegando por fin al refugio que es la muerte.

Aquí, en este grupo de automarginados, se hallan los inadaptados. Su problema es también social, como el de los minusválidos, pero la entraña de su postura se halla a enorme distancia, en un camino distinto. Confundir a unos y otros, como hace la Ley General de Educación es no sólo desconocer la estructura sociológica, sino crear nuevos problemas en lugar de intentar solucionar los ya existentes.

V.- EN CIFRAS

Volviendo al tema difícil de los "otros" minusválidos, de los minusválidos relativos o potenciales, queda aportar unas cifras generales de aproximación:

- **Infartos de miocardio:** 10 por 100 de las consultas médicas; 20 por 100 entre las hospitalizaciones; 30 por 100 de las causas de muerte cardíaca. La frecuencia de infartos se ha quintuplicado en los últimos 30 años.
- La población de más de 40 años sufre **deficiencias respiratorias** en un 10-20 por 100. En una rehabilitación bien organizada la cifra más elevada de posible minusvalía, entre todas, corresponde al aparato respiratorio, de manifiesta influencia en las actividades mentales, expresivas y motóricas.
- La incidencia de la **hemofilia** es de 1 por cada 10.000 nacimientos masculinos. A la edad de 10 años el 95 por 100 de los hemofílicos ha padecido lesiones irreversibles de aparato locomotor.
- Entre el 6 y el 8 por 1.000 de los niños en edad escolar padecen **epilepsia**, que si es clínicamente genuína debe ser considerada enfermedad. En cifras generales se ha obtenido un 6 por 1.000 de población.
- Actualmente hay en España 2.400 enfermos en tratamiento de diálisis. 2.000 **enfermos renales** fallecen anualmente. Repercusión motórica.
- Puede decirse que un 20-30 por 100 de los **procesos metabólicos** (una vez excluidos los ortopédicos y los reumáticos) conducen a situaciones de minusvalía.
- **Diabetes:** Incidencia del 2 por 100 sobre la población total. En los niños es menor y conforme se avanza en edad, va aumentando. Quienes mayormente la padecen son los adultos, alrededor de los 50 años. Fuerte incidencia de secuelas sensoriales y motóricas.
- Las **enfermedades reumatológicas** «auténticas» (reumatismo cardioarticular, reumatismos focales, formas reumatoides, colagenosis) representan en Estados Unidos una pérdida anual de más de noventa millones de jornadas laborales. Afectación, 5 por 100 de la población.
- Usando una cifra promedio, el 45 por 100 de la población presenta una deficiencia mental. El 75 por ciento corresponde a **deficiencias de grado leve**, cuyo enfoque entendemos que entra por completo en el ámbito de la discapacidad, aunque respetamos su inclusión en este apartado de "otras minusvalías".
- En 1968 habla en España 5.000 **leprosos** reconocidos, y en todo el mundo 3 millones. En 1977 ha habido en España 7.000 y en el mundo 15 millones. Aparte el factor social, la repercusión es de modo fundamental motórica.

BIBLIOGRAFIA

(1) R. Hernández Gómez: *Medicina rehabilitadora*. Ponencia a la IV Mesa Redonda para la Reforma Sanitaria del Colegio de Médicos de Madrid. "Medicina de Madrid", X, 2, febrero 1976, págs. 17-22.

(2) G. Cabezas Conde, R. Hernández Gómez, J. Maza Díaz y M. Picazo Rodríguez: *El baremo cinesiológico en la valoración de deportistas minusválidos*. *Rehabilitación*, VIII, 1 enero 1974, pág. 73-80.

El "Sistema Hernández" de Valoración de minusválidos como base del "Método Español" de calibración de deportistas minusválidos. Federación Española de Deportes para Minusválidos, Madrid, 1976.

(3) P. Laín Entralgo: *La Medicina Hipocrática*. Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1970.

(4) R. Rubio: *Minusválidos* Colección "Testigos de España", Plaza y Janés, Barcelona, 1971.

(5) R. Moragas Moragas: *Rehabilitación: Un enfoque integral*. Editorial Vicéns-Vives, Barcelona, 1972.

(6) G. Rascio: *La Mallatia*. Cit. Por C. Martí Bufill en "Derecho de Seguridad Social. Las prestaciones". Ministerio de Trabajo, Madrid, 1964. Pág. 145.

(7) Webster's Collegiate Dictionary, Londres, 1913.

(8) R. Hernández Gómez: *Hacer rehabilitación*. MINUSVAL, núm. 19, junio 1977, pág. 18-20.

(9) C. Veil: *Minusvalía y Sociedad*. Temas de Rehabilitación, SEREM, Madrid, 1978.

(10) R. Hernández Gómez: *Automarginación*. Tribuna Médica, núm. 706, Madrid, 29 de abril de 1977, pág. 13.

I-7 EL ESPIRITU DEL NIÑO.

Se incluye este escrito por la esperanza que el niño ofrece al futuro del hombre. Se presentó en la Reunión de Oviedo, de Junio de 1977, de la Sociedad Española de Médicos Escritores y fue publicado en MINUSPORT en 1980 números 30 y 31, con motivo de la celebración, en 1979, del Año Internacional del Niño. Una versión del mismo tema se publicó en el diario "YA" los días 1, 8 y 15 de Junio de 1978, con el título de "El espíritu en el niño".

EL ESPIRITU DEL NIÑO

Por mi forma de especialización, médico rehabilitador, son muchos los niños con deficiencias físicas o mentales que he de atender. A lo largo de los años esto me ha enriquecido como médico, pero, sobre todo, como hombre. El estudio del adulto minusválido no sólo ha constituido base importante para que se fuera edificando la doctrina rehabilitadora, sino que ha permitido un conocimiento mejor del ser humano. Con los niños en general, con los niños minusválidos en particular, se obtienen matices y contenidos de que el adulto carece y que derivan de la existencia de situaciones evolutivas inmaduras en el camino que lleva a la obtención de la personalidad madura. A lo largo de años de observación creo haber llegado al hallazgo de unas facultades básicas o facultades de choque, que en el nivel somático serían la capacidad de andar, correr, saltar, comer, vestirse. etc., y que en el nivel espiritual vamos a pasar a describir. Hay que aclarar, previamente, que consideramos inseparables ambos niveles, espiritual y somático, hasta el punto de afirmar que el espíritu o nous es la función y cuanto con ella se relaciona, en tanto que el soma es, por una parte el substrato anatómico que permite esta función (por ejemplo, la neurona cerebral) y por otra el instrumento que consigue la acción y la comunicación (mano, voz, músculos faciales). De aquí que hayamos considerado, en nuestra teoría psicológica, tres estratos constituyentes de la personalidad de cada ser humano: Alma o psique, porción inmortal que nos une a Dios y que no puede ser abarcada por la ciencia actual; espíritu o nous, conjunto físico-químico de fenómenos que motivan y dirigen lo funcional en cuanto a la actuación humana en el mundo; cuerpo o soma, soporte e instrumento de toda la

personalidad. Consideramos que los factores noológicos son la sede de los fenómenos captativo consciente e ideativo. En tanto que en los componentes somáticos residen los factores manifestativos, instrumentales. De lo dicho se desprende que el desarrollo del espíritu del niño nos conlleva la utilización de sus aptitudes somáticas y viceversa, de una forma inseparable. Sólo por motivos expositivos separamos los atributos de cada porción, con el fin de expresar de forma concisa la existencia de facultades básicas a nivel noológico, cuyo manejo va permitiendo la adquisición de un espíritu por parte de cada niño.

Estas facetas o facultades básicas, forjadoras del espíritu del niño, pueden clasificarse en dos grandes grupos: Facultades positivas y facultades negativas. Esto no pasa de ser un recurso de técnica literaria, puesto que unas y otras son igualmente importantes. Los matices espirituales en la evolución personalística de cada niño derivan del juego correcto de todas ellas, conviene especificar, antes de pasar a enumerar las diferentes facetas forjadoras de espíritu, que a mi modo de ver, existen en cada individuo, desde el punto de vista noológico, un contenido intelectual y un nivel evolutivo. Llamo "contenido intelectual" o "potencial de inteligencia" a la suma de todas las neuronas potencialmente aptas para captar y para idear y "nivel evolutivo" a la etapa alcanzada en la utilización teóricopráctica de este potencial neuronal. El primer factor expresa la cantidad de inteligencia existente en el sujeto. Medir la inteligencia es medir este factor en sí mismo. El segundo factor indica la meta que se ha alcanzado en el devenir evolutivo. Su medida es bastante equiparable al concepto actual de cociente intelectual que, como es fácil deducir, es imposible que dé en cambio una medida, ni siquiera aproximada, de la inteligencia. Una vez cumplido este preámbulo, damos paso a la exposición motivo del presente trabajo, analizando las facetas positivas y negativas que permiten edificar la porción funcional de la personalidad de cada ser humano desde que es niño.

A.— Facultades positivas en el desarrollo personalístico de la porción espiritual del niño.

Hemos separado las siguientes, que no consideramos definitivas:

1.— Concreción: La concreción se da en el niño por naturaleza. Le atraen el objeto, la forma, el color. Un teléfono, una rueda, un interruptor, le interesan en tanto a elementos aislados, por sí mismos, sin que se establezca ningún conato de interacción con el entorno o la situación establecida. De este modo, el planificar de los niños es muy limitado, operan según unos presupuestos elementales y si algo resulta distinto surge el desconcierto, casi la inoperancia. Jackie, el niño asesino de "La tragedia de Y" de Ellery Queen, fracasa en la realización del bosquejo trazado por su abuelo porque este había omitido unas concreciones que un adulto no hubiera nunca necesitado. Esta faceta innata, que el adulto fomenta con su técnica de premios y castigos, es positiva porque conduce, por contraposición, a lo abstracto, al concepto de número y a la elaboración del pensamiento teórico-lógico.

2.— Espíritu de justicia: Está muy acendrado en el niño, minusválido o no. La niña de "Cría cuervos", de Saura es, sobre todo, justiciera. Esta facultad exige de los adultos una explicación suficiente. Conchita, que coge una tras otra, para hojearlas, las revistas de la sala de espera, no comprende el que su madre le prohíba coger más, porque ve que los demás cogen revistas. Basta con explicarle que no se le prohíbe esto, sino que no debe molestar a los demás. Cuando el niño comprende acepta bien el castigo si este es justo y proporcionado a la culpa. De otro modo actúa por sometimiento, engendrador, como veremos, del resentimiento y de las ideas de venganza. Porque si bien los niños consideran al adulto déspota, tirano e injusto, ellos caen en los mismos defectos con una gran facilidad.

3.— Curiosidad: Constituye, en realidad, uno de los matices característicos del científico, lo que no es extraño, puesto que cada niño es un verdadero investigador. Nils Holgersson, el muchacho que recorre Suecia montado en el lomo de un pato, capta, comprende, aprende y, sobre todo, cambia. Los amigos y toda la teoría del aprendizaje están comprendidos aquí. Uno de los mayores aciertos de Lewis Carroll se halla en el sentido lúdico que impregna los libros

sobre Alicia. Lo importante, en el mejor aprovechamiento de esta faceta de y para el espíritu infantil, está en respetar el nivel evolutivo alcanzado por cada niño. Lo cual obliga a saber conocerlo. En ello cometen los pedagogos grandes fallos por aplicar una metodología siempre análoga, al buscar una especialización "por la técnica", como analizamos en otro lugar, en vez de "por el contenido doctrinal", que es a lo que hay que ir tendiendo siempre en todas las formas de especialización profesional.

4,— Fantasía: El aprendizaje del niño puede hacerse a través de la experiencia real vivida, pero también a expensas de experiencias que se inventan. A expensas de la fantasía. Los niños tienen una gran facilidad para inventar. Crean situaciones, idean supuestos, imaginan acciones y viven todo ello, casi siempre intensamente. Ello les permite enriquecer sus contenidos personalísticos y aprender. Se creen vaqueros, o policías, o indios, o bomberos y viven las vivencias supuestas en estos personajes. En el niño minusválido esto es casi conmovedor porque sufre si alguien le vuelve a la realidad. No hay peligro en que jueguen, por ejemplo, a guerras, porque en unos minutos cambiarán de personaje, identificándose solamente durante los espacios de tiempo que dura cada juego. De nuevo entra aquí la comprensión adulta. María del Mar, de 13 años, anulada por una madre absorbente y mal orientada, que la condujo a una situación de oligofrenia social, únicamente encontraba un asomo de ilusión y de normalidad con sus tíos, porque ellos complementaban o al menos no impedían las creaciones de su imaginación. La fantasía, como hemos comentado varias veces, es también un camino, el otro camino, hacia la verdad. Sirvan de ejemplo los cuentos para niños, desde Perrault a los hermanos Grimm, pasando por las páginas inimitables de "Alicia en el País de las Maravillas", poco conocidas entre nosotros.

5,— Creatividad: De una forma muy abreviada puede definirse la creatividad como la aptitud personalística para producir lo nuevo. Para ello es imprescindible, una vez más, la unión estrecha entre lo ideativo y lo manifestativo. entre la imagen mental y su plasmación instrumental. El pintor necesita a la vez la mano y la mente y lo mismo el músico; el investigador ha de comunicar de alguna forma lo que encuentra. Sin comunicación no hay creatividad. Bajo este concepto indicamos que la creatividad es clave en la evolución de cada niño. Yo les pido a mis pequeños pacientes que me cuenten algo o que me escriban sobre un tema o me expliquen, verbalmente o por escrito, algún concepto que hayamos comentado juntos. La creatividad conduce de modo directo al afán de superación, que llena las gestas de los atletas minusválidos. De nuevo lo ideativo junto a lo instrumental. Recordemos que se pueden separar tres fases, según nuestra opinión, en la evolución de las acciones instrumentales en el niño: Fase de ignorancia instrumental durante la cual el niño golpea el plato de sopa con la cuchara que se le entrega. Fase de utilización instrumental, en la que el niño utiliza la cuchara para comer. Fase de creatividad, durante la que el niño se arregla para inventar la cuchara, si no la tiene, o para comer la sopa sin cuchara. La última fase es la que permite el enriquecimiento noológico, pero no hay duda que no llega a darse sin la existencia de las dos anteriores. Las bases esenciales de la Terapia Ocupacional se hallan aquí.

6.— Afectividad: A veces es la única facultad de que el niño dispone, la única que podemos utilizar, sobre la que podemos influir. Pero la afectividad del niño se basa en la confianza. Yo me llevo muy bien en general con mis pequeños pacientes, en la consulta y en los diferentes tratamientos. Somos amigos. Si alguna vez dejo de saludar o de hablar a alguno al entrar donde se encuentra, el pequeño se muestra nervioso o triste. Pero es muy fácil perder esta amistad. Mary Carmen, de cinco años, con parálisis cerebral, era gran amiga mía. Sucedió que la madre seguía todavía unas indicaciones terapéuticas desafortunadas y, por temor a unas hipotéticas convulsiones, le administraba un preparado de fenilhidantoína, que había producido una gingivitis intensa. Traté de hacerle comprender que no había peligro de convulsiones y de que, para mayor tranquilidad, tuviera siempre a mano una inyección de un barbitúrico preparada. La niña empezó a llorar nada más oír lo de la inyección y ya nunca más ha vuelto a ser mi amiga.

Muchas veces vemos enanismos por insuficiencia afectiva. Recordamos alguno de niños adoptados de la Inclusa, que no crecen hasta que no se hallan inmersos en un ambiente familiar. El niño busca siempre eco a su afectividad, que resulta baldía cuando no es correspondida. Y la encuentra a veces, por desgracia, de manera extraña. En "Los niños tontos", de Ana María Matute, la niña fea la encuentra en la tierra y otros niños en un oso, un caballo, un corderito pascual o, sobre todo, en los perros, llenos siempre de ternura. Walt Disney nos ha dado cumplida muestra de todo esto en su dilatada filmografía.

7.— Veracidad: Pero una veracidad sui generis, puesto que muchas veces se apoya en la fantasía. Juega también la afectividad, en un sentido de confianza. Muchos niños y adolescentes, pacientes míos, me consultan problemas que no se atreven a consultar a sus padres. Es más, ante ellos mienten. En su verdad y en sus mentiras influye siempre el nivel evolutivo alcanzado. Los niños de corta edad, es decir, porque representa lo mismo, los niños de bajo nivel evolutivo, son transparentes; si ha brotado en ellos alguna emoción se les nota. Cabe también citar aquí el profundo sentido onírico que posee el comportamiento infantil, perfectamente captado en el primer libro de Alicia, a su vez muy relacionado con la fantasía.

Otra faceta que contribuye a matizar la veracidad sui generis de los niños es el neuroticismo. Nos referimos en parte al contagio sufrido, desde las edades más increíblemente tempranas, por hijos de madres neuróticas, pero hacemos alusión, sobre todo, al neuroticismo que se crea, y no sólo en los niños, en situaciones de minusvalía. Hay quien prefiere dejar de utilizar una ortesis necesaria porque se nota. En Medicina Ortopédica, rama de la Rehabilitación que se ocupa de las minusvalías de aparato locomotor, tenemos grandes problemas con los zapatos, por una idea casi fetichista del calzado que va a ser muy difícil eliminar. Alejandro, un niño paralítico cerebral, tenía verdadero horror a los guantes y a las personas vestidas de negro, sin que llegara a averiguar por qué. Es típico el temor de los niños, que los padres fomentan, a las personas vestidas de blanco. De nuevo vuelve a surgir la tremenda influencia y la terrible responsabilidad del adulto, incapaz de afrontar y hacer afrontar una realidad, mintiendo o fomentando una inhibición. Actuando, casi siempre, contra esa facultad innata del espíritu del niño que es la veracidad,

8.— Sentido realista: A pesar de todo, los niños, los niños en general y los niños deficientes en particular, captan muy bien las situaciones, se dan cuenta del planteamiento de cada problema y actúan con lógica. Paquito, sordomudo de nueve años, tiene cierto miedo a la piscina, pero, a pesar de ello, rechaza el tirarse a la piscina de niños y se sumerge en la parte de menos fondo de la de adultos, porque considera que el ya no tiene edad ni envergadura para utilizar la primera.

José, de 16 años, obeso por un adenoma de hipófisis, era retraído, silencioso, hosco y se mantenía recluido siempre en su domicilio. Llegó a nosotros por una cifolordosis intensa que le tratamos ortopédicamente a la vez que hacíamos en él pedagogía social. En parte por la mejoría de su deformidad, en parte por el tratamiento sociológico, José cambió por completo. El padre del chico, con cierto humor, confesó no saber si dar o no las gracias: "Antes no salía de casa, ahora apenas entra". El sentido realista del niño le hace captar perfectamente la opinión de los demás, de forma que si ahora se ve con frecuencia a chicos y chicas minusválidos haciendo una vida normal es porque la sociedad actual ha empezado a comprender y a olvidar los antiguos tópicos, Y ellos se han dado cuenta.

B.— Facultades negativas en el desarrollo personalístico de la porción espiritual del niño.

La denominación "negativas" no debe hacer suponer que estas facultades cumplen una misión inferior a la cumplida por las facultades "positivas". Como ha sido dicho al principio, la importancia de unas y otras es similar. A través de su adquisición va conformando el niño esa porción de su personalidad que llamamos espíritu o nous.

Lo mismo que en el apartado anterior, estudiaremos cada una de estas facultades básicas por separado. Tampoco aquí pretendemos que el estudio que se ofrece pueda ser considerado como definitivo.

1.— Crueldad: Los niños son esencialmente crueles. La crueldad, en la infancia es, casi más que una facultad, un atributo. Cabe decir que un comportamiento; lógico, porque el que es veraz, justo y concreto está muy cerca de ser cruel y lo es positivamente cuando se le añaden el egoísmo, la avaricia, el resentimiento y la influenciabilidad, facultades negativas características, como iremos describiendo. La crueldad del niño es aparente sobre todo hacia otros niños, lo que constituye una importante fuente de tragedias para el niño minusválido. Carmen es una niña de 15 años que hemos empezado a tratar hace muy poco. Es una oligofrénica social, fabricada por un mal enfoque médico y un padre que tal vez por este enfoque siempre la ha rechazado, que le llama "subnormal" o "imbécil", que alivia sus terrores nocturnos con una paliza y que le ha negado una mínima afectividad. La consecuencia es un ser que se defiende, como la Hellen Keller del principio, pero sobre todo en el colegio, donde los demás niños rechazan su tamaño, su retraso escolar y su comportamiento con una limpia crueldad individual y colectiva. Este ejemplo, habitual hoy día, es equivalente al clásico de los niños del pueblo persiguiendo y apedreando al "tonto" del lugar. "El hijo de la lavandera", de "Los niños tontos", tenía una "cabeza idiota, que daba tanta rabia"; un día su madre se la lavó y "le dio un beso en la monda lironda cabezorra, y allí donde el beso, a pedrada limpia le sacaron sangre los hijos del administrador, esperándole escondidos, detrás de las zarzadoras florecidas". Todo esto, a la larga, conduce, como veremos, a la puesta en marcha exacerbada de las facetas de resentimiento y de afán vindicativo. De lo cual mucha culpa pertenece siempre al adulto.

Junto a la crueldad colectiva, social, existe una crueldad individual, propia, exacerbada en el sociópata, pero también, a veces, en el oligofrénico. "El niño que no sabía jugar", también de "Los niños tontos", buscaba "grillitos, gusanos, crías de rana y lombrices" y luego "con sus uñitas sucias, casi negras, hacía un leve ruidito, icracl, y les segaba la cabeza".

2.— Envidia: En un poema decimos que la envidia es un temor, un "sentimiento íntimo y terrible de no disponer de un ácido desoxirribonucleico suficiente", como el que tienen los demás. En el niño cabría decir que la envidia deriva de su sentimiento de autoinsuficiencia en cuanto a nivel evolutivo. Tal vez la clave reside en que el niño no tolera el ser distinto de los demás niños y, en muchos matices, del adulto. El hecho de ser vergonzoso tiene aquí seguramente una de sus más claras explicaciones. Incluso el de ser tímido, en un sentido distinto al que dio Maraño en "Amiel". Lo cierto es que verse diferente a los demás niños se convierte en un tormento para cada niño. Recordamos el caso de un muchacho de 13 años con un enanismo esencial al que solucionamos primero las alteraciones ortopédicas de sus extremidades inferiores y al que mandamos a continuación a un endocrinólogo. El chico llegó a crecer en menos de un año 9 centímetros. Ese curso sacó, por primera vez, Notable. A Gonzalito, de año y medio, le corregíamos una clinodactilia por bifidez de pulgar intervenida, utilizando ortesis, que la madre le colocaba según la pauta establecida. Su hermano, de 4 años, tenía siempre dolor de tripa o de garganta hasta que la madre le colocó en un dedo un "caperuzo" similar al que utilizaba su hermano. La envidia de un hermano hacia otro es tradicional, pero entendemos que puede resultar un elemento positivo en la elaboración por cada niño de su propio espíritu. Un estímulo importante de la evolución de su personalidad. En cambio, en el adulto, la envidia viene a resultar un "fracaso inadvertido". Lo esperanzador que encierra cada niño se convierte en degradación, en desaliento y en tristeza.

3.— Egoísmo: Según Piaget, el niño atraviesa sucesivamente por una etapa de autismo, una de egocentrismo y otra de egoísmo, antes de desembocar en la etapa de objetividad. El niño menor de dos años no separa su yo del mundo circundante. De los tres a los siete empieza a encontrar diferencias pero su aislamiento es parcial puesto que sigue considerándose el centro de todo. A partir de los 7-8 años va admitiendo a los demás, cada vez en un plano de mayor

igualdad, pero con una pérdida muy lenta de su imaginada hegemonía. Sólo a partir de los 11-12 años (Wallon) comienza a haber verdadero comportamiento social. El egoísmo y su antecesor cronológico, el egocentrismo, son, por consiguiente, etapas normales en la evolución personalística de cada niño. Es fácil que quede alguna huella a poco que nos descuidemos. Se trata de un egoísmo, a veces de un egocentrismo, que sigue cronológicamente al autismo, un autismo etapa, que nada tiene que ver con la enfermedad mental y, por tanto, con el ámbito de la psiquiatría. Un egoísmo que es también etapa evolutiva necesaria para el desarrollo de un ser humano, lo cual es bien distinto a la lucha por la vida de nuestro lazarillo o de los personajes infantiles de Carlos Dickens. Es el egoísmo del niño, minusválido o no, que esclaviza a sus padres con aires de tirano orondo y exigente y que corre peligro de no reaccionar a tiempo, superando la temporalidad de la etapa, hasta quedar convertido en un ser grotesco. Peligro fomentado por ese frecuente tipo de padres y, sobre todo, madres, que encuentran bien todo cuanto haga su adorado y mal orientado retoño.

4.— Avaricia: En nuestra definición poemática: "Saber que se adosa un solo estrato protéico en otro ribosoma. Eso es sufrimiento, Eso es, para el avaro, el infierno", Esta faceta se da en el niño en parte por egoísmo, en parte por una hiperprotección admirativa o bien por la técnica de premio y castigo que usan algunos padres y no pocos maestros. Los niños se hacen supersticiosos, fetichistas, cabalísticos, detallistas, puntillosos, celosos y desconfiados, formas todas ellas de ser avaro. La avaricia, facultad engativa engendradora de espíritu en el niño, juega mucho en situaciones de convivencia. En colegios, internados, colonias, jardines de infancia pero, sobre todo, entre hermanos. Margarita, la niña de cuatro años protagonista de "Celos", de Víctor Catalá, ahoga a su hermanito sin duda influida (la influenciabilidad, de tanta importancia en la creación del espíritu del niño), pero esta influencia, sabiamente dirigida, actúa sobre la facultad de avaricia de la pequeña: "- Margarita, escucha: el niño será el heredero y tu padre le dará las tierras y las vacas y a tí te echarán y tendrás que ir a guardar patos". "Y cierto, ¡parecía cosa de brujas!, al nacer la otra criatura resultó justamente un niño. Y al ir a verle las vecinas todas preguntaban a la madre por el "hereu"; y heredero por aquí, heredero por allá, durante unos cuantos días la niña, acurrucada en un rincón de la alcoba, lo oía todo, lo espiaba todo. Dejó de cantar, dejó de reír, dejó de jugar...". La avaricia, junto al ansia de poder, el cálculo y la acción vindicativa, mueve también a los pequeños monstruos de "El juego de los niños", de Juan José Plans, pero todas las demás características convierten la avaricia infantil en avaricia de adulto, desproporcionado, impropia, fuera de norma y, por consiguiente, pavorosa.

5.— Resentimiento: El resentimiento nace en los niños porque no comprenden ni son comprendidos, porque se ven obligados a ceder ante la fuerza y porque sufren el que creen un atentado, algunas veces real, contra la construcción de su propio y verdadero mundo. El niño y el hombre hablan muchas veces un diálogo formado por dos monólogos independientes, henchidos de incompreensión y, aún peor, de indiferencia, como sucede en el final del "Apólogo del niño marciano", de Carlos Buiza. Y en el teatro del absurdo. Y, por encima de todo, en Kafka. Gran parte del humorismo moderno tiene sus raíces en este tipo de situaciones de mutua indiferencia, de tranquilo que se sigue sin importar nada de lo que el otro diga en la aparente interlocución.

El resentimiento infantil se va creando a lo largo de años y a través del acúmulo de numerosas circunstancias, que el niño va recibiendo y recogiendo en el seno de sus propios e inapelables razonamientos, no siempre libres de ajenas influencias. Una niña de doce años, paciente nuestra, se ha convertido en feminista furibunda, transformando su odio al varón en odio al padre, no al revés. La idea le ha sido totalmente imbuida por su abuela materna, viuda desde muy joven. Los intentos del padre para corregir la conducta de la niña, no aclarada en realidad hasta que ésta alcanzó los doce años, eran aprovechados por abuela y nieta para incrementar los matices de animadversión hacia todo cuanto represente autoridad masculina. Al hablar de la faceta de Fantasía comentemos el caso de María del Mar, cuyo resentimiento hacia la madre absorbente y el padre excesivamente tolerante e inhibido, había venido siendo salvado por la

presencia de los tíos, aportadores de las necesarias partículas de comprensión y de libertad. El resentimiento del niño, cuando carece de verdadera malicia, cuando está limpio de influencias, resulta conmovedor, porque casi siempre es justo y está fundamentado. Pero resulta peligroso fomentarlo o mantenerlo porque, al ir creciendo el niño, se transforma en afán de venganza, como vamos a ver en seguida.

6.— Afán de venganza: Equivale a una exacerbación, un grado más, del resentimiento. Los niños pasan de la situación casi pasiva de resistencia a una iniciativa activa y se cobran como pueden de los adultos su supeditación. Aunque ello suele ocurrir en niños de cierta edad, pueden captarse claramente rasgos vindicativos incluso en lactantes. Es muy típica la obsesión de la madre española porque sus hijos coman. Sobre todo que coman cuanto, cuando y como ellas decidan. El niño, en general suficientemente alimentado e incluso sobrealimentado, capta perfectamente esta obsesión materna y encuentra una forma de venganza contra las imposiciones e histerismos que, sin duda, ha de sufrir desde que nace en gran número de casos. No come, exacerbando la desesperación de la madre, con la cual se satisface. La expresión de un niño que cierra la boca y vuelve la cara despectivamente rechazando la cucharada de alimento que la madre le ofrece es hedonista, casi triunfal. Tanto más cuanto mayor sea el sufrimiento de su madre. Si esta dejara de preocuparse de si el niño comía o no, éste lo haría normalmente. Si, en cambio, se preocupase de que fuese descalzo, no se vería nunca al niño con zapatos y, al revés, si la madre mostrase sufrimiento de ver al niño calzado, el pequeño vindicativo no se quitaría los zapatos ni siquiera en la cama.

Esta facultad activa, operante, que hemos llamado afán de venganza, se da sin embargo con mayor frecuencia en niños mayores, con más medios para la acción, aunque no siempre los empleen. La mayor parte de los movimientos independentistas juveniles tienen origen en un rechazo vindicativo hacia lo que la familia es y representa. Reacción a veces justificada ante padres como el de "Todos eran mis hijos", de Arthur Miller. Muchas veces, la lucha generacional deriva de que los jóvenes, por honradez y por limpieza chocan contra la corrupción que les ha precedido. Como hemos dicho en otra parte, los hijos de los ingleses que exterminaron a los cipayos están ahora de parte de los cipayos.

De aquí la importancia que tiene no dar motivo a la venganza infantil. Una paciente nuestra, con una forma leve de parálisis cerebral, estuvo sometida durante más de 16 años a tratamiento antiepiléptico exclusivamente. Lo peor es que los padres nunca le explicaron por qué le impedían salir cuando sus hermanos lo hacían. Se le indicó demasiado tarde que todo se debía al temor de los padres a una crisis convulsiva. La niña eligió la forma de venganza que pudiera molestar más a sus padres y tuvo un hijo.

En suma, resentimiento y afán de venganza, aunque vecinas, son facultades diferentes, siendo seguramente más eficaz la segunda en la evolución del niño porque le hace tomar parte activa en una lucha contra el mundo que ya no va a abandonar mientras viva. Y porque le pone en el camino de aprender a perdonar.

7.— Malicia: Se ha descrito mucho una malicia de fondo sexual en los oligofrénicos, pero está presente en todos los niños. Vladimir Nabokov describe en "Lolita" casos en que se mezclan precocidad y perversión. La faceta que pretendemos describir bajo esta denominación de malicia posee entidad genérica y no exclusivamente sexual, aunque lo sexual pueda jugar también a veces. No implica una acepción de maldad, de inclinación a lo malo, que eso no se da en el niño, sino un conglomerado de curiosidad, recelo, sutileza, desconfianza y temor. Que desmiente, según nuestra personal investigación, la idea de que la malicia es inexistente en el niño. El niño no es ladino, pero finge. No piensa mal, pero disimula. No es perverso, pero miente. Todo este complejo vivencial es el que tratamos de encerrar en la denominación "malicia".

Esta especial forma de malicia hace que los niños finjan, disimulen, oculten. Sobre todo a los padres, por temor al castigo pero, esencialmente, por temor a la incompreensión. Por eso, algunos pacientes o algunos deficientes mentales adolescentes, que viene a ser cosa

aproximada, me hacen consultas y confidencias que nunca harían a sus padres. Si falta la confianza, mienten, como los sobrecogedores niños de "La vuelta de la tuerca" de Henry James.

Esta tendencia a la ocultación, al falseamiento, es muy peligrosa en el niño, que, a través de su desarrollada facultad de fantasía, se llega a creer sus propias mentiras. El factor sexual juega también, creemos, en un sentido de curiosidad. Niños y niñas muy alejados todavía de la pubertad buscan contactos que no son involuntarios, captan situaciones de fondo erótico, dan a sus juegos matices de claro simbolismo sexual. En los varoncitos la situación toma un sentido trágico-grotesco cuando han sido tratados con anabolizantes hormonales en busca de un desarrollo que satisface de momento a unos padres desconcertados que han de pagar caras después su exigencia y su ignorancia.

8.— Influenciabilidad: Los niños son tremendamente influenciables. Ana, la niña de "Cría cuervos", toma partido por su madre. Después de juzgar, es decir, por justicia. Pero también porque está influida por ella. Lo malo es que no siempre eligen lo mejor. Recordemos la niña antifeminista por influjo de su abuela que, por otra parte, ve en ella la nieta preferida, seguramente por afinidad. Todo un mundo de proselitismo está aquí encerrado, con todo el peligro que encierra el hecho de que el niño no sea capaz de discernir. La avaricia fomentada de Margarita en "Celos" se aclara al final del tremendo cuento, cuando al cabo de los años la vecina inductora del crimen "pide la mano de Margarita para su hijo".

Este problema de que el niño se deje influir a veces por los peores tiene difícil solución. No basta el desinterés, que es el que suele mover a los padres que se ven rechazados. Existe un saber ponerse a tono con el niño, a su nivel, que creemos que es la clave en la convivencia adulto-niño. Los niños toman confianza y, por tanto, se convierten en influenciables, ante los adultos a los que ven o consideran semejantes. Imitan mal a los mayores que se muestran superiores porque ven ese nivel demasiado alto. Lejos de dejar que les influyan se apartan y si el adulto se impone se refugian en el resentimiento o el afán de venganza. En cambio, la admiración representa una entrega y, por tanto, una fácil influenciabilidad y se alcanza porque el comportamiento condescendiente del adulto permite al niño idealizarle y buscar una imitación diferida. Será como él cuando sea mayor, pero entre tanto la amistad se mantendrá entre ambos. Graham Greene ha visto muy bien este problema en "The Basement Room", vertida al castellano con el título de "El ídolo caído".

Un último aspecto nos interesa resaltar y es el de la que podríamos llamar "influenciabilidad en sentido contrario". Es la de muchos jóvenes actuales ante el ejemplo de sus padres corrompidos. La influencia de estos es negativa. El niño, el adolescente, serán cualquier cosa en la vida excepto un remedo de lo que fueron sus padres. Esta faceta digamos justificada se diluye muchas veces en comportamientos absurdos de rechazo que pertenecen más bien a las facultades de resentimiento y de afán de venganza, pero que hemos preferido describir aquí por su claro matiz de antiinfluenciabilidad. Entra también en ello la incomprensión y la falta de confianza y, por último, el egoísmo y la vanidad. Muchos pacientes escolióticos en edad evolutiva de su raquis se niegan a muscular no por pereza sino por incomprensión. Es curioso que algunos dicen "Lo haría si no me lo dijeran, pero si me insisten ya no lo hago". Resulta difícil hacerles comprender toda la teoría cinesiológica de la columna vertebral, pero realmente es casi el único camino a seguir. Es corriente, seguramente por falta de costumbre, de conocimiento de una especialidad que comienza, que los tratamientos ortopédicos los acepten algunos pequeños pacientes como si me hicieran a mi un favor, no como un beneficio para ellos mismos. Seguramente se traduce aquí uno u otro sentido de influencia de las convicciones paternas. Este "contagio al revés" evita que muchos niños de madres neuróticas caigan en el neuroticismo, tan contagioso, incluso para los lactantes. Y que, dicho sea en alabanza del niño, se da en la práctica con mucha menos frecuencia de lo que la lógica parece indicar. Los niños imitan a los adultos porque los consideran superiores, pero hay veces en que parecen darse cuenta de que debiera ser el adulto quien les imitase a ellos.

Valiéndose de todas las facultades descritas, positivas y negativas, el niño va elaborando su personalidad. Después de cuanto llevamos dicho cabe afirmar que todas estas facetas no siempre constituyen rasgos característicos, pero siempre son etapas, momentos evolutivos. Por ejemplo, el niño es siempre ingenuo, aunque en su devenir cronológico atraviere épocas de malicia. Es generoso, aunque en algún momento le sirvan de estímulo rasgos de afán de venganza. Si, en general, tiende a la justicia, a la envidia o al egoísmo, ello no impide que en determinados períodos de su vida sea mucho más justo, envidioso o egoísta. Todo esto, que en el niño normal se cumple a lo largo de fases cronológicas marcadas, casi fijas, toma forma en el deficiente, somático o mental, de una forma variable, en función del tipo y grado de alteración existente, pero también en función de la ayuda que se les preste para facilitar su tarea.

De aquí la responsabilidad y obligación que tenemos todos los adultos en general y de modo fundamental los padres, los pedagogos y los médicos, en facilitar las funciones infantiles de captación, ideación y manifestación y, sobre todo, en no dificultarlas. El niño no es ese "perverso polimorfo" que Freud creyó ver. Tampoco es una propiedad, como piensan algunos padres. Se trata de un ser humano que va recorriendo etapas a veces muy trabajosas en la conquista de su propio espíritu, de toda su personalidad. Ya que le echamos a vivir debemos ayudarlo a hacerlo. Lo cual es una manera de ayudarnos a nosotros mismos.

Sólo podremos matizar positivamente la evolución personalística de los niños si somos capaces de comprender la fenomenología que en cada una de estas vidas se está desarrollando, se tiene que desarrollar. Para ello es necesaria una intencionalidad, por supuesto, pero también un saber "ponerse a nivel", llegando a cambiar si es necesario una costumbre o un dogma erróneos. Hay un ejemplo muy sencillo que utilizo a menudo y que entronca nada menos que con la adquisición del concepto de número, con la elaboración de la capacidad de abstracción y con el desarrollo del pensamiento teórico-lógico. Se trata de la multiplicación. En castellano decimos "dos por dos", "seis por cuatro", "nueve por ocho". Este "por" no tiene ningún sentido para el niño, no lo comprende, aunque aprenda de memoria toda la tabla de multiplicar y llegue a realizar operaciones correctamente. La solución dada en otros idiomas es bastante más racional al utilizar el concepto "vez": "Dos veces dos", "seis veces cuatro", etc. El niño español entiende también mucho mejor cuando se le enseña la multiplicación de esta forma. Pienso que sería un acierto el aceptar que hay un error inicial y suprimirlo, cambiando a una forma más en consonancia con la realidad. Otro absurdo lingüístico que padecemos es el de la pretendida letra "ché", que no es sino un sonido. La C es una letra, la H es una letra. Las dos juntas son dos letras no una. Si cada sonido castellano se hubiera de convertir en letra serían letras "pa", "ma", "ta" y así hasta el infinito. El problema es, por supuesto, el desconcierto del niño, que no sabe qué hacer con la hache y que seguramente durante toda su vida va a ser incapaz de pronunciar bien cuando se encuentra con ella.

Los ejemplos podrían multiplicarse pero ni es ocasión para ello ni es finalidad importante en el objetivo que nos habíamos impuesto. Que es el de intentar hacer ver que el niño consigue elaborar trabajosamente su propio espíritu a la vez que cumple el desarrollo de su cuerpo y que el estudio de las circunstancias que van adornando su evolución es uno de los más apasionantes que al ser humano le es dado contemplar. Los médicos rehabilitadores hemos aprendido mucho de ello a través de nuestra labor diaria a favor de niños deficientes, somáticos, mentales o mixtos. Con este trabajo solamente quiero mostrar mi deseo de que esta labor pueda también resultar útil a todos los demás.

II CABALLERO SIN MONTURA

II-1 EL MENDIGO PROFESIONAL VISTO POR UN MEDICO REHABILITADOR.

Fue leído como Discurso de Ingreso en la Sociedad Española de Médicos Escritores y Artistas el 13 de Mayo de 1969. Publicado en NOTICIAS MEDICAS, III, 239, el 18 del mismo mes, en Suplemento especial muy cuidado, existe también edición limitada, realizada en Copigraf, prácticamente imposible de encontrar. Ha sido incluido recientemente en el libro "Discursos de Ingreso en la Sociedad Española de Médicos Escritores y Artistas", volumen I, 1999.

EL MENDIGO PROFESIONAL VISTO POR UN MEDICO REHABILITADOR

Primera parte: A imagen y semejanza.

Casi siempre aclara las ideas y facilita el camino el detenerse a hacer un análisis de la palabra que expresa el concepto que se pretende desentrañar. No solo porque el lenguaje es algo vivo, que late y tiene forma y sustancia y aún articulaciones, como los vertebrados, sino porque, como señalara Unamuno, no en vano etimología y filología y lógica tienen su origen en logos, palabra. Este trabajo va dedicado al mendigo profesional. Vamos, por consiguiente, a analizar lo que es "mendigo" y lo que es "profesión".

En un principio, mendigo equivalió a mentiroso, engañoso. Como mendoso y mendaz, palabras hermanas, hijas de la misma raíz latina. Es aquel que, para conseguir lo que quiere, miente. La entrada de algunas órdenes religiosas en un modo de mendicidad legalizada dignifica en parte este concepto que, sin embargo, va a mantener con pureza su contenido inicial a lo largo de los siglos y sin interrupción, especialmente en nuestro país y durante la época, todavía no extinguida, de la picaresca. Recibe más el mendigo que miente mejor y con más gracia y en cambio, suele fracasar aquel que se limita a exponer la verdad. El matiz religioso va a dar también a su vez al mendigo un importante toque de carácter que influye incluso en la nomenclatura. Así, entre nosotros, "pordiosero", el que pide "por Dios". En inglés, la palabra que equivale a la nuestra de mendigo es "beggar", que da en español begardo o bigardo; con esta denominación eran conocidos los miembros de diversas asociaciones de clérigos libres de ambos sexos, generalmente en convivencia, declaradas heréticas por motivos sobrados en el Concilio de Viena de 1311. Estos grupos fueron también conocidos con los nombres de Fraticelli, Apostólicos, Pobres, Beguinos y, andando el tiempo, Alumbrados o Iluminados, según el rebrote conceptual surgido en pleno siglo XVI e impulsado sobre todo por nuestro extraordinario Miguel de Molinos. Mendigo, en Inglaterra, equivale por tanto a begardo o monje herético, lo que se explica por la costumbre que estos mostraron de mantenerse pidiendo. Profesión, por otro lado, es una de las muchas denominaciones que tienen su origen en "fateor", manifestar o declarar. Profiteor es mostrar, ofrecer, anunciar, reconocer. Profesar, o tomar profesión, equivale por tanto a declarar o mostrar públicamente una verdad religiosa, una creencia científica o, como en el caso que nos ocupa, un oficio o forma de trabajo.

Viene así a resultar que mendigo profesional es aquel hombre que declara públicamente que su oficio es mentir. El que hace oficio de la mentira. Triste, pero real, como sucede casi siempre que se profundiza un poco en la imperfección humana, para lo cual el análisis del lenguaje es un método ideal. "Ver a través de la palabra - dice Alfonso Albalá - es duro, por como humilla y sobrecoge saberte donde el origen mismo del misterio que abiertamente te revela". A nosotros, este descubrimiento nos va a servir de camino para llegar a la comprensión del problema. Comprensión, que es una forma de amor y, por tanto, de ayuda.

A ser mendigo profesional se puede llegar por muy diversas causas y muy diferentes senderos. Sin pretender hacer una revisión exhaustiva y sin tratar tampoco de profundizar en cada uno de los factores, ya que ello alargaría demasiado este trabajo, se nos ocurre señalar las siguientes posibilidades:

1.- Que existan unas circunstancias directas que, por su sola presencia, faciliten la aparición de mendicidad de manera casi irremediable. Es una especie de mendicidad aguda, que no cabe llamar profesional.

2.- Que, aún sin acontecer circunstancias irremediables, se produzcan situaciones que favorezcan la instauración de una cronicidad y uso inveterado de la mendicidad, que pasa a ser ya claramente profesional.

3.- Que, sin causa aparente, viva el sujeto en estado de mendicidad, convirtiendo a esta en auténtica, genuina y única profesión.

Vamos a analizar cada una de estas posibilidades, a pesar de que la primera escapa en gran parte de nuestro propósito.

1.- La pobreza, con su corolario, la mendicidad, aparecen muy pronto en las grandes catástrofes, como guerras, epidemias, terremotos, inundaciones. Aquí es donde el concepto y la palabra "limosna" tienen su contenido más genuino y su significación más auténtica. Copiamos de White, en "Historia de la lucha entre la Ciencia y la Teología":

"Ha muchos años que Hadji Abdul-Azis, jefe de los Derviches, caminaba a pie por lo que ahora es este desierto. Era en verano; el sol abrasaba; el polvo sofocaba; el caminante tenía secos los labios de sed, estaba rendido de fatiga y le caían gruesas gotas de sudor de la frente. Cuando miró hacia adelante vió, en este mismo sitio, una admirable huerta, llena de frutos y en medio de ella al hortelano.

- Amigo.- gritó Abdul-Azis - en nombre de Alah, clemente y misericordioso, dame un melón te concederé mis oraciones.

- A mi no me sirven de nada tus oraciones.- respondió el hortelano - Dame dinero y te daré fruta.

- Es que soy un mendigo. - dijo el derviche - Jamás he poseído dinero. Tengo sed, estoy cansado y no necesito más que uno de tus melones.

— No. - contestó el hortelano - Ve a la orilla del Nilo y calma tu sed.

Entonces, el derviche, alzando los ojos al cielo, rogó a Alah que calmara su sed e inmediatamente cayó sobre él un rocío copioso que calmó su sed y le refrescó hasta la médula de los huesos.

Al ver este portentoso, el hortelano comprendió que el derviche era un santo amado de Alah y le ofreció el melón inmediatamente.

- No.- respondió el derviche — Guárdate tu hacienda, impío. ¡Que tus melones se vuelvan tan duros como tu corazón y tus campos tan estériles como tu alma!

Y, como por encanto, los melones se convirtieron en estas peñas y la hierba en esta arena y nunca ha vuelto a brotar nada en este sitio".

La idea de la licitud de la limosna es tan antigua como la humanidad; en código tan remoto como el de las Leyes de Manú se admite como uno de los medios de subsistencia. El cristianismo, incluso, la santifica: "El supremo grado de la limosna cristiana, dice San Francisco de Sales, es procurar la salvación de las almas". El abuso, característico de la mendicidad profesional, cometido en estas normas de derecho natural y de religión, rompe la armonía, hasta

hacer decir a Luis Vives que tiene “por maleficios los beneficios mal hechos”. En su maravilloso “Tratado del socorro de los pobres” el gran humanista valenciano cita a San Juan: “El que poseyere bienes de este mundo y viere que su hermano sufre necesidad y le cerrare sus entrañas, ¿cómo el amor de Dios puede estar en él?”; pero también dice claramente que, después de creadas las leyes, “hubo que salir al paso de la pereza, de la arrogancia, de la indigencia humana, cuando, por haberse multiplicado el humano linaje, los unos no tenían de qué sustentarse y los otros, holgazaneando, pedían el propio sustento a las fatigas ajenas”.

Por eso decíamos que en las grandes tragedias es cuando la necesidad de la limosna aparece con toda su limpieza. “Ningún ser realmente angustiado- dice Bertolt Brecht- puede trabajar”, y esto ha ocurrido con los soldados licenciados o heridos, especialmente en final de campaña, con los enfermos, con los apestados, sobre todo en momentos de decadencia política. Borrow, en “La Biblia en España”, refiere haber pasado junto a una miserable leprosería que, en otro tiempo, había contado con subvenciones oficiales, retiradas durante los últimos disturbios. “Actualmente -le dicen – el menos sucio de los leprosos suele situarse al borde del camino y pide por los demás compañeros”. En tiempos de Menenio Agripa, que pudo solucionar la situación con su habilidad dialéctica, se retiraron a vivir los pobres de Roma, que debido a la desastrosa administración republicana eran la mayor parte de los ciudadanos, al monte Aventino, refugio en otros tiempos del monstruo Caco, en demostración pública de su condición de mendigos.

2.- Más complejos son los factores que componen las situaciones de favor que llevan, sin que exista auténtica necesidad, hasta la mendicidad crónica, ya claramente profesional. En primer lugar podría colocarse la pereza. “Mi ideal es tenderme, sin ilusión ninguna... De cuando en cuando un beso y un nombre de mujer”, dijo Manuel Machado. Rusiñol pintó, en “El enfermo crónico”, a un paciente imaginario, que refería con fruición haber estado desahuciado 19 veces y que no abandonaba su sillón de ruedas hacía 20 años, no por aprensión, sino por vivir mejor. Es el horror al trabajo que, como dice Unamuno, hace pasar trabajos y aún jugarse la vida por no trabajar. Tal vez, lo peor para el vago sea que, a pesar de todo, posee su poesía, y aún su romanticismo, como los mendigos de la Alhambra de Washington Irving, que “en su ocio infinito de haraganes consumados han inventado el arte de pasear en el firmamento”, lo que les concede cierto derecho a ser integrados en la historia de la Astronáutica. Hay, sin embargo, quien no es capaz de captar esta poesía y entonces dice cosas terribles, como Eurípides en “Electra”: “Ningún perezoso, aunque ponga en su boca el nombre de los dioses, podrá procurarse alimento sin trabajar”.

En la pereza influye sin duda el clima, que cuando es cálido y más aún cuando es caliente, favorece la inacción. En los países templados la gente trabaja menos y necesita también menos. Dice Washington Irving que “en el arte de no hacer nada, de no vivir de nada, el clima del país contribuye con la mitad”.

Un tercer factor podría ser la ordenación administrativa, política; la existencia o no de una Seguridad Social. Cervantes apunta tímidamente en el Quijote la necesidad de ayudar a los soldados inválidos y Lope los denomina “sopones de los conventos”. En Inglaterra hubo, en el siglo XVI, un incremento muy notable de la mendicidad. Enrique VIII trató de solucionar el problema a su modo y llegaron a ser ejecutadas 72.000 personas sin ningún resultado. Bastó, sin embargo, que se hiciera una correcta ordenación social para que todos los supuestos mendigos (los que habían quedado, se comprende) se convirtieran en magníficos ciudadanos, productivos y emprendedores.

El ambiente, el ejemplo que se recibe, es un importante factor de mendicidad, de influencia decisiva en los niños. El niño que pertenece a una familia de mendigos profesionales no tiene alternativa. Aún en el caso improbable de que no le obliguen a ello “sale a la calle y alarga la mano”, como dice Concepción Arenal en “El visitador del pobre”. En “La Biblia en España” se describen un padre y su hijo de siete años aún no cumplidos, presos ambos en la misma cárcel por un crimen cometido en complicidad. El niño, orgullo de su padre, dice Borrow, vestía al modo

de los bandidos de la época, con chaleco, pañuelo y faja, en la cual, "para más ridiculez", llevaba "un largo cuchillo manchego". Muchas veces, el ejemplo y el ambiente se convierten en tradición y los mendigos se agrupan en corporaciones, como luego veremos, o viven juntos en barrios o en lugares como la famosa Corte de los Milagros a que fue a dar el poeta Gringoire en "Nuestra Señora de París" Por tradición, casi más que por pereza, piden también, y a veces roban, los zincalis o gitanos, si bien suele tratarse siempre de pequeños hurtos. No existe, además, en idioma zíngaro, la palabra robar; ellos se limitan a "encontrar" un bolso o a "trabajar" una cartera. En España, además, aunque se les han negado muchas cosas, se les ha permitido que nos representen con su música o, mejor dicho, con su especial interpretación de la nuestra, lo cual es un gran paso en la integración social y nacional del zíngaro español. Es de desear que esta integración continúe sin que, a ser posible, ello represente, como hasta ahora con el llamado "flamenco", la destrucción de nuestro verdadero acervo musical, tan lejano en realidad de estas formas de expresión del arte oriental.

Todo esto nos conduce hasta otro factor que influye y matiza la mendicidad profesional, factor de muy difícil encasillado, que podría ser denominado afectivo. Felipe II dictó ordenanzas para que los mendigos de un pueblo no pudiesen pedir en otro y no solo hizo esto por afán ordenador sino porque sabía que, en su propio lugar, cada cual cuida más su conducta y hace aprecio de lo que, en parte al menos, considera como suyo, lo que no sucede con el forastero. Borrow, que tanto llegó a saber de gitanos, que hablaba correctamente su idioma, al que tradujo la Biblia, y que llegó a ser encarcelado precisamente por ser amigo de ellos, resalta esta falta de interés del que es ajeno al referir su pregunta a la mujer de un gitano ladrón que era llevado a Málaga en cuerda de galeotes "- ¿En qué dirección huiría tu esposo si lograra escaparse de Málaga?. - Al chim de los Corahaí, hijo mío. - contestó ella - A la tierra de los moros, para ser soldado del rey moro". Lo cual nunca habría hecho un ladrón español.

Este problema de la existencia de extranjeros no identificados con el país en que se hallan enlaza de modo directo con un fenómeno de gran interés social y religiosos: Las peregrinaciones. El significado de la palabra peregrino nos lo aclara Dante en la "Vida nueva", expresando que puede entenderse de una manera amplia, "en cuanto que es peregrino todo aquel que está fuera de su patria" y de una manera estricta, según la cual "no se entiende por peregrino sino quien va hacia la casa de Santiago o vuelve", palabras estas últimas que indican la importancia que alcanzó la peregrinación en honor de nuestro Santo Patrón. Aclaremos que existen tres denominaciones consagradas para designar a los visitantes piadosos: Peregrinos son los que se dirigen a Santiago, Romeros los que van a Roma y Palmeros los que se encaminan a los Santos Lugares. Como consecuencia de esta fluencia de peregrinos extranjeros a lo largo del Camino de Santiago y también, aunque en menor cantidad, hacia Montserrat, se forman numerosas cuadrillas, principalmente de franceses o alemanes, las cuales solían pedir limosna para mantenerse e, incluso, para reunir pequeños tesoros en piezas de oro, que escondían cosidas en los pliegues de sus ropones o introducidas en huecos practicados en el interior del clásico bordón. Con cierta frecuencia todo esto degeneraba en desmanes que obligaban a la Justicia a intervenir y que provocaron un sinnúmero de ordenanzas, no solo en España, sino también en Francia, como ocurrió en tiempos de Luis XIV.

Un aspecto que encierra gran complejidad es el que atañe a los factores personales: Temperamento, inclinación, ignorancia, ingratitud, amor a la independencia, todo ello matizado tal vez por la falta de un trabajo mantenido, lo que crea una situación de hábito que arrastra hacia la ociosidad y el juego. Vale la pena ocuparse de estos factores, lo cual haremos más adelante, al analizar la personalidad del mendigo profesional.

Uno de los factores más importantes, del que han derivado seguramente la mayor parte de los mendigos que en el mundo han sido, es la discapacidad, es decir, la alteración física o mental de la aptitud global que, por nacer humanos, nos corresponde. El discapacitado, que ha sido durante siglos el principal protagonista de la mendicidad profesional, ha pasado hoy a convertirse

en el sujeto esencial de la nueva especialidad médicosocial llamada Rehabilitación, pero el cambio no se ha cumplido de manera suficiente para que quedaran rotos vicios y costumbres ancestrales. Y la costumbre constituye precisamente otro importante factor en la constelación que ha venido manteniendo durante tanto tiempo el fenómeno de la mendicidad profesional. En un trabajo titulado "El valor del inválido" hacíamos ver que, en efecto, existen unos valores impuestos, unos conceptos que nos son imbuídos y que aceptamos como nuestros sin que la propia capacidad de discernimiento haya intervenido en su análisis. Los admitimos por la única razón de que fueron también admitidos por nuestros padres, por nuestros antepasados, sin advertir que nuestras circunstancias, ahora, son por completo diferentes, como también lo son los medios de que disponemos y la situación técnica y social del mundo actual en que vivimos. Lo cierto es que todavía persiste un concepto del "inválido mendigo" basado en la compasión, lo que permite una forma de vida tan antigua como el mundo, increíblemente rica en matices de engaño y fingimiento, como vamos a ver enseguida al analizar la Bibiatria. Quevedo, a quien considera Francisco Santos "el mayor hombre que las Edades conocieron" ve esto muy bien en su Buscón, al narrar las hazañas mendicantes: "...y ganara más si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carreton diciendo - Por el buen Jesús. Y ganaba que era un juicio. Yo advertí y no dije más Jesús, sino quitábale la s y movía a más devoción". Además, "llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas y mis dos muletas... Halléme en menos de un mes con más de doscientos reales horros". Así se explica el ejemplo donoso recogido por el arzobispo Jacques de Vitry: Estando dos mendigos, uno cojo y otro ciego, cercanos a las milagrosas reliquias de San Martín, que habían sido sacadas en procesión, a fin de no curar y para escapar con mayor rapidez el ciego carga a cuestas con el cojo, que guía a su compañero. La gente, sin embargo, advierte la maniobra, los alcanza, los aproxima a las reliquias a la fuerza y ambos curan, con gran pesar por su parte.

Un último factor podría admitirse en este grupo y es el de la idiosincrasia nacional, la condición global del pueblo de un país o de una región, que también va a condicionar las situaciones de mendicidad profesional. En ello, además del estado de bienestar o malestar sociales, confluyen muchos componentes parciales, que en España llevan de la Caballeresca a la Picaresca y de esta, como dice Waldo Frank, a la mendicidad, en una especie de devaluación progresiva. Pero analizar esto ocuparía, seguramente, el espacio de otra conferencia.

3.- El tercero y último grupo de posibilidades de llegar a un estado de mendicidad profesional se refiere a aquellos casos en que se da una circunstancia de voluntariedad. Es lo que ocurre con los mendigos de San Martín, poseídos de auténtico espíritu profesional. La profesión que se escoge voluntariamente, por aptitud y por vocación. El oficio de mendigo, dicho en pocas palabras. Cabe la posibilidad de llegar a ser en el un buen experto, por auténtico dominio de la técnica. En la magistral escena del ciego y el mozo de ciego en "Pedro de Urdemalas" recoge Lope, con su habitual fluidez y galanura, este carácter de oficio que alcanza el mendigar y sus ventajas en relación con otros oficios. Dícele el ciego a su guía:

"¿Piensas tú que otros oficios - que contaré son mejores?. - Oye, porque no lo ignores - lo que hay en los ejercicios.- De todos tengo noticia - y se quedan mil enojos - y aunque me viera con ojos - no les tuviera codicia. - Considérate sentado - con un sastre mentiroso - el, cortando y tú, sarnoso, - cosiendo el paño cortado..... Pues si un herrero imaginas - ¡terrible cosa es, por Dios! - que se levanta a las dos - a despertar las gallinas. - Pues advierte un pastelero - de la manera que anda - haciendo la zarabanda - con la masa en el tablero - Mas no te quiero cansar sino que entiendas que has sido - dichoso en haber tenido - este oficio de guiar".

Hay que reconocer que la mendicidad como oficio existe no por necesidad, como los demás oficios útiles, sino porque siempre ha estado admitida, razón más sólida de lo que cualquier razonador lógico podría imaginar. De nuevo volvemos a encontrarnos con la costumbre y con

valores aceptados sin ser previamente comprendidos. Un mendigo ha conmovido siempre y por eso conmueve también ahora. Harlan Gilmore dice acertadamente en "El mendigo" ("The Beggar"): "Los gobiernos legislan en contra de ellos; pero es tan poderoso su hechizo que el legislador, en un acceso de emoción, echa una moneda en el platillo del mendigo".

En este hechizo influye no poco el que Wyatt Marrs llama idealismo religioso y Luis Martínez Kleiser caridad irreflexiva. Tanto en las formas de caridad individual como en las organizadas, sobre todo si estas últimas están realizadas por una comunidad religiosa, se mira más el mérito de la obra que su necesidad o pertinencia, de lo cual se aprovechan los dependientes sociales avezados. "Mío es el mundo como el aire, libre, - otros trabajan porque coma yo; - todos se ablandan si doliente pido - una limosna por amor de Dios", dice Espronceda en su famoso poema. "Y a la hoguera - me hacen lado - los pastores - con amor - y sin pena - y descuidado - de su cena - cenó yo...".

Al éxito del mendigo profesional contribuyen en gran manera las situaciones de discapacidad. El mendigo discapacitado posee tan ancestral poderío sobre el resto de la sociedad que ha llegado a verse apartado de ella. Todavía, para el hombre medio, y a través de un valor impuesto, el discapacitado es siempre mendigo, ajeno a la sociedad e incluso al resto de la humanidad, a lo cual ha contribuido no poco una defectuosa interpretación de la máxima de Juvenal "mens sana in corpore sano". Ahora, el aceptar, que es nada más comprender, que los discapacitados también son seres humanos, hechos por Dios a Su imagen y semejanza, con pleno derecho al trabajo y a la integración social, conlleva una especie de estupor y exige una marcha atrás acelerada, hasta despojarse del tópico, que rueda de generación en generación como si fuera redondo y conseguir una valoración consciente del problema. Real. Actual. Cristiana.

Entre tanto esto va sucediendo y quizá de todos modos, lo admitamos o no, existe todavía un mendigo de oficio, un mendigo organizado en corporación, romántico pero sujeto a normas y estatutos y que, en España al menos, conserva mucho de pícaro y aún bastante de caballero. Es el mendigo a quien canta Juan Antonio Gaya Nuño en su estupendo e idealista "Tratado de mendicidad". El de Espronceda, que dice: "Todos son mis bienhechores - y por todos - a Dios ruego con fervor". El de la Corte de los Milagros, "Los misterios de París" y las aventuras de Rocambole. El de "El hampa" de Salillas. El mendigo de Valle Inclán y de Baroja. El de Galdós. En una palabra, el especialista, como vamos a ver a continuación.

Segunda parte: Técnica de la mendicidad profesional.

Cervantes nos ha dejado pintada una picaresca casi bondadosa en "La gitanilla", en "La ilustre fregona", en "El casamiento engañoso" y el "Coloquio de los perros" y, sobre todo, en "Rinconete y Cortadillo". En esta última es donde nos habla de la técnica vilhanesca o del manejo de los naipes y de la cofradía de ladrones de Monipodio, también citada en el "Coloquio". A esta cofradía por sus demostradas condiciones, son admitidos Rincón y Cortado, a solicitud de los propios cofrades: "...y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecían todo". John Gray pintó también en su famosa "Opera del mendigo", escrita en 1700, este sistema de cofradía o sindicato particular, según el cual Londres se hallaba dividido en distritos y lugares asignados a los afiliados. Bertolt Brecht se sirvió de esta obra para su "Opera de dos centavos" y en gran parte utiliza la misma idea, si bien con su peculiar sentido de idealización, nuestro Alejandro Casona en "Los árboles mueren de pie", con la organización de una "beneficencia pública para el alma" creada por el Dr. Ariel.

De estos sistemas de organización técnica y federación social para la mendicidad y aún para el delito, surge el concepto de briba o arte bibliátrica, propia de los poltrones, haraganes y enemigos del trabajo. Define Corominas la briba como "vida holgazana del mendigo o del pícaro"

y da su origen en una corrupción de "biblia", tanto por el sentido de sabiduría, gramática parda, como por el de la elocuencia persuasiva y oraciones de que se sirve el mendigo para inspirar lástima. Nacida en España, se internacionalizó rápidamente por la fuerza de nuestra picaresca, originando voces en idiomas francés e inglés (Bribe, migaja, resto de comida; Bribe, Bribery, soborno). El modismo conserva su fonética en casi todos los derivados castellanos, como bribón, bribonería, bribia. Solamente en bibiátrico y bibiatría, por dificultades de pronunciación, se produce la metátesis, que aproxima al término, fonéticamente, al origen semántico apuntado por Corominas. Nos ocuparemos, en primer lugar, de los aspectos teóricos o legalistas de la bibiatría, es decir, de las ordenanzas mendicativas y a continuación de sus aspectos prácticos o métodos de fingimiento y engaño.

1.- Teoría general de la briba o reglamento mendicante.

Hallándose en Roma Guzmán de Alfarache, trabó conocimiento con un pobre del que recibió no solo grandes y muy prácticas enseñanzas sino, además, las Ordenanzas Mendicativas, necesarias para evitar escándalo y alcanzar suficiente instrucción. No es posible transcribir íntegras tan sabrosas normas, por lo cual entresacamos de ellas los párrafos necesarios para componer un discreto resumen. ("Guzmán de Alfarache", Primera parte, Libro tercero, Capítulo II).

"Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir y por el son diferenciadas y conocidas, como son los alemanes cantando en tropa, los franceses rezando, los flamencos reverenciando, los gitanos importunando, los portugueses llorando, los toscanos con arengas, los castellanos con bravatas, haciéndose malquistos, respondones y malsufridos; a estos mandamos que se reporten y no blasfemen y a los más que guarden la orden.

Item, mandamos que ningún mendigo, llagado ni estropeado, de cualquiera de estas naciones, se junte con los de otra, ni alguno de todos haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, charlatanes callejeros, músicos ni poetas, ni con cautivos libertados, aunque Nuestra Señora los haya sacado de poder de turcos, ni con soldados viejos, que escapan rotos del presidio, ni con marineros que se perdieron con tormenta; que aunque todos convienen en la mendiguez, la bribia y labia son diferentes y los mandamos a cada uno de ellos que guarde sus Ordenanzas.

Que todo mendigo traiga en las manos garrote o palo y, los que pudieren, herrados, para las cosas y casos que se les ofrezcan; pena de su daño.

Que ninguno pueda traer ni traiga pieza nueva o a medio uso, sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daría con ella, salvo si se la dieran de limosna, que para solo el día que la recibiere le damos licencia, con que se deshaga luego de ella.

Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüedad de posesión y no de personas y que el uno al otro no lo usurpe ni defraude.

Que puedan dos enfermos o lisiados andar juntos y llamarse hermanos y el uno comience la voz donde el otro la dejare; yendo parejos y guardando cada uno su acera de calle, cante cada uno su plaga diferente y partan la ganancia; pena de nuestra merced.

Que ningún mendigo pueda traer armas ofensivas ni defensivas de cuchillos arriba, ni traiga guantes, pantuflos, anteojos ni calzas atacadas, pena de las temporalidades.

Que pueda traer un trapo sucio atado a la cabeza, tijeras, cuchillo, lezna, hilo, dedal, aguja, escudilla, calabaza, esportillo, zurrón y talega, que no sean costal, alforjas ni cosa semejante, salvo que llevare dos muletas y la pierna mechada.

Que ninguno descubra artimañas, ni las divulgue ni confie al que no sea del arte; y el que inventase nuevo engaño lo manifieste a la pobreza para que se entienda y sepa, aunque damos

al autor privilegio que lo imprima por un año y goce de su trabajo sin que alguno sin su orden lo use ni trate.

Que ningún mendigo llegue al tajón a comprar pescado ni carne, salvo en extrema necesidad y licencia de médico. Permitímosles que puedan desayunarse las mañanas, con tal que el olor de boca se repare; pena de ser tenidos por inhábiles e incapaces.

Damos licencia y permitimos que traigan alquilados niños hasta la cantidad de cuatro, con tal que el mayor no pase de cinco años; y que si fuere mujer traiga el uno criado a los pechos y, si hombre, en los brazos, y no de otra manera.

Mandamos que los que tuvieren hijos los hagan que pidan para sus padres, que están enfermos en una cama; esto se entiende hasta tener seis años y, si fueran de más, los dejen volar.

Que ningún mendigo consienta ni deje servir a sus hijos, ni que aprendan oficios ni les den amos, que ganando poco trabajan mucho y vuelven pasos atrás de lo que deben a sus antepasados.

Que el invierno a las siete ni el verano a las cinco de la mañana ninguno esté en la cama, sino que salga a su trabajo, y se recoja y encierre en todo tiempo media hora antes de que anochezca, salvo en los casos que de nos tiene licencia.

Que pasados tres años, después de doce cumplidos en edad, habiéndolos cursado legal y dignamente en el arte, se conozca y entienda haber cumplido la tal persona con el estatuto y sea tenida por profesora, haya y goce las libertades y exenciones por nos concedidas, con que de allí adelante no pueda dejar ni deje nuestro servicio y obediencia, guardando nuestras Ordenanzas y so la pena de ellas".

Pocas páginas de nuestra picaresca poseen más enjundia y contenido que estos estatutos, pues es bien cierto que la mendicidad profesional posee sus propias normas, que son escrupulosamente respetadas. El propio Mateo Alemán dice ser tantas las Ordenanzas legisladas en Italia por los más famosos poltrones "que pudiera decir ser otra nueva recopilación de las de Castilla".

2.- Aspectos prácticos de la briba.

Con los fingimientos y engaños de pobres, mendigos, presos o maleantes se podría llenar un volumen entero. Que forman un cuerpo muy unido lo demuestra el hecho, bien conocido, de las señales convenidas que dejan en árboles, caminos o casas, para indicar a otros la condición, favorable o no favorable a la dádiva, de aquel vecino o de aquel lugar. Vamos a limitarnos a tomar algún ejemplo de fuente literaria, relativo a las normas técnicas del engaño limosnero.

Dice D. Francisco de Quevedo en su Buscón: "Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón, uno de los mayores bellacos que Dios crió. Estaba riquísimo y era como nuestro retor. Ganaba más que todos. Tenía una hernia muy grande y atábase con un cordel el brazo por arriba y parecía que tenía hinchada la mano y manca, y calentura, todo junto. Poniase echado boca arriba en su puesto y con la hernia defuera, tan grande come una bola de puente y decía: ¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!. -Si pasaba mujer decía: ¡Ah, señora hermosa, sea Dios en su ánima!. - Y las más, porque las llamaba así, le daban limosna y pasaban por allí, aunque no fuese camino para sus visitas". Obras maestras de dialéctica son las frases de Pablillos para pedir: "Un aire corruto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros; Que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea Dios", frase esta que empleaba especialmente los días festivos. Para los de trabajo reservaba la de ¡Dalde, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo!".

Estos toques psicológicos de habilidad siempre se han dado en el mendigo profesional con vocación y condiciones. Pocas veces se equivoca un mendigo experto, pidiendo a quien no le va a dar. El lo sabe de antemano. La situación cambia también mucho cuando en lugar de estar

sola la persona elegida se halla con alguien. Con dos personas las posibilidades de éxito son casi seguras. En este capítulo del dominio psicológico encajan los sistemas de petición indirecta. Douglas refiere un truco casi infalible en "¡Aleluya, soy un vagabundo!", publicado en 1932. Consiste en acercarse al "primo" y preguntarle la forma de ir a una población, por ejemplo Hammond, Indiana. Permite que el bienintencionado sujeto le explique combinaciones de tren o autobús durante un rato y entonces le dice que lo que desea saber es la carretera más directa, pues ha de ir andando por carecer de dinero. El otro, asombrado, le dice que hay más de 25 millas y el vagabundo contesta que no tiene otra opción. Ha sido contratado allí con un buen sueldo pero para ello debe llegar y carece de medios. Da las gracias y aparenta alejarse. Es muy raro que el sujeto no pique. También el pícaro Guzmán de Alfarache recibe sabrosos consejos que contribuyen a su mejor formación profesional: "En llamando a una puerta dos veces o no están en casa o no lo quieren estar, pues no responden; pasa de largo y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero. No abras puerta cerrada. Pide sin abrirla ni entrar dentro, que acontece abriendo, descuidados de lo que sucede, salir un perro que se lleva media nalga en un bocado. Cuando pidas, no te rías ni mudes tono. Procura hacer la voz do enfermo, aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja.- Friégate las mañanas el rostro con un paño, antes húmedo que mojado, porque no salgas limpio ni sucio; y en los vestidos echa remiendos, aunque sea sobre sano y de color diferente; que importa mucho ver a un pobre más remendado que limpio, pero no asqueroso.- Donde no te dieran limosna responde con devoción: ¡Loado sea Dios!.El se lo de a vuestas mercedes con mucha salud, paz y contento de esta casa, para que lo den a los pobres. Esta treta me valió muchos dineros, porque respondiéndoles con tal blandura y las manos puestas, levantándolas con los ojos al cielo, me volvían a llamar y dábanme lo que tenían".

Pero continuemos con los fingimientos para simular invalideces y enfermedades. El mismo maestro alecciona a Guzmán de Alfarache a "fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo y otros primores curiosos del arte, a fin de que no se nos dijese que, pues teníamos fuerzas y salud, que trabajásemos'. En el mismo libro, inagotable en sus ejemplos, puede leerse: "Otras veces, que había ocasión y tiempo, en divisando tropa de gente, nos apercibíamos a cojear, cargándonos a cuestras los unos a los otros, torciendo la boca, volteando los párpados para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos; y valiéndonos de muletas, siendo sueltos más que gamos, metíamos las piernas en vendas, que colgaban del cuello o los brazos en orillos, de manera que con esto y buena labia, siempre valía dinero". Víctor Hugo utiliza el tema en varias obras: "Los miserables", "El hombre que ríe" y, sobre todo, "Nuestra Señora de París": "...allí una especie de perdonavidas, un valentón, como se dice en caló, que desataba silbando las vendas de su supuesta herida y sacaba a relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada desde por la mañana con cien mil ligaduras; acullá preparaba un pordiosero, con escrofularia y sangre de toro, su "pierna de Dios" para el siguiente día. Dos mesas más abajo un palmero, con su hábito característico, deletreaba la canción de "Santo Dios, Santo inmortal", sin olvidar la salmodia ni el peculiar acento gangoso; aquí un joven hampón daba lección de epilepsia con un gitano viejo que le enseñaba el arte de echar espumarajos por la boca mascando un pedazo de jabón".

No es extraño que Luis Vives comentara ampliamente esta tendencia de los pobres al engaño en su tratado "Del socorro da los pobres" y que Sancho Panza, siendo gobernador de su ínsula, ordenase "que ningún ciego cantase milagro en coplas si no trajese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos. Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha".

Con estos y otros muchos engaños parece que algunos mendigos han llegado a hacer dinero. Como los peregrinos de Santiago, que los hubo que sacaron en el viaje lo suficiente para la dote

de alguna hija. Algunos autores modernos han utilizado este mito del mendigo millonario o poderoso, como Ernesto Sábato en "Sobre héroes y tumbas", Carlos Llopis en "Por cualquier Puerta del Sol" y Joracy Camargo en la comedia, traducida por Juan Ignacio Luca de Tena "¡Que Dios es lo pague!".

La briba adquiere una especial condición cuando se refiere a niños. El niño ha sido siempre otro seguro motivo de piedad y, por tanto, de solidez comercial para el mendigo profesional. Al parecer, en los tiempos de la picaresca era relativamente fácil conseguir niños, no ya entre los expósitos, como ocurrió con el "Lazarillo de Manzanares" de Juan Cortés de Tolosa, sino incluso en mitad de la calle, donde, a creer a Lorenzo Vital, autor de la "Relación del primer viaje de Carlos V a España" eran abandonados en el suelo, recién nacidos, por sus padres. Lo cierto es que algunos mendigos se valían de niños para incrementar sus ingresos, siempre dentro de lo reglamentado en la Ordenanzas mendicantes, y así el amigo del Buscón Don Pablos "tenía tres muchachos pequeños que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían". Con mayor razón se valían de estos sistemas los propios padres que, en ocasiones, no dudaban en deformar y contrahacer al niño para mejor mover a compasión. Tal es el caso de aquel mendigo de Florencia del "Guzmán de Alfarache", a quien su padre "estropeolo, como lo hacen muchos de todas las naciones en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran, como si fueran de cera, volviéndoles a entallar de nuevo, según su antojo, formando varias monstruosidades de ellos para dar más lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez y después, con aquella lesión les dejan buen patrimonio con que pasan su carrera". Eugenio Sué narra, en "Los misterios de París", la odisea de los 15 muchachos explotados por el domador Tajavivos. Esta situación dio lugar a un tráfico de niños que si bien a veces no pasa de ser leyenda o conseja de vieja constituye una realidad en determinados casos, aún en nuestros días. Es impresionante el cuento de Guy de Maupassant "La madre de los monstruos", incluido en el volumen "Antón". Una mujer, en un pueblo de Francia, está en contacto con titereros y encargados de circo de todo el mundo y les vende sus hijos, cuidadosamente deformados durante el embarazo por medio de unos corsés rígidos, de formas variables, que ella misma construye. Con gran habilidad "conseguía variar las formas de sus monstruos, modificando las presiones que les hacía sufrir durante el embarazo. En el momento en que se desarrolla el cuento tiene colocados once, que le rentan casi 6.000 francos al año y uno, el último, dispuesto para ser adjudicado al mejor postor.

D. Benito Pérez Galdós, en "Misericordia", la novela de la mendicidad madrileña, hace comentar a dos de las pedigueñas de la iglesia de San Sebastián la ventaja que da llevar un niño de pecho: "Te digo que sin criaturas no se saca nada; los señores no miran a la dinidá de una sino a si da el pecho o no da el pecho. Les da lástima de las criaturas, sin reparar en que más honrás somos las que no las tenemos". También D. Ramón María del Valle Inclán, con su pluma como un bisturí se ocupa del niño mendigo y del niño sujeto a mendicidad. En "Divinas palabras" con el pobre idiota, explotado hasta después de muerto. Y en la impresionante narración "¡Malpocado!" que luego incluyó diluyéndola, en "Flor de santidad"; la abuela le lleva al ciego su nieto, para que le sirva de criado: "¡Malpocado, nueve años y gana el pan que come!". Un escalón más y el niño es enseñado, abiertamente, a robar, como sucede, entre tantos otros ejemplos, en "Oliverio Twist", de Dickens, quien, por cierto, utiliza con frecuencia en su novelística figuras infantiles.

El niño es la figura más conmovedora de la mendicidad. Lo que esta tiene de más triste y que trasciende, en la literatura y en la pintura también. En Murillo, en Ribera, en Alenza, en Andrés Cortés, se siente su mezcla de picardía y de tristeza, de astucia y de bondad. De desesperanza. Por eso, las burlas de Lázaro, sus momentos de triunfo y las hazañas de Rincón y de Cortado nos sirven de compensación y de equilibrio, casi de catarsis. Por eso, sobre todo, nos tranquiliza y conforta la nueva cruzada llamada Rehabilitación, con sus propósitos de integración. El niño, no solo no va a ser ya mutilado, deformado voluntariamente en el cuerpo y el espíritu, sino que

va a dejar de ser explotado, aunque nazca con una discapacidad y, sobre todo, va a ser tratado como si esa discapacidad fuese una mera circunstancia, con muy escasa repercusión en su vida. Y en esto si que todos los humanos estamos unidos.

Tercera parte: La personalidad del mendigo.

La desgracia exime en parte de culpa y aún nos atreveríamos a decir que de responsabilidad. Se ha visto como hay una mendicidad aguda, obligada, que en modo alguno puede ser tenida como profesional y que es la mendicidad del cataclismo, de la catástrofe económica. Sin embargo, resulta evidente que el mismo contratiempo, con los mismos resultados catastróficos o idéntica necesidad de mendicidad temporal. no influye de la misma manera sobre todas las personas. Algunas, la mayor parte, salen muy pronto de la situación y se hacen de nuevo independientes. Otras, en cambio, aparentemente de la misma condición y en situación análoga que las anteriores no son capaces de superar el momento de contrariedad y quedan sumergidas en una mendicidad crónica, a la que se amoldan y acostumbran, con más o menos protestas de vergüenza y manifestaciones de pena, hasta hacer de ella su medio de vida habitual. Algo hay, por tanto, que impulsa a la mendicidad profesional y que no es el miedo, ni la desgracia, ni el horror al trabajo ni todos estos factores unidos. Algo que se halla en alguna parte de la personalidad de cada uno. El ambiente y la tradición pueden aderezar el conjunto, pero no bastan, puesto que también hay mendigos profesionales de este tipo vocacional en países jóvenes y ricos, en los que el ambiente no es propicio y la tradición no ha llegado apenas a formarse.

A nuestro modo de ver, pueden separarse dos grandes grupos de mendigos profesionales por factores de personalidad: Aquellos en los que la estructura de su personalidad contiene unos matices vocacionales que les impulsan a mendigar para vivir y aquellos otros que sin verse directamente impulsados por los factores de su personalidad a una mendicidad convicta, caen fácilmente en mendicidad precisamente porque su personalidad los arrastra a un género de vida abocado a ella. Para el primer grupo de estados de mendicidad vocacional proponemos el nombre de mendiguez. El segundo grupo se halla integrado por las facetas que componen el interesante y apasionante fenómeno del vagabundo. Veamos uno y otro de estos dos grupos.

A.- Mendiguez.

Define la mendiguez Covarrubias, en su "Tesoro de la lengua castellana", como "la miseria del que pide" y la Academia considera el término como una acepción, la segunda, de mendicidad. Para Corominas "mendiguez" es el término popular y "mendicidad" el cultismo. Gaya Nuño, en el "Tratado de mendicidad", defiende la eufonía de la palabra mendiguez y reconoce "que es voz polémica y despectiva y que, lo mismo que ordinariez, embriaguez, dejadez, estupidez, etc., procura utilizar su terminación arrastrada, rápida y apodíctica para no dejar lugar a dudas acerca de algo reprobable". Este punto de vista enlaza con nuestra forma de enfocar el problema.

Wyatt Marrs, en el capítulo dedicado a Mendigos de su "Parásitos sociales", refiere diversas formas de mendicidad "en frío", auténticamente vocacional, como es la del "mediador que, provisto de carnés, demuestra pertenecer a una asociación religiosa o filantrópica o a un sindicato, hermandad o grupo laboral, lo que le concede la apariencia de actuar para otros. O el de la mendicidad por correo, sistema para el que reconoce que hay que poseer una buena educación así como una imaginación despierta e incluso ciertos ribetes de artista. Y la del que ofrece pequeños artículos "a la voluntad", costumbre muy extendida en los países anglosajones y algo menos entre nosotros y que. permite al mendigo enmascararse bajo una licencia de vendedor, que le protege contra la policía. Todas estas personas podrían dedicarse perfectamente a un trabajo normal y de hecho, muchas de ellas lo desempeñan, incrementando sus ganancias legales con las que les permiten estas formas de mendicidad solapada. Es

habitual, en los comercios neoyorquinos, de pieles, por ejemplo, que señoras de buena posición social reclamen al dueño comisiones por la venta efectuada a alguna conocida que ellas presentaron. Pero dejemos este problema de las comisiones, porque seguramente nos iba a llevar demasiado lejos.

Todo lo contrario al altruismo se da aquí. Todo lo contrario a lo que hace la Benína de "Misericordia", incomparable criada que, para mantener a su ama, pide limosna a la puerta de San Sebastián. Figura mucho más asombrosa aún en los días que corremos que en la época en que la creó Galdós. Y, sin llegar a tanta altura de motivos, todo lo contrario a los que piden por auténtica necesidad y porque no encuentran solución a su problema. A toda esta sistemática vocacional de la limosna es a lo que llamamos mendiguez. Al comportamiento del comisario que lleva a galeras a Guzmán de Alfarache, al final de la obra, y se aprovecha impunemente de los hurtos de los penados, situación que también sugiere Cervantes, si bien con su habitual discreción, en la aventura de los galeotes, cuando Ginés de Pasamonte alude a "las manchas que se hicieron en la venta". Y, así mismo, al comportamiento del alguacil que favorece a Monipodio y al de tantos maridos consentidores como circulan por la literatura y la realidad de todas las épocas y todos los países, porque la mendiguez llega a los extremos más pintorescos. Viene aquí a cuento citar a los músicos ciegos de la Alhambra, cargo muy ambicionado entre los árabes de la época. Es sabido que los baños templados del palacio granadino se conseguían calentando el suelo de la sala y baldeando el agua sobre él. Al tiempo que las mujeres se bañaban, una pequeña orquesta actuaba, pero los músicos que la componían habían de ser cegados para no poder ver a las bañistas. El cargo era ambicionado porque permitía vivir perfectamente, al interesado y a toda su familia, sin necesidad de trabajar.

Adviértase la sutil diferencia que hay entre todos estos comportamientos y la mendicidad auténtica. Algunas veces se dan en la mendiguez rasgos psicopáticos, especialmente de depresión, inseguridad, astenia o abulia, pero otras muchas solo existe costumbre, hábito y, sobre todo, como dice Unamuno, cobardía ante la vida. Existe, en efecto, dentro de la mendiguez, una picaresca administrativa muy antigua, puesto que Felipe III llegó a tener que prohibir "pretender destinos por medio de dádivas ni promesas", como hace notar Luis Martínez Kleiser en "Del siglo de los chisperos". Una picaresca nacida de una situación clásica de mendiguez, a la cual a su vez mantiene, de todo lo cual es en parte culpable el poderoso. Es la mendiguez del favor y la prebenda. La de la recomendación. Del favor, de la recomendación, se ocupó D. Miguel de Unamuno en varios artículos pero, mucho antes que él, lo había hecho Baltasar Gracián. En su "Criticón" sitúa el P. Gracián a El Favor, Primer Ministro de la Fortuna y dice de él que "alargaba la mano a quien se le antojaba, para ayudarle a subir, y esto sin más atención que su gusto, que debía ser muy malo. Pues por maravilla daba la mano a ningún bueno, a ninguno que lo mereciese; siempre escogía lo peor".

B.- Vagabundeo. (O vagabundería. Acaso, vagabundez, por afinidad semántica con mendiguez).

Son términos y conceptos, los de vagabundo y vagabundear, de escaso crédito en nuestro idioma, en gran parte por incompreensión. Derivados del verbo "vagari", que significa andar errante, caminar a la ventura, muy pronto se transforma vagabundo, por afinidad fonética y de concepto, en vagamundo, forma que aún perdura popularmente. La edición príncipe del Buscón ostenta el título de "Historia de la vida del Buscón llamado Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños". (Como es sabido, en el Siglo de Oro tacaño equivalía a pícaro, bribón). El vagabundo auténtico, de espíritu errabundo, se va a encontrar muy pronto con un grave problema en la existencia del aventurero, al que, a primera vista, se parece. Dice Ortega que el vagabundo es una mixtura del pícaro y el idealista; seguramente, ni siquiera de pícaro se le pueda tildar. Es, ante todo, un idealista errante que solo encuentra placer en caminar recorriendo el mundo, por verlo y por aprender. Como Camilo José de Cela por la Alcarria, el Guadarrama o

el Pirineo. Como Peter Freuchen, el marino danés que de niño aprendió "que el que se queda en casa no llega a ninguna parte". Como tantos y tantos otros viajeros que han contribuido a hacer el mundo más grande. El aventurero es bien distinto. Aventura, dice Ortega, equivale a conflicto. En el prólogo a la "Vida del capitán Alonso de Contreras" define al aventurero como un sujeto incapaz de representarse el porvenir y de frenar, por lo tanto, su impulsividad. La personalidad de ambos tipos, el vagabundo y el aventurero, es pues muy diferente y, sin embargo ambos son homologados, aún tal vez más el vagabundo, dentro del concepto de peligrosidad, presente en los códigos de casi todos los países y que dio lugar entre nosotros a la denominada "ley de vagos y maleantes", aparecida el 4 de Agosto de 1933. A pesar de ello, queremos hacer constar nuestra simpatía hacia el auténtico vagabundo, el "clochard" de los franceses, amistoso y bienintencionado. El vagabundo de Baroja, como ese Elizabide, fabuloso en su sencillez; el de Cela; el de Ciro Bayo. El "Monsieur La Souris" simenoniano. Vagabundo, glorioso, fue Don Quijote y vagabundo también, genial, D. Miguel de Unamuno, español hasta la médula y viajero perenne en su desatada y agónica imaginación. La imaginación que, como dice Ortega, le falta al aventurero. Vagabundos fueron también Quevedo y Cervantes y Valle Inclán y los conquistadores españoles en gran parte y los místicos, vagabundos de un viaje alucinado que pretendía adelantar la llegada a Dios cuando aún no era dado el momento de abandonar la tierra.

Hecha nuestra defensa, romántica, del vagabundo, que nos ha servido al menos para abocetar conceptos, pasemos a inclinarnos ante lo que dicen los códigos y marcan las normas establecidas. Bardenat, en el "Diccionario de Psiquiatría" de Porot, define el vagabundeo como "el estado de aquellos individuos que no fijan su residencia en parte alguna". La mayoría de las leyes, de los diferentes países admiten en el vagabundeo la concurrencia de tres factores: Ausencia de domicilio cierto, ausencia de medios de subsistencia e inexistencia del ejercicio habitual de una profesión. Forzosamente, el vagabundo auténtico ha de quedar fuera de las leyes. Se convierte en un fuera de la ley, que no es lo mismo que un transgresor de la ley, y aquí reside su problema verdadero, problema, por otro lado, de difícil solución.

El vagabundo solo pide limosna cuando se ve en auténtica necesidad de ello. Es, posiblemente, el que la pida con mayor dignidad de cuantos llegan a ello, porque tampoco le hace ascos, si se tercia, a un trabajo eventual que le ayude a continuar, como al Shane de "Raíces profundas", su camino. No es, en suma, un mendigo profesional, en sentido verdadero. A lo sumo, lo es ocasionalmente.

De todo lo dicho podemos deducir que la personalidad de mendigo, por constitución y por convicción, solo se da, de manera clara y real en los estados que hemos encerrado en la denominación de mendiguez. Fuera de ellos puede haber hábito, costumbre inveterada, pero no auténtica personalidad mendicante. De intento hemos prescindido de todos los factores psiquiátricos que puedan conducir a estados de mendicidad, en aras de una mayor sencillez. Son casos en que el concepto de peligrosidad adquiere matices muy especiales, puesto que, además, estamos rozando el campo legal de la irresponsabilidad. Desde un punto de vista médico estamos, simplemente, ante enfermos mentales.

Párrafo aparte, como siempre, merece el mendigo discapacitado, por su especial condición psicofísica. No hay tampoco en él inclinación alguna hacia la mendicidad y me atrevería a decir que, en el fondo, cada sujeto sería el primero en abandonarla si se le permitiera. Le faltan la vocación, la inclinación a pedir, características de los estados de mendiguez. Si pide no es por impulso propio, sino porque le es necesario, y acepta ser mendigo como aceptó ser bufón y aún acepta, en muchos sitios, ser atracción de barraca de feria, con un sufrimiento incrementado por el hecho de saberse útil para empresas mejores." !Oh bufón con venas de loco y artista!", dijo Agustín de Foxá en su "Retablo de la Edad Media": "Máscaras con nieve, sucias, destrozadas.- Mendigos que un día se ponen coronas". Si algo hay en la personalidad del mendigo discapacitado, cobre o no una pensión por incapacidad, es resentimiento y hasta puede que, en

algunos casos, malevolencia, cabría decir que justificados. O, por lo menos, con muchos eximentes para el aparente culpable.

Cuarta parte: Sociedad y evolución.

La Rehabilitación es muy moderna. Tan moderna que solo lleva unos años, menos de cincuenta, tratando de abrirse paso. Ella es la que nos ha venido a enseñar que todos tenemos derecho al trabajo. Derecho y obligación. Para cumplir la Creación, para formar al hombre, Dios trabajó. Solamente al séptimo día, se nos dice, pudo descansar. Rechazar el trabajo, por tanto, sería una aberración. Pero es que, además, para que no haya dudas, Dios nos mandó directamente trabajar; "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", dice poéticamente la Biblia. En esta necesidad de trabajar, de hacer sudar las frentes de una manera o de otra, hemos basado nuestra propia teoría de sociedad. El trabajo es seguramente el único factor común a todos los hombres en la tierra, tal vez a todos los hombre en todos los planetas; gracias a él componemos un núcleo humano homogéneo. Todos, incluidos los discapacitados, cada cual en su medida, cada uno en el aspecto en el que pueda resultar más útil.

Se puede definir la Rehabilitación, de una forma abreviada, como la parte de la Sociología que se ocupa de situar al discapacitado en el máximo nivel social y laboral posibles. Rehabilitación médica es una parte, incluida en el ámbito de la Medicina Social, de esta entidad genérica. Discapacitado, como se ha dicho al principio, es toda persona que, por una razón u otra ve alterada la aptitud o suficiencia que por ser humano le corresponde. Alterada, no disminuida, ni mermada ni, como en la vieja palabra "inválido", anulada. Pensemos en el contrasentido de llamar "minusválido" a Homero, ciego, a Beethoven, sordo, o a D. Juan Ruiz de Alarcón, "patizambo y corcovado". Peor es todavía el término "subnormal", que algunos intentan imponer, y que no será aceptado seguramente por los propios interesados. Hay que reconocer, sin embargo, que el concepto de ayudar al discapacitado no es nuevo, puesto que, desde los tiempos clásicos, la mayor parte de los gobiernos se han venido ocupando de sus inválidos de guerra. La actual ordenación de Seguridad Social para todos imperante en el mundo ha venido a matizar y completar estas ideas, dándoles forma y eficacia. Ha ello han contribuido diversos sociólogos, como Comte, Prudhon o Marx, sin olvidar el papel de las Encíclicas Sociales de la Iglesia Católica, fundamentalmente desde la aparición de la "Rerum Novarum" de León XIII el 15 de Mayo de 1891. La clave, sin embargo, está en la proclamación, por las Naciones Unidas, de los Derechos Humanos, el día 10 de Diciembre de 1948.

No cabe entrar en el análisis de la influencia que cada uno de estos factores, de estos esfuerzos, ha jugado en la solución del problema de los discapacitados. En nuestra opinión, si estos han sido al fin escuchados se debe a que la humanidad ha alcanzado un estado de madurez que le he permitido una capacidad de comprensión de que carecía en siglos anteriores. El hombre no solo evoluciona como individuo sino como conjunto, en cuanto a partícula de una entidad global, la humanidad, de la que no somos cada uno sino abstracción individual. Cada hombre, al hacer un mejor uso de las facultades con que Dios le dotó, se va haciendo más sabio y, por tanto, más comprensivo y virtuoso, según el eterno paralelismo que señalara Platón y lo mismo sucede, con el añadido de nuevos matices, con el conjunto de hombres que compone la humanidad. De este modo va resultando más fácil "seguir el camino de la verdad", como aconsejaba el extraordinario Juan XXIII. Cada vez más hombres comprenden, y desde entonces aceptan, situaciones que en épocas anteriores hubieran sido rechazadas, han sido rechazadas, por falta de comprensión auténtica del problema. Al hombre actual le basta con detenerse un momento a meditar para comprender y aceptar la idea de Rehabilitación, lo que equivale a comenzar a rechazar, de modo voluntario y consciente, la idea secular de la limosna y la mendicidad profesional. La mendicidad, añadamos para aclarar, no la mendiguez, que

seguramente perdurará mientras queden seres humanos. El hombre de hoy se va dando cuenta de que en pleno siglo XX es imposible razonar como lo hacía un hombre de los tiempos bíblicos o de la Edad Media. En el fondo, todo se ha reducido a romper con la inercia de Pensamiento que todos arrastramos y que hacemos arrastrar, muchas veces sin darnos cuenta y sin que ellos se la den, a los demás.

Lo cierto es que el mundo ha evolucionado y, con él, nosotros, que comenzamos a darnos cuenta de que los mendigos están desapareciendo, de que, tardando más o menos, llegarán a desaparecer del todo. Y eso tiene su importancia por más de un motivo, porque la realidad es que nos va a costar trabajo renunciar a la figura del mendigo. Ellos nos han hecho pensar y sentir. El mendigo triste, viejo, solitario, con un aire de dignidad resignada, que un día se queda dormido para siempre casi en la misma postura en que pedía. O el ciego que, como dice Ramón Gómez de la Serna "pide el pan como un niño hambriento". O el pícaro, el falso ciego, el falso tullido, el falso llagado, de quienes aceptamos un engaño que tal vez no toleraríamos a nadie más. Y el niño, que es tal vez el único que hace que se tambaleen estas nuestras ideas románticas y que, sin duda, es un arma, un arma eficaz, que emplea la Evolución para vencer nuestra inercia. Porque, en realidad, si hacemos examen de conciencia, ¿qué queda, sino costumbre, de toda esta idea romántica del mendigo?. ¿Cuántos de nosotros nos hemos detenido a charlar, a intimar con un mendigo?. Allá, en el fondo, estamos persuadidos de que el mendigo es el símbolo de la desgracia y, por eso, por la tristeza que presumimos y que, realmente, les trasciende y no por verles sucios o harapientos, pasamos por su lado de prisa, como huyendo, comprando con la limosna o con una fingida ignorancia el derecho a esa huida. Tristeza eterna del mendigo, que nos debe hacer meditar.

Pero la tristeza es creadora, inspiradora, positiva. ¿Qué ha creado el mendigo?. Tal vez, instrumento también de una Evolución que ha durado siglos, inquietud, escozor que rae la costra de autosatisfacción del paseante que borra un momento, al verle, su sonrisa. Puede que sea durante un segundo nada más, al cabo del cual la tristeza captada es borrada y alejada, pero es un segundo que se acumula a otros muchos segundos análogos hasta formar años, acaso siglos. Quizá, las manos tendidas de miles, de millones de mendigos durante el transcurso del tiempo, lo que hacían era indicar a los demás un camino, señalarles una ausencia, pedirles una solución. Tal vez, sobre esas manos, sobre esos ojos, sobre esas voces, ha podido fraguar y formar cuerpo la argamasa social de la actual Rehabilitación.

Ahora, solo nos queda, si es que hemos comprendido, renunciar a todo egoísmo. A la costumbre y al tópico. Como dice Salvador Jiménez en su maravilloso trabajo, ganador del premio Ilusión de la Ciudad de San Juan de Dios para niños deficientes, la obra en que acaso van a morir, antes de nacer, muchos posibles futuros mendigos, "algunas murallas hay que echar abajo. Todos podemos empujar un poquito para que el dolor se haga antiguo y niña la alegría". Que, por un mal entendimiento, no constituyamos ninguno de nosotros una de esas murallas.

II-2 PROFESIÓN MINUSVÁLIDO.

Este título y el siguiente complementan y prolongan el tema tratado en el escrito anterior. El presente vio la luz en el num.18 de MINUSPORT de Julio de 1979 y está basado en una conferencia pronunciada en la Casa de Granada de Madrid en Mayo 1971.

PROFESIÓN, MINUSVALIDO

Durante siglos, algunos seres humanos, los minusválidos, portadores de un detrimento somático o mental, se han visto obligados a hacer uso de ese detrimento, es decir, de lo negativo de su persona, para ganarse la vida. Porque les era negado el paso a puestos de trabajo y a veces por comodidad o por costumbre, estos seres han venido haciendo profesión de su situación de minusvalía y se han convertido en bufones, estafadores o mendigos. Hoy, gracias al nivel cultural alcanzado, casi ha desaparecido la profesión de bufón, pero los mendigos, los pícaros y los engañadores profesionales persisten. Muchos de ellos siguen siendo deficientes, somáticos o mentales. El problema, por tanto, continúa. La influencia del pasado, quizá más intensa entre nosotros que en otros países, hace difícil cambiar los estamentos que antes fueron normales y esta es tal vez la razón principal por la que pervive el inválido de profesión. Lo conseguido para erradicar este viejo modo profesional, todavía lucrativo, se debe a la acción médico-social denominada Rehabilitación.

Las dificultades se mantienen. Conceptos nuevos exigen palabras nuevas. Estas palabras, envoltura o ropaje de los recién nacidos conceptos, bombardean al hombre de todas las épocas, que no siempre alcanza a comprender. Hoy son biónica, informática, cibernética, programadores. Antes fueron televisión, y radio, y electrónica y pólvora y fuego.. Y en el comienzo de todo tal vez luz, mujer, hijo... El hombre actual sufre confusiones mayúsculas con los términos (subnormal, minusválido) creados para sustituir al otrora imperante "inválido". Sobre todo, es remiso en comprender que "Rehabilitación" expresa la cruzada de aceptación de todos los deficientes, ya sean físicos o mentales, convenidos en elementos activos y productores. Y ello porque nunca antes a nadie se le habla ocurrido denominar a los deficientes más que con la turbamulta prolija de términos creados sobre todo, por la picaresca: Ciego, cojo, baldado, tarado, tonto, jorobado, mutilado, anormal, contrahecho; paralítico, manco o sordomudo. Sobre todo, porque nunca antes nadie pensó que todos los deficientes podían desempeñar, como cualquier ser humano, un trabajo útil y remunerado. No hay duda de que el fenómeno merece algún comentario.

Todavía no han sido superados los problemas relativos al acoplamiento laboral y social de los seres humanos con deficiencias. Ni siquiera son seguramente perfectos los nombres genéricos que ahora suelen usarse, es decir, subnormal y minusválido, aunque el segundo es incomparablemente mejor. Se ha hecho mucho: Crear el SEREM, cambiar en el Diccionario de la Lengua la definición de "inválido", declarar especialidad médica oficial la Medicina Rehabilitadora, buscar nuevos cauces sociológicos, psicológicos, profesionales... Pero, por desgracia hay algo que resulta difícil de superar. Las ofensas, que han existido y aún existen: La del rechazo de algunos minusválidos hacia otros. Hay ofensa en esos padres que protestaban porque un amputado o un niño con una extremidad poliomiélica se bañaban en la misma piscina que sus hijos sin secuelas. Como si la fuerza muscular, la inteligencia, la sabiduría o la estatura se contagiasen entre los que se bañan juntos. La hay en quien ha cerrado las puertas de un gimnasio a atletas poliomiélicos o paralíticos cerebrales que querían entrenarse en halterofilia, atletismo o tenis de mesa. Y en quien cree que el atleta minusválido hace deporte porque así le crecen el muñón de amputación o el potencial intelectual. No hace mucho tiempo, una niña de 17 años, una de cuyas piernas estaba llena de injertos cutáneos a consecuencia de un accidente de tráfico, me confesaba que no iba nunca a las piscinas. "Ahora, en la calle, me defiende con la moda de los pantalones, pero si deja de usarse...". "Claro que —añadía— cuando alguien me mira la pierna descaradamente o comenta sobre ella yo también me quedo mirándole muy fijamente, sin decir nada". Cabe preguntarse qué pensarían aquellos padres de niños que iban a una piscina y que publicaron su protesta en la prensa porque la misma piscina

era usada por niños poliomielíticos o paráliticos cerebrales si fuese hija suya esta niña que no se atreve a ir a ninguna parte y que, si lo hace, se ve obligada a soportar curiosidades y compasiones muy difíciles de aceptar a su edad. Sin duda pasarían de ofensores a ofendidos, odiarían todo cuanto representase aislamiento para esta hija y agradecerían todo cuanto se hiciese para que la integración social que la Rehabilitación pregona llegase a ser una realidad.

Las situaciones conflictivas entre inválidos y no inválidos, muy antiguas, son una de las claves de que deriva el concepto, tan arraigado en nuestro pueblo, de la invalidez como profesión, arraigado inadvertidamente, entendámonos, porque si una anciana, en un pueblo cualquiera, da al salir de misa una limosna al "lisiado" o al "tonto" del pueblo, lo hace como una parte más del rito a que está acostumbrada. Al menos, ha aprendido a no reírse de ellos. Intentemos hacerle ver que, con su acto, está fomentando una profesión poco digna. Seguro que nos responde, indignada, que aquello no es "profesión" sino "desgracia" mandada por Dios, que si hubiera más gente que, como ella, "hiciera caridad" el mundo iría mejor y que mereceríamos desembocar en las calderas del infierno. Contra esta respetable honradez conceptual puede lucharse muy poco. Tan sólo con el tiempo y el ejemplo real. Nos lleva, sin embargo, hasta un matiz importante. El del contenido religioso de que ha sido costumbre revestir al problema de los minusválidos. "Un chiquillo juega con un biberón vacío y parece observarnos con sus ojillos ciegos, devorados por el tracoma. Como a centenares de otros inválidos sus padres deben de llevarlo anualmente al Santuario de Torre García, para invocar su curación a la imagen milagrosa de Nuestra Señora del Mar". (Juan Goytisolo, "La Chanca").

Sin embargo, la fe es poesía, a su vez "consuelo de la vida", como decía Unamuno. Entendemos que la faceta religiosa es connatural al ser humano, estrato imprescindible en la ordenación de su personalidad. Lo malo es la exageración; el fanatismo, que deja de ser "religación" zubiriana con la divinidad. Puritanismo, Inquisición, sectas exclusivas como las que constantemente florecen y han florecido en la historia son muestras de una búsqueda desesperada, de un anhelo cuyo logro está mal enfocado. Lourdes o Fátima están bien cuando ya no hay nada que hacer, pero en el mundo de los minusválidos casi todo está por hacer y así la peregrinación puede caer en un simple y absurdo perder un tiempo que con otra orientación podría ser ganado. Dios está por encima de la superstición, de la creencia, del dogma, de la mal llamada Teología, tragedia de quienes no son capaces ni siquiera de enfocar aquello que pretenden conocer. Dios nos ha trazado un camino que conduce hasta El, pero nos lo ha trazado en la tierra. Para Waldo Franck Santa Teresa y Celestina constituyen una antítesis, explicación de España. Pensamos que así se crea equilibrio, como el logrado por las dos ramas de una escalera. Porque en España, pero también en otras partes, es difícil mantener el equilibrio individual conjuntando dos tendencias. Lo normal es la existencia independiente de dos antagonismos cualesquiera que, en lugar de equilibrarse se destruyen mutuamente en cuanto pueden, rompiendo, sin darse cuenta, todo posible equilibrio. Lo ideal sería aunar tendencias extremas, enlazarlas, utilizarlas y crear armonía. Literariamente así ocurre. Junto a Cervantes, Góngora. Los dos son válidos. Los dos son riqueza. El equilibrio individual, que no es sino tolerancia inteligente, lo intentan Cervantes, Quevedo, Lope, y no siempre lo consiguen. Y algunos clérigos, como el hermano Juan, de Rabelais, que en España alumbran la picaresca clerical.

Resulta innegable que la picaresca es uno de nuestros más ricos y personales acervos literarios. La evolución del caballero a soldado o a clérigo no se detiene en España y sigue hacia el pícaro y hacia el mendigo profesional en un sentido, hacia el ascetismo y la mística en el otro. El equilibrio se logra así no en la persona, obligada "por ley" a romper uno de los polos de la antinomia, sino en el conjunto de personas. Es un equilibrio sociológico que funde al caballero, al soldado, al pícaro y al clérigo. Que explica la figura del conquistador, generosa, fundente, integradora y a la vez egoísta, fanática, absorbente. El conquistador español da siempre, por lo menos, una oportunidad, porque su grandeza es la suma de muchos contenidos. El conquistador

de otros países no concede nunca posibilidades porque no duda de su verdad, de su ciencia, de su supremacía. Aquella aceptación "por ley" que convierte en frailes a Lope o a Calderón para evitar la cárcel, bien conocida por Cervantes y Quevedo, crea a su vez la duda y de ella surge la generosidad, que no se da en otras latitudes. La represión y la duda explican también la relativa ausencia de una épica española. Se cantan las gestas pero en pequeño, en romance. Si el romance crece no es para transformarse en libro, sino en auto sacramental, también breve, tal vez por equilibrio inconsciente.

Lo cierto es que la Picaresca es española, no se da en ninguna otra literatura, al menos con la riqueza y plenitud que en la castellana. Nuestra picaresca es noble, porque enlaza con lo caballeresco, y ascética, por trasunto clerical, y taimada, por lo que contiene de engaño, y agresiva pero desengañada, porque en ella converge de modo claro la soldadesca sin batallas. De un modo general, la picaresca hace como el español, que no funde lo cómico y lo trágico y los da a la vez. Como Quevedo, como Unamuno, como Goya. En cuanto a técnica, la picaresca es engaño, mentira, falacia. El mentir, dice Concepción Arenal, se convierte en norma. Con ello se vive. El pícaro se ha vuelto mendigo profesional. La briba cuenta con ordenanzas, las ordenanzas mendicativas que incluye Mateo Alemán en su "Guzmán de Alfarache". En España se ha llegado mucho más lejos, se ha alcanzado la perfección mendicante y es por el pícaro. En otros países también se da la mendicidad profesional, pero se llega a ella desde la milicia o la clerecía. Falta esa figura aglutinante, ordenadora, incomparable levadura de la briba, que es el pícaro español. Una vez más la represión conduciendo a extremos opuestos a los pretendidos.

En técnica profesional de mendicidad se buscaba mover a compasión. Uno de los factores más explotados ha sido la minusvalía. Se han provocado intencionadamente detrimentos orgánicos, sobre todo en niños, para un mayor aprovechamiento. El niño minusválido, alterado por voluntades ajenas, pasaba a ser profesional de la limosna. Profesional en y por su minusvalía.

La minusvalía infantil provocada alcanza una de sus cimas literarias en "La madre de los monstruos", de Guy Maupassant. Mediante artificios constrictores usado durante sus embarazos la "Diabla" fabricaba niños deformes que vendía luego a los feriantes. En "El hombre que ríe" se ocupa Víctor Hugo de este negocio de los "comprachicos", nacido, según él, en España y claramente relacionado en la novela con marinos y barcos españoles. La reacción en contra ha tenido un sentido caritativo que, muchas veces, se ha transformado en nueva forma de explotación y mendicidad. Sobre todo sucede aún esto con los minusválidos mentales, sometidos a un sinnúmero de entidades autónomas, cuyas siglas componen esa "amarga sopa de letras" que hemos comentado en otros lugares. Por culpa de la costumbre podemos ver todavía inmersos en sanatorios psiquiátricos, sometidos a regímenes similares a los empleados con los enfermos mentales y huérfanos de médicos verdaderamente impuestos en situaciones de minusvalía, a multitud de niños deficientes mentales o mixtos que, en un régimen rehabilitador alcanzarían un rescate al que tienen derecho y que otro tipo de minusválidos ha conseguido ya. Incluso en el SEREM, organismo oficial de ayuda y orientación para todos los minusválidos, se mantiene una separación entre "físicos" y "psíquicos" que si bien deriva de unas necesidades burocráticas intranscendentes incide sobre mojado en la costumbre y la norma inveteradas, contribuyendo a cerrar el paso a grupos nutridos de minusválidos.

Sin embargo, no puede haber más que una forma de Rehabilitación, nada más que una forma de Medicina Rehabilitadora. En el fondo, todo se reduce a eliminar los ramalazos costumbristas que aún se resisten a desaparecer. El novio que dejó a su novia de veinte años porque se lesionó una pierna demuestra que estaba enamorado de la pierna, no de la mujer. No valen las razones, tribales más que familiares, sobre hipotéticas taras hereditarias. Las únicas razones son egoísmo y ausencia de amor. Los padres que ocultan a sus niños minusválidos o los aprisionan en centros psiquiátricos, permiten jugar a su cobardía y a su comodidad, además de a su incultura. No sólo degradan su condición de padres sino que renuncian a una baza magnífica

para hacer cambiar la opinión y la conducta de los demás. En determinada finca vivía un niño parálítico cerebral. En principio el comentario solapado era: "¿Por qué no morirá este niño?". Con el tiempo y una rehabilitación auténtica los vecinos, admirados, cambiaron su comentario: "Como siga así se va a convertir en una persona útil". Hay quienes se angustian ante un niño minusválido pero es por pensar que algo así podría ocurrirle a sus hijos. Otros confiesan que los amputados, los oligofrénicos, los hemipléjicos, los con secuelas postquemadura, resultan desagradables, disarmónicos, poco estéticos. "Es mejor —me decía un médico— ver una película agradable, llena de belleza; surge la sonrisa y el buen humor se mantiene al salir". Lo que no ve es que no todos nos resultamos agradables unos a otros y, sin embargo, nos es necesario convivir. Se puede elegir una película, pero no la vida, el mundo en que hemos de desenvolvemos. Todo es cuestión de enfoque.

En efecto, el enfoque es deficiente porque también lo es la norma. La lucha emprendida por médicos, arquitectos, sociólogos, psicólogos, economistas, ha comenzado, pero aún no ha sido ganada. Aún hay barreras arquitectónicas y sociales, necesidad de "no padecer defecto físico" (de "defecto mental" nunca se dijo nada) para ocupar determinados puestos de trabajo. Pero la sociedad, la humanidad toda, está integrada por células, por elementos individuales que somos todos cuantos vivimos. El ser vivo gigantesco a que pertenecemos acepta y necesita las células que lo integran. No las rechaza ni destruye a no ser que pierda la razón, como sucede con algunos enfermos psiquiátricos, que se automutilan. Todas las células -individuo han de cooperar en la labor común y las demás lo saben y lo aceptan. Es monstruoso que una mujer, muy inteligente y capaz, no se atreva a decir en su lugar de trabajo que, durante años, sufrió las consecuencias de un proceso congénito intervenido. Niños que antes hubieran muerto quedan vivos con una minusvalía. Esto significa que deben integrarse en el cuerpo común. Nadie puede tener opción a rechazarlos, cualquiera sea la razón que alegue para ello. Hacerlo es autoagresión, cometida en la relativa inocencia de la ignorancia. O de la locura.

En los últimos años la opinión pública ha cambiado mucho, sobre todo a favor de los minusválidos físicos. Ironside y Longstreet han hecho más por los minusválidos que todos los médicos rehabilitadores juntos. Las noticias van llegando. Un ciego trabaja con más pericia y menos accidentes que los que ven. María O'Reilly, sordomuda, se convierte en figura del ballet. Otro sordomudo profesa en México y ya es sacerdote. Un amputado se ha hecho árbitro de fútbol. Un poliomielítico escala el naranjo de Bulnes. Los oligofrénicos son grandes trabajadores, con menos absentismo que los demás. Los mongólicos, familiares y afectivos, ofrecen una compañía y un apoyo sin exigencias. El propio minusválido en general empieza a ser mejor. Ofrece su ejemplo. Lucha.

Siempre han luchado los minusválidos en realidad pero, hasta ahora, lo han hecho en balde. Sacudidos por todos los vendavales de la incomprensión, la conmiseración y el aislamiento se han encerrado en sí mismos o han adoptado posturas de queja, de agravio, de resentimiento, en realidad negativas para sí mismos más que para los demás, que no siempre justifican porque no siempre comprenden. Este resquemor hace que todavía se mantenga viva la mendicidad profesional del minusválido, que se use la propia minusvalía como circunstancia que permita vivir. En suma, que haya todavía quien se conforme con tener como única profesión la de minusválido. Es el obrero manual que busca incluso incrementar la secuela de un accidente para conseguir una incapacidad. Las peticiones cursadas pidiendo ayudas económicas tanto a los organismos oficiales como a las entidades digamos caritativas superan todavía, con mucho, a las peticiones de puesto de trabajo, de formación profesional, de programas de recuperación. Un minusválido puede serlo y puede, además, ser médico, o abogado, o arquitecto, o fresador. Entenderlo es no solo aceptar la idea rehabilitadora sino hacer que la comprendan los demás. Otra cosa es fingir, que puede resultar político, pero nada más. La riqueza la dan el trabajo y la técnica, que son verdad. Quizá la mentira ancestral contribuya a que todavía exista la idea de

que la invalidez sea una profesión. El minusválido físico, en general, ha comenzado a liberarse de esta mentira. El minusválido mental, por desgracia, todavía no. No le dejan.

La clave está en aprovechar las aptitudes existentes, sacando de ellas el máximo partido y conformándose cuando no puede obtenerse más. Dice Frigyes Karinthy en "Viaje en torno de mi cráneo": "¡Oh ensueño dorado!... Una vieja cuchara horadada... Permíteme que vaya a recogerla corriendo... Con esa cuchara cavaré en las rocas, paulatinamente y construiré sobre ellas una cabaña. ¿Me oyes?; dentro de un año, contado a partir de hoy, tendré un palacio en esa isla deshabitada".

Hay, todavía, mucho que cambiar. Todo cambia, aunque no queramos. También nosotros. Lo que hace falta es que, si podemos, ayudemos intencionadamente al cambio que más convenga, al matiz que más importe. Cuantos nos dedicamos a Rehabilitación tenemos una obligación por lo menos doble: Hablar de ella tenazmente, incansablemente. En todos los frentes y no sólo en el científico. A la vez, continuar nuestros intentos de rescate de seres humanos. Cuanto podamos conseguir tal vez sirva para hacer pensar a muchos que ahora ignoran, o no comprenden, o se niegan a cambiar. Pensar y hacer pensar. Es cuanto podemos hacer.

II-3 LOS QUE HAN DE VIVIR.

Tercer título sobre el tema de la minusvalía como profesión. Lo publicó MINUSPORT en 1987, en su número 74.

LOS QUE HAN DE VIVIR

En otras ocasiones nos hemos referido a la evidente tendencia a respetar el derecho a la muerte que existe en épocas actuales. Las inclinaciones de la humanidad del momento a morir bien no son por supuesto nuevas. Lo nuevo es que, por primera vez, se manifiestan en la legislación. Las leyes sobre el aborto y la eutanasia no eran concebibles en el pasado. La abolición de la pena de muerte representa defender el derecho a la elección del momento de morir, el derecho a elegir entre vivir y no vivir. El derecho al suicidio es mucho más antiguo, ancestral en algunos países. También el derecho a ejecutar a un semejante por razones de honra, justicia o venganza, si bien entonces queda vulnerado el derecho del otro a la elección. Las eximentes por defensa propia son la versión moderna de estas normas de derecho.

El elegir la muerte o por lo menos no temerla ha sido patrimonio de muchos a lo largo de la historia de la humanidad. Para Platón la muerte era un segundo nacimiento, con premio o con castigo en muchas religiones. La muerte buscada por exaltación religiosa llega al máximo en los místicos, como Santa Teresa, muriendo porque no muere, en el pequeño frailecito descalzo Juan Yepes, gigante San Juan de la Cruz : "... y máteme tu vista y hermosura" es puro amor, "... dolencia —de amor que no se cura— sino con la presencia y la figura". "Estando absente de Ti —¿Qué vida puedo tener—sino muerte padecer...?". La vida más perfecta es la de Cristo y hay que imitarla; también su pasión y su muerte: "Muera yo a todo para que Tu sólo vivas en mí", dice Fray Juan de los Angeles, uno de los más perfectos escritores en lengua castellana, en su "Manual de vida perfecta". La resolución suprema es "elegir más presto la muerte que ofender a

Dios". Exaltación de amor y de entrega que se da en otras religiones, cuyos poetas no alcanzaron las cimas de excelsitud de nuestros místicos.

Pero todo esto es distinto a ese derecho que ahora se fomenta a abandonar la vida. En él se afirman en realidad las leyes de ayuda a los ancianos, su protección oficial, las aportaciones materiales y espirituales hechas para hacer su despedida más agradable. Como ante el aborto y la eutanasia se busca hacer más asequible la partida, a veces sin llegada, facilitar con la concesión de un derecho, el de morir, la pérdida de otro derecho, el de vivir. En el fondo hay sin duda un temor formado por diversos factores, como reconocimiento tácito de que el vivir no comporta grandes satisfacciones; temor a nuevas catástrofes, certidumbre de incompetencia de las fuerzas que dominan cada parcela del universo, sometiendo áreas, confederaciones o países a caprichos, volubilidades y egoísmos personales; o, por último, existencia de una antinomia en cierto modo lógica entre quienes poseen la triste y casi plena seguridad de que nada existe fuera de esta vida y quienes tienen certidumbre total y eufórica de que la felicidad se encuentra sólo más allá. Con todo lo cual se forma un entramado que labra el escepticismo en una gran mayoría de seres humanos inmersos en esa aventura llamada vida. O al menos la pereza, como en los versos de Pessoa: "... desear eterna quietud—ambición vaga de cerrar los ojos— y vana esperanza de no abrirlos más. — Cansada ansia de no vivir más".

Pero hay personas que, a pesar de todo, quieren vivir, personas con noción clara de destino, de misión personal que ha de ser cumplida antes de que la supuesta liberación de la muerte sobrevenga. Capaces de transformar, como dice Vintila Horia, el trajín en misión, lo que significa que, por lo menos, trajinan. Antonio Machado estuvo a punto de suicidarse al morir Leonor: "...pero no lo hice porque sentía en mi una energía interior que no podía matar". "Yo sólo me suicidaré de alegría", ha dicho hace poco Gabriel Celaya. Hay personas que, además de aceptar cumplir un destino han de hacerlo con aptitudes mermadas, alteradas por esa condición a la que llamamos discapacidad. Y que tienen que vivir una vida que no sólo no es aceptación de la muerte sino lucha contra ella, agonía muy superior a la que empeñan los no discapacitados.

Estas personas son las que en realidad necesitan ayuda en su lucha. El aceptar y proteger la muerte es un mal signo. Lo importante es vivir y luchar por conseguirlo. La Aceptabilidad consigue que cada sujeto se amolde a hacerlo con sus propios medios pero hay matices, aunque sólo sean de integración, cuya puesta en marcha compete a toda la sociedad. Ahora, en la época en que se dictan leyes para bien morir, conviene fomentar también leyes para los que eligen vivir y han de combatir por ello. Un combate casi siempre solitario, de la propia convicción y el afán individual contra todo lo demás. Recordemos los casos de Hellen Keller, de Toulouse Lautrec, de Joaquín Rodrigo, de María O'Reilly, danzarina sordomuda. Hombres como el periodista venezolano Aristides Bastidas y los desaparecidos Fernando Martín Sánchez y Fernando Tamés, han desarrollado desde sus sillas de ruedas, como Boccardi en los Estados Unidos, mucha más actividad que la mayoría de los hombres a pie.

No siempre se logra el triunfo sin ayuda. Es fácil caer en la neurosis que, para nosotros, equivale a un mantenimiento con esfuerzo del que llamamos equilibrio psicológico. Lo cual explica, aunque no justifique, algunos comportamientos intempestivos. Desde el punto de vista de la sociedad ayudarles es ayudarse, no ya desde el punto de vista humano sino desde el económico. Entre nosotros existe desde 1982 la Ley de Integración Social de los Minusválidos, abreviadamente LISMI. Es una ley a todas luces desaprovechada, por lo menos incompletamente utilizada. La LISMI ofrece prestaciones sociales y prestaciones económicas, cumpliendo con lo estipulado en el artículo 49 de la Constitución, que promete prevención, tratamiento e integración a todos los minusválidos, ofreciendo "atención especializada" y "disfrute de los derechos que ese título otorga a todos los ciudadanos". En la práctica, sin embargo, los esfuerzos se han ido decantando hacia las prestaciones de carácter económico, mucho más que hacia las de carácter técnico, lo cual es culpa de todos: los encargados de hacer cumplir la Ley y los que pretenden beneficiarse de ella. Así, en búsqueda de una estadística sin

sentido se soslayan los aspectos de atención médico-rehabilitadora, recuperación profesional, empleo, y se conceden subsidios de todos los tipos previstos. Lo cual satisface, por desgracia, a una cierta cantidad de minusválidos. Aún más, a pesar de que la ley requiere "estar afectado por una disminución física, psíquica o sensorial de la que se derive una minusvalía", un gran porcentaje de solicitudes procede de ancianos, enfermos de todo tipo, incluso mentales y marginados sociales. Lo cual retrasa la atención debida al verdadero y único protagonista, el minusválido.

Sin embargo la LISMI es utilizable, permite ofrecer ayudas a los que quieren vivir, a los que deciden vivir a pesar de las dificultades que se les oponen. Alguien debe cribar las solicitudes, aquellas hechas "por probar", dando prelación a los discapacitados que lo que quieren es trabajar, integrarse, formar una familia. Aunque algunos no se den todavía cuenta puede brotar aquí otra fuente de frustraciones, como las que han representado el conocimiento del daño que les han causado intervenciones inútiles, del retraso que han motivado tratamientos intempestivos, del ridículo que ha representado llevar botas en verano. Aparte de que se puede valorar a un minusválido, pero nunca a un enfermo, a un anciano, a un niño o a un alienado, tan solo por el hecho de ser tales. Pretender aplicar un sistema de valoración de minusvalías auténtico, genuino, a quienes no son minusválidos es como intentar medir el tiempo con un metro, el campo en litros, el aire en hectáreas.

Tampoco el vivir debe ser considerado hegemonía, sublimación de los derechos propios sobre los de los demás, casi desprecio al no importar el óbolo que otros tengan que pagar por una pequeña satisfacción individual. Vivir es tener noción de destino y afán por cumplirlo, certidumbre de una misión sin la cual, por mínima que sea, la vida carece de sentido. Ilusión, que es lo que mantiene no sólo al individuo sino a las razas y a los pueblos. Los imperios perduran mientras hay ambición de poder, de conquista, de cultura o, como en el caso de los españoles, de defensa de la fe heredada, con un ahínco superior al mostrado por los genuinos portaestandartes de esta fe. En cambio, los pueblos encerrados en sí mismos, sin horizontes hacia afuera, desaparecen. La degradación del caballero medieval en soldado y en clérigo y, en una mezcla sui generis, en político, de que hemos tratado en otros momentos, origina en España una situación especial que conduce hasta el pícaro por un lado, hasta el conquistador y el místico por el otro. La fe, la fe de Cristo, es el impulso fundamental que mantiene todo, aunque sean innegables unos matices adicionales de codicia, espíritu aventurero, necesidad de huida o escasez de estructuras de desarrollo. No olvidemos que, aunque hubo mucho de represión hubo también bastante de vocación, de impulso personal, de convicción. El resultado de aquellos esfuerzos no sólo ha enriquecido nuestra historia sino también nuestra literatura, con capítulos como son la picaresca o la mística que ninguna otra lengua puede ofrecer. Vale la pena ofrecer un esquema que aclare estas ideas, ya expresadas en el pasado.

Decidir entre vivir y morir depende a veces de encontrar un por qué, una simple ilusión, un afán de cumplir una tarea. "Entre morir y no morir me decidí por la guitarra", dice Alberti, eligiendo esta forma importante y poética de trabajar. Hay factores de decisión que podemos separar en dos grupos:

A.— Factores pro -muerte o de lógica mortalista.

1.— Inconsciente colectivo de terror al milenio que se cumple. Un temor ancestral de fondo religioso del que la humanidad no ha logrado desprenderse.

2.— Horror al holocausto atómico. En el fondo, temor por conciencia de la inconsciencia de quienes pueden provocarlo.

3.— Renacimiento de un neomalthusianismo que hace temer el que surja una insuficiencia de recursos naturales ante el crecimiento incontrolado de la humanidad.

4.— Nuevos florecimientos de misticismos que en el fondo son desprecio que llega a veces hasta el suicidio, un suicidio por amor.

B.— Factores pro -vida o de lógica vitalista.

- 1.— Noción de misión que cumplir. Factor, en nuestro concepto, fundamental.
- 2.— Apego a la naturaleza, a lo creado y a las formas de convivencia.
- 3.— Instinto de pervivencia, del individuo y de la especie, innato en el ser humano y en todo el reino animal.
- 4.— Altruismo, convicción de que es necesario realizar un esfuerzo personal que permita que la vida de los demás mejore de alguna manera.

Las conclusiones de todo lo dicho parecen lógicas. En el momento actual de la evolución de ese ser gigantesco llamado humanidad parece lógico que se resalte menos el derecho a la muerte y al abandono de toda inquietud ocupacional y que se cuide más, mucho más, el derecho a la vida de aquellos que han elegido, simplemente, vivir. Con mayor razón aún si para cumplir las tareas de esta vida libremente aceptada y sinceramente disfrutada, existen algunas trabas como las que conocemos con el nombre de discapacidad. Las ayudas necesarias surgirán cuando se tenga una noción clara de esta necesidad. Conviene soslayar o, por mejor decir, dejar en su verdadera medida, derrotismos, fúnebres presagios, protecciones del abandono, de las inhibiciones, de la pereza y pensar por el contrario que estamos en el umbral de una etapa más perfecta en la vida de la humanidad. Los legisladores deben empezar ya a darse cuenta de que es necesario comenzar a meditar y a preparar las nuevas normas.

Como final incluimos este esquema, precisamente para ayudar a meditar:



II-4 HACER REHABILITACION.

Contempla este escrito, de forma muy breve, ese curioso fenómeno por el cual parece trasladarse la acción rehabilitadora al paciente, quitándosela al médico; nadie dice "hacer Pediatría" ni "hacer Cirugía" hablando del niño que acude al pediatra o del paciente que es intervenido quirúrgicamente. Apareció en el número 19 de MINUSVAL en Junio de 1977.

HACER REHABILITACION

Al principio, las acciones rehabilitadoras de estirpe médica se orientaban en gran medida hacia el empleo de técnicas manuales relacionadas con el masaje. Las madres llevaban a sus niños (generalmente con secuelas poliomielíticas) a que "les dieran masaje", a "los masajes", concepto que se apoyaba en un componente mágico de manipulación, de contacto que basta para curar, idea muy acendrada en el pueblo bajo. Con los años, la gente advierte que el contacto del experto no se limita a concretar fluidos, sino que dirige acciones en busca de

movimientos que el propio paciente ha de ayudar a conseguir. Son movimientos parecidos, siempre en una concepción elemental, a los de la gimnasia y así "los masajes" se convierten en "gimnasia". Pero la gimnasia se hace, la ejecuta cada uno y, pronto, los pacientes hablan de que van "a hacer gimnasia". Aquel sujeto pasivo del masaje se ha convertido en sujeto activo, cumpliendo con ello, sin darse cuenta, una de las premisas básicas en Rehabilitación: La de que cada paciente debe tomar parte activa en la solución de su problema, circunstancia que no se da en las terapéuticas quirúrgica o farmacológica. Todo lo cual sucede sin que los pacientes de Rehabilitación adviertan su elemental pero importante entrada en el problema.

Obligación ocupacional del paciente.

Siempre de forma inconsciente, sin clara comprensión de los hechos, estos pacientes van siendo ganados por el peso de las denominaciones y así su "hacer gimnasia" se transforma poco a poco en "hacer rehabilitación", porque esto que "hacen" es cuanto vislumbran del proceso rehabilitador y porque muchos profesionales paramédicos del equipo rehabilitador emplean mal la terminología específica. Hay fisioterapeutas que se llaman a sí mismos "rehabilitadores" y que llaman "rehabilitación" a su propio cometido y lo mismo sucede con algunos terapeutas ocupacionales. En algunos Centros o Servicios hospitalarios de la especialidad se dice que un paciente "viene a rehabilitación" cuando acude a tratamiento fisioterápico y no cuando se dirige a Terapia Ocupacional, Logoterapia o Técnica Ortopédica, como si estas últimas especialidades no contribuyeran a mejorar la situación de los minusválidos. El problema aumenta al utilizar mal también muchos médicos el lenguaje y, por tanto, el concepto cuando envían a sus pacientes a "hacer rehabilitación" mientras lo que buscan es simplemente mejorar determinadas acciones musculares. De donde se deriva el desafortunado concepto de "rehabilitación zonal" (por ejemplo, la mano, la columna, la cadera), o "rehabilitación procesal" (rehabilitación de la hemiplejía, la paraplejía o la escoliosis), siendo así que la Medicina rehabilitadora actúa solamente sobre sujetos, entes globales, seres humanos con un detrimento, somático o mental.

La necesidad de una colaboración activa de cada paciente es técnicamente obligada en Rehabilitación, pero la idea se viene dando desde muy antiguo en diversas situaciones bajo la forma de expresiones verbales reflexivas y el uso de las primera y tercera personas. Así es fácil oír decir a un determinado paciente: "Me voy", a operar de cataratas, o del estómago, o de una hernia, en lugar de "me van" a operar. Refiriéndose a otro, se dice que fulano "se va a operar" más bien que a fulano "le van, a operar". Sin embargo, a nuestro modo de ver, existen algunas diferencias entre estas formas de expresión y la de "hacer rehabilitación". Al decir "me voy" o "le van" a operar, o "me tengo" que arreglar la boca, se efectúa una transposición y la frase toma un sentido itinerante. No es que se vaya a actuar operándose o arreglándose la dentadura uno mismo, sino que es uno mismo el que da los pasos necesarios, "se dirige a" o "va hacia" el cirujano o el odontólogo para ser intervenido o tratado. Lo que sucede es que esta costumbre expresiva, enraizada en la idea del sufrimiento de la propia carne ante las acciones operatorias, encuentra eco en el mundo de la Rehabilitación, donde, por primera vez, le surge al paciente una obligación ocupacional que le redime de su situación pasiva, meramente receptora. El "hacer" brota por sí solo y el «hacer rehabilitación» es su corolario lógico, sobre todo, cuando no se tiene una idea clara de esa palabra "rehabilitación" que nos ha surgido casi de repente, sin damos tiempo a modificar nuestros estereotipados moldes mentales.

Así, pues, cabe considerar esta forma expresiva, "hacer rehabilitación", como una etapa lógica en el devenir cronológico de la opinión pública hacia un conocimiento más completo y, por tanto, un mejor aprovechamiento de lo que la Rehabilitación ofrece. Importa, para un más pronto y mejor entendimiento, ayudar a que esta etapa sea superada y se alcance una situación conceptual de mayor altura. Tal vez podamos contribuir a ello a través de una breve exposición razonada.

Complejidad de la Rehabilitación.

Conviene partir del hecho de que Rehabilitación es una forma conjunta de acción médica y social a favor del minusválido de todo tipo. Por tanto, quien "hace" Rehabilitación es el experto que ayuda al minusválido en la faceta que le corresponde atender y no este último. En relación con la faceta médica o Rehabilitación médica o, mejor aún, Medicina Rehabilitadora, nos hallamos ante una especialidad médica, legalmente reconocida, desempeñada por médicos concretamente especializados y tan independiente como cualquier otra especialidad médica oficial. El médico rehabilitador "hace" Rehabilitación médica, como el endocrinólogo "hace" Endocrinología, el pediatra Pediatría o el cirujano Cirugía. A nadie se le ocurre decir, cuando envía un paciente al cirujano de tórax o de riñón, que es para "hacer" Cirugía de tórax o Urología. Si alguien se rompe un brazo o una cadera va al traumatólogo para que le trate, no para "hacer" Traumatología. La diferencia está en que la Cirugía, la Urología, la Traumatología, son especialidades bastante conocidas y la Rehabilitación, su faceta médica, no. Todavía, no.

Y no es bien conocida, en parte, porque resulta difícil comprender una especialidad médica que no se basta a sí misma con sólo las reglas y técnicas de estirpe médica que sin duda posee, que se van creando, pero, sobre todo, porque el estudio auténtico y coherente de las minusvalías, de su origen, de su estirpe patológica, de su repercusión, de su exploración y valoración, de su prevención y de su tratamiento, es algo que empieza ahora a tomar forma en el mundo científico, planeta muy alejado del habitual, costumbrista, en que reside el hombre de la calle.

Esta complejidad que la Rehabilitación rezuma es uno de sus mayores obstáculos. Es una forma de Medicina, una especialidad médica, pero no se basta a sí misma con unos corolarios de materia médica. Se ocupa de minusvalías pero éstas tienen un origen muy distinto, aparentemente dispar: Aparato locomotor, órganos visuales, sistema auditivo, organización mental... Hay aquí humanismo y hay sociología, además de medicina. Es más de lo que el hombre de esta época puede comprender. Algo que escapa de la normativa simplista a que tiende el ser humano.

Esta normativa simplista es uno de los mayores obstáculos que se oponen al avance y desarrollo de la Rehabilitación. El profano intenta explicarse "aquello" en cuanto a que es un modo de masaje, en cuanto a que es una forma de gimnasia. "Hacer gimnasia" es algo que está claro para él y como no le dejan hablar de gimnasia, porque la gimnasia es otra cosa, dice "hacer rehabilitación" y tiene sus razones, porque aquello lo hace, como la gimnasia. El fisio-terapeuta, sobre todos, el terapeuta ocupacional a veces, raramente el logoterapeuta o el técnico ortopédico, técnicos ante matices de minusvalía más o menos entrados en costumbre, también buscan la simplicidad, para sí mismos y para sus clientes. Rehabilitación es palabra que suena, que "está de moda". Hacer rehabilitación es mejor que hacer fisioterapia y además la gente lo entiende mejor. En el penúltimo peldaño, el médico no especialista tiende también a simplificar. Puesto que él operó aquella mano conoce mejor que nadie lo que hay que hacer después con ella. El haber amputado un miembro le da derecho a elegir la prótesis más adecuada. El pediatra reclama el tratamiento de los niños deficientes mentales, porque son niños y el psiquiatra porque son deficientes mentales, sin detenerse a pensar que la deficiencia mental no tiene nada que ver con la enfermedad mental y que el niño deficiente es un minusválido, con una proyección vital diferente a la de los niños no minusválidos. Todos ellos caen en error por no detenerse a meditar, pero el único que sufre las consecuencias es el paciente, el minusválido, que se ve privado del auxilio, de las soluciones, que solamente un especialista médico puede ofrecerle. Los demás son culpables, deontológicamente responsables. Unos, no médicos, por ampararse en médicos poco conocedores del problema para buscar una libertad de acción, cuyo soporte es la vanidad o el afán de lucro. Otros, médicos, por desconocer que la situación es diferente, que una

retracción de unos dedos es una cosa y que la sindactilia que motivó la intervención que ha dado lugar a esta retracción otra muy distinta. Por confundir "deficiencias" con "enfermedades" (¿Existe algo más socialmente monstruoso que un niño deficiente mental o parálítico cerebral en manos de un psiquiatra?.La inconsecuencia ha motivado, lo cual es quizá peor, que caigan en manos del psicólogo). Por ignorar, en suma, la dignidad médica de una colaboración especializada prefiriendo las acciones de un colaborador paramédico. Y todo ello, en el fondo, por simplificar.

Salir del tópico simplista.

Sin embargo, todo podría arreglarse si los interesados quisieran comprender la realidad de una situación que no es ni fácil ni difícil, ni complicada ni simple, sino, sencillamente, necesaria y actual, entroncada con la forma de vida vigente en la humanidad. Aquí se halla escondida seguramente la más importante de las claves. Es necesario esperar. Para que aparezca la idea de Rehabilitación han sido preciso siglos. No es extraño que ahora se necesite que transcurran años para que su concepto entronque primero en la comprensión y la aceptación y luego la costumbre de todos. Años para que la tendencia innata del ser humano a explicarse lo que no entiende de una manera simplista sea vencida. No sólo en lo que se refiere a Rehabilitación sino en lo que atañe a otras especialidades hoy día mal comprendidas, como "Nervios", "Huesos", "Podología". Es cuestión de tiempo el que no se hable de "gimnasia" o de "hacer rehabilitación", pero nos corresponde, a quienes nos hemos entregado de lleno a alguna de las facetas rehabilitadoras, conseguir que el intervalo se acorte lo más posible. Para no resultar, también, culpables. Esta es la justificación, éste el origen del presente trabajo. Es muy difícil hacer como los orientales, sentarse a esperar, cuando se está lleno de intranquilidad, de anhelo, en la defensa de una causa que se considera justa y beneficiosa. Es difícil aguardar con paciencia y se hace imposible, gracias a Dios, hacerlo con indiferencia. Este pregonar, casi místico, de una realidad que llevamos dentro, nos corresponde a todos cuantos dedicamos nuestra vida a una faceta determinada del gran apostolado que se llama Rehabilitación. Sólo así podrá éste salir antes del tópico simplista en que actualmente se halla sumergido.

II 5 BARRERAS SOCIALES DEL INVALIDO.

Basado en una conferencia dada en 1970 en la Casa de Granada de Madrid fué publicado, en Septiembre de 1988, en el número 81 de MINUSPORT.

BARRERAS SOCIALES DEL INVALIDO

Elegimos de intento el nombre "inválido" en el título, en lugar de los más apropiados minusválido o discapacitado, para mejor marcar los matices que sirven de disculpa a un inveterado comportamiento social. La definición habitual de minusválido, discapacitado o, también, inválido, es la que muestra a este como persona que, por una razón u otra, ve alterada la aptitud o suficiencia que como humano le corresponde "Humano", es decir, combinación de alma, cuerpo y espíritu, cualidad derivada del hecho de ser hombre, esa unidad substancial a la que Santo Tomás definía como ser trascendente dentro de un universo con sentido teleológico. El minusválido, el hasta ahora llamado inválido, es por tanto un hombre como todos los demás si bien se halla rodeado de unas circunstancias especiales que alteran pero no anulan sus aptitudes. De aquí que se haya hecho tan necesario el empleo de un nombre genérico que designe al hombre 'inválido' sin los matices negativos que este término encierra. Muy aceptable

parece el término minusválido, ampliamente difundido, adoptado en entidades tan importantes como es la Federación Española de Deportes para Minusválidos, a pesar del claro matiz de disminución que encierra. A Fray Serafin, de los Hermanos de San Juan de Dios, debemos la denominación "subnormal", surgida en principio como alternativa de minusválido en el intento de sustituir por otro más adecuado el nombre 'inválido'. Este término 'subnormal' posee un claro matiz peyorativo que ha ido desplazando su uso hacia la designación de deficientes mentales, sobre todo niños, con lo cual lo único que se ha conseguido es conformar dos tipos de minusvalía: La que atañe a los aspectos mentales, mal llamados "psíquicos" y la que se refiere al resto.

De este modo, al separar los aspectos espirituales de los somáticos, como sucede si seguimos hablando de 'subnormales' y 'minusválidos', se producen varios inconvenientes. En primer lugar, se sigue careciendo de un nombre genérico que sustituya al antiguo 'inválido'. En segundo lugar los que acepten la denominación 'subnormal' arrastran inconscientemente a la sociedad a un rechazo todavía mayor que el producido por la denominación 'inválido'. Además, hay un gran peligro para los especialistas que se quieran dedicar a Medicina Rehabilitadora o a cualquier otra de las otras profesiones que integran el proceso rehabilitador. El que pretenda dedicarse a 'subnormales', ¿qué hace con los problemas posturales, de marcha, de coordinación, respiratorios, metabólicos, de manejo instrumental, de habilidad manual?. Quien se ocupe de los 'minusválidos', ¿cómo va a rechazar las inseguridades, los temores, los anhelos, las vocaciones, la conducta, el mundo espiritual de sus pacientes?. Y aún cabe señalar otro factor negativo muy claro, que es el económico; pretender separar 'inválidos físicos' e 'inválidos psíquicos' crea una incoordinación en las posibles ayudas a establecer. Las mismas Cajas de Compensación atienden, por ejemplo, a todos los accidentados laborales, se halle la lesión en la extremidad superior, la extremidad inferior o el cráneo. En el mundo de la Rehabilitación de Inválidos, sigamos empleando este nombre, todo debe ser del mismo modo. Idéntica atención médica especializada, idéntica ordenación social precisan ambos grupos de invalidez. Otro comportamiento conllevaría una duplicación de gastos y una disminución de la eficacia. El proceso rehabilitador, con su fuerza de choque, la Medicina Rehabilitadora, ha surgido para ofrecer soluciones a estos indudables problemas de disgregación.

Esto nos lleva de nuevo a la idea del nombre genérico único para designar a las personas con una alteración de la aptitud de su personalidad humana en cualquiera de las facetas que componen esta última. Esta idea de 'alteración' nos llevó hace unos años a idear el término 'discapacitado', aún considerando que 'minusválido' es nombre muy aceptable. Este término, discapacitado, es equivalente al inglés "disabled" y ya ha sido recomendado por la Organización Mundial de la Salud. Así como su derivado 'discapacidad', válido para expresar de modo eficaz la situación genérica antes conocida como invalidez. Ya no se trata de alguien que "no vale" sino de alguien con una capacidad alterada. Para todo, incluso para el trabajo. La sociedad irá comprendiendo mejor conforme estas ideas se vayan extendiendo de manera suficiente.

No obstante, el camino iniciado es difícil. Existen resistencias, incomprensiones, que se oponen a la integración social del discapacitado, vamos a llamarle ya francamente así, cuya raíz reside muchas veces en la costumbre, en la consideración de normas ancestrales que han dejado de encajar en la situación del momento, en valores que ya no son lógicos en las formas de vida contemporáneas. Las costumbres, como dijo Napoleón, varían y por tanto también deben variar las leyes que las rigen. Sin embargo, solo al hacerse costumbre se transforma lo social en moral ("mos, moris", costumbre). Nada más moral, más de costumbre, que el trato con otras personas. Pero esta moral varía muy lentamente en cuanto a las normas que han de regirla. Evoluciona muy despacio, plástica, secuencialmente, como todo lo vivo. A veces tarda siglos en hacerlo, sirviendo entre tanto de barrera. Ahora, en los momentos actuales de la humanidad, comienzan a aparecer normas morales de convivencia con los discapacitados, pero queda el peligro de los conceptos pasados, de los valores impuestos, de la costumbre anterior al

momento en que la evolución se cumple. Estas barreras sociales con que se encuentra el discapacitado en nuestros días son a veces importantes, a veces casi inconsistentes. Un análisis de las diferentes formas de comportamiento de la sociedad con el discapacitado nos aclarará bastante sobre esta carga de opinión que nos toca a nosotros ir venciendo. Para hacerlo, nada mejor que revisar lo sucedido en el transcurso del tiempo. A lo largo de la historia. A lo largo de su historia, el discapacitado ha subido o bajado, más veces bajado que subido, unos peldaños, una gradas, en un sentido que podría indicarse mediante el matiz de un color. Matiz que da expresividad a la aventura de las naves en que los discapacitados se han visto embarcados en sus diferentes singladuras por el mar de la historia. Que también han sido andaduras por esta tierra que, aunque a veces no lo parezca, es de todos. Cabe estudiar estos peldaños y estas singladuras, recorridos a lo largo de la historia, de la siguiente forma:

I.- Grada de deificación; singladura en blanco.

Traduce el eterno temor del hombre a lo desconocido, a lo diferente, adorándolo y venerándolo por la fuerza misma de este temor que otras veces, en cambio, le lleva a la destrucción. Es una etapa muy breve sin duda pero que está presente en todos los pueblos primitivos. Creemos que las figuras de enanos, jorobados, amputados, etc., encontradas en vasijas prehistóricas, poseían significados religiosos. En casi todas las religiones hay dioses contrahechos: Horus, hijo de Isis, Hefesto y, sobre todo, su trasunto latino Vulcano, Hades y su contrafigura romana Plutón. El poderío de algunos dioses paleolíticos se basaba en sus mutilaciones (Hombre de cuatro dedos) o en su baja estatura (Enanos). Algunos pueblos solares, en la época de los Gigantes, tienen dioses de un solo ojo, como sucede en Egipto, en la India (Surya) o en los pueblos del norte (Odín). En el 'Popol Vuh' el Primer Gigante es cegado por los Gemelos, si bien ello representa el comienzo de su decadencia como divinidad.

II.- Grada de destrucción; singladura en rojo.

Al comienzo debió ser que los discapacitados constituían más un estorbo que una ayuda en las batallas. También influiría sin duda la dificultad de los traslados en pueblos nómadas y trashumantes. Bien pronto aparecería seguramente la idea de que las alteraciones y enfermedades se debían al castigo divino. Con ellas se pagaban los pecados, a veces cometidos en otras vidas, o se ponía de manifiesto a los ojos de todos una malignidad que podría haber pasado desapercibida de otra forma. Porque el Diabolo es retorcido y prefiere cuerpos retorcidos (Madariaga), lo que nos enlaza con el concepto medieval de los endemoniados y posesos, ya inmersos en el que llama Kessler "velo de la superstición". No fué poco lo que influyó en la elaboración de estos conceptos la conocida máxima de Juvenal "mens sana in corpore sano" que, sin embargo, lo que pretendía era fomentar la salud del cuerpo para así conseguir la salud de la mente.

De todo ello surge la idea de que era lícita la destrucción de todos cuantos no fueran perfectos: En Esparta, despeñándolos por el monte Taigeto; en algunas tribus suramericanas mediante el veneno o la lanza; entre los esquimales abandonándolos, como a los ancianos, en un paraje solitario; hace bien poco en hornos de cremación. En la antigua y culta Roma, a partir de la Ley de las Doce Tablas, los niños, imperfectos o no, podían ser abandonados por sus padres, generalmente en un cesto que se lanzaba al Tiber. El niño, si sobrevivía, pasaba a ser propiedad de quien lo encontrase, lo cual fué el principio de una costumbre tan inveterada como reprobable, el tráfico de esclavos y mendigos. Incluso los hebreos, menos agresivos que otras razas, han creído siempre que los discapacitados eran culpables de iniquidades que habían sido castigadas por medio de su alteración.

No hay que olvidar tampoco el factor temor, antes apuntado. Lo diferente es temido y por tanto fácilmente odiado y, si ello es posible, destruido. Sirvan de ejemplo las brujas, los lobishomes y, sobre todo, los vampiros. El mito del vampiro arrastra siempre consigo la tendencia del pueblo a

perseguir y destruir a los temidos seres. Richard Matheson aclara mucho la situación en su novela "Soy leyenda" utilizando el mito al revés; una vez vampirizada toda la comunidad sus miembros temen, y buscan destruirlo, al único entre todos que ha conseguido mantener todavía su condición humana.

III.— Grade de irrisión; singladura en amarillo.

Muchos discapacitados se han ganado la vida causando risa y ejemplo de ello son los bufones. Un "...majadero - que con cascabeles escarcha el sombrero,- una pierna verde y otra colorada, - joroba de seda, trusa anaranjada", que dijo en su "Retablo de la Edad Media" el inolvidable Agustín de Foxá. "Gracia en los castillos de muros desnudos,- risa en las fronteras, cubiertos de escudos". La misión de los bufones es clara: "Oh bufón con venas de loco y artista,- tú fuiste la risa en la Reconquista!". Han tenido en tiempos idea los poderosos de que aquellos servidores que por su inferioridad sienten envidia de los demás resultan más servibles, motivo que ha bastado para que fueran creados eunucos, originados amputados o ciegos que en mejores circunstancias no hubieran conocido la mutilación ni la discapacidad.

Bufones famosos fueron Rigoletto, de la ópera inspirada en "El rey se divierte", de Víctor Hugo; o los pintados por Velázquez: Don Sebastián de Morra, Don Diego de Acedo, Don Antonio el inglés, María Bárbola, Nicolasito Pertusato, el Bobo de Coria, el Niño de Vallecas... Para mi, el más interesante de los bufones es Don Francesillo de Zúñiga, súbdito fiel de Carlos I, algunas de cuyas ocurrencias nos han quedado en su "Crónica". Vale la pena resaltar determinadas de ellas, tal vez no las mejores, sobre todo aquellas en que hace comparaciones para describir al personaje. Por ejemplo, al Cardenal Cisneros: "Parecía galga envuelta en manta de jerga". O al cardenal de Tortosa, "que parecía funda de ropa vieja del obispo de Avila". Al obispo de Zamora le considera "colérico adusto que parecía alarbe acostumbrado a robar de día y de noche". El conde de Miranda le parecía "cachorro de quesería" y el conde de Alba de Liste "hijo de Judas Macabeo". Los médicos salimos muy mal parados en el Capítulo XXXII, donde el Emperador le dice al 'dotor" Melgar que parece "villana amancebada o loba vieja de judío pobre". No es menos gracioso el epistolario de Don Francés, lleno de sabrosos dislates: Le escribe a la Reina de Francia comenzando la carta "Desasosiego de mi vida". Con el marqués de Pescara y Don Antonio de Leiva justifica su tardanza en escribirles "con los trabajos y gobernación de estos reinos".

Nuestros pueblos guardan la tradición de estos seres grotescos, aunque a veces llenos de profundo ingenio, en las fiestas, exhibiendo figuras de gigantes, enanos, cabezudos o jorobados. En la Catedral de Santiago, tras la ofrenda al Apóstol, entran haciendo pantomima un grupo de histriones bufonescos. Según Rof Carballo esta costumbre se mantiene porque el pueblo siente necesidad de estos cambios, de estas piruetas, tras la santidad y la devoción.

IV.— Grada de monstrilicación; singladura en violeta.

En la pintura española, singularmente en la de Velázquez y Zuloaga, son frecuentes los monstruos, los enanos, los seres deformes, dice Unamuno que porque la pintura española es la esencia de la filosofía española. Lo cierto es que pintando monstruos, describiendo monstruos, se buscaba un efecto seguro, el del contrapunto que resalta la belleza y, por traslación, el bien. La sociedad se acostumbró a identificar belleza con bondad y malicia con fealdad. El aspecto condena. El monstruo que describe Mary Shelley en "Frankenstein" causa temor por su aspecto y no por su maldad intrínseca. Solo un ciego, al no alcanzar a verle, se muestra amistoso. Quasimodo a quien Víctor Hugo debe más que a toda su obra poética, no es comprendido en su bondad por el estereotipo de una opinión que solo se deja llevar de apariencias.

La cinematografía, cronista principal de nuestro tiempo, sigue los mismos esquemas que la pintura y la literatura e incluso los magnífica. Ya no solamente el malo es más feo o desagradable que el bueno. El hecho de ser feo, molesto a la vista, convierte en perverso, como sucede con los protagonistas de "El fantasma de la ópera" y "Los crímenes del museo de cera". Esta monstrificación del minusválido, dado que siempre hay una minusvalía u otra en estos

casos, puede ser más o menos antigua pero no cabe duda de que impregna la opinión general en la época presente. Por eso es de resaltar el intento de humanización que subyace en la extraordinaria película "Freaks", en español "La parada de los monstruos", dirigida en 1938 por Tod Browning, el director de "Drácula". Se recoge en ella el drama de los componentes de un circo y de la terrible venganza a que se ven obligados. Pero no son ellos, algunos con deformaciones increíbles, los que representan la maldad, sino los personajes de mejor apariencia y belleza física. Creo que el espectador toma partido a favor de los 'monstruos' y ello hace pensar que es un problema de hábito, de costumbre, como ya ha sido comentado y que el tiempo conducirá las opiniones a su verdadero cauce.

Hay un problema, sin embargo, en esta tendencia a la monstrificación de algunos discapacitados que subyace bajo otra tendencia más poderosa, la predisposición del ser humano hacia lo bello. Seguramente, en ese fijar la idea de maldad a la idea de deformidad hay un componente psicoanalítico, una exigencia inadvertida del subconsciente oscuro y terrible. De aquí han nacido mitos como el de la bella y la bestia (Venus y Vulcano), tan frecuente en literatura, o el del enfrentamiento en la misma persona de los poderes del bien y del mal, idea certeramente plasmada en los personajes del Dr. Jekyll y de Mr. Hyde.

V.— Grada de mendicación; singladura en gris.

Las guerras han aumentado siempre y en todas las épocas el número de discapacitados, contribuyendo a esa degradación progresiva desde el caballero al mendigo. Porque en gran parte la solución del problema estaba en la limosna, que pronto se transformó en norma de vida y modo de no trabajar. En ello, como suele suceder, han influido otros factores, tales la superstición, que permitía que tuviera siempre un mayor éxito el mendigo contrahecho. Galdós analiza muy bien todos estos factores en boca del ciego Pulido en "Misericordia": "Todo se acaba, Señor, hasta el fruto de la festividad", "por el aquel de las suscripciones para las víctimas", que los hay "que en los papeles andan siempre inventando víctimas". Y esta frase, reveladora de una creencia ancestral: "Lo que digo: quieren que no haiga pobres y se saldrán con la suya. Pero pa entonces, yo quiero saber quién es el guapo que saca las ánimas del Purgatorio".

Esta amalgama de necesidades y creencias fomentadas, de costumbres hechas ley, conduce al ejercicio de la mendicidad como una profesión más. Hay, en efecto, una degradación social, impuesta por la necesidad, que transforma al caballero medieval en soldado o en clérigo y a ambos en pícaros y mendigos. Esta etapa del pícaro, diluida en otros países, es muy rica entre nosotros, hasta producir un incomparable monumento literario. Pero todo va unido, son solo matices los que separan profesiones que suelen ser mera apariencia. En el "Guzmán de Alfarache" están incluidas las Ordenanzas Mendicativas, todo un tratado de bibiatria, de como actuar y comportarse dentro de la briba. Figuras de clérigos y frailes, y aún algún ermitaño, pícaros y mendigos hay en toda la Picaresca, desde el "Buscón" al "Lazarillo". Lope nos indica, en "El precio del bien hablar", el gran número de soldados que debía haber por entonces mendigando, muchos de ellos con algún tipo de minusvalía: "Armas no las apetezco - viendo mil soldados mancos - spones de los conventos".

Lo cierto es que la mendicidad profesional, con picaresca o sin ella, se ha hallado siempre muy ligada a la discapacidad. No hace mucho dedicamos una conferencia a tema tan apasionante, que además nos ofrece el corolario del tráfico de niños deformes o deformados. Son, todos ellos, aspectos que han utilizado por largo los diferentes modelos de exhibición social, es decir, la literatura, la pintura, el teatro y, hoy, la cinematografía. Cabe recordar, en los últimos tiempos, ese tapiz cruel, esperpéntico y burlón, todo a la vez, de los mendigos de "Viridiana", o el tráfico, de actualidad en las esquinas y los semáforos de las grandes ciudades, apuntado en "Los olvidados", ambas de Buñuel.

VI.— Grada de ocultación; singladura en negro.

Me parece la más vergonzosa, por no decir vergonzante, entre todas las etapas por las que ha atravesado la historia social del discapacitado. En el fondo, encierra mayor crueldad que la

contenida en otras formas de comportamiento ante el tema de la minusvalía, porque el oprobio ante esta es aún más feroz que la propia muerte. La "afrenta" que han sentido tantos y tantos padres, que les ha llevado a ocultar a sus hijos para que nadie conociese su "desgracia" ha trascendido a toda la humanidad, envileciéndola. El desprecio, la explotación, la destrucción incluso, tienen más contenido humano y por tanto son más disculpables, que la hipocresía, la falsía, la denigración de un ser al que no se tiene el valor de destruir de golpe y se elige el ir destruyéndolo paulatinamente.

La ocultación del discapacitado en casa es mala pero mucho peor todavía es el enclaustramiento en centros que, como la Casa que describe José Donoso en su reciente novela "El obscuro pájaro de la noche", son simples cárceles para esconder lo que molesta, porque es un "que" y no un "Quién" el motivo de estos tratos, casi siempre un niño, un minusválido mental, paralítico cerebral u oligofrénico, lo cual nos lleva a ese gran error de confundir y mezclar minusválidos mentales con enfermos mentales. Muchas veces he indicado que una de las lacras de la humanidad es haber internado a discapacitados mentales en centros psiquiátricos. El horror de algunos regímenes manicomiales es recogido en obras como "Nido de víboras", de Mary Jane Ward, también llevada al celuloide y en películas como "Corredor sin retorno", "Lilith" o "Tratamiento de choque". Pero este horror se multiplica cuando el ingresado es un "ignoscent", un inocente, como decía el P. Jofré.

Se está todavía en el camino de separar a los minusválidos mentales de los enfermos mentales. Incluso los oligofrénicos más profundos tienen posibilidades rehabilitadoras de que carecen los dementes. Este camino hay que seguirlo y para ello es obligado dejar convivir a todos los humanos, unos con otros. Solo al peligroso, al infrahumano, es lícito aislar y este puede ser el loco, pero nunca el discapacitado, por lento y pobre que sea su contenido intelectual. Varias veces he comentado que, si no otra cosa, debemos por lo menos a los Hermanos de San Juan de Dios el que muchos niños paralíticos cerebrales u oligofrénicos hayan podido salir a la calle sin ser señalados con el dedo.

VII.— Grada de profesionalización; singladura en azul.

La profesión no la pueden dar la deformidad, la minusvalía, sino la aptitud y la vocación. Ya hemos hablado de "Freaks" y la vida en los circos. Es, al menos, una forma de dignificación por el trabajo, aunque se preste también a la explotación. El discapacitado se convierte en negocio, para sí mismo y para otros, y de aquí surge esta explotación. Da dinero, es cierto, pero de una forma más digna que cuando se le utiliza como mendigo profesional. Otras veces he recordado un cuento de Guy de Maupassant, "La madre de los monstruos", que narra el caso de una mujer que deforma a voluntad a sus hijos durante el embarazo utilizando diversos aparatos compresores de su invención, con el fin de venderlos luego a los empresarios de circos. Sin embargo, la vida del circo puede ser, y lo es muchas veces, una forma poética de trabajar.

Esta forma de trabajo en función de la discapacidad alcanza cimas sociales como las de la venta de lotería por los afiliados a la ONCE o la enseñanza de neófitos en las antiguas Cofradías de Mareantes. Una dedicación profesional mucho menos honrada, como es la del robo, ha existido también. Recordemos, de pasada, escenas de "Los misterios de París" de Eugenio Sué y de "Nuestra Señora de París" de Victor Hugo. El teatro como profesión es otra forma posible de trabajo, bien descrita en "El hombre que ríe" de este último autor.

VIII.— Grada de rehabilitación; singladura en verde.

El trabajo se realiza por el hecho de ser hombre, no por la circunstancia de una minusvalía. Todos los seres humanos tenemos derecho al trabajo. Todos, también por tanto los discapacitados. Se ha tardado siglos en llegar a esto, si bien hay intentos muy importantes a lo largo de la historia, como los nosocomios de Constantino, los Collegia romanos, las agrupaciones gremiales medievales o nuestras Cofradías de mareantes, antes citadas. Reyes como Alfonso X en las Partidas, Pedro II y Enrique II, intentaron eliminar el problema de la mendicidad dando trabajo a todos. Con Felipe II sin embargo no debían ir muy bien las cosas

puesto que dejó legislado que los pobres de una localidad no fueran a pedir a otra. En cambio Lope, en "Los locos de Valencia", refiere que en el afamado hospital de aquella ciudad los locos "templados", cabe decir deficientes mentales, hacían mandados, servían en algunas casas y, puesto que era norma, pedían también limosna en nombre de todos. Hoy día, proclamados en 1948 los Derechos Humanos, creada una nueva forma de Medicina Social, la Rehabilitación, destinada a atender problemas de minusvalía y engranada en un proceso multiprofesional, el proceso rehabilitador, todo aquello ha pasado a ser historia. Historia del discapacitado. Historia de la Humanidad.

Queda un aspecto que quiero señalar para terminar. Por qué la idea de rehabilitación, de atención general de los problemas del minusválido, no ha surgido antes, por qué tan solo ahora, y con dificultades, se ha iniciado su aparición. Creo que el entronque de la rehabilitación en el seno de la historia de la humanidad aquí y ahora se debe a que esta humanidad ha alcanzado por fin suficiente madurez para comenzar a aceptar la idea. Las señales son múltiples. El hombre actual acepta que Ironside sea un eficaz policía en su silla de ruedas, que Dan Defensor (Dare Devil en inglés) salte en Nueva York de rascacielos en rascacielos valiéndose de las cornisas, los salientes, las astas de bandera, a pesar de ser ciego. Sus posibilidades superan con mucho las del hombre medio. Dan Defensor es un superhéroe. La ceguera no solo es asumida sino que permite proezas, enfoque bien diferente al que se nos planteaba de la curación como única salida posible, en "Marianela", "Sublime obsesión" o "Luces de la ciudad". Otro héroe de revista juvenil norteamericana, "El hombre de hierro", es un minusválido relativo o potencial por una cardiopatía que le obliga a cargar su marcapasos en los momentos más comprometidos de sus aventuras.

En toda esta aceptación por parte de la sociedad han influido notablemente los medios de difusión. Pero también hay una prueba de maduración general en otra aceptación, la del propio minusválido de su propia discapacidad. En la película "Hombres" el protagonista, parapléjico, decide luchar con lo que le queda para obtener al menos algo de lo que siempre le va a faltar. Un gran impacto en todo el mundo fue la interpretación del marino, amputado de ambas manos, Harold Russell en "Los mejores años de nuestra vida", que le valió un Oscar. Es memorable la escena en que, con sus ganchos, coloca el anillo en el dedo de la novia al casarse. También al teatro y al cine debemos la divulgación de las proezas de Hellen Keller, ciega y sorda y de su profesora Ana Sullivan Macy, ambliope. Menos conocido es el hecho de que esta última, formada en el Instituto Perkins, de Boston, seguía las enseñanzas del Dr. Samuel Howe, que unos años antes había conseguido la educación de otra ciega sorda, Laura Bridgman. El ser humano actual ha aprendido a captar esa profunda sabiduría que se encierra en el pensamiento atribuido a Buda y que con frecuencia repito como un lema básico en Rehabilitación: Dame, Señor, serenidad para aceptar lo irremediable, valor para cambiar lo remediable y sabiduría para apreciar la diferencia. A poco que ha podido, el minusválido ha aprendido a luchar, a no entregarse sino ante lo irremediable. Incluso en una situación límite como la que plantea Dalton Trumbo en su extraordinaria novela "Johnny cogió su fusil" es necesario seguir luchando. Otra cosa es aceptar la limosna, el circo, la prestación económica, la indignidad. Ser un objeto que se muestra o se estudia, como Gaspar Hauser, cantado por Verlaine o Jakob Wassermann, como Victor de l'Aveyron, el niño salvaje educado por el Dr. Jean-Marc Itard, como John Merrick, el "hombre elefante" inglés, finalmente protegido por el cirujano Frederick Treves.

Esta autoevaluación ha de ser fomentada o al menos permitida por la sociedad. Pero quedan aún moldes, estereotipos, ideas fijas, tópicos, que hay que ir eliminando, si se quiere que queden solo las barreras lógicas, naturales. Las otras barreras, las que hasta ahora han aislado, encerrado, sepultado a los discapacitados, están ya muy agrietadas, aunque se mantienen en gran parte. Es preciso derribarlas por completo, pero hay que hacerlo entre todos.

II-6 LA REALIDAD DEL MINUSVALIDO.

Se publicó en el nº 44 de MINUSVAL, que conmemoraba los diez años de existencia de la revista. (Mayo, 1984).

LA REALIDAD DEL MINUSVALIDO

Sin lugar a dudas, el minusválido es el centro de nuestras máximas atenciones. El fin último de esfuerzos, ayudas y desvelos, aunque los resultados no sean siempre lo satisfactorios que todos desearían. Este ha sido, a través de estos diez años, el sentido de MINUSVAL, en el mercado de la información.

En el ayer está la luz que ilumina la pantalla del futuro. Nos parece en cada momento de meditación que no estamos haciendo nada, que nada se va a conseguir. No nos damos cuenta de que sostenemos con nuestras manos una linterna mágica cuyas imágenes van a ser recogidas tal vez por personas que aún no existen, que aún no tienen presencia. Cuando, hace más de veinte años, nos subimos a ese vehículo vacilante llamado Rehabilitación, apenas había nada, pero lo poco que se llegó a crear, los esfuerzos de todos cuantos quisimos aceptar aquel penoso avance de discapacitado motor, está iluminando ahora unos tonos que, gracias a aquella luz, no siguen siendo oscuridad completa.

En el pasado, el minusválido era menos que nada. Un accidente, un problema, un contratiempo, un error, una broma. Hoy es ya una persona. Una persona más. Como las otras, con casi las mismas posibilidades y casi idénticas limitaciones. Con análogo destino de incertidumbre y similar contenido de esa mezcla de amarguras y alegrías que es el vivir. Y con una carga tal vez superior de ilusiones, de esperanza, de entusiasmo.

Lo que falta por hacer para que esas ilusiones y esa esperanza puedan cumplirse y ese entusiasmo manifestarse, sigue siendo mucho, tal vez casi todo, pero se está gestando en un ahora ya antiguo. Es posible que ya empezara a tomar forma entonces, aunque no lo viéramos. A veces miramos tan lejos que no advertimos lo que tenemos al lado. Una publicación, MINUSVAL, sí que ha sido capaz de mirar alrededor, de recoger, poco o mucho, lo que surgiera. Para mostrar a todos los errores y los aciertos en que se iba apoyando el puente de la vida en esos momentos de su construcción. Ahora que hay que serenarse y escribir unas páginas sinceras es preciso intentar una meditación sobre lo que se hizo, lo que se está haciendo y lo que queda por hacer a favor del minusválido. Procurando, por una vez, que no haya pasión en la entrega, ni combate en la batalla, ni sufrimiento en el anhelo. "Sine querela" es el lema que aceptó Séneca para sí mismo, el que adoptó Luis Vives, cuya luz ilumina aún esplendorosamente la pantalla actual que es la vida futura de cada minusválido.

Lo que se ha hecho a favor del minusválido.

Todo es muy reciente. Se limita a los últimos años. Por fin es advertida la presencia de minusválidos y se instaura un proceso que es a la vez médico y psicológico y sociológico y legal. Humanista, por encima de todo, puesto que se trata de la vida del hombre. Proceso, es decir,

avance, desarrollo, complejidad de acciones para un progreso. La gestación puede haber sido muy dilatada, su comienzo muy antiguo, pero lo cierto es que es ahora cuando se produce el nacimiento de un proceso al que se tiende a denominar Rehabilitación. Cada una de las facetas que lo integran trata de crearse una fisonomía propia, pero bien pronto empiezan a aparecer dos fenómenos que se convierten en característicos: Se tiende, a pesar de que se está intentando la construcción de un edificio nuevo, a utilizar restos de edificios antiguos, a veces en ruinas, sin posibilidades ya de uso. Y se busca el albergar cada faceta en un edificio diferente en lugar de integrar todas en los diferentes niveles de una misma construcción.

De este modo, la Medicina rehabilitadora se resquebraja hasta casi hundirse en forma de Medicina Física o Fisiatría o Hidrología, o se encasilla en técnicas muy viejas de estirpe más o menos gimnástica. La Psicología rehabilitadora desdeña sus primordiales y excelsas misiones vocacionales y de engarce individuo -entorno y se pierde en imposibles tareas psicopatológicas para las que no posee entidad ni contenido. La Arquitectura para minusválidos, tan esencial en el proceso rehabilitador, apenas encuentra eco entre los profesionales del ramo. Los legisladores eluden sus funciones de regulación y se desgastan en Decretos de amparo que casi son Beneficencia y en ayudas económicas que pueden proveer una salida de urgencia, pero que en ningún caso conforman la estructuración de un verdadero plan proyectivo que resulte útil a la situación que se pretende estatuir.

A pesar de todo ello, la nueva luz había sido encendida. Una luz en efecto nueva, no una vieja candela disfrazada ni varias luces independientes y sin capacidad para enfocar el punto que cada una pretendiera iluminar. El 15 por 100 de la población del mundo no podía conformarse con menos. Este gigantesco grupo de humanidad pedía lo que necesitaba. No más, pero tampoco menos. La Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948 inicia la conquista. El derecho de todos los hombres a trabajar es refrendado en 1966 en el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de las Naciones Unidas. Se recoge la necesidad de que todos los habitantes de la tierra, sin distinción, cuenten con las debidas "orientación y formación técnico-profesionales".

En estas etapas de comienzo en España hay que destacar, además de la aceptación de las normas internacionales, el reconocimiento de la Medicina Rehabilitadora como especialidad médica oficial en 1969 y la creación en 1970 del Servicio Social de Recuperación y Rehabilitación de Minusválidos (SEREM). Las sucesivas transformaciones políticas han respetado ambas conquistas, índice de su necesidad. Hoy día, el SEREM continúa sus labores conformando una de las dos ramas que integran el INSERSO. Precisamente en la Convención MINUSVAL 74, celebrada en enero de 1974, hizo su primera aparición la revista MINUSVAL, de la que se celebra ahora el décimo aniversario de dedicación a los problemas e inquietudes, conquistas y fracasos de todos los minusválidos.

Lo que se está haciendo en los momentos actuales

Elegimos entre todas las posibilidades de comentario una de las más importantes surgidas hasta ahora y, sin duda, la más reciente: El Real Decreto por el que se establece y regula el sistema especial de prestaciones sociales y económicas de 1 de febrero actual, ordenando las circunstancias previstas en la Ley de Integración Social de los Minusválidos de 7 de abril de 1982. Lo elegimos porque presenta sugerencias muy claras que tienden al agrupamiento de los diferentes profesionales responsables del proceso rehabilitador en lugar de soslayarlo e incluso fomentar la disgregación. Lo cual es seguramente lo más positivo que puede ofrecer el legislador hoy día para luchar contra el afán de desintegración y usurpación de funciones que todavía padecemos.

En primer lugar, el Real Decreto admite a todos los minusválidos, olvidando sutiles discriminaciones, como la tan desafortunada de "subnormales". En segundo término recoge la necesidad de contar con un baremo que mida el grado de minusvalía. Baremo (artículo 2º, 1, a),

“por el que serán objeto de valoración tanto la disminución física, psíquica o sensorial del presunto minusválido como, en su caso, factores sociales complementarios relativos, entre otros, a su edad, entorno familiar y situación laboral, educativa y cultural”. Circunstancias que obligan a una realización profesional integrada y conjunta de todo el equipo multidisciplinario a cuyo cargo se hallan el logro y el rendimiento adecuado de las tareas de todo el proceso rehabilitador. También es importante el que se reconozcan para los minusválidos prestaciones que van desde los gastos sanitarios y farmacéuticos hasta los surgidos por necesidades de desplazamiento.

La Medicina Rehabilitadora está muy presente. Reconoce el Decree que debe ocuparse directa y esencialmente de las secuelas, “no teniendo como finalidad únicamente el tratamiento de la afección como tal” (artículo 7º), evitando “el proceso degenerativo que podría derivar de una disminución”. Es la primera vez, que sepamos, que un texto legislativo admite la posibilidad de ejercer una Prevención dentro de la Rehabilitación. Antes, cuando era considerada esta última como especialidad exclusivamente terapéutica, este simple matiz habría sido imposible. O bien consiguiendo, añade el legislador, “la recuperación física, psíquica o sensorial de la persona disminuida, desarrollando sus capacidades residuales”. Todavía más. En el artículo 9º, 1, se reconoce la existencia de la Medicina Ortopédica, lo cual encierra un importante avance, dado que, casi hasta ahora, se consideraba a la Ortopedia como ciencia auxiliar o como especialidad quirúrgica.(Cirugía Ortopédica).

También es firme el papel asignado al psicólogo rehabilitador y no por el hecho de reconocer la Psicoterapia como una de las técnicas que sirven en Rehabilitación (artículo 9º, 1), sino por matices mucho más trascendentales dentro del proceso rehabilitador, como son los de orientación profesional y los de vigilancia de las actividades laborales del minusválido. Copiamos del artículo 12, 2: “La orientación profesional, tanto sea facilitada antes del tratamiento de rehabilitación médico-funcional como durante el mismo o al finalizar éste, tendrá por objeto la determinación de las actividades laborales más adecuadas al minusválido, en base a sus aptitudes, actitudes e intereses y empleo precedente”. En el 1.4 del mismo artículo contempla el Decreto la readaptación profesional como “el conjunto de medidas dirigidas a la reincorporación del minusválido al puesto de trabajo, oficio o profesión que hubiera desempeñado con anterioridad”, circunstancia en la que la labor del psicólogo es, asimismo, insustituible.

También son reconocidas como necesarias las labores de asistentes sociales y pedagogos. En general, el reconocimiento se extiende a todos los profesionales útiles al minusválido a lo largo del proceso rehabilitador al ser recogido en diversos apartados el concepto “equipo multiprofesional”.

Aparte de esta labor integradora de funciones que realiza el Real Decreto de 1 de febrero contiene otros matices positivos. Por ejemplo, está el hecho de recoger, como habían efectuado ya otros textos legales, unas Obligaciones de los beneficiarios (artículo 30), que conceden seriedad al texto y le dan un matiz contractual que le libera de toda idea benéfica.

Las razones aducidas son suficientes para justificar nuestra elección del citado texto legal como muestra de lo que está sucediendo ahora en ese proceso de creación de un mundo coherente para todos los minusválidos. Lo que esta Ley recoge, sin embargo, es el fruto, madurado a lo largo de años, ofrecido por múltiples leyes anteriores que a alguien pudieron haberle parecido estériles.

Lo que se debe hacer en el futuro

Es mucho, sin duda. Hay que limar asperezas, unificar opiniones, integrar esfuerzos. Todo ello se hará. Se hace ya. Los que de verdad sienten la problemática del minusválido y quieren colaborar para dulcificarla tienen en su espíritu suficiente dosis de romanticismo para que se logre. Los que no estén realmente interesados se irán apartando solos. Es preciso seguir dejando al tiempo que lleve a cabo su labor. Son varios los aspectos, sin embargo, que parece

conveniente reseñar en una visión de futuro en el camino del minusválido hacia una forma de vida más lógica.

En primer lugar resaltaremos la necesidad de integración de todos los profesionales imbricados en el proceso rehabilitador. Cada uno tiene unos cometidos que son inalienables y que si no se cumplen o se disfrazan perjudican a todos los demás en su propio cometido. Esto nos lleva a otro punto candente, como es la necesidad de especialización. Un médico, por serlo, no es útil. Al minusválido le sirve de bien poco. Lo que éste necesita, de modo evidente, es un médico especializado en minusvalías. Lo mismo cabe decir del resto de los profesionales del equipo. El psicólogo, como tal, es por completo inoperante en el mundo de la minusvalía, sea ésta del tipo que sea. Se tiene que especializar en estos matices concretos o no será útil. Lo mismo cabe decir del pedagogo, del asistente social, del legislador. No existe, todavía, una verdadera Pedagogía Especial. La llamada "Pedagogía terapéutica" es un absurdo más de los muchos que el pasado aún ofrece. El asistente social que atiende problemas de minusválidos es por completo diferente al que desconoce esta forma de vivir. No hay que repetir. Para todos, la situación es la misma. Es preciso saberlo y tener la honradez de aprender o de abandonar.

Un aspecto que con frecuencia se soslaya, pero que es de capital importancia es el de las denominaciones. Como todos los nuevos cometidos, la atención al minusválido requiere su propia terminología profesional. El especialista de cada faceta debe contribuir a ello. Términos propuestos por nosotros se han acabado imponiendo. Por ejemplo, "discapacidad", "discapacitado", con más de veinte años de uso, recogidos por primera vez por la Organización Mundial de la Salud en un libro publicado en 1968. En relación con estos términos, fundamentalmente el de "discapacitado", guardo una curiosa carta que tuvo a bien enviarme don José María Pemán y que tal vez algún día me anime a publicar. Otro nombre propuesto con éxito increíble ha sido el de "ortesis". La fortuna alcanzada por la denominación "Medicina Ortopédica" se demuestra con el citado Real Decreto de 1 de febrero. Otras denominaciones, como "noomotricidad" o "deficiencias mentales, sensoriales, expresivas y motoras", en lugar de "físicas, psíquicas y sensoriales", tardan en imponerse, pero lo harán, si son ciertas. En caso contrario, el tiempo las hará olvidar.

Otro aspecto fundamental que hay que solucionar en el futuro es el de la valoración de minusvalías, problema que enlaza nada más y nada menos que con la clasificación de las mismas. La OMS está intentando conseguir ambas cosas, y nos ofrece propuestas que hemos de ser capaces de contestar. Si nos negamos a aportar lo poco que podemos ofrecer no podremos achacar a nadie después una insuficiencia en sus esfuerzos. Esos mismos esfuerzos, unidos a los nuestros, tal vez hubieran triunfado. En valoración de minusvalías se hace necesario crear un auténtico sistema, declinando progresivamente el uso de las Tablas sin fundamentos y las normas ordenancistas. Todo tiene una lógica. El mundo de las minusvalías también. Para encontrarla hay que comenzar por renunciar a lo que estorba. Una nueva labor para llevar a cabo entre todos.

Nos queda comentar un punto que tiene más importancia de lo que parece. Es el del conocimiento en general, por el público, por los profanos, de lo que es el mundo del minusválido y de lo que se pretende con los esfuerzos realizados en su favor. De nuevo, la disgregación de los profesionales, la usurpación de funciones, el engaño, resultan dirimentes. La gente ve tenis y se aficiona porque unos profesionales juegan el mismo juego, con las mismas reglas, idénticas normas. Si cada uno pretendiera jugar un tenis diferente, jamás se hubiera creado afición. Yo creo que, al hablar de aspectos asistenciales del minusválido, se deben integrar todos los componentes del equipo multiprofesional, unos en la vertiente clínico-terapéutica, otros en la socio-laboral. Todo quedaría más unido.

Porque, en el fondo, solamente es necesaria una cosa: Querer, sinceramente, encontrar la verdad.

II-7 MITOLOGÍA DEL AUTISMO.

Publicado en MINUSVAL, num. 26, Octubre 1978.

La investigación sobre autismo no ha hecho más que comenzar. Los datos, apasionantes, aun no son definitivos. Por eso, lo que aportamos con estas páginas no tiene otra pretensión que contribuir a esclarecer conceptos y abrir nuevos interrogantes. Tras ellos se encuentra la verdad.

MITOLOGÍA DEL AUTISMO

I

En todas las ramas del saber humano se resuelve un problema cuando los componentes que lo integran están bien planteados. Así, los problemas médicos han empezado a resolverse con los planteamientos de Pasteur o de Lister. Los seculares enunciados mágicos o demoníacos apenas han podido influir en el "eureka" final. Eran simple mito. Al correcto planteamiento ayuda la especialización. La antigua nebulosa en que se iba convirtiendo la rehabilitación se aclara al comprender su misión ante los diferentes modos de ser minusválido. A su vez, este paso adelante desemboca en un nuevo problema: Distinguir entre lo que es y lo que no es minusvalía. La solución irá llegando, si el planteamiento es correcto, a pesar de la existencia de aparentes zonas límite, de difícil encasillado a uno u otro lado de la barrera que separa minusvalía y enfermedad.

Las dudas conducen muchas veces al desenfoco de los problemas y, por ende, a su no solución. Una de estas dudas se halla planteada en relación con el autismo. En primer lugar, el autismo es un problema mal enfocado, en sí mismo y por sí mismo. Su concepto no pasa de lo teórico, de lo posible. Cada grupo de estudiosos aporta sus propias sugerencias. De éste modo resulta difícil decidir si el autismo entra o no en el concepto de minusvalía y, por tanto, si debe o no ser incluido en el ámbito de la rehabilitación. Creemos que, en el momento médico actual, resulta tan complejo como delicado tomar partido en uno u otro sentido. En cambio, sí que puede ser hecho un comentario sobre autismo por un observador ecléctico. Un observador que, por profesionalidad, se encuentra dentro del terreno rehabilitador y que contempla desde este encuadre el curioso fenómeno biológico conocido bajo el nombre de autismo. Veamos hasta donde nos conduce esta observación desapasionada pero, hay que confesarlo, llena de factores intrigantes.

II

El primero que cita el autismo, Bleuler (1908), habla de una forma de esquizofrenia. Kanner, el gran estudioso clínico del proceso, muestra algunas reservas a este respecto. El problema se fue eludiendo a base de considerar diversos tipos de autismo: Psicógeno, de Asperger, de Kanner, somatógeno, pseudoautismo. Ello puede indicar que, en efecto, hay autismos psiquiátricos, por enfermedad mental, y autismos no psiquiátricos, pero esto no parece aclarar mucho. Freud veía en el autismo la búsqueda de una explicación a tendencias inconscientes. Nelson, en su "Tratado de Pediatría", considera al autismo infantil como una forma de esquizofrenia: "Difieren

de los esquizofrénicos de más edad en que no presentan cambios bruscos de conducta". Arana, en el Simposio sobre "Factores psicosociales de la subnormalidad psíquica", resalta la idea, ya apuntada anteriormente, de que el autismo se da más en las clases sociales de elevado nivel que en las inferiores. Lo cual sugiere la importancia de factores afectivos, educacionales, de ambiente y de conducta. Tal vez, incluso, cabría hablar de contagio. ¿Es que ocurre también todo esto en la esquizofrenia?. Nadie podría negarlo y, en efecto, algunos lo afirman hoy día.

Al analizar las posibles causas del autismo Lorna Wing razona las escasas probabilidades de esta apuntada raíz de tipo emocional y orienta en cambio sus deducciones hacia un terreno estructural, de lesiones cerebrales: "Entre un tercio y la mitad de los niños autistas están afectados de otras deficiencias suplementarias, debidas a enfermedad física o a daños del cerebro y del sistema nervioso central". La idea es sugerente. El desarrollo cerebral se cumple en efecto muy lentamente. El niño autista tarda mucho en conseguir lenguaje y abstracción. Es, por tanto, no un enfermo sino un deficiente mental. La idea se afirma al repasar trabajos actuales de investigación. El niño que describe Stubbs, afectado intrauterinamente por un megalovirus, es un parálítico cerebral y no un autista como pretende el autor. Lo mismo cabe decir de los sujetos estudiados por Peterson y Torrey, afectados por virus de diferentes cepas.

El camino hacia lo estructural se hace cada vez más dilatado. Aún más, los investigadores modernos parecen haberse planteado una premisa común: Si existen alteraciones metabólicas, enzimáticas, bioquímicas en suma, en pacientes esquizofrénicos y estas mismas alteraciones se objetivan en autistas, significará que el autismo y la esquizofrenia están relacionados. Por el contrario, si las alteraciones apreciadas no son homologables habrá que renunciar a identificar ambos procesos. Este camino no ha hecho sino comenzar. Los datos, apasionantes, aún no son definitivos. Iones como el cobre o el zinc son analizados. Los aminoácidos estaban ya de antiguo ligados al estudio de las deficiencias mentales. El mosaico genético es, todavía, un terreno misterioso. Gran número de trabajos se orienta hacia la determinación de catecolaminas y de serotonina. Hay cifras alteradas de estas sustancias en niños autistas pero también en otros que no son autistas. Parece ser que la relación se hace a través de la actividad mental y física del sujeto. Recordemos el gran papel que juegan adrenalina, noradrenalina y serotonina en los estados emocionales, lo que nos lleva de nuevo a esa "raíz emocional" sugerida por algunos psiquiatras y comentada por Wing.

III

Cuando nos acostumbramos a una normativa de trabajo tendemos a explicar con la óptica de nuestra metodología cualquier problema que nos sea planteado. Todos los niños, desde que nacen, van recorriendo un sendero evolutivo. Cualquier niño. ¿Por qué no, también, el niño autista?. El niño normal (Piaget) pasa por una etapa de autismo, antes de entrar en la etapa de egocentrismo. El autismo, al menos dentro de unos límites cronológicos, es normal. En otros lugares hemos descrito las que llamamos aptitudes personalísticas de soporte. La primera es la aceptabilidad, la segunda la afectividad, la tercera la psicomotricidad, la cuarta la comunicabilidad. Si la inicial, aceptabilidad, no aparece, el uso de las otras tres se aleja, el sujeto puede no esforzarse y entrar en la enfermedad mental; no quiere ser él mismo. Pero si, aún encontrándose con una aceptabilidad precaria, es capaz de continuar el proceso evolutivo que le permite el uso sucesivo de las tres aptitudes restantes, se hallará en una situación de retraso bastante similar a la conocida con el nombre de autismo. Esto significa, primero, que entrarán en juego psicomotricidad y comunicabilidad cuando se haya logrado una madurez suficiente en el ámbito afectivo. Segundo, que el niño autista no puede encontrar solución en el ámbito psiquiátrico, dado que su estructura psicofísica se orienta hacia el retraso evolutivo. No hacia la

enfermedad, sino hacia el transcurrir de una etapa. Todo lo cual parece convertir al autismo al modo clásico, de síndrome independiente, en un nuevo mito.

El razonamiento es muy sugerente y resulta lógico en cuanto uno es capaz de liberarse del tópico secular que ha venido confundiendo enfermos mentales con deficientes mentales. El niño autista no sería sino un niño de egoísmo exagerado. Anclado en las etapas más egocéntricas de su evolución. Pero nunca un enfermo mental, como lo es el esquizofrénico.

Ahora bien, en la esquizofrenia también se da el autismo, no ya como situación evolutiva, sino como síntoma. El hebefrénico puede tener rasgos de autismo, si bien también presenta otros rasgos que el autista nunca ofrece. Por tanto, cabe pensar que existen una "situación" autista y una "reacción" autista. La primera debe ser temporal, salvo que no exista un apropiado enfoque terapéutico. Esta temporalidad es muy breve en el niño normal y se dilata en los deficientes, por ejemplo paralíticos cerebrales y oligofrénicos. La reacción autista debe ser también entendida como temporal, y un ejemplo claro lo tenemos en el comportamiento de muchos niños, deficientes o no, enfermos o sanos de pensamiento, o o bien se hace definitiva. Esto último se da en el enfermo mental auténtico, que no es que se aíse o se autorresalte, sino que renuncia a sí mismo. La reactividad autista mantenida es un síndrome o, si queremos, un síntoma psiquiátrico. La reactividad autista temporal u ocasional, situacional, compone síntomas de Medicina Rehabilitadora. Especialidad que tiene el cometido de sacar a su paciente de la etapa de evolución que se ha quedado anclada y que desencadena este comportamiento. Hasta llegar al uso normal de la faceta de comunicabilidad, lugar en que se contiene la alteración más penosa del autista, que, por su lentitud evolutiva, no adquiere lenguaje ni entronca socialmente y que presenta angustia inmotivada, quietud, horror a los cambios y temor ante los ruidos.

IV

Dice Nelson en su Tratado: "Los mejores resultados se obtienen confiando el niño a personas mayores comprensivas y de buena voluntad que sean debidamente capaces y puedan dedicarle una exclusiva atención". A reservas de cuanto deprece el conocimiento futuro, estas personas podríamos ser los médicos rehabilitadores (los auténticos, no los fisiatras o similares) que, al menos, daríamos al psiquiatra claves que permitirían separar los mutuos cometidos y a la vez incrementarían la colaboración. Para ello es imprescindible el diagnóstico correcto, el enfoque apropiado. Muchos niños diagnosticados de autistas no lo son aunque atraviesen una etapa de autismo y pierden el tiempo de su evolución alejados de la Medicina Rehabilitadora, única que les puede ayudar. En cambio, el verdadero esquizofrénico con sintomatología autista, solamente podrá tener esperanzas de curación en manos de un buen psiquiatra. Invitamos a todos a meditar sobre este enfoque de buena voluntad. A distinguir y separar "autismo etapa" de "autismo síntoma". A denominar a los niños con este síntoma aleatorio no "autistas", sino paralíticos cerebrales u oligofrénicos, o bien esquizofrénicos, si es que se intenta diagnosticarlos y orientarlos.

Un último aspecto queremos resaltar. Las estadísticas americanas dan una cifra de 2 a 4,5 de autistas por cada 10.000 habitantes ("Siglo Cero"). Parece exagerado decir que en España hay 40.000 autistas, como ahora se afirma. La explicación puede estar en ese defectuoso enfoque diagnóstico a que aludíamos. Pero aparte del hecho de que la cifra, exigua, no justifica acciones que son mucho más necesarias para otros grupos de personas, cuanto ha sido razonado en este trabajo permite afirmar que la solución para el problema de los niños "autistas" no está en la desintegración, el aislamiento en un grupo homogéneo. Por el contrario, debemos tener claro que el autismo es una situación en la que pueden converger muchos niños minusválidos y algunos otros que no lo son, como los hebefrénicos, en los que se convierte en modo de reacción. Hay que incrementar, mejorando el balbuciente enfoque dado hasta ahora, la labor a

favor de todos los niños minusválidos, como mejor solución para cada uno de los diferentes grupos que parecen integrar un conjunto único. Los pretendidos niños autistas situacionales casi desaparecerán cuando se atiende de forma adecuada a los niños con parálisis cerebral. Los que apuntan hacia la enfermedad mental serán también mejor asistidos. Es triste que en la maraña del bosque se nos pierda un árbol determinado, pero lo es mucho más que, absortos ante una sola planta, nos olvidemos de cuidar el bosque que nos ha sido encomendado.

III DE LA COMEDIA AL DRAMA

III-1 LA FANTASIA Y EL NIÑO MINUSVALIDO. (*)

Constituye un capítulo del libro de Amparo Garzón "La fantasía en el niño" (Cromograf, Madrid, 1977). Sirva su inclusión en este volumen como pequeño homenaje de recuerdo a la autora.

LA FANTASIA Y EL NIÑO MINUSVALIDO

La conquista de la propia personalidad hasta llegar a la plasmación efectiva y práctica de la misma constituye para cada individuo humano un laborioso proceso tan complejo en el espacio como dilatado en el tiempo. La mayor parte de este proceso tiene lugar durante la infancia. El niño, utilizando una serie de potencias innatas y bajo el estímulo de factores externos muy variados, va creando en sí mismo poco a poco un hombre adulto. Precisamente en esta dualidad individuo-ambiente, admitida prácticamente por los pensadores de las más diversas escuelas filosóficas, reside la clave fundamental para la comprensión de todos cuantos aspectos atañen al desarrollo psicofísico de cada ser humano. Vale la pena, por consiguiente, detenerse en centrar la que consideramos auténtica base del problema relativo a la fantasía del niño minusválido, para intentar después un desarrollo más coherente de este mismo problema.

El inglés Jack Kahn (5) admite dos grupos de cualidades como integrantes de la personalidad: cualidades aisladas y cualidades globales. Cada uno de estos grupos se halla integrado por diferentes aspectos, que tratamos de recoger en el siguiente esquema:

A) Cualidades aisladas (aspectos individualistas de la personalidad).

1. Aspectos físicos del individuo: estructura corporal, constitución, forma de andar, etc.

2. Aspectos intelectuales.

a) Inteligencia.

b) Educación.

c) Experiencia.

3. Aspectos emocionales.

a) Disposiciones individuales.

b) Sentimientos básicos.

B) Cualidades globales (aspectos colectivos de la personalidad).

1. Aspecto social.

2. Aspecto moral.

3. Aspecto religioso.

Aún sin ser perfecto, este esquema nos permite razonar las características más importantes de la personalidad. En primer lugar nos muestra la imbricación entre unos aspectos individualistas, defendidos a ultranza por Juan Jacobo Rousseau (12), y otros colectivos, eminentemente sociológicos, casi exclusivos para Durkheim, quien fundamentó toda su sociología en lo que llamaba "representaciones colectivas", según las cuales, como dice Wallon, "todo lo que el individuo puede concebir o incluso observar no es de origen individual, sino social". (15) Esta imbricación, hoy día generalmente aceptada, nos permite un concepto totalitario, dualista, de la personalidad, lo cual debemos en parte a Kant, pero sobre todo a Fichte y al grupo de la Gestalt, cuya normativa viene a desembocar en el actual estructuralismo (9).

En segundo lugar, el esquema de Kahn nos muestra a la personalidad como un "conjunto de cualidades". Allport, en su libro *Personality*, recoge más de cincuenta definiciones de personalidad y él mismo la describe como "la total polifacética individualidad psicofísica". (1) Por último, nos señala con cierta claridad el esquema a que nos venimos refiriendo, la existencia de unos matices, dentro de cada grupo de cualidades cuyas posibilidades combinatorias van a alcanzar una complejidad variable en cada uno de los diferentes individuos de la especie humana. Veamos esta última conclusión con algo más de detalle.

A lo largo de la vida de cada niño las cualidades psicofísicas que van componiendo la trama de su personalidad se imbrican e interrelacionan según modos muy variables, según los diversos momentos y circunstancias. Como es bien sabido, los estímulos iniciales provenientes del mundo exterior, y, en menor grado, del propio cuerpo del niño, excitan el sistema nervioso del recién nacido hasta la creación de circuitos reverberantes (Overton, 8). En estos circuitos reverberantes se produce el tipo más primitivo de memoria en forma de recuerdo inmediato. Solamente la actividad continuada de un circuito reverberante permite que éste llegue a ser capaz de almacenar imágenes, alcanzando así la fase denominada de recuerdo permanente, concepto este último que equivale a los de registro cerebral o registro sináptico. A partir de aquí el niño está en disposición de que nuevas imágenes, nuevos recuerdos inmediatos, desencadenen una evocación más o menos compleja, de recuerdos almacenados, de los cuales toma conciencia. De este modo se va edificando una conducta sobre la base de un trabajoso proceso de aprendizaje. Se denomina "imaginación", precisamente a esta facultad psicofísica que permite al hombre representarse a sí mismo y por sí mismo las imágenes de las cosas.

Ahora bien. Las cosas representadas por la imaginación pueden ser reales, es decir, corresponden a objetos auténticos del mundo exterior o ideales, derivadas de pensamientos genuinos, elaborados por el propio sujeto. Cuando la imaginación se limita a representar objetos materiales (imaginación reproductora), su papel es pasivo, engendrando una forma de memoria que también poseen los animales. Por el contrario, la imaginación capaz de elaborar nuevos pensamientos es una imaginación activa, que suele ser conocida con el nombre de imaginación combinadora. Esta última es la que, siguiendo procesos diferentes, puede convertirse en automática (sueño, delirio), o bien continuar sometida en todo momento a la inteligencia, dando origen a la importante función denominada invención creadora. Este grado superior de imaginación, es decir, la imaginación en cuanto inventa o produce, independientemente de que exista o no sometimiento a las funciones intelectuales es precisamente la fantasía, si bien suelen admitirse en general como fantasía todas las formas de imaginación combinadora en las que el

pensamiento no sigue la ordinaria senda de la lógica. Tal sucede, por ejemplo, en el ensueño, pero también en fenómenos patológicos como el de la alucinación, que consiste en que la percepción plasmada en la fantasía de una persona se adscribe erróneamente a fuentes exteriores al sujeto. En el delirio, la fantasía excluye a la realidad y en el pensamiento autista se pierden la noción y el sentido orientador de la realidad para edificar una vida "fantástica" completamente irrealística.

El recién nacido llega hasta la etapa de objetividad precisamente, como hace notar Piaget (10) a través de una etapa primitiva de autismo, que se ha de transformar en otra intermedia de egocentrismo, ambas fisiológicas para todos los niños en su camino hacia seres adultos. Así resulta que durante determinadas etapas de la evolución de la personalidad, lo patológico es normal, dejando solamente de serlo cuando se mantiene más allá de unas pautas cronológicas perfectamente tipificadas. Pero este mantenimiento, este anclaje de la personalidad en etapas primitivas no es sino la detención del proceso evolutivo normal, cuyo curso se ve interrumpido y cuya meta se convierte en imposible de alcanzar o, por lo menos, en muy dificultosa para el sujeto. Al principio de su vida el niño no cuenta con más posibilidades intelectivas que las que le permite su estrato sensoriomotor, es decir, percepciones y movimientos sin representación ni pensamiento. Sin embargo, la importancia de estos esquemas elementales, de esta simple inteligencia sensoriomotora, reside en que van a servir de estrato a futuras construcciones intelectivas, que no van a poder tomar cuerpo si aquellos esquemas no han sido formados, como sucede, por ejemplo, en los niños ciegos. Hacia los dos años comienza una nueva etapa en la evolución de la personalidad del niño con la elaboración de la función simbólica y semiótica (13), una de cuyas conquistas básicas es ni más ni menos que la del lenguaje. Ambas etapas citadas encierran un contenido claro, de autismo primero, de egocentrismo después. Hasta que no alcanza los siete años no se opera en la conciencia del niño la conversión del solipsismo inicial en un pluralismo que, por fin, le hace aceptar a los demás seres humanos como compañeros a los que reconoce una existencia y unos derechos similares a los suyos. Al mismo tiempo que esto sucede se va iniciando la estructuración de los procesos de ordenación, clasificación y medida, si bien bajo una mecánica todavía muy concreta. Aún existe, según Piaget (10), un cuarto y último período en este proceso evolutivo de la personalidad del niño, que hace su aparición hacia los once-doce años, estando fuertemente imbricado en los fenómenos de la fase de adolescencia. Se caracteriza por la conquista, por parte del sujeto, de la capacidad de abstracción, del razonamiento idealístico, del manejo de lo hipotético, en suma.

Un fallo en alguno o algunos de los múltiples factores que integran las dos facetas de la personalidad influirá en este desarrollo evolutivo total del niño. Y esto será así siempre y en todos los casos tanto si el fallo se produce dentro del grupo de factores físicos (minusválidos sensoriales, expresivos y motores) como si se da entre los factores intelectuales (minusválidos mentales) como, finalmente, si tiene lugar en el grupo de los aspectos sociológicos, circunstancia en la que de hecho confluyen todos los niños minusválidos, sean somáticos, o sensoriales, o mentales. De aquí nuestra insistencia en no crear separaciones doctrinales entre niños deficientes físicos y niños deficientes mentales y de aquí también la necesidad de actuar con unos y otros con técnicas similares, encaminadas siempre a conseguir un desarrollo suficiente de la personalidad. Un parálítico cerebral, por ejemplo, bien poco va a conseguir con métodos fisioterápicos, como tampoco lo va a lograr con sistemas psicoterápicos. Lo que necesita es que se empleen en él técnicas apropiadas de rehabilitación capaces de atender al desarrollo tanto de los aspectos físicos, intelectuales y emocionales como de los sociológicos de su personalidad. Es ésta una situación bien distinta a la del enfermo mental, es decir, el sujeto adulto evolucionado en quien ha hecho su aparición, de modo más o menos súbito, lo patológico sobre un estado de salud anterior y cuyo cuidado, sin desechar los aspectos posibles de rehabilitación laboral, compete en su mayor parte a la psiquiatría.

Las conclusiones que pueden derivarse de todos estos razonamientos son muy variadas. Nos interesa solamente resaltar alguna de ellas.

1. Todos los niños "subnormales", ya sean físicos o mentales, se encuentran ante una situación patológica que, menoscabando alguno o algunos de los factores que integran su personalidad, dificultan el desarrollo evolutivo de ésta en su conjunto. El único camino terapéutico admisible es el del empleo de técnicas capaces de favorecer este desarrollo evolutivo, para lo cual deben actuar prácticamente sobre todos y cada uno de los factores integrantes de la personalidad.

2. Uno de estos factores que sirven de substrato a la personalidad para su desarrollo es la fantasía, con la cual debemos contar, por consiguiente, en nuestras técnicas rehabilitadoras.

3. A pesar de que la personalidad del niño sufre el detrimento derivado de la alteración de alguno de sus factores, cualquiera que éste sea, en su conjunto, como totalidad indivisible, existen determinados matices diferenciales entre niños subnormales mentales y niños subnormales sensoriales o motores derivados de la diferente situación ante el medio de unos y otros, menos capaces de captarlo los primeros, menos aptos para llegar a él los segundos.

4. Dada la enorme trascendencia que los factores sociológicos poseen en el desarrollo de la personalidad del niño, hay que aceptar de antemano la influencia que sobre los niños minusválidos van a ejercer los adultos, capaces también de fantasía.

Desde el punto de vista práctico, nos parece conveniente analizar el problema de la relación fantasía-niño inválido bajo tres diferentes formas de enfoque: A) La fantasía del niño minusválido como elemento formativo de su personalidad. B) La fantasía del niño minusválido como instrumento dirigido para su rehabilitación. C) La fantasía en las relaciones recíprocas adulto-niño minusválido. Veamos cada una de ellas.

A) La fantasía del niño minusválido como elemento formativo de su personalidad.

En la habitual relación entre cada sujeto y el mundo que le circunda la fantasía es, como hemos visto, una de las cualidades de la personalidad, un factor primario que encierra en sí mismo una clave evolutiva importante, pero es también en realidad muchas veces, y esto complica mucho las cosas, un sistema compensador, casi una meta intelectual. Normalmente, el niño, en su camino evolutivo, encuentra ante muchas de sus apetencias el freno y la limitación que le imponen los adultos o el medio ambiente o su propia insuficiencia, como sucede en el niño minusválido. En el juego de su fantasía encuentra entonces el niño satisfacción a sus propias apetencias y deseos, que cumple de una manera ideal que, sin embargo, para él llega a ser de una absoluta realidad. Aún más; el niño ignora sus propias insuficiencias, ya que de no ser así habría conseguido la superación de las etapas autista y egocéntrica para pasar a la de objetividad. No concibe para sí mismo ningún tipo de detrimento propio ni la más mínima deficiencia que menoscabe la inmensidad de su gloria. El niño que nace sin manos no advierte que le faltan hasta que alguien se lo hace notar. El imposibilitado para andar se ve a sí mismo corriendo y dando enormes saltos sobre la ancha pista de su fantasía. El deficiente mental se considera capaz de todas las hazañas físicas o mentales. El ciego o el sordo atraviesan por etapas de irrealidad en las que las imágenes y los sonidos creados en sus ensueños son consideradas como reales. Las conversaciones de niños pequeños están cargadas de estos matices fantásticos que resaltan a cada uno ante los demás y que, siendo mentiras, no lo son honradamente para aquel que las refiere. En el fondo, cada niño suple de este modo, ante él mismo y ante los otros, un sentimiento inconsciente de insuficiencia, insuficiencia que puede no ser real, autocompensándose en su propia fantasía. Esta autosatisfacción es todavía más necesaria en el niño minusválido, porque su insuficiencia es siempre real. A través de sus ensueños y fantasías, plasmados en gran medida en sus juegos, el niño va desarrollando su inteligencia y su personalidad global hasta ser capaz de pensamiento productivo, es decir, aquel que se emplea en resolver problemas o extraer conclusiones (2).

Ahora bien. Existe en cada ser humano un a modo de espíritu creador, casi un instinto, enraizado tal vez en el instinto de especie y cuya base se apoya en gran parte sobre la fantasía, especialmente en esa interesante faceta de tendencia a lo desconocido connatural en todos los hombres. El progreso de la humanidad se ha basado siempre no en los que aceptaban las respuestas de otros, sino en aquellos que no quisieron aceptarlas. El espíritu creador ha movido siempre al mundo, y en el niño existe también en forma de curiosidad que le impulsa a investigar cada aspecto que se le ofrece, ensayando posibles soluciones en sus juegos. De aquí la importancia esencial, según Wallon, que para cada niño posee el medio en que se desenvuelve. En principio, dice Wallon, la emoción es lo que suelda al niño con su contorno (13), y a partir de esta simbiosis se abrirá camino hasta la vida psíquica y hacia la incorporación gradual en la organización social de los adultos. La clave de este largo camino reside, según Piaget, precisamente en la capacidad intelectual de cada niño para comprender y para inventar, lo cual nos conduce hacia una teoría del aprendizaje más entrañable y mejor enraizada en los substratos de la personalidad que la simple idea de la repetición propugnada en las tesis del empirismo asociacionista de los anglosajones (10). Cada niño constantemente comprende e inventa, fabricándose así toda una trama de respuestas que no son sino ensayos. Ensayos que luego le van a servir cuando, llegada la hora de la realidad, se le planteen problemas similares aunque auténticos. Su capacidad de resolver problemas será proporcional al número de ensayos que haya sido capaz de plantearse y de solucionar, es decir, en otras palabras, al uso que haya sido capaz de darle a su propia fantasía.

En el niño minusválido mental, sensorial o motórico, las posibilidades de estímulo o de respuesta se hallan disminuidas en relación con lo que sucede en el niño sin deficiencias. La riqueza en las conquistas será, por tanto, menor y menores las posibilidades de que las funciones esenciales de la inteligencia, comprender e inventar, entren en juego y, por tanto, alcancen el desarrollo a que de otro modo habrían llegado. Fijémonos bien en que esto sucede tanto si la causa primordial es una deficiencia en las propias funciones intelectivas como que sea una falta de estímulos exteriores, como, finalmente, que se trate de una dificultad motora para salir al encuentro de lo desconocido. El círculo vicioso se establece de todas formas de manera muy similar: menor grado de conquistas, menos estímulo sobre los factores intelectivos, menor desarrollo de la personalidad, capacidad disminuida para acudir a la búsqueda de nuevos problemas. Esta realidad sobre la que venimos insistiendo a lo largo del presente capítulo es la que nos va a dar la clave, como veremos enseguida, de nuestro comportamiento ante cualquier tipo de niño minusválido.

Antes de ello, sin embargo, conviene comentar algún otro aspecto relacionado con este importante problema de la fantasía como elemento formativo de la personalidad del niño minusválido. Imaginemos un niño que por instinto creador juega con una construcción metálica. En principio tal vez le mueve exclusivamente su curiosidad, que le estimula a investigar y a crear no sólo una figura de contenido formal, sino también su propio desarrollo. Al conseguir esta figura formal, sin embargo, el niño, que se encuentra ante un puente o un castillo creados por él, se llena de una satisfacción más real que las que le procura su fantasía. Surge el entusiasmo por lo conseguido y ese entusiasmo es el que le impulsa a buscar metas más y más difíciles, que provocan nuevas situaciones de entusiasmo engendradoras de nuevas apetencias creadoras. El niño minusválido, con idénticas apetencias y necesidades de desarrollo y con un grado más o menos amplio de espíritu creador, se va a encontrar muchas veces con dificultades, bien para cumplir su propia obra de creación, bien para poder apreciarla. De nuevo la fantasía va a venir en su ayuda de forma impresionante, pasando a convertirse en estrato básico, en medio principal de su personalidad y aún diríamos que en auténtico modo de personalidad. Escribamos un poco más atrás que muchas veces la fantasía se convierte en un sistema compensador, casi en una meta intelectual, y esto sucede también en algunos adultos sin deficiencia aparente, en la mayor parte de los artistas y en gran número de minusválidos, niños y adultos. La niña

sordomuda que baila ballet (**) tiene la música y el ritmo y la armonía de sus movimientos en su propia fantasía y lo mismo le sucede al ciego que participara en un cuadro de gimnasia o que maneja una máquina en una industria. En general, el adulto, salvo excepciones como las que apuntábamos, sabe lo que quiere y va a por ello, conociendo perfectamente que ha de buscarlo y conseguirlo fuera de sí mismo. El niño es capaz de compensarse a sí mismo a través de su fantasía, prescindiendo casi por completo de las realidades que le rodean. El minusválido que ve en sí propio, en el interior de su personalidad, la música o el espacio, utiliza una forma de fantasía similar a la del niño, pero elaborada de una manera consciente que la aleja del ensueño y la aproxima, como decíamos, a una forma absoluta de personalidad. En gran parte influye aquí, en nuestra opinión, la memoria, capaz de suplir de modo asombroso la ausencia de otros factores de la personalidad. Bien conocido es el hecho de la increíble memoria que poseen algunos oligofrénicos. El recuerdo permanente y la imaginación vienen así a convertirse en poderosos auxiliares para el desarrollo y el desenvolvimiento efectivos de gran número de minusválidos. De hecho, los niños minusválidos mantienen durante más tiempo—a veces toda su vida— y con mayor intensidad que los niños sin deficiencias su capacidad de fantasía.

Un último aspecto queríamos rozar en este apartado y es el de la fantasía del niño minusválido como muestra de su personalidad. No vamos a entrar aquí en la discusión de lo que representan los tests, de los errores a que sin duda conducen, ni tampoco vamos a ocuparnos en la descripción de las pruebas realizables (11). Nos vamos a limitar a comentar el dibujo realizado por Paquito, un niño sordomudo postencefalítico a los nueve años de edad. El tamaño comparativo entre las figuras de animales que representan al padre y a la madre nos da idea de la representación que el niño ha hecho de cada uno de sus progenitores en su propia fantasía. Todo un mundo de sugerencia se ofrece en este simple dibujo.

B) *La fantasía del niño minusválido como **elemento** utilizable para su rehabilitación.*

Si cuanto hasta aquí hemos dicho en relación con la fantasía del niño minusválido ha quedado suficientemente claro, también lo quedarán los problemas que atañen a su correcto tratamiento. Es necesario emplear en todos los niños minusválidos técnicas globales capaces de atender a los diferentes factores que conforman su personalidad, técnicas que sólo concluyen cuando se ha logrado la estabilidad social y laboral de cada sujeto. En una palabra, la sistemática médico-social surgida en los últimos años en el mundo entero para atender a todos los discapacitados y denominada habitualmente Rehabilitación. La niña de tres años Trinidad López, integrada en la Seguridad Social, sufrió a los siete meses de edad quemaduras que le dejaron convertidos sus pies en sendos muñones, debido a que su abuela, epiléptica, que se empeñaba en tenerla en brazos, sufrió una de sus crisis junto a la lumbre. A sus tres años de edad exactamente, y tras innumerables intervenciones, conseguimos hacerle andar por primera vez en su vida. La inteligencia de la niña es, en forma relativa y tal vez también de manera absoluta, superior a la de los demás miembros de su familia. Su discapacidad ha influido sin duda en ella, haciéndole afilar las cualidades de su personalidad y obligándole a sacar el máximo provecho intelectual de cada situación, pero a su vez este desarrollo intelectual ha permitido que, a pesar de carecer prácticamente de pies, haya aprendido a caminar con increíble soltura en muy pocos días. La célebre Helen Keller, ciega y sordomuda, llegó de forma casi simultánea, gracias a los esfuerzos de Ana Sullivan, a distinguir la diferencia entre “jarro” y “agua”, a intuir la mecánica del lenguaje y a comportarse bien en la mesa y con las demás personas. “Toda visión pertenece al alma”, escribiría más tarde la que llegó a ser profesora universitaria (6). Es bien conocido, sobre todo por aquellos que nos ocupamos de la rehabilitación de niños deficientes, que el lenguaje es en gran parte función del uso que se consigue de las manos (3).

Sin embargo, si las técnicas de rehabilitación educacional del niño minusválido deben estimular a todos y cada uno de los factores integrantes de su personalidad, ¿qué podemos obtener concretamente utilizando la fantasía? ¿De qué modo podremos emplearla como factor de desarrollo general? Cuanto llevamos dicho nos autoriza a afirmar que la fantasía es una

forma de conducta. Concretamente, durante el segundo y tercer años de su vida hay un gran aumento de la actividad creadora del niño. Sus juegos no sólo adquieren propósito y pensamiento, sino que, en reposo, comienza a ocuparse a sí mismo con ensueños. Con estos ejercicios imaginativos consigue el niño proyectar sus deseos y sus temores en un ensayo de su conducta, que, como decíamos, le va a servir para futuras situaciones. Ahora bien, no siempre aparece esta imaginación creadora en los juegos infantiles. Con gran frecuencia, y esto es lógico, lo que hacen es imitar situaciones, puesto que intuyen que van a enfrentarse a ellas en el futuro, repitiendo lo que ven hacer a sus padres, a niños mayores, a deportistas o a soldados o bien copian lo visto en la televisión o el cine. Darrow y Van Allen (16) sistematizan cuatro tipos de actividades independientes como estructura de todo proceso de aprendizaje creativo: 1) Investigar. 2) Organizar. 3) Crear. 4) Comunicar. Si el primer factor falla, el niño o bien no progresa o bien inventa, refugiándose en su fantasía. La organización requiere un orden en la propia estructura que sólo va a conseguirse a través de estructuras exteriores. En el crear, como en el investigar, se halla la clave del progreso del niño. Por último, la comunicación satisface su necesidad de expresión exterior, aunque esta expresión se reduzca a un simple gesto o a una sonrisa; es tanto mayor y más perfecta cuanto mayor sea el contenido almacenado. Si el niño no ha alcanzado suficiente riqueza en el investigar y el organizar se ve obligado a inventar, fabular y mentar, pidiendo de nuevo auxilio a su fantasía.

La situación del niño minusválido podrá ser más o menos compleja, pero debemos tener presente que en nuestra mano se encuentra ponerle en contacto con situaciones que, de otro modo, no iban a llegar a él. Se ha comprobado por Sherman y Key (2) un menor grado de inteligencia en niños montañeses que viven aislados. Hatwell, citado por Piaget (10), pudo demostrar que los niños ciegos sufren un retraso de tres a cuatro años en el desarrollo de su personalidad y ello debido a que no se producen de modo normal los esquemas de la primaria inteligencia sensoriomotora de que hablábamos al principio. Hoy día es universalmente admitido que la rehabilitación de un niño minusválido debe empezar precozmente, por supuesto dentro de los dos primeros años de su vida, y que esta rehabilitación es imprescindible que sea polivalente, física, psíquica, educacional, vocacional etc. Hace varios años Wallin (14) recomendaba tres requisitos para la correcta educación de niños minusválidos: Valoración correcta de la situación psicofísica de cada individuo. Administración, tan precoz como sea posible, de una pedagogía apropiada. Proporción de un eficaz servicio de empleo a los alumnos que han cumplido su formación profesional. Es decir, los factores clave de la actual rehabilitación.

Hoy día los centros de rehabilitación han permitido aclarar todavía más el panorama, mostrándonos que una de las mejoras conseguidas en la evolución del niño minusválido se debe precisamente a la convivencia. Por mucho que el niño haya de recurrir a su propia fantasía, el contacto con otros pacientes posee un efecto catalítico de primera magnitud, y con esto hemos venido de nuevo a dar en el segundo grupo de cualidades personalísticas del esquema de Kahn. Esto quiere decir que cabría admitir un efecto de rebote de la fantasía de cada niño contra los demás, de modo que cuando su propia fantasía es devuelta hacia él ha sufrido algunos cambios. El ensueño, en contacto con los ensueños de los demás, se va transformando en conducta. Entre tanto, va quedando superado el temor de verse distinto a los otros, casi habitual en el niño minusválido en un grupo de niños sin deficiencias y que le hace ver con horror el uso de aparatos, bastones o hasta de una simple alza. La conclusión de todo esto es obvia. El proceso de rehabilitación de cualquier niño minusválido se lleva a cabo mejor y de forma más completa si los aspectos sociológicos de la personalidad se atienden en centros apropiados que permitan el contacto con otros niños minusválidos. Hoy por hoy la humanidad no está suficientemente madura como para que los llamados normales acepten sin ninguna reserva en su seno a los deficientes.

Por otro lado, la fantasía del niño minusválido, y esto también es importante conocerlo para su mejor rehabilitación, no es tan ideal como a primera vista pudiera parecer ni siquiera en aquellas

situaciones de fantasía-personalidad de que antes hablábamos. Paquito, el sordomudo cuyo desproporcionado dibujo comentamos, se tira normalmente a la piscina de adultos. Teme arrojar desde el trampolín, pero tampoco acepta tirarse a la piscina de "niños con biberón", como indica con su rudimentario lenguaje. El niño sin deficiencias mantiene fija poco tiempo su atención. Constantemente la cambia de una cosa a otra. El "subnormal" no puede permitirse este lujo, obligado a mantener su atención dentro de un círculo muy limitado y entonces suple con fantasía su falta de volubilidad. Démosle una mejor capacidad de traslado, proveámosle de las ayudas necesarias para que pueda emplear sus manos y habremos conseguido aproximarle a la realidad. Al mismo tiempo seamos capaces de encauzar su fantasía, fomentándola en aquellos aspectos que le puedan resultar útiles y ayudándole a superarla en aquellos otros que le pueden resultar perjudiciales. En esta dualidad, que sólo la rehabilitación ha sido capaz de traernos, reside una de las conquistas más trascendentales de nuestro siglo.

Cabría preguntarse, para finalizar este aspecto de la utilización de la fantasía del niño minusválido en su rehabilitación, si no existirán niños con un grado tal de deficiencia que carezcan de fantasía por completo. Nuestra opinión es que esto no puede suceder nunca. Siempre existirá algo de fantasía, como siempre habrá algo de inteligencia hasta en los oligofrénicos más profundos, y el ser humano se adapta a ella en parte porque no conoce otra cosa y en parte por la enorme capacidad de adaptación que nos caracteriza. En un grado lo ínfimo que se quiera, en un nivel tan bajo que parezca inconcebible, el ser humano con el más intenso detrimento mental al nacer es capaz de poseer un substrato que le va a permitir ir conformando el edificio de su personalidad. Ni sus propios padres creían que existiese en Helen Keller el menor asomo de inteligencia, y sin Ana Sullivan jamás habría llegado a "nacer el alma." de la niña. Esta es nuestra principal misión, ayudando a cada niño minusválido a estructurar su personalidad de un modo progresivo. Es, en definitiva, un problema de norma, de promedio de valores y nada más. La mecánica es la misma que para el desarrollo de una personalidad normal. Serían, una y otra, como el río caudaloso y el arroyo, aparentemente muy distintos, y, sin embargo, con unos caracteres (presencia de agua, existencia de un curso, etc.) absolutamente similares. Con el mismo tipo de ladrillos, variando su cantidad, su tamaño, el tipo de construcción y la planificación, se puede llegar a construir un puente, un castillo o una choza. Pues bien, cuando se dispone de un material determinado se debe planear el mejor edificio posible, aceptando las limitaciones existentes. Nunca debemos pretender construir un palacio cuando solamente disponemos de material para edificar un refugio de montaña, pero tampoco debemos renunciar a edificar este refugio de montaña cuando tenemos suficiente material para ello por el solo hecho de que no podemos llegar a edificar un palacio.

C) *La fantasía en las relaciones recíprocas adulto-niño minusválido.*

La fantasía es una forma de hurtar lo concreto. Al niño, en general, le atrae el objeto, el color, la forma; un interruptor, una caja, un teléfono. Pero si estos objetos le son negados suple fácilmente su posesión por medio de la fantasía. El adulto es generalmente quien prohíbe al niño la posesión del interruptor, de la caja, del teléfono. El niño minusválido suple también con fantasía el detrimento de sus manos, de sus ojos, de sus oídos o de su inteligencia. Aquí el adulto nada, aparentemente, le quita, nada le prohíbe, pero en cambio es la llave de algo de trascendental importancia para el niño, como es el medio en que se desenvuelve. (Wallon, 13). La fusión del niño con su contorno es anterior a la aparición de la conciencia del yo. Conjuntamente al yo, según Wallon, se constituye un sub-yo, el otro, que representa al ambiente y a los seres humanos que rodean al niño. Yo y otro, niño y ambiente, ser biológico y ser social, siguen, siempre en opinión de Wallon, un proceso paralelo, de manera que la conciencia del yo va tomando forma para el niño al mismo tiempo que su aptitud para imaginar la sociedad.

El adulto es quien provee, en su mayor parte, el medio infantil, cambiándolo o modificándolo con su comportamiento. Si se establece conflicto entre ambos, niño y adulto, el niño llevará en general las de perder, porque el adulto sabe lo que quiere y espera, además, obtenerlo de los

demás, en tanto que el niño se conforma con compensarse a sí mismo. Además, el niño es casi siempre noble y veraz, capaz de lealtad, y suele ser poseedor de un equilibrado sentido de justicia, todo lo cual le coloca en inferioridad en una lucha eventual contra el adulto. Sólo los hombres de buena voluntad continúan, quizá sin advertirlo, confiando en su victoria. Por eso para ellos el niño representa siempre esperanza.

La evolución del niño minusválido se va a cumplir en gran parte, a veces de manera exclusiva, en su propio hogar. De aquí la enorme importancia que posee el comportamiento de los padres, a quienes cabe exigir un conocimiento del problema muy superior al de los demás adultos, que sólo de forma ocasional van a poder influir en el niño. Prescindimos de comentar el papel de maestros, psicólogos, rehabilitadores, fisioterapeutas, logoterapeutas, etc., dando por sentado que todos ellos conocen perfectamente su cometido, lo que les va a permitir poner en marcha los resortes más adecuados de la personalidad de cada niño. Los padres son los primeros adultos que van a acometer esa importante etapa que hemos llamado "pedagogía social" del minusválido, y también los que quizá van a cumplirla de modo más mantenido y directo. Sus reacciones son muy variables, en función precisamente de su propia personalidad y, en gran parte, de su propia fantasía.

En primer lugar hay padres que rechazan más o menos inconscientemente a sus hijos minusválidos. Aquel niño nunca va a ser capaz, al menos aparentemente, de cumplir con lo que la fantasía parental planeaba para él (5). También aquí influyen los factores sociológicos de la personalidad de los padres, que han motivado que durante siglos los niños deficientes fuesen cuidadosamente ocultados a los ojos de los demás. Hay que reconocer que muchos niños minusválidos son feos, y aceptar lo feo y lo deforme no es lo normal, a no ser que surja la transformación embellecedora del amor (4). Este rechazo de los padres no es sino el esquema del rechazo social, existente todavía en leyes como la conocida que exige casi para cualquier forma de trabajo "no padecer defecto físico", o en los problemas que encuentra una escoliástica para ingresar en una comunidad religiosa o un amputado o un sordomudo en ser consagrados sacerdotes. La segunda cara de la moneda, polo opuesto a la situación de rechazo, es la situación de hiperprotección, tan frecuente en nuestro país. El niño minusválido no se encuentra con casi ningún problema que resolver, puesto que sus padres, sus abuelos, se los resuelven todos y de este modo su personalidad no evoluciona.

Es curioso que ambas formas de comportamiento del adulto, rechazo e hiperprotección, y no exclusivamente la primera, como pudiera creerse, hacen desembocar al niño minusválido en una situación de rechazo personal que le impulsa a huir del ambiente en que intuye que no puede desenvolverse. De hecho, este deseo de escapar del medio es frecuente en los minusválidos, pero también lo es en la juventud de nuestros días en general y ello constituye la fuente más importante de delincuencia juvenil. Todos tendemos a un alto concepto de nosotros mismos, lo cual es todavía más marcado en el niño, que se autoidealiza, considerándose a sí mismo poco menos que perfecto, tal vez debido a que la mecánica de su educación se basa en hacerle mejor y conseguirlo es haber triunfado, tal vez porque el niño está ansioso de llegar a su meta evolutiva, que es la perfección, o acaso por otras razones que ni siquiera llegamos a comprender. El niño minusválido también se autoidealiza hasta, como decíamos antes, contemplarse a sí mismo sin defectos. Son los demás los que, al advertirle de sus limitaciones, ya rechazándole, ya mostrándole la necesidad que tiene de ayuda, le van creando una frustración, a veces un auténtico choque. Tal vez se halla aquí la explicación del odio que todos los minusválidos sienten hacia la compasión que los demás les demuestran. El minusválido mental, además, se refugia en circunstancias elementales de su infancia no evolucionada (juegos) o bien en meros instrumentos previos de su inteligencia (memoria). Así se alcanza un bello, casi poético ocultar o disfrazar la verdad, lo que de hecho todos hacemos por estar muy extendida esta costumbre en sociedad. No hay que olvidar que el poner crudamente de manifiesto la verdad puede hundir a un hombre. La solución está en enseñar a la vez al niño

minusválido a superar las propias limitaciones y a mantener la seguridad de ser útil a sí mismo y a los demás. "La verdadera alegría de la vida —dijo Bernard Shaw— es ser instrumento de una finalidad reconocida por uno mismo como valiosa." El adulto desengañado busca muchas veces su propia compensación en un mundo invisible por él creado. El niño, todos los niños, hacen esto muy bien, pero, a diferencia del adulto, no tratan de convencer a nadie, conformándose, ya lo hemos dicho, con convencerse a sí mismos. El problema está en que si esta situación se mantiene, si nadie es capaz de ayudarles a salir de ella, el paso a la etapa de objetividad es posible que nunca llegue a darse.

La opinión pública, de la que ya hemos dado algunos ejemplos, juega también un importante papel en la posible evolución de la personalidad del niño minusválido. Para unos, el caso Helen Keller era un milagro; para otros, una impostura, no faltando quien opinaba que lo que había conseguido Ana Sullivan era crear un autómata incapaz del menor pensamiento si aquella faltaba. Sin, embargo, Helen, que en principio carecía por completo hasta de sentido del tiempo, fue capaz, al describirnos en su obra *El mundo en que vivo* su idea de los colores y los sonidos, de mostrarnos lo que pueden conseguir la imaginación y la fantasía cuando esta imaginación y esta fantasía han sido puestas en marcha por alguien capaz de comprender. La sociedad actual tiene todavía mucho camino que recorrer, pero nuestra opinión es que este recorrido ha comenzado ya. Los niños que durante siglos han estado llamando infructuosamente a su puerta comienzan, por fin, a ver cómo esta puerta se entreabre. Con nuestra fantasía podemos encauzar la suya. La imaginación, como dijo Selma Lagerlöf, es también un camino, el otro camino, junto a la razón, hacia la verdad. De este modo, con el camino de la razón y el camino de la imaginación podremos llegar, podrán llegar los niños minusválidos, a la vez hasta la poesía y hasta la realidad.

NOTAS AL CAPITULO.

(*) Aclaremos que con el término "minusválido" queremos expresar al deficiente de un modo genérico, es decir, minusválido somático y minusválido mental. Este término, como el de subnormal, como el antiguo de inválido o el preferido por nosotros de discapacitado son en un todo equivalentes, a pesar de existir cierta tendencia a denominar minusválido al deficiente físico y subnormal al deficiente mental, lo que no hace sino complicar las cosas. Necesitamos un término que nos exprese a todos aquellos que, como expresa la actual legislación inglesa sobre rehabilitación, se hallan "handicapped in mind or body".

(**) La inglesa Maria O'Reilly, de dieciséis años citada en Valgo, revista de la Asociación Nacional de inválidos Civiles de Cádiz en su número 14, de junio de 1971.

BIBLIOGRAFIA DEL CAPÍTULO

- 1- ALLPORT. G W.: Personality. A Psychological Interpretation. H. Holt, Nueva York, 1965.
- 2- GOODENOUGH. F. L.; TERMAN. L. M., y otros: La inteligencia del niño pequeño, Biblioteca del Ecuador Contemporáneo. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965.
- 3 - HERNANDEZ GOMEZ, R. y col.: Bases fisiopatológicas para el tratamiento de los síndromes de parálisis cerebral infantil, Rehabilitación, vol. 3, fasc. II. abril 1969.
- 4- HERNANDEZ GOMEZ. R.: Pedagogía social del deficiente mental, 1 Symposium Iberoamericano de Rehabilitación. Madrid, mayo 1971.
- 5- KAHN, J. H.: Psicobiología evolutiva, Ediciones Morata, Madrid, 1967.

- 6- KELLER, H.: Anne Sullivan Macy. Los libros de Mirasol, Buenos Aires, 1964.
- 7- MERANI, A. L.: Del niño al hombre social, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires. 1957.
- 8- OVERTON, R. K.: Psicofisiología del pensamiento y de la acción, Biblioteca del hombre contemporáneo, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1966.
- 9- PIAGET, J.: Le Structuralisme, col. "¿Que sais-je?", Press. Universitaires de France, Paris, 1968.
- 10- PIAGET, J.: Psicología y pedagogía, Ediciones Ariel, Barcelona, 1969.
- 11- RODRIGUEZ LAFORA. G.: Los niños mentalmente anormales, Ediciones de La Lectura, Madrid. 1917.
- 12- ROUSSEAU, J. J.: Emilio, Editorial Lux, Barcelona, sin fecha de publicación.
- 13- TRANG-THONG: Qué ha dicho verdaderamente Wallon. Editorial Doncel, Madrid, 1971.
- 14- WALLIN, J. E. W. y otros: El niño deficiente ,físico, mental y emocional, Biblioteca del Ecuador Contemporáneo, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1965.
- 15- WALLON, H.: Estudios sobre psicología genética de la personalidad, Biblioteca Ciencias del Hombre, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1965.
- 16- DARROW. F, y VAN ALLEN, R.: Actividades para el aprendizaje creador, Biblioteca del Ecuador Contemporáneo. Editorial Paidós, Buenos Aires. 1905.

III-2 EL FRENTA HUMANISTICO

Fue una aportación al I Congreso Iberoamericano de Rehabilitación celebrado en Alcoitao (Estoril), Portugal, en Septiembre- Octubre de 1970. Se imprimió en el número 3 de ARCANO en Marzo de 1978.

EL FRENTA HUMANISTICO

I

La palabra "humanismo" está cargada de contenidos estereotipados. En general, sugiere un eco y una consecuencia del Renacimiento. Cuando se profundiza algo surgen Sócrates y Protágoras. Maquiavelo, Erasmo, Luis Vives, tienden un puente hacia Comte, Kierkegaard, Heidegger. Los partidistas sugerirán a Marx o a Lefevre. Para Hans Keller Dios limita la grandeza del hombre y para Maydeu los conceptos "humanismo", "civilización" degradan al cristianismo (CORTS GRAU). El error, que conduce al utilitarismo, al anarquismo, al academicismo, tiene que

residir en una de las dos posturas, tal vez en ambas. COMTE inventa el Positivismo afirmando que el hombre atraviesa tres etapas en su búsqueda del conocimiento: Teológica, en que todos los hechos se explican a través de la voluntad divina. Metafísica, en que los hechos son manifestación de una realidad subyacente. Positiva, en que todo se aplica por un determinismo causa-efecto. El error está aquí en tomar como etapas tres formas de conocimiento que pueden ser simultaneadas o alternadas, y en considerar la más elemental como la más perfecta y última en aparecer en la historia.

Aún más. MAEZTU, en "La crisis del humanismo", cita la fórmula de Kant: "Respeta la humanidad en tu persona y en la de los demás, no como un medio, sino como un fin". Y añade: "Un hombre solo - Jesús en la cruz o Sócrates bebiéndose la cicuta - puede tener razón contra todo el mundo". Para, páginas después afirmar: "Pero llegó el Renacimiento y con el Renacimiento el Humanismo; y, con lord Bacon, el hombre volvió a proclamar su propio reino, como en los tiempos de Protágoras. Se convirtió de nuevo en la medida de todas las cosas". En el fondo, el mismo problema de la posible antinomia religión-ciencia, que no pasa, como hemos dicho en "La personalidad del dentífico", de contraposición entre "hombre científico y hombre religioso". Cada uno, puede decirse, vuela en su propio nivel, como hacen los aviones. Pero la imperfección humana es seguramente la culpable de ejemplos como los de Galileo o Miguel Servet".

Nos encontramos, por consiguiente, ante un antagonismo teocentrismo - antropocentrismo que se ha mantenido durante siglos como vaivén histórico y que, sin embargo, quizá no sea sino una mera apariencia. Un falso entendimiento de un problema que jamás se llegó a solucionar porque nunca se llegó a comprender de verdad. Un poco de meditación tal vez nos lleve a un intento de comprensión.

En primer lugar, vamos a admitir la idea de que humanismo no es otra cosa que aceptar al hombre como tal e intentar aproximarse a él a través del estudio y el respeto. El hombre es lo que él hace, dice SARTRE. Pero también es lo que él es. Lo que cada uno haga y cada uno respete, es razón de convivencia. El secreto está en estudiar cada uno a los demás, respetándolos. Son muchas las maneras posibles de entender al hombre como tal. CORTS GRAU resalta tres. Tres modos clásicos, fundamentales, de humanismo: Un humanismo helénico, que está inspirado en el principio de la libre indagación intelectual. Un humanismo romano, basado en el principio fundamental de la universalidad del derecho. Un humanismo cristiano, imbuido del principio de aceptación del valor sobrenatural de la persona humana. Una y otra forma de humanismo se entremezclan a lo largo de la historia, no para engendrar nuevas formas de enfoque o modos distintos de pensamiento, sino para destruirse mutuamente. Así, el humanismo romano, ciceroniano, se va diluyendo hasta la desaparición en el teocentrismo medieval, para surgir de nuevo con el Renacimiento, que intenta anular los modelos de la Patrística.

Lo cierto, sin embargo, es que los tres tipos de humanismo reseñados son perfectamente válidos. Aún más, y sobre todo, constituyen facetas del mismo proceso. En primer lugar, el hombre tiene no solo derecho, sino obligación a la vez, de ejercer la libre indagación intelectual. En segundo término, posee una opción, indespojable desde la Proclamación Internacional de Derechos Humanos, a ser protegido según derecho. Por último, tiene la posibilidad de entender su comportamiento como clave de una ganancia, que es la vida sobrenatural.

Las tres facetas son trascendentales. De ninguna de ellas se puede privar al ser humano, ni tampoco hipertrofiar cualquiera en detrimento de las otras dos, a no ser que el individuo resuelva hacerlo voluntariamente, como sucede con los religiosos. Que, sin embargo, nunca renuncian del todo a sus otros dos derechos, casi siempre muy claros para todos en general. Precisamente nos vamos a detener en la faceta religiosa, que siempre ha sido la menos comprendida por menos clarificada, pasando de la supremacía total a la negación absoluta. Posturas ambas tan estériles como peligrosas.

La idea de la existencia de un Ser Supremo, Creador, es consecuencia del asombro del hombre ante lo creado. Tan connatural vemos esta idea al ser humano que siempre hemos considerado que existe una faceta religiosa (de "religación", como dice ZUBIRI) entre las integrantes de la personalidad. Las doctrinas que niegan el derecho al libre desarrollo y utilización de esta faceta, castran la personalidad global tanto como las que anulan la faceta social o la expresiva o las que tienden a contrariar la evolución somática o la mental. En esta religación con la divinidad, entendemos que se halla precisamente una clave para explicar el humanismo, cualquiera que sea la religión profesada. Dios es siempre el mismo. Pensar que un accidente de la atmósfera pudo producir la vida al integrar unos componentes, no puede bastar. Aún obviando la pregunta de por qué estos componentes y no otros o de donde fueron formados los elementos integrantes y por quién, no basta. El hombre necesita algo más e incluso el ser vivo. El animal que canta al sol cuando nace, la planta que busca la luz, viven, a su modo, una forma de religión.

Así pues, en contra de lo que creían COMTE o MARX, en el fondo demasiado pagados de su propia condición humana individual, la atención hacia el ser humano no tiene por qué anular en el hombre la debida atención hacia Dios. Ni tampoco al contrario. El ordenamiento divino no solo no traba el desenvolvimiento humano sino que lo dirige desde el principio de la vida. En realidad, apenas hemos hecho otra cosa, hasta ahora, que asomarnos tímidamente a los umbrales de este ordenamiento.

II

La meditación nos ha llevado a descubrir una clave: Se puede considerar a Dios, esperar en El y, sin embargo, o tal vez por ello, poner atención en el ser humano. A la vez, culto a Dios y homenaje al hombre. Culto a Dios que no solo es bueno, sino necesario, a no ser que se caiga en el nihilismo fatalista de "dejarlo todo en sus manos". Homenaje, que es atención y respeto, a la humanidad, en una forma menor de culto hacia algo tan importante en la vida del hombre como es el respeto a los núcleos de convivencia. Poniendo así de manifiesto el entramado de altruismo con que fue tejido el espíritu humano. La realidad de que el ayudar a los demás nos hace a cada uno más fuerte. Forjando, en suma, el verdadero humanismo.

Esta necesidad de ayudar a los demás es más clara en la profesión de médico que en ninguna otra. Del médico depende el destino de un ser humano "por voluntad y confianza del enfermo y de la familia", como dice SANCHEZ CUENCA. Que añade: "Creo que ninguna otra actuación del hombre iguala a esta en grandeza y responsabilidad". MARAÑÓN, cuando analiza el peligro de que se desnaturalice la personalidad del médico "al derramarse por los territorios del arte, de la sociología, de la filosofía", encuentra la defensa en esta necesidad "centrada en el conocimiento entrañable del hombre que es, cada uno, como un mundo y justifica todos los afanes del médico y todas las extralimitaciones de su sabiduría". Y, sin embargo, la Medicina actual va perdiendo matices de este humanismo que, a pesar de todo, no termina de perder, que nunca, seguramente, perderá por completo. Pero que es indudable que se va atenuando. La ciencia más humanística entre todas, la Medicina, se deshumaniza. Es la mano operada por un cirujano que no sabe si interviene a un adolescente o a una mujer. Las exploraciones masivas. La solución terapéutica de complacencia. Todo ello por causas en que interviene el incremento de los factores técnicos, la masificación, la prisa o la simple organización oficial.

Las razones generales no las sé ni hacen tampoco al caso. Tampoco conozco mucho de lo que pueda haber de deshumanización en otras especialidades. Pero conozco bastante bien lo que sucede en la mía de Medicina rehabilitadora y creo que debo decir algo sobre ello.

En el caso de la Medicina rehabilitadora lo que existe, más que una deshumanización, es una falta de enfoque humanístico. La Medicina rehabilitadora se ocupa de los problemas que conciernen a minusválidos y a minusvalías. Como quiera que las situaciones de minusvalía tienen orígenes muy distintos surge una idea de polivalencia por la cual la especialidad derivaría

de la mezcla de fragmentos de otras especialidades; la que llamamos "Rehabilitación mosaico". Incluso se ha dicho que Rehabilitación es una fase de la Medicina y aún la Medicina entera. Hecho, este último, bastante lógico, teniendo en cuenta la definición que da LETAMENDI de especialidad en Medicina: "Aplicación de toda la Medicina a un ramo particular de su práctica". (OROZCO ACUAVIVA). Ha habido quien ha confundido Rehabilitación con Traumatología y así los minusválidos de origen postraumático han tenido que aguardar, para hallar una verdadera ayuda en su situación de secuela, la aparición de la Medicina Ortopédica, rama de la Rehabilitación encargada de las situaciones de minusvalía de aparato locomotor, tanto sean de origen neurológico, reumatológico, pediátrico o traumatológico, como propiamente ortopédico.

Si alguien ha necesitado alguna vez un verdadero humanismo este alguien es el minusválido, de cualquier tipo u origen. La Medicina, que crea una especialidad para ellos, tarda en ver esto. Les ofrece simples técnicas terapéuticas, que a veces desembocan casi en lo circense: "Pensar que los rehabilitadores estamos limitados a unos medios terapéuticos es otro equívoco; ya lo decíamos más arriba, tenemos a nuestra disposición toda la Medicina y toda la Sociología" (OROZCO ACUAVIVA). Se trata de obviar el problema y se cae entonces en ese fondo de saco llamado "Medicina Física", entidad sin entidad, que ni siquiera figura en la relación de especialidades médicas de la Enciclopedia Británica y que, para mayor mal en España, cierra el paso a la Universidad de la verdadera Medicina rehabilitadora. Aún más. La minusvalía es una situación ante la vida. La legislación vigente en nuestro país exige su valoración, indicando la cifra de 33% de pérdida funcional psicosomática como umbral. Pues bien, las tablas de la American Medical Association, oficiosamente aceptadas por nuestra Seguridad Social, valoran la patología, el síndrome, no la situación personalística. Sirvan de ejemplo algunas de las tablas: Sistema cardiovascular. Sistema nervioso central. Nervios periféricos. Enfermedades mentales. Sistema hematopoyético...

El minusválido se cansa de nadar, de ser metido en saunas o sometido a chorros; de la onda corta y las manipulaciones; de las tablas gimnásticas; de hacer cestos de mimbre. Y pide soluciones reales. Pide un puesto de trabajo, y el derecho a formar una familia, y posibilidades para viajar o ir a misa o a un espectáculo sin tener que quedarse ante la puerta. Pide un empleo adecuado de medios y el ser orientado por verdaderos especialistas. Pide, sobre todo, veracidad y seriedad. Autenticidad. Todo lo que la Medicina rehabilitadora, deshumanizada, le niega o solo le concede en parte, porque más no le permiten el tópico, o los intereses que se ha ido dejando que se creasen, o ese ordenamiento preestablecido en momentos de desconcierto. Porque al principio no se fue capaz de lucha y porque esa lucha no se planteó en un frente auténtico. Un frente humanístico.

De otra forma, en otro orden secuencial, le ocurre algo similar a los pacientes de las demás especialidades médicas. El humanismo médico se daba en el pasado, casi nada ahora. No hay dedicación auténtica a una especialidad, sino un volar de una a otra, un encallar constante al faltar el fondeadero de la verdadera vocación. El paciente parece ser la principal víctima, pero también lo es el médico. No es que aquel llegue a quedar huérfano de éste, sino que se convierten en huérfanos los dos, cada uno del otro.

El problema es de todos, aunque tal vez los médicos rehabilitadores nos demos más cuenta porque nos llega más agudo, más afilado. La solución está en encontrar de nuevo las barricadas del humanismo y luchar en ellas. En sumergirse en la idea de otro Renacimiento, al que constantemente está condenado el hombre a volver porque también constantemente lo abandona. Casi siempre, sin darse cuenta. Veamos como puede entablarse esta lucha en nuestra época actual.

III

El hombre se acerca al humanismo o se aleja de él, en oleadas, a lo largo de la historia, porque no lo comprende bien. En relación con la necesidad "de mantener la palabra

Humanismo", dice HEIDEGGER: "Yo me pregunto si ello es necesario". Pero "humanismo" no es una simple palabra, ni tampoco una interpretación, un programa político ni una posición antagonica. Humanismo es una forma de entender el devenir vital. Una aceptación de algo tan real como es el hombre. Quizá es también un modo de comportamiento en un sentido universal. En ningún caso puede plantear antinomias entre los componentes de la personalidad, con lo cual se desmorona toda posibilidad de lucha de las facetas social y religiosa una contra otra.

Hemos vuelto de nuevo a la idea de religación, que debe quedar clara para poder seguir adelante. CHASTEL y KLEIN, en su reciente obra "L' age de 1' humanisme", traducida con el título de "El humanismo", vuelven a apoyarse en el clásico antagonismo Iglesia-Cultura y consideran al humanismo como un Renacimiento. Entendiendo por Renacimiento el "volver al hombre". Lo cual constituye, queramos o no, una forma, la más segura, de dirigirse hacia Dios. Pretender ir hacia El (que es lo que hacemos todos, aunque le neguemos), en una andadura directa, sin etapas, es como emprender un viaje sin preparativos. Volver al hombre es hacer ese viaje con vehículo, lo que permite atenuar la fatiga del camino. Hasta el viaje más directo a Dios, la Mística, es siempre humano, como muestra, por ejemplo, Santa Teresa. Incluso el "Bodhisattva" budista, que lleva su excelsitud hasta la idea de sacrificar la propia alma para salvar las almas de los demás, cumple su empeño con el comportamiento que en este mundo lleva a cabo cada individuo. Está aquí el altruismo, la forma más desprendida, menos egoísta, de humanismo. Pero debemos comprender que Dios se limita a ponernos en liza. El resto corre de nuestra cuenta. Seguramente, el resultado final, aquel que nos será medido, dependerá de lo que hayamos sido capaces de realizar. Es decir; de lo que hayamos sido capaces de comprender.

Este modo ecléctico, polivalente, de enfocar el problema, derivado de la comprensión de la personalidad humana, también polivalente, entendemos que aclara mucho la situación. En cambio, conformarse con una visión parcial, unilateral, determina una actuación que también es parcial, de enfoque circunscrito, generalmente sin solución posible. Y con un tremendo peligro de caer en lo político. Por ejemplo, si hay justicia social nadie tendrá que acudir a defender al trabajador. El fallo sigue siendo social, en la altura, no administrativo, es decir, político, de estamentos inferiores. Y la solución debe ser también social, no política. Yo me atrevo a pensar que llegará un momento en que los verdaderos rectores de cada nación sean los técnicos, los entendidos en cada forma de conocimiento. Sus normas y orientaciones deben ser aceptadas por la administración, los políticos, y no al revés. Con ello se lograría un avance social, espiritual y material mucho más rápido de toda la humanidad, a través del mejor aprovechamiento de los dones con que Dios ha dotado al hombre desde el principio. Evitando así que estos dones sean negados, ignorados o destruidos, como en muchos momentos ha llegado a suceder.

Humanismo es una forma de entender el devenir vital. De todos los hombres, con respeto. Y para nosotros, médicos, de todos nuestros pacientes, dentro de los matices de cada especialidad. Y, también, con respeto. Ahora bien. Nuestra forma de vida es diferente a la habida en siglos y aún años cercanos atrás. También es diferente nuestra forma de pensar. Ideas que pueden parecer innovación no son sino el resultado de la presión que ejerce nuestro modo de vivir sobre nuestro modo de pensar. Hemos intentado, hasta estas líneas, un concepto de humanismo de carácter general, absoluto. Ensayemos ahora, para concluir, el análisis de los matices que sobre este pensamiento general haya aportado nuestra especial forma actual de vida.

"El esfuerzo de los últimos años —dice USCATESCU— se caracteriza por un ritmo impresionante acelerado en las ideas". "En este ámbito, el problema del hombre y la vigencia del humanismo se plantean de un modo totalmente diferente que hasta ahora". Son tres los aspectos que plantea el escritor rumano-español: "1º En qué medida el actual conflicto entre los humanismos incide, a través de una síntesis, en la formación de una nueva conciencia humanista. 2º En qué medida la más avanzada filosofía del momento considera la presencia del

"hombre" como un mal de la espiritualidad. 3º Cual es el puesto en un nuevo humanismo de la angustiada imagen del hombre en el espacio". "Lo cierto es que los humanismos están hoy de moda, son múltiples y, cosa aún más importante, se hallan todos o casi todos en conflicto unos con otros". Y es que el hombre no sabe a donde le dirige su destino, hasta qué meta le encamina esta era tecnificada que le ha tocado vivir. Y duda. Y teme. Y, a pesar de ello, o tal vez por ello, se atreve a desafiar. En un orgullo que es solo apariencia, como el del niño pequeño que se ve a sí mismo, que opta por verse a sí mismo, invencible.

De este modo nos encontramos, entre otros, con el "humanismo real", de Merleau-Ponty; con el "humanismo del trabajo", de Gentile y Spirito; con el "humanismo marxista" y el "humanismo existencialista", más políticos que otra cosa y, por tanto, superables fácilmente con sólo cambiar las normas de vida. "Todos ellos están animados por un sentido dialéctico que es, al mismo tiempo, conflicto y drama, lucha e incertidumbre y aventura". (USCATESCU). Y van quedando atrás, como las modas.

Es mejor, sin embargo, hablar de confusión antes que de conflicto. "Vasta confusión", dice USCATESCU. Todo estriba, de nuevo, en comprender y en hallar un camino que nos lleve a la integración. Un camino que tal vez se halla en el concepto genérico que apuntábamos párrafos atrás: Destino del hombre hacia Dios a través del hombre, de su conocimiento, de su aceptación. De una idea de ayuda y de solidaridad de cada uno para con todos los demás. Estamos a las puertas de un nuevo humanismo que tal vez no pase de ser otra moda, o modo, que añadir a los anteriores: El humanismo del año 2.000. No nos engañemos. El hombre sigue siendo el mismo. La que es diferente es la etapa alcanzada en el camino recorrido por la humanidad. Nosotros, médicos, tenemos que saber esto más, quizá, que otros profesionales. Y si es necesario, debemos ser capaces de librar la batalla en el único frente de lucha posible. El frente eterno que nos hace útiles a todos los hombres. Un frente, que sea, por encima de todo, humanístico. Que nos permita defender a la vez la dignidad del hombre, su afán de saber y sus ansias de eternidad. Porque esto y no otra cosa es humanismo, desde el principio de los siglos.

INDICE BIBLIOGRAFICO

A. CHASTEL y R. KLEIN: "El humanismo". Biblioteca General Salvat. Salvat Editores y Alianza Editorial. Estella, Navarra, 1971.

A. COMTE: "Discours sur l' esprit positif". Unión Generale d' Editions. París. 1963.

J. CORTS GRAU: "Los humanismos y el hombre". Editorial "Prensa Española". Madrid, 1967.

M. HEIDEGGER: "Carta sobre el humanismo". Cuadernos Taurus, núm. 21. Taurus Ediciones. Madrid, 1959.

R. HERNANDEZ GOMEZ: "La personalidad del científico". En "La creatividad en la ciencia". Ediciones Marova. Madrid, 1977.

M. LADNER: "La enseñanza del Buda". Colección Asoka, Editorial La Mandrágora. Buenos Aires. 1959.

R. DE MAEZTU: "La crisis del humanismo". Editorial Minerva. Barcelona, sin fecha.

G. MARAÑÓN: "La Medicina y los médicos". Espasa-Calpe. Madrid, 1962.

A. OROZCO ACUAVIVA: "Nomenclatura en Rehabilitación". Rehabilitación. Vol. V. fasc. 3, 1971. pag. 275.

B. SANCNEZ CUENCA: "El médico y la Medicina de ayer y de hoy". Aguilar. Madrid. 1955.

G. USCATESCU: "Proceso al humanismo". Colección Punto Omega, núm. 49. Guadarrama. Madrid, 1968.

III-3 RESPONSABILIDAD DE LA COMUNIDAD EN REHABILITACIÓN.

Reseña fruto de la asistencia al XI Congreso de la Sociedad Internacional de Rehabilitación, aparecida en la Revista Iberoamericana de Rehabilitación Médica, VI, 3, Julio-Septiembre de 1970.

RESPONSABILIDAD DE LA COMUNIDAD EN REHABILITACION. NOTICIA DE UN CONGRESO

Hay nombres que constituyen un acierto. Así sucede con el que se ha dado al XI Congreso de la Sociedad Internacional de Rehabilitación, celebrado en Dublín los días 14 al 19 de septiembre pasado. (1970). Porque hablar de responsabilidad de la comunidad en rehabilitación es marcar algunas de las facetas más importantes de una especialidad que, rompiendo con pasados errores, propios de balbuceos iniciales, comienza a encontrarse a sí misma. Siguiendo un camino que es, sin duda, médico, pero que también es social. "Se está evolucionando en todo el mundo —dijo el doctor Rusk en la sesión inaugural—; lo que era "Medicina Física y Rehabilitación" se transforma en "Medicina de Rehabilitación". La clave está en una sola palabra: TRABAJO." Y para marcar mejor este concepto, Howard Rusk deletreó, en inglés, la palabra: W-O-R-K. La labor del equipo de Rehabilitación —médico rehabilitador, fisioterapeuta, terapeuta ocupacional, mecánico ortopédico, logoterapeuta, consejeros vocacional y laboral— se muestra cada vez más clara. "Debemos aprender —concluyó Rusk— a planear y a soñar juntos."

Alguno de los presentes, seguramente, no estuvo de acuerdo con el profesor americano, por apego a "su" propia cómoda parcela de acción profesional. Uno se explica bastante bien esta resistencia de algunos compañeros a abandonar el camino fácil, por la pereza que da el intentar salir de él y por esa tendencia innata del hombre hacia lo sencillo y lo concreto, evitando cuidadosamente las complicaciones "filosóficas". Un ejemplo, sucedido en el Congreso de Dublín. Al mismo tiempo y en salones distintos se celebraban sistemáticamente cinco reuniones diferentes. El primer día y a la misma hora se trataba en el Salón A nada menos que de los "Desarrollos alcanzados en el campo de la Medicina de Rehabilitación" y en el X de "Esclerosis en placas". El primero permaneció todo el tiempo casi por completo vacío, mientras que en el segundo apenas cabía nadie más. El hombre busca sobre todo lo que le brinda un interés práctico, sin advertir que aquello de lo que se aparta es precisamente lo que le va a ofrecer apoyo y soporte para poder desarrollar esa anhelada labor positiva. No son las técnicas, sino los conceptos doctrinales, los que conforman una especialidad. Como dijo Robert Burón, antiguo ministro de las IV y V Repúblicas francesas y director de "Readaptation", que habló, también en la sesión inaugural, de la importancia que tiene la voluntad del hombre, que ha movido el progreso de los últimos años: "La voluntad del discapacitado ha movido la Rehabilitación en los cincuenta últimos años". "Solidarizándose, los discapacitados del mundo entero están consiguiendo integrarse definitivamente en el mundo moderno, como hombres que son, cualquiera que sea su discapacidad o el color de su piel." A nosotros, rehabilitadores, nos corresponde, según Burón, ayudar a que les sea devuelta la dignidad. Creando una especialidad

auténticamente útil, consiguiendo una efectiva reclasificación profesional, separando a los discapacitados auténticos de los perezosos, moviendo a la opinión pública, que, por lastres del pasado, comprende mal y cree que el discapacitado "es un designio de Dios, venido de arriba abajo, una desgracia que tenemos la obligación de compadecer". "Desde hace cincuenta años— afirma Burón— la Rehabilitación está ligada a la civilización." Esto lo afirmó un hombre militar y político. A nosotros, médicos, nos corresponde, por lo menos, el comprenderle.

Este hecho de celebrarse en cada momento cinco sesiones simultáneas dificultaba enormemente la captación completa del Congreso. En espera de la publicación del libro del mismo nos vamos a contentar con dar una idea muy somera de los aspectos a que pudimos alcanzar, para un mejor conocimiento de aquellos compañeros que no llegaron a asistir. Hemos hablado antes de "Desarrollos alcanzados en el campo de la Medicina de Rehabilitación" y de "Esclerosis en placas". El desarrollo principal de la Rehabilitación en los últimos años ha sido el alejarse cada vez más de la "Medicina Física". Se nos ocurría pensar que la "Medicina Física" es como los botones de un traje, que es la Rehabilitación. Desde luego los botones suelen usarse, pero ningún sastre los anuncia. Incluso es posible hacer trajes sin botones, mientras lo importante, el traje, se usa siempre. La clave está, indudablemente, en ese difícil saber cambiar que les corresponde a todos aquellos que comenzaron equivocados. Un saber cambiar que, según parece, va siendo aceptado. Incluso las monedas están siendo cambiadas en su ordenación en estas islas después de siglos de uso y de sistema. Por otro lado, nosotros, españoles, tenemos, si queremos, una ventaja, como comentaba Araluce, ya que estamos empezando y ello nos permite conocer y rechazar los defectos y errores que han ido teniendo los demás. Por cierto que el año 1972 van a coincidir los dos Congresos de las dos Sociedades internacionales: el de la Sociedad de Rehabilitación, en Sidney, Australia, y el de la Sociedad de Medicina Física, en Barcelona. Dura jornada para los españoles, que debemos volcarnos en el Congreso que se va a albergar en nuestra patria, pero que tenemos también obligación moral de estar al tanto de lo que sucede en el continente australiano. Dos Congresos geográficamente antípodas. ¿ También conceptualmente? Creemos que no o, por lo menos, no del todo. Lo importante, como se ha dicho en Dublín, sería conseguir la integración en una sola Sociedad Internacional de todos aquellos especialistas que estén auténticamente interesados en la verdadera Rehabilitación.

En lo que pudimos escuchar, poco importante hubo en la reunión sobre esclerosis en placas. Se comentó la posibilidad de que se trate de una enfermedad a virus; esto explicaría la inmunidad adquirida, por ejemplo, por la raza negra. Sobre tratamiento, lo ya conocido. Mantener una función motora lo más perfecta posible a través de acciones medicamentosas y cinesiterápicas. Se habló mucho de la importancia que tiene conseguir una buena relajación. Las vacunas no han sobrepasado todavía la fase experimental.

El siguiente grupo de sesiones estaba integrado por "Aspectos prácticos sobre los epilépticos en edad de trabajo", "Orientación vocacional", "Programas para los reducidos al trabajo domiciliario", la segunda reunión sobre "Desarrollos en Medicina de Rehabilitación" y "El desarrollo de una terminología internacional en Rehabilitación". No pudimos vencer la tentación de asistir a esta última. Tal vez, ni siquiera lo intentamos. La recompensa fue encontrarnos en una de las sesiones de mayor inquietud y profundidad de todo el Congreso. El mundo lingüístico de la Rehabilitación es apasionante. Todos los aspectos de la especialidad están recién creados o se están creando y los nombres que envuelven estos aspectos son, a la fuerza, también nuevos. Para fabricarlos hace falta poseer unos conocimientos semánticos que no todos los médicos se han entretenido en adquirir, y de aquí la avalancha de términos extranjeros, fundamentalmente ingleses, en casi todos los idiomas. Como sucedió en automovilística, en deporte, en física o en comercio. La cosa se complica aún más cuando existen a la vez nombres clásicos y nombres modernos para el mismo concepto. Kosunen, de las Naciones Unidas, comentó la necesidad de homologar los términos ingleses "invalid", "crippled", "handicapped" y

"disabled", que expresan lo mismo. "Disabled" es, tal vez, el mejor, ya que indica alteración, no pérdida ni desventaja. ¿Cómo transportar este término al español?. "Disable" suena muy mal, como "dishábil", afortunadamente, que si no fuera por eso ya habría quien lo empleara, como hay algunos que dicen, lo hemos oído, "jandicapado". Discapacitado, aunque larga y poco eufónica, nuestra palabra, es la más correcta y así lo ha reconocido la Organización Mundial de la Salud con su refrendo.

Tal vez los que mejor defienden su idioma son los franceses, con el inconveniente de que la defensa, si no se hace bien, crea a su vez problemas, como sucede con el nombre "Readaptación" en lugar de "Rehabilitación", también de estirpe latina, o con "Ergoterapia" en vez de "Terapia Ocupacional". Montferrand, del Comité Nacional Francés de Unión para la Rehabilitación de los Discapacitados, anunció haber publicado en 1955 un Glosario en francés de términos de Rehabilitación, reconociendo, al mismo tiempo, la necesidad absoluta de que se cree un diccionario internacional, con traducción de cada término a todos los idiomas. Esto nos hace pensar en quién hará la versión española y no podemos evitar un estremecimiento. En el campo de la Ortótica (Ortética y Protética) tenemos a Pedro Prim. ¿Y en el resto?. Murphy, del Comité Internacional de Prótesis y Ortesis de la Sociedad Internacional de Rehabilitación, al que también pertenece Prim, y Nielson, fisioterapeuta, de la Confederación Mundial de Terapia Física, abogaron por la necesidad de crear no sólo términos correctos, sino definiciones apropiadas de los conceptos que con cada término se expresen. Por ejemplo, en Inglaterra la Terapia Física incluye la electroterapia, pero en Francia la ley prohíbe a los fisioterapeutas el uso de estas técnicas, y de aquí el cambio de nombre, cinesiterapeutas, que en este país han tenido estos técnicos psicomédicos. Algo así intentamos hace años en España, si bien con el fin de salvar a nuestros fisioterapeutas de caer en la trampa, tan infantil como eficaz, de la "Terapéutica Física" tal como aquí se quiere entender. Sin resultado, ya que no sólo la Fisioterapia, sino toda la Rehabilitación, discapacitados incluidos, forma parte universitaria de la Radiología, hecho que, al ser referido, suele dejar con la boca abierta a los interlocutores extranjeros. Cuatrocientas palabras forman el vocabulario profesional de los fisioterapeutas. Se dijo también que existen 171 cambios posibles entre los diferentes lenguajes oficiales del mundo. La última terminología creada ha sido la sueca-árabe. Por cierto que existe una comisión nórdica denominada Terminología Escandinavo-Inglesa de Rehabilitación, uno de cuyos representantes formó parte de la mesa. Sundberg, de la UNESCO, aseguró que se ha llevado a cabo en 1968 un estudio terminológico internacional y que el programa correspondiente será puesto en marcha en el bienio 1969-1970. Al final, los españoles nos quedamos comentando la triste realidad de que palabras que copiamos del inglés han sido tomadas previamente por los ingleses del latín, del griego y aun del propio español. Paradojas. Paradoja también que por esto nadie se ofenda.

Fuera de los salones, en los locales de exposición, suecos, alemanes e ingleses rivalizan en la presentación de sillas de ruedas eléctricas. Un parálítico cerebral atetósico, incapaz de ninguna actividad motora eficaz, recorre los pasillos en su sillón manejado con la boca o escribe a máquina con un artificio que sujeta entre los dientes. Los holandeses muestran una bella colección de artificios "que instruyen jugando", útiles para niños parálíticos cerebrales. Para su enseñanza y, también, para calibrar objetivamente su capacidad intelectual y manual. El mundo civilizado, no cabe duda, en lugar de rechazarlos acoge a los discapacitados de todo tipo y a las personas de edad. A este acogimiento, en el primero de los casos, se le llama Rehabilitación.

En el grupo siguiente de sesiones elegimos el tema de "Transporte del discapacitado". Se proyectaron películas y la americana, de Nugent, era muy buena. Los autobuses poseían unas rampas que ascendían y descendían y que transportaban la silla de ruedas con su ocupante en muy pocos segundos. Pensamos, aunque con humanísticas dudas, si no sería más fácil crear ciudades perfectamente acopladas, sin dificultades, como el "Het Dorp" que presentaron después los holandeses, en la reunión titulada "Eliminando barreras arquitectónicas". El hombre, discapacitado o no, sacrifica en gran parte su libertad en aras de su comodidad.

Ha sido éste, creemos, el Congreso de Rehabilitación en que más se ha hablado de los discapacitados mentales. Su número sobrepasa, con creces, al de los postraumatizados, y, sin embargo, han sido estos últimos la cortina con la que se ha pretendido cubrir en España durante años el amplio cuadro de la Rehabilitación. No sucede así en los demás países, afortunadamente para nosotros, que podemos darnos cuenta de qué modo ha de ser trazado nuestro camino. Además de las obligadas reuniones sobre Parálisis Cerebral y Hemiplejía, registramos los siguientes temas: "Defectos visuales en las instituciones para enfermos mentales", "Neurosis hospitalaria", "Rehabilitación del paciente psiquiátrico", "El adulto retardado en la comunidad", "Necesidades elementales del paciente con disfunción cerebral", "Rehabilitación del alcohólico", "Rehabilitación del drogadicto" y "Retraso mental". Una vez eliminados los supuestos que no atañen a la discapacidad, sino a la enfermedad, un gran alivio para todos cuantos defendemos el papel de la "Medicina Psíquica" en Rehabilitación. Es de resaltar también la sesión titulada "Genética y consejo familiar", nueva prueba de que la Rehabilitación científica ya ha hecho su aparición. También se afianza el concepto del deporte como derecho del discapacitado. Un nuevo derecho, ya admitido y reconocido por la sociedad.

El tema "Organización y desarrollo de los Centros para lesionados medulares" fue desarrollado por Guttman, germano britanizado, que escuchaba a su colega alemán Jochheim por los auriculares de la traducción, y por De Souza, de Uganda. El tratamiento de estos pacientes, nos dijo Guttman, como el de todos los pacientes en Rehabilitación, es una mezcla de Medicina y de Humanidad. Deben acudir desde el principio al centro donde van a ser tratados. Hay cinco de estos centros en Inglaterra, pero el problema tiende a aumentar. De Souza, muy joven, hace una buena exposición. El 60 por 100 de los parapléjicos de Uganda y Kenia trabaja y vive en su propia casa, mientras el resto permanece en hospitales. Oyendo preguntar a Araluce nos duele un poco que él no participe también en esta mesa. Tónica general del Congreso ha sido la falta de una acción directa de los españoles. Solamente el padre Eguía habló en la mesa de Retrato Mental; González Más fue vicepresidente en la sesión de "Rehabilitación cardiovascular". Y eso fue todo. Gracias a Araluce nos enteramos de que la unidad de parapléjicos suele estar formada por 20-25 pacientes, pero no hay inconveniente en que contenga 200 y aun más. En Alemania y en Suiza, aclara Jochheim, se gasta el Gobierno 10 dólares por día en cada parapléjico. En Estados Unidos la cifra llega a 20 y en algunos hospitales 30 dólares día. En la India solamente 2. De Souza dice que, a pesar de lo conseguido, los medios en su país no son grandes, ya que la asignación para Sanidad es solamente de 10 dólares por habitante al año. En la India, por último, hay una enfermera cada 16 parapléjicos; en Inglaterra, una cada cuatro.

Los problemas de prótesis y ortesis no pueden faltar. Se comenta, una vez más, la técnica de la aplicación inmediata postquirúrgica del encaje. Lo más interesante de estos aspectos se hallaba en los locales de exposición. Las prótesis mioeléctricas siguen siendo la última palabra, no terminada todavía de pronunciar. También las ortosis ajustables y de piezas desmontables. Los aspectos sociales siguen preocupando; dos de las sesiones plenarias y uno de los cuatro equipos de "Orientaciones para el futuro", trabajando desde antes de comenzar el Congreso, fueron dedicados íntegramente a estos problemas. Viendo lo que puede hacerse por el acoplamiento al trabajo de cardíacos severos o de enfermos coronarios, se da uno cuenta de que la Rehabilitación ha venido a dar solución a unos problemas que hace años nos hubiera parecido monstruoso hasta el plantearlos. Nos enteramos también de que funciona plenamente el Consejo Europeo en cuanto a Rehabilitación. Integrado por dieciocho países, existe desde hace veinte años con una finalidad de cooperación internacional. Los países son los seis del Mercado Común, Austria, Chipre, Dinamarca, Grecia, Islandia, Inglaterra, Irlanda, Malta, Noruega, Suecia, Suiza y Turquía.

Y hablando de colaboraciones internacionales hay que decir que orillando la opinión, existente anteriormente, de que nuestra Sociedad Nacional no tenía por qué pertenecer a la Sociedad Internacional de la especialidad, nos entrevistamos todos los miembros de la actual Junta

presentes en Dublín, con excepción del doctor Lozano Azulas, con el actual secretario de la Sociedad Internacional de Rehabilitación, Norman Acton, con el fin de facilitarle información relativa al posible ingreso de España, a través de la S. E. R., organismo de ámbito nacional, en aquella Sociedad y, por tanto, en el concierto de la rehabilitación mundial, como miembro afiliado. De este modo se completaría, de modo efectivo, la labor realizada, sin presencia, voz ni voto, por las entidades hasta ahora inscritas en nuestra Patria con un mero carácter de miembros asociados: Instituto Nacional de Rehabilitación de Inválidos de Madrid, Mutua Metalúrgica de Barcelona y Cruz Roja Española. La entrevista, celebrada con la compañía del doctor Prim, miembro personal de la Sociedad Internacional de Rehabilitación, discurrió en medio de la más absoluta cordialidad, manifestando el señor Acton que veía muy lógica nuestra ilusión y que esperaba que las gestiones necesarias, de las cuales nos informaría por escrito, tuviesen un feliz término en la próxima Asamblea anual de la I. S. R. D. El paso ha quedado dado y los trámites en marcha. Esperamos, confiados, la opinión general.

Para finalizar esta reseña informativa, digamos que, en conjunción con el Congreso, cuatro grupos de expertos se dedicaron a confeccionar unas "Orientaciones para el futuro", como ya hemos indicado antes. Estos grupos trabajaron en los siguientes aspectos de la rehabilitación: educación, ordenación social, ordenación vocacional y aspectos médicos. El informe inicial de estos cuatro grupos marca unas directrices de clara orientación sociológica. Para nosotros, moralmente obligados a conseguir una enseñanza eficaz y pertinente de nuestra especialidad, tiene interés conocer la tendencia actual a instaurar una asignatura obligatoria para que todos los médicos, no importa la especialidad a que luego se vayan a dedicar, alcancen un conocimiento suficiente del discapacitado, su idiosincrasia, sus problemas y sus soluciones. A pesar del interés de las recomendaciones de estos cuatro grupos de trabajo, preferimos no entrar más en ello. No sólo por lo que se alargaría este escrito, sino porque entendemos que conviene esperar al informe definitivo para conseguir una idea totalmente clara de la situación.

III-4 PEDAGOGIA SOCIAL DEL DEFICIENTE MENTAL.

Es comunicación al primer Symposium Iberoamericano de Rehabilitación, Madrid, Mayo 1971. Se publicó en la Revista Iberoamericana de Rehabilitación Médica, X, 2, Abril 1974.

PEDAGOGIA SOCIAL DEL DEFICIENTE MENTAL

"Pedagogía" deriva de "pais, paidos", niño, y "agein", llevar, conducir. Equivale, por tanto, a la conducción del niño por el camino más apropiado. "Social" significa que esta conducción ha de hacerse precisamente por y en la sociedad. Vamos a esforzarnos en mostrar de qué modo esto puede y debe ser así.

Comencemos por decir que, a nuestro modo de ver, existen tres formas posibles de Pedagogía: *Pedagogía Física*, que se ocupa de la formación somática del niño, a través de técnicas de Educación Física y Deportiva. *Pedagogía Mental*, encargada de la formación espiritual, noológica, como gustamos decir nosotros, de ese mismo niño; la excelcitud de este cometido viene refrendada por el empaque de su denominación: magisterio. *Pedagogía social*, concepto introducido por nosotros, cuya importancia analizaremos en este trabajo. Para ello se hace necesario un examen previo, aunque somero, de la noción de "sociedad".

Emilio MIRA y LOPEZ, en un extraordinario trabajo titulado "Psicopedagogía de la sociabilidad", apunta que los hombres únicamente tienden a unirse en alguna de las siguientes circunstancias:

1.—Por pánico, ante la necesidad de defenderse de ataques de otros hombres o de animales o de inundaciones, tempestades y otras catástrofes. Desaparecida la situación amenazadora, la unión se rompía y el espíritu anárquico de cada ser humano, comparable al de los felinos, les haría sin duda arrojarse unos contra otros. De aquí, siempre según Mira, que el primer modelo de vida social no pueda ser la familia, sino la horda y el clan; el único otro aspecto que podía haber creado una tendencia al enlace entre seres humanos, la necesidad sexual, es de suponer que no constituyera problema alguno "durante muchos siglos".

2.—Por instauración de una vida militar o guerrera. El peligro continúa y el hombre primitivo advierte que puede alejarlo mejor atacando que limitándose a una constante defensa. Esto da lugar a una ordenación, puesto que no todos sirven para la lucha, que va a mantenerse en todas las futuras organizaciones sociológicas, basada en el derecho del más fuerte.

3.—Por acción de un factor mágico. El pánico cósmico se va concretando en "supersticiones comunicables". Ya no es la potencia física, sino la potencia mágica, detentada por seres más débiles, "pero indudablemente más vivos", "la que determina el dominio de unos individuos sobre los otros, tanto en la horda como en la tribu". El mago se hace dueño de todo y el antiguo dueño, el guerrero, se convierte en mero instrumento en sus manos. Las religiones elaboradas van haciendo su aparición y agrupando, generalmente también por temor, a unos determinados seres humanos.

Es muy sugerente esta "embriología de la sociabilidad", como el mismo Mira y López denomina a sus razonamientos y deducciones, pero no resulta del todo convincente. En primer lugar, el único factor común de unión es el temor: a la naturaleza, a los demás, al castigo, al más allá... Pensar que solamente el temor es capaz de unir a los hombres es, por lo menos, triste. En segundo término, sumerge en la pasividad a la mayor parte de los humanos, que no llegan a ser caudillos, guerreros, magos o sacerdotes. Nos parece que hay algo más real y más común a todos que une a los hombres unos con otros de una forma absoluta y sin necesidad de gregarismos y es el trabajo, la obligación a ser útiles a nosotros mismos y a los demás con que todos nacemos. Unión, simbólica, de todos los hombres a través de la misión común del trabajo, es nuestro concepto de Sociedad, aceptado por autores como JIMENO LÁZARO. No importa que estos hombres no se conozcan o que pertenezcan a países, razas, estratos o religiones diferentes. El hilo conductor formado por esta necesidad de cumplir una misión une a todos, tanto se trate de un grupo artesano de la misma actividad profesional como de toda la humanidad.

Nos parece que es ésta la única forma posible de encontrar un factor común a todos los seres humanos y, por tanto, de llegar a entender lo que significa el concepto "sociedad" de un modo absoluto. No es momento de entrar en el análisis de esta idea en cuanto a sus aplicaciones parciales a unas formas concretas y restringidas de sociedad. Nos limitaremos a salir al paso de quienes pretendan indicar lo deleznable que resulta que el ser humano se mueva por simple interés, como parece desprenderse de nuestra teoría, afirmando que este interés por el propio bienestar no sólo es lógico, sino que supera, como finalidad, al antiguo determinante del temor.

Lo cierto es que al encontrar algo común a todos los hombres sin distinción, hallamos a la vez una meta y un camino hacia ella, también comunes. Lo que cada individuo, durante su tránsito por este planeta, haga o deje de hacer, repercutirá a favor o en contra de esta meta y de este camino, con lo cual influirá sobre todos los demás individuos contemporáneos y, tal vez, futuros. Cada uno de nosotros influye sobre los demás, como en una formación militar. El niño, hasta tanto consigue respuestas elaboradas, reacciona de una manera global, estereotipada, de fondo emocional. Se admite que existen tres tipos de reacciones de esta característica: reacción catastrófica, basada en emociones de pánico, reacción agresiva, cuyo substrato es la cólera y

reacción narcisista, sustentada en emociones de placer. Sólo cuando estas reacciones son superadas aparece la reacción altruista, propia del adulto. La evolución, por tanto, es clave, como sucede en todas las facetas de la personalidad de cada ser humano; lo importante está sin embargo, en que esta evolución depende de los demás, que influyen de manera increíble sobre cada individualidad. Es muy fácil ver adultos que responden con una reacción catastrófica, de pánico, o agresiva, de cólera o narcisista, de autosatisfacción del propio yo, precisamente porque no fueron capaces de evolucionar de modo suficiente para superar estas formas arcaicas de respuesta, y ello no siempre es por culpa propia. La sociedad posee un papel importante en la evolución de cada uno de los individuos que la integran, un indudable papel pedagógico, que tiene precisamente como finalidad la inclusión de los mismos en su ámbito. La tragedia está en que la sociedad no siempre advierte de forma clara que está llevando a cabo esta misión. Por último, y para terminar el círculo de acciones, sucederá que la propia sociedad, conjunto de individuos, se va a ver influida por el comportamiento de cada individuo aislado, cuyo grado de evolución personalística va a redundar así en la situación general.

De aquí la importancia que tiene el que las relaciones entre sociedad establecida e individuo que ha de pasar a formar parte de ella sean, como todas las relaciones educador-educando, no sólo conscientes, sino elaboradas y aún matizadas por un cuerpo doctrinal de conocimientos técnicos. MIRA Y LOPEZ comenta que si sometemos a un ser humano a un régimen de coacción conseguiremos de él un comportamiento de disciplina, de modo que evite la realización de malas acciones, pero jamás lograremos que realice una sola acción buena por propia iniciativa; una acción movida por el amor y no por el miedo. Para evitar caer en situaciones de este tipo es necesario respetar unas normas, que el autor recoge en un 'Decálogo de psicopedagogía social' que no podemos dejar de transcribir.

1.—El desarrollo normal de la sociabilidad de los niños requiere, ante todo, la clasificación de éstos en grupos, de acuerdo no sólo con su nivel intelectual, sino con sus peculiaridades afectivas y caracterológicas.

2.—Es necesario intensificar al máximo las posibilidades de estos niños de vivir una vida social activa, fomentando su libre desenvolvimiento en comunidad.

3.—La coeducación de niños de uno y otro sexo es imprescindible para evitar todo recelo y, sobre todo, la tendencia posterior a basar exclusivamente en la vertiente sexual toda posible relación social entre hombre y mujer.

4.—Se debe permitir que las relaciones de cada niño con un elemento superior, ya sea éste individual (persona) o colectivo (ambiente social), se inicien en un plano máximo de igualdad. Si en vez de tener que saludar ceremoniosamente al individuo superior, el niño "pudiera iniciar con él un juego haciéndolo rodar por tierra, con toda seguridad que la amistad se establecería en seguida".

5.—Para evitar una constante minimización del elemento superior en una relación social, corolario del mandamiento anterior, es necesario dar lugar a que el elemento inferior llegue a mostrarse superior en algo, o al menos a conseguir que llegue a parecersele. Ello dejará más libre al elemento superior para mostrarse en otros aspectos en su justa medida.

6.—Es necesario, a la vez, tener en cuenta que, de manera recíproca, el elemento socialmente inferior puede autominimizarse, cayendo en una humildad que, si no es comprendida, le conduce hasta una situación de resentimiento, sólo superable cuando es comprendida y contrarrestada su conducta.

7.—En las relaciones sociales entre un sujeto y un grupo es necesario que exista un mínimo de intereses comunes auténticos, de fácil logro además o, al menos, de solución equitativa. Nada hay que deteriore más una relación social que la sospecha de injusticia por parte de cualquiera de los elementos integrantes de esta relación.

8.—Si surgen fricciones en las relaciones entre un individuo y un grupo, se intentará, si es posible, compensar el desnivel existente; si ello no es factible, se procederá a cambiar al individuo de grupo, sin intentar coacciones ni esperar a que el tiempo arregle la situación.

9.—La integración de un individuo en un grupo no debe impedirle el relacionarse con otros grupos, puesto que gana en extensión en cuanto a relaciones sociales lo que pierde en una profundidad que muchas veces llega a ser peligrosa al excluir una sola actitud afectiva la posibilidad de que se desarrollen gran número de actitudes afectivas, posiblemente importantes.

10.—Como condicional final, necesaria para el desarrollo correcto de la sociabilidad de cada individuo, hay que conseguir que éste alcance un ideal de vida propio y, que, a la vez, encaje en la organización social en que se desenvuelve. “Un hombre es tanto más sociable cuanto más seguro se siente de la finalidad de su existencia; es decir, cuanto más sabe a dónde va y por qué va. Solamente entonces se verá libre del recelo, de la envidia y también de la vanidad. Porque saber que se va a algún sitio es saber que todavía no se ha llegado y, por consiguiente, es saber que todavía no se puede estar plenamente satisfecho de sí mismo.”

De este Decálogo de MIRA y LÓPEZ podría obtenerse material para todo un tratado de Pedagogía Social. Esta empieza a adquirir consistencia, hasta el punto de que voy a atreverme a dar los que considero sus principios fundamentales:

A. La Pedagogía Social busca el crear sociabilidad en cada individuo; ello obliga a conocer que sociabilidad, como todas las cualidades éticas, no es una propiedad espiritual, sino una fase terminal de la evolución del espíritu.

B. La misión pedagógica de la sociedad ha de desarrollarse forzosamente en su propio seno. Es como enseñar a andar al niño dejándole en el suelo o a nadar arrojándole al agua.

C. Todos influimos en todos, a la vez individual y colectivamente.

D. Todo individuo, cualquiera que sea el medio en que venga al mundo, nace con una necesidad inapelable de integración en este medio.

Imaginemos ahora lo que sucederá con individuos que nacen con una deficiencia en cualquiera de las facetas que componen su personalidad. En, puesto que es el caso que nos ocupa, su faceta mental. Como todos los demás seres humanos, el deficiente mental ha de conseguir unos ajustes determinados en su propia personalidad y de ésta en relación con el mundo exterior. No importa que exista un detrimento en su mecánica personalística. El problema persiste íntegramente. En cierto modo, si queremos, a menor escala, puesto que la meta perseguida está más cercana, pero también en gran parte a escala mayor, dado que los medios de que dispone para alcanzar el logro propuesto son menores. De acuerdo con nuestro concepto básico sobre discapacidad, surge en seguida una tendencia innata —en este caso, en el deficiente mental— a expandir sus propias posibilidades, todo su contenido personalístico, a lo largo de senderos distintos al que le llevaría al desarrollo mental, pero esta tendencia no puede

realizarse, al menos de un modo completo, precisamente por la oposición que le muestra el medio social en que se mueve.

Esta oposición es, hasta cierto punto, lógica. En una sociedad tipo el deficiente mental va a encontrarse ante el fallo de una serie de posibilidades que a los individuos sin deficiencias no les son negadas: falta de autominimización del elemento social superior; ausencia de resonancia afectiva con individuos de la misma edad cronológica; desconcierto, cuando no desconfianza; falta de tiempo, de interés y aun de conocimientos apropiados al caso. No siempre se hallan al alcance del grupo integrador las técnicas especiales necesarias a cada caso. Bastan estos ejemplos, que podrían multiplicarse, para que se comprenda que la ausencia de una auténtica pedagogía social del deficiente mental, tal vez de todos los deficientes de cualquier tipo que sean, se debe por completo a la propia sociedad, que ha preferido segregar a todos estos individuos antes que buscar la paciencia o los medios técnicos necesarios para integrarlos. Como excusa, sirva el admitir que tampoco antes se había hecho algo parecido.

Hoy día, admitida la necesidad de la Rehabilitación, la situación ha cambiado. La etapa de las quejas va dando paso a la etapa de las soluciones. Veamos algunas de ellas, de acuerdo con la situación que a la sociedad en general le plantea la rehabilitación del deficiente mental, sin olvidar en ningún momento que el deficiente mental, como todos los seres humanos, debe ser siempre y simultáneamente atendido en las tres vertientes pedagógicas —física, mental y social—, lo cual, de hecho, le corresponde cumplir a la sociedad, en el sentido más amplio de este concepto. El hombre, mezcla de alma, soma y espíritu, nunca o casi nunca es un ser aislado, con lo cual pasa a convertirse en ente social; esta conversión y las normas pedagógicas para completarla es lo que nos va a ocupar exclusivamente.

Los mecanismos que regulan el engranaje de la personalidad del deficiente mental no son peores que los mecanismos que regulan la personalidad de los demás, sino más delicados. El primer problema que ante el deficiente mental se nos plantea es el de nivel. Cada personalidad se desarrolla alcanzando de forma progresiva unos niveles que se van sucediendo de forma escalonada. El situado en una zona inferior sirve de soporte y substrato al más superior, de modo que éste no aparece si aquél no lo hizo antes. Uno de los escasos aciertos que la Rehabilitación ha podido obtener del pasado es la denominada "terapia de grupo", aceptando la técnica y actualizando los conceptos. La terapia de grupo permite actuar sobre los integrantes del grupo elegido haciendo que se respeten a la vez el espíritu de competición y la noción de compañerismo, imbuyendo a cada uno el respeto hacia lo individual, y facultando al educador para que pueda huir de la realización de tablas rígidas, antihumanas, a la vez que se actúa por parte de todos con un espíritu de progreso y no de estancamiento. Con ser todo esto importante, aún existe una faceta que, por lo menos, iguala sus características y es la de que pueden hacerse grupos a la inversa, introduciendo en uno de determinado nivel general un individuo de nivel personalístico inferior, situación clave en pedagogía social.

En efecto, no solamente cabe considerar como elementos del mismo grupo pedagógico a educandos y educadores, sino que un grupo más o menos nutrido de educadores puede integrarse con un número muy reducido de educandos. Es lo que hace precisamente la sociedad cuando se impone a sí misma el papel de pedagogo. En pedagogía social, el maestro no es nunca un individuo, sino un grupo o, por lo menos, una parte integrante de un grupo, al que representa. De no ser así, también este maestro precisaría ser enseñado por parte del grupo. Todos nosotros, en cuanto tenemos de individuo, aprendemos, y en cuanto tenemos de sociedad, enseñamos, y esta enseñanza es seguramente mucho más importante de lo que, en general, ha venido admitiéndose hasta ahora. En realidad, con cada evolución individual cumplimos parte de la evolución total que ha de desarrollar la Humanidad.

Pero la evolución de cada individuo, de cada miembro de esta Humanidad global, no es otra que la de su propia personalidad, y el deficiente mental puede no darse cuenta de ello o bien no ser capaz o, finalmente, encontrarse frenado por la acción de limitaciones externas a él mismo. Es lógico que haya etapas de gran desarrollo de la personalidad individual o de la Humanidad como entidad global, alternado con otras de escaso desenvolvimiento. El individuo corriente comprende esto, y si no es así cae en la depresión o la neurosis; pero el deficiente mental, que no comprende bien nunca, cae en el abandono y el sufrimiento y se estanca. Y lo mismo le sucede cuando es la incomprensión y aún la oposición de los demás la que le impide ver claro un camino que, seguramente, hubiera surgido ante su vista a poca ayuda que se le hubiese prestado.

Evolución, progreso, equivalen en gran medida a felicidad, al menos a cierto modo de felicidad. Ya Paul VALERY nos hablaba, con visión certera, del "placer funcional", al cumplir una obra con nuestras manos o dar, simplemente, un paseo entre los árboles. La ausencia de esta evolución, sin embargo, también es lógica, lo mismo que las dificultades que hay que vencer para intentar lograrla. Estas dificultades puede crearlas la sociedad, como ha sucedido casi en general hasta ahora, pero puede no sólo no crearlas, sino ayudar a destruirlas, conformando así un modo nuevo de educación que en realidad existe, sin que nos demos cuenta, desde el comienzo de toda vida social. Hoy día, las sociedades de todos los niveles y todos los países aceptan la idea de que es necesario educar al niño; ha llegado el momento de que acepten también la necesidad de educar en su propio seno, hasta la integración, al deficiente mental, que, precisamente, deja aún menos que los demás de ser, siempre, por lo menos un poco niño.

III-5 ASPECTOS PSICOLOGICOS DEL PACIENTE CON MALFORMACIONES CONGENITAS.

Aportación al I Congreso de Cirugía Plástica y Malformaciones congénitas que tuvo lugar en el Centro Nacional de Especialidades Quirúrgicas en Julio de 1972. Publicado en REHABILITACIÓN, Vol. VII, Num. 1, Enero 1973.

ASPECTOS PSICOLOGICOS DEL PACIENTE CON MALFORMACIONES CONGENITAS

En 1962, en su libro *Prácticas psicológicas en los discapacitados físicos*, Garrett y Levine (5) afirman categóricamente que "no hay relación directa, matemática, entre el tipo de disminución y el grado de ajuste personal". "Por otro lado— añaden — existe un cuerpo común de problemas y de reacciones en todos los discapacitados". Sin embargo, es lógico pensar que cuando un adulto, con su personalidad ya formada, sufre una disminución de cualquier tipo, su reacción y su idiosincrasia serán diferentes a las del niño que nace con una disminución similar, una disminución que, de entrada, no comprende muy bien. El adulto puede no aceptar la situación, pero comprende. El niño no comprende, aunque acepte. Según Hoerner (7) no nos es dable conocer, hoy día, hasta qué punto influyen en la personalidad de un individuo los cambios surgidos en su imagen corporal o sus propias diferencias en relación con la apariencia que

muestran los demás. Los estudios realizados por psicólogos y psiquiatras (4, 5, 7, 20) parecen indicar que el cambio no afecta al concepto que el niño tiene de sí mismo, pero es importantísimo para el adulto. Conforme el niño crece, este cambio, esta faceta de diferenciación se va haciendo más y más importante para él, hasta ser casi trascendental al convertirse en adulto, madura ya su personalidad. ¿Por que es esto así? Trataremos de analizar el problema en busca de una posible explicación que nos permita, a su vez, un conocimiento suficiente de los aspectos psicológicos del niño que nace con un tipo u otro de disminución.

Se nos ocurre pensar que puede haber tres facetas esenciales, que son también etapas evolutivas, en la transformación de un niño subnormal congénito en un adulto:

1. Su posición idealista ante la vida, es decir, de esperanza ante el futuro; en suma, su capacidad de ilusión.
2. Su concepto, y su conquista, de la propia personalidad.
3. Su entrada, como ente aislado, en el ente social.

Revisemos sucesivamente estas tres facetas:

1. Capacidad de ilusión.

Las apetencias y deseos de cada niño se ven constreñidos por las limitaciones y frenos que le oponen, por un lado los adultos; por otro, el medio en que se desenvuelve, y finalmente, sus propias incapacidades. El objeto que le atrae está vigilado, o situado fuera de su alcance, o no le es posible llegar a él, desplazarse hasta su vecindad, como sucede con gran número de niños discapacitados congénitos. La fantasía es un sistema compensador (8) que permite al niño unos logros que de otra forma le estarían vedados, satisfaciendo con ello sus tendencias y sus deseos. Lo ideal se ha transformado para el niño en real y, como no admite en sí mismo la posibilidad de que exista ningún tipo de imperfección, ignora por completo sus propias insuficiencias. El niño que nace sin manos no sabe que carece de ellas hasta que alguien se lo dice; el sin piernas se ve a sí mismo dando saltos gigantescos; el ciego y el sordo congénitos confunden con la realidad las imágenes creadas en sus ensueños; el deficiente mental se considera capaz de todo tipo de hazañas, físicas e intelectuales. Y, sin embargo, el niño no miente cuando exagera, puesto que él mismo se cree por completo sus propias hipérbolas. Esta autosuficiencia, típica en el niño normal, es todavía más típica en el deficiente, sea somático, psíquico o sensorial. A través de estas fantasías, que bien pronto se van a transformar en juegos, el niño, normal o subnormal, va desarrollando su propia personalidad. Sus invenciones son ensayos de situaciones reales que más adelante se le van a enfrentar y que sabrá resolver precisamente porque ha sido capaz de almacenar experiencia suficiente a través de las fantasías y los juegos de su infancia. Por medio de esta mecánica repetitiva, que no es sino acúmulo de experiencia, el niño supera la etapa inicial autista (Piaget) para desembocar en la etapa egocéntrica e irrumpir, por último, hacia los siete años en el niño normal (17), en la etapa de objetividad, en que comienza a aceptar al mundo exterior y a los demás seres y, sobre todo, en que aprende a admitir y a respetar cuanto hay fuera de sí mismo.

Si los factores reprimentes presionan en exceso, y siempre en el deficiente por su propia limitación, la evolución se alarga cronológicamente y la fantasía se mantiene, lo que aleja el momento de aparición de la fase de objetividad. Ahora bien, esto puede no ser tan nocivo como a primera vista pudiera parecer. En primer lugar, la situación sirve para atraer nuestra atención hacia lo que yo llamo pedagogía social, de gran trascendencia junto a las formas clásicas de pedagogía física y mental. Pero es que, además, la fantasía es el único valor de que dispone el minusválido, hasta el punto (8) de que llega a constituir para él una forma de personalidad o, al menos, una parte muy importante de ésta. María O'Reilly, que ahora debe tener diecisiete años, sordomuda de nacimiento, se ha convertido en bailarina de ballet gracias a que ha podido suplir con su fantasía la falta de imágenes musicales. Es el mismo ejemplo de los ciegos, bien cuando consiguen un rendimiento, en trabajos manuales, superior al que alcanzan los videntes y, además, lesionándose mucho menos que éstos, bien en sus prácticas deportivas. No resistimos

la tentación de transcribir la lista de deportes que los propios ciegos propusieron a la Federación Española de Deportes para Minusválidos en la Asamblea general de diciembre de 1971: A) Deportes básicos: gimnasia, atletismo y natación. B) Deportes de fácil incrementación: halterofilia, lucha, judo, patinaje, fútbol, remo en equipo, rueda alemana. C) Deportes que necesitan adaptaciones algo más difíciles: bolos, ciclismo, esquí, golf, hípica, montañismo, tiro con acoplamiento electrónicos. La famosa Helen Keller, ciega y sordomuda, nos refiere en sus libros (11) de qué manera cambió por completo todo para ella el día que fue capaz de comprender la diferencia, marcada por la extraordinaria Ana Sullivan, entre "agua" y "jarro".

Por otro lado, en más o en menos, todos nos creamos nuestras propias fantasías. Nos vemos a nosotros mismos siempre mejores de lo que somos; como paladines, o justicieros, o sabios, o dueños de una verdad. Cada hombre es algo mejor si se siente a sí mismo un poco Quijote, aunque su lanza esté mellada y su estatura sea exigua. Lo mismo les sucede a los minusválidos que, además, se ven obligados a incrementar todavía más su fantasía. Pero todos van en busca de su ideal, como hacen todos los niños, como hacemos todos los hombres. Por eso rechazan la limosna y la compasión y buscan la comprensión y la aceptación. El niño de "El escaparate de la pastelería", del libro de Ana María Matute *Los niños tontos* (13), sueña, junto a su perro lorquiano "de perfil", con entrar en el escaparate. La señora caritativa le trae un cazo de garbanzos; dice en el texto "que le habían sobrado" y el niño grita, incansable. "Yo no tengo hambre... Yo no tengo hambre..." "Y la señora caritativa, escandalizada, se fue a contarlo a todo el mundo". Es el perro el que comprende y le trae al niño un trozo de escarcha, que el niño chupa toda la mañana, "sin que se fundiera en su boca fría".

Seguramente la fantasía suple en el minusválido muchas deficiencias; tal vez esté aquí la clave de la prodigiosa memoria que llegan a desarrollar algunos oligofrénicos. Pero, aunque no fuera así, mi impresión es la de que hay que respetarla; sin duda, todavía no está la sociedad suficientemente madura como para ayudar a los discapacitados a realizarse personalmente. Dejémosles, al menos, el derecho a soñar y preparémonos, entre tanto, para estar pronto en condiciones de, por lo menos, no presentar obstáculos a su evolución.

2. Su concepto y su conquista de la propia personalidad.

Definiciones de personalidad hay muchas. Allport (1), en su primer y clásico libro sobre la personalidad (1) recoge cincuenta y ensaya, a su vez, otra: "La total polifacética individualidad psicofísica". Kahn da, en "Psicobiología evolutiva" (10), una estructura de la personalidad que vamos a transcribir y que está basada en la existencia de dos diferentes núcleos parciales de conformación: cualidades aisladas o aspectos individualistas y cualidades globales o aspectos colectivos. Los aspectos individuales fueron ampliamente defendidos por Rousseau, los colectivos por Durkheim (8). Hoy día se admite que unos y otros son inseparables y que la personalidad solamente toma forma con su conjunción, gracias a los trabajos e ideas de Kant, Fichte y los filósofos de la Gestalt, doctrina esta última que ha venido a desembocar en el moderno estructuralismo. (Piaget). Las cualidades aisladas de cada uno de estos dos grupos de aspectos son como sigue:

A) Cualidades aisladas o aspectos individualistas:

1. Aspectos físicos, como contextura corporal, forma de andar, de hablar, etc.
2. Aspectos intelectuales, que comprenden inteligencia, educación y experiencia.
3. Aspectos emocionales, como son las disposiciones individuales y los sentimientos básicos.

B) Cualidades globales o aspectos colectivos:

1. Aspecto social.

2. Aspecto moral.

3. Aspecto religioso. (Este último añadido por nosotros)

Todos estos factores influyen, en un momento o en otro, en la evolución de la personalidad. Todos ellos, motores, sensoriales, psicológicos o sociales, son por igual importantes en la evolución del niño (2, 3, 6, 10, 14, 16, 17, 20, 21): de aquí lo incorrecto y peligroso que resulta intentar aislar, en técnica rehabilitadora, a niños minusválidos motores, minusválidos sensoriales y minusválidos mentales, como algunos intentan. El niño deficiente no es "subnormal" cuando psíquico ni "minusválido" cuando físico, sino subnormal, o minusválido (o discapacitado, como preferimos decir) mental o físico. Las diferencias en la rehabilitación de uno y otro son, a lo sumo, de matiz, como hemos mostrado en nuestras investigaciones sobre parálisis cerebral. Con sus desplazamientos, sus experiencias, sus fantasmas y sus juegos, el niño va desarrollando su cuerpo, su inteligencia, su personalidad toda, hasta ser capaz de crear pensamiento productivo, es decir, de resolver problemas y extraer conclusiones (6). El niño se liga primero a su entorno a través de la emoción (Wallon, 21). Después, esta unión se hace por la imitación y el afán de incorporación a la vida adulta, impulsos que derivan de la necesidad de cumplir los objetivos sociológico e intelectual (17). Darrow y Van Allen (3) describen cuatro tipos de actividad a lo largo de este aprendizaje: 1, investigar; 2, organizar; 3, crear; 4, comunicar. La clave, la puerta de entrada a todo el proceso, se halla en 1. Si el niño no puede investigar, como les sucede a la mayor parte de los discapacitados congénitos, la solución se halla en exagerar a otros niveles, fundamentalmente el 3 y el 4.

De este modo, el niño miente, inventa, incluso cuando comunica. Pero, lo hemos dicho otras veces, la comunicabilidad es seguramente la meta y la esencia del ser humano. Tal vez lo más terrible para el que acaba de morir sea no poder expresar los pensamientos que todavía invaden su mente. Por eso hay que llegar hasta la comunicabilidad, haciendo que desemboque en ella la personalidad de cada sujeto de la forma más armónica y veraz posible. Letamendi, cuyos extraordinarios trabajos tan mal conocemos los españoles, ideó una ecuación famosa de la vida según la cual ésta es función del individuo y del cosmos, $V = f(I, C)$ (9). Cuando I se hace menor, como sucede en los inválidos, C debe ser proporcionalmente aumentado para que V mantenga un valor constante. De hecho, esto es lo que hacemos en Rehabilitación, mediante ayudas mecánicas, acoplamientos o eliminación de barreras arquitectónicas (9). Si C no es suficientemente apropiado, el inválido congénito no alcanzará el nivel vital que podría haberle correspondido si los demás hubieran sido capaces de hacerle llegar los estímulos a que con sus propios medios no es capaz de acceder. La importancia de estos estímulos para la experiencia, y por tanto la personalidad del ser humano, la marcan los hallazgos de Sherman y Key (6), indicadores de que existe un menor nivel de inteligencia en niños que viven aislados en zonas montañosas y de Hatwell (17), que demuestran que en los niños nacidos ciegos existe un retraso de tres-cuatro años en cuanto al desarrollo de su personalidad. Si en todos estos niños aumentáramos el círculo de sus posibilidades de experiencia, aceleraríamos proporcionalmente su desarrollo, que es tanto como decir que incrementaríamos su capacidad de comunicación con los demás.

Facilitar al niño minusválido que investigue, organice, cree y sobre todo, comunique, es contribuir y ayudar a que forme su propia personalidad, por intensa que sea su deficiencia, física o mental. Ahora bien, admitiendo que la fase personalística más productiva es la de comunicación con los demás, viene a resultar que la etapa más importante en la elaboración del ser humano depende de su prójimo. Por otra parte, es imposible comunicar sin, al propio tiempo, recibir comunicación. Comunicar y recibir comunicaciones es convivir y la convivencia, a veces, es cruel. El niño, para progresar, se ve obligado a introducirse en una sociedad que no siempre le facilita el acceso. Sin embargo, esta entrada en el ente complejo, comunitario de la sociedad,

es absolutamente imprescindible, puesto que con ella se cierra el ciclo evolutivo de la personalidad de cada ente individual. Veamos qué sucede cuando este momento evolutivo de la personalidad de un ser humano pasa a un primer término.

3. Su entrada, como ente aislado, en el ente social.

Para Wallon, el niño no pasa de lo individual a lo social, sino al revés. El medio social envuelve por completo al niño desde su nacimiento de forma que la fusión de éste con su contorno, puramente afectiva, es anterior a la aparición de la conciencia del "yo". Hasta los tres años no comienza en el niño la noción de sí mismo, iniciada por fin la disociación de su contorno. Lo importante, siempre según Wallon, es que, debido a la influencia del ambiente, de forma simultánea al "yo" se va estableciendo el "sub-yo" u otro, que representa precisamente la conciencia de este ambiente y de los seres humanos que rodean al niño. De este modo se van logrando de manera paralela la conciencia de sí mismo y la conciencia de la sociedad. La noción de "yo" y la noción de "sub-yo". Imbricados, de forma inseparable, ambos conceptos. Y los primeros seres humanos que rodean a cada niño, la primera sociedad ante la que se va a encontrar el nuevo ser, son los padres, de donde su enorme importancia general, que se convierte en trascendente cuando el niño es un discapacitado.

Spriesterbach (4) estuvo realizando entrevistas durante ocho años a parejas de padres de niños nacidos con fisura palatina y labio leporino y su conclusión es que el comportamiento de estos padres viene en general marcado por el tipo de reacción (rechazo, asco, lástima, cólera) que han tenido en su primer contacto con el recién nacido, al conocer la situación.

En general, imperan las reacciones de egoísmo. Es lo que Ponces Vergé llama "los padres felices" (18), orgullosos y satisfechos de sus hijos únicamente cuando todo va bien y no hay problemas. Pero los padres son clave en la pedagogía social de cada niño, y ello nos lleva de nuevo a la idea de lo mucho que depende de los demás el sujeto inválido y mucho más si esta invalidez es congénita. Es lógico que cada padre espere lo mejor de y para su hijo, que anhele, casi sin confesarlo, que sea capaz de alcanzar los triunfos con que él soñó y de los que se quedó tan lejos; y es lógico que esta situación, emparentada con la propia noción de fracaso y de deseos de reivindicación, se mantenga en el sentir general durante siglos. De aquí nace la ocultación del inválido, que es ocultación de una nueva frustración y un nuevo fracaso, y que es, a la vez, temor de la opinión ajena. Esta ocultación es apartamiento y este apartamiento ha trascendido incluso hasta el legislador. Aún existe el requisito legal de "no padecer defecto físico" para acceder a gran número de puestos de trabajo. Defecto "físico", no "mental", lo que siempre me ha hecho pensar que este impedimento legal se halla tal vez enraizado en la idea oficial de que el pensar no ha tenido nunca mucho predicamento entre nuestros trabajadores y técnicos.

Ahora bien, las invenciones del niño son ensayos de situaciones figuradas, pero derivan de los estímulos y experiencias recibidos de su medio ambiente, como hemos podido comprobar en parálisis cerebrales y hoy día, qué duda cabe, la riqueza de estímulos que le llegan al niño a través de televisión, cinematógrafo, medios audiovisuales de enseñanza, etc., es incomparablemente mayor a la que alcanzaba a los niños de épocas pretéritas. El niño actual ve y oye más cosas y cree entender más cosas y hasta alcanza antes la etapa suprema de la comunicabilidad. Pero no le entienden. El comunicante necesita del comunicado, y si éste falla se rompe la relación. Aquél se convierte en una emisora radiando en un mundo desierto o dormido y no lo resiste. Tal vez aquí se halle una de las claves del modo de comportarse de la juventud actual; tal vez aquí exista una explicación del eterno fenómeno llamado lucha de generaciones. Porque también sucede al revés, que lo que el adulto defiende no es comprendido por los jóvenes. La comunicación se hace sólo entre los que son similares, y así se explica que surjan grupos, sectas, razas, partidos, con un lenguaje y, sobre todo, un ideal, comunes.

En el otro polo de estas situaciones de rechazo y de no entendimiento se hallan las situaciones de hiperprotección del minusválido, tan certeramente expresadas en los cuentos de Ana María Matute. Así la idea de limosna, que crea la mendicidad profesional, lastre tremendo

para el progreso de la Rehabilitación, sobre todo por el indudable contenido de buena voluntad que la costumbre de la limosna posee entre nosotros. Así también el niño que trata de ser compensado de su deficiencia con la limosna de no enseñarle a valerse por sí mismo. Hiperprotección, en todos los casos, casi trágica desde el punto de vista humanístico. Porque el hiperprotegido sí que no evoluciona personalísticamente, sí que se encuentra con que su personalidad va a quedar anclada, salvo que surja el propio rechazo hacia una sociedad que le impide su propia evolución, y la huida, como única salida, de la misma. con lo cual volvemos de nuevo, bajo otro ángulo de enfoque, al problema de la juventud actual.

Todos estos fenómenos de rechazo y apartamiento dan a su vez origen a la creación de agrupaciones y comunidades que, como las antiguas de mendigos profesionales, son muchas veces fuente de delincuencia. Según Panken (20), delinquen en Estados Unidos el 5 por 100 de los menores de dieciocho años. Sólo una mínima parte de ellos son discapacitados, físicos o mentales. ¿Por qué es esto? ¿Por qué estas comunidades de jóvenes delincuentes también los rechazan?. En este último caso, ¿por qué no forman ellos sus propias comunidades delincuentes?. Esto ha sucedido sin duda en el pasado y tenemos constancia literaria de ello en Cervantes, en Víctor Hugo, en Eugenie Sué, en Salillas o, sobre todo, en Mateo Alemán. Hoy, sólo es fantasía, como la que refiere Ernesto Sábato en su libro "Sobre héroes y tumbas", según la cual (19) los ciegos de todo el mundo forman una compacta masonería regida por cuatro jerarcas que habitan en una zona de los Pirineos. Los ciegos congénitos son precisamente los que dominan a aquellos que perdieron la vista, y así de los cuatro jerarcas tres son ciegos de nacimiento y sólo uno, el antiguo jinete milanés, lo es posteriormente. Se me ocurre pensar que la escasez actual de delincuencia entre los inválidos se debe a que, por fin, tienen algo mejor que hacer, y este algo es una lucha directa, hombre a hombre, con los no inválidos, para conquistar un puesto de trabajo junto a ellos. Cada uno alcanzamos un nivel diferente, casi siempre el nivel que nos merecemos; pero no siempre. Hay quienes, a pesar de su franca insuficiencia en relación con los demás, alcanzan niveles muy altos en sociedad porque no aparentan o aparentan muy poco su insuficiencia. Hasta ahora, la sociedad ha caído siempre sobre los que sí que aparentan un tipo u otro de insuficiencia. La aceptación, que hoy día se está cumpliendo en el mundo entero, de los inválidos es una sublimación de la humanidad actual que todavía no ha terminado y los interesados se hallan ahora unidos en esta batalla contra la discriminación. Una vez ganada, sin duda, una vez establecidos todos los diferentes aspectos de la Rehabilitación, el niño minusválido no sólo no encontrará dificultades, sino que tendrá todo tipo de ayudas para cumplir su evolución psicofísica.

Nos hemos esforzado por resaltar, en un espacio muy breve, los rasgos más fundamentales del paciente que nace con algún tipo de malformación, siguiendo para ello un criterio evolutivo. De todo lo dicho se desprende que entran siempre en juego, necesariamente, dos factores, los dos factores de la ecuación letamendiana: Individuo y Cosmos. Individuo y Sociedad. Individuo y Entorno. Cada uno de ellos tiene importantes misiones que cumplir para el bien general. A la sociedad hay que hacerle comprender que tiene ante sí a un ser distinto, marcado por circunstancias vivenciales diferentes a las habituales, pero con un compromiso que cumplir. Si esta persona, como ahora sucede ya, acepta este compromiso, surge una impaciencia que le obliga a acciones y posturas, a veces, falsas o forzadas o irreales. Solamente cabe ofrecerle ayuda y, sobre todo, comprensión. Howard Rusk (4), refiere el caso de un artillero de un B-17 durante la Segunda Guerra Mundial. Sufrió, por heridas directas y por frío, grandes destrozos en su cara. Su inquietud, tras la serie de operaciones sufridas, no era por su aspecto, sino por la reacción que pudiera tener su esposa. Hasta última hora no dejó que lo viese, e hizo que el médico la preparara previamente. La respuesta de ella fue besarle normalmente en una de sus destrozadas mejillas y asegurarle: "No te preocupes nunca por mí, querido; yo me he casado con un hombre y no con un rostro". Aceptación es, en efecto, la palabra más apropiada cuando el problema está referido a un discapacitado adulto, pero ante un niño, como sucede en todos los

casos con los deficientes congénitos, la responsabilidad de la sociedad se hace no sólo mucho mas amplia, sino infinitamente más matizada. Vendría a ser como el intento hegeliano de convertir a la Filosofía en Sabiduría y no en Amor a la Sabiduría simplemente.

Al individuo, al individuo discapacitado, habría que pedirle suficiente noción de realidad, sin que ello signifique que tenga que renunciar a su propia fantasía. “De lo que pierdes —dice Ramon Llull en el “Libre dels Mil Proverbis” (12)— consuélate con lo que te queda”, y también ofrece una clave el filósofo mallorquín en este mismo libro al afirmar que “la perseverancia requiere que muchas virtudes le sean amigas”. Hay que pedirle, además, confianza en sus semejantes y buena voluntad para saber aceptar el reto de desconfianza que le lanzan y responder a él, demostrando entre todos su propia capacidad. Tal vez la Rehabilitación hubiera eclosionado antes en la historia del mundo si los discapacitados se hubieran mostrado en algún momento dispuestos a luchar por un puesto en la sociedad en lugar de rendirse ante fáciles señuelos. Acaso, también, si hoy día ha aparecido al fin una forma humanística, holística, de Medicina de Invalidez se deba a que los discapacitados se hallan, en el momento actual, dispuestos a esta lucha contra lo negativo. Parece necesario informar que la Asociación Nacional de Inválidos Civiles (ANIC), en su lucha contra el sentido peyorativo de la palabra “inválido”, es decir, “nulo y sin valor”, ha conseguido de la Real Academia una importante enmienda, que figura en la edición 19ª del Diccionario: “Dícese de la persona que adolece de un defecto físico o mental, ya sea congénito, ya adquirido, el cual le impide o dificulta alguna de sus actividades”.

Pero con el niño, protagonista supremo e impresionante de este tema, las cosas no pueden ser iguales. Su responsabilidad, mucho menor, acrecienta la responsabilidad de los demás. Seguramente hay que tratar al niño discapacitado como a todos los demás niños, pero es indudable que existirán diferencias, derivadas del tipo de proceso invalidante sobre todo, que obligarán a buscar matices en el trato, en el comportamiento, en el sistema educativo. Estos matices, forzosamente, los hemos de poner nosotros. Y para ello nos hemos de molestar antes en descubrirlos. De esta forma, posiblemente terminemos con esa inquietud, que comentábamos al principio de este trabajo, mostrada por el niño inválido al transformarse en adulto. Posiblemente consigamos que no sienta temor o escrúpulo en integrarse con aquellos que claramente le han indicado no ser sus semejantes, porque esta indicación nunca haya tenido lugar. El niño no se puede defender más que cuando llega a adulto y su defensa es temer y apartarse de lo que representan aquellos que le rechazaron, pero la culpa de su reacción está en éstos.

Lo importante reside seguramente en que el niño rechaza, y aún ataca, solamente cuando deja de ser niño, no antes. Ese antes está en nuestras manos. Si lo encauzamos bien cerraremos el paso a toda posible reacción negativa; que, como dijo Cervantes: “los males que no tienen fuerzas para acabar la vida no la han de tener para acabar la paciencia”. Intentar que así suceda es obligación ineludible de la humanidad actual, con el fin de evitar la pérdida de un potencial de increíble magnitud.

Bibliografía

1. ALLPORT, G. W.: “Personality. A psychological Interpretation”. H. Holt. Nueva York, 1937. En 1963 edita Allport una especie de revisión de este libro, titulada “Pattern and Growth in Personality”, que en 1966 fue publicada en español por la editorial Herder, de Barcelona.
2. CRATTY, B. J.: “Movement Behavior & Motor Learning”. Lea & Febiger. Filadelfia, 1967.
3. DARROW, F. y VAN ALLEN, R.: “Actividades para el aprendizaje creador”. Biblioteca del Educador Contemporáneo. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1965.

4. "Facial Disfigurement. A Rehabilitation Problem". United States Department of Health Education and Welfare. U. S. Government Printing Office, 1966, 780.629.
5. GARRET, J. F., y LEVINE, E. S.: "Psychological Practices with the Physically Disabled". Columbia University Press. Nueva York, 1962.
6. GOODENOUGH, F. L. M., y otros: "La inteligencia del niño pequeño". Biblioteca del Educador Contemporáneo. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1965.
7. "Handicapped and their Rehabilitation, The -". Editado por H. A. Pattison. Charles C. Thomas, Springfield. Illinois, 1957.
8. HERNANDEZ GOMEZ, R.: "La fantasía y el niño minusválido". Del libro "La fantasía y el niño", de A. Garzón. Edit. Doncel. (En prensa).
9. HERNANDEZ GOMEZ, R.: "Teoría de la enseñanza en Rehabilitación". Rev. Iberoam. de Rehabil. Méd., vol. III, num. 1, enero 1971, Pág. 27.
10. KAHN, J. H.: "Psicobiología evolutiva". Ediciones Morata. Madrid, 1967.
11. KELLER, H.: "Anne Sullivan Macy". Los libros del Mirasol, Buenos Aires, 1964.
12. LULIO, R.: "Libro de los Proverbios". Nueva Bibliot. Filosóf. Espasa Calpe. Madrid, 1933.
13. MATUTE, A. M.: "Los niños tontos". Ediciones Arión. Madrid 1957.
14. MERANI, A. L.: "Del niño al hombre social". Edit. Nueva Visión. Buenos Aires, 1957.
15. MIRA y LOPEZ, E.: "Problemas psicológicos actuales". El Ateneo. Buenos Aires, 1960.
16. OVERTON, R. K.: "Psicofisiología del pensamiento y de la acción". Biblioteca del Hombre Contemporáneo. Edit. Paidós. Buenos Aires, 1966.
17. PIAGET, J.: "Psicología y pedagogía". Ediciones Ariel. Barcelona, 1969.
18. PONCES VERGÉ, J.: "Trato familiar del subnormal". Libros Guía Arimany. Editorial Miguel Arimany. Barcelona, 1970.
19. SABATO, E.: "Sobre héroes y tumbas". Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1970.
20. WALLIN, J. E. W., y otros: "El niño deficiente físico, mental y emocional". Biblioteca del Educador Contemporáneo. Editorial Paidós. Buenos Aires, 1965.
21. WALLON, H.: "Estudios sobre psicología genética de la personalidad". Biblioteca Ciencias del Hombre. Edit. Lautaro. Buenos Aires, 1965.

III-6 EL MINUSVALIDO, REALIDAD Y PENUMBRA.

Se publicó en el num. 55 de MINUSVAL, de Mayo de 1987. Fue una especie de presentación de la serie monográfica emprendida por la revista para analizar a las personas inmersas en cada una de las minusvalías específicas.

EL MINUSVALIDO, REALIDAD Y PENUMBRA

“¿Para quién me creasteis? ¿A imagen de quién me modelasteis? Siento que me invade la ira, la violencia, el azote de la desolación, una insolencia audaz y un empuje arrebatador”.
(Zend-Avesta)

Vivir no siempre es fácil. Suele haber obstáculos que entorpecen el camino, el tránsito hacia la meta donde la vida termina, donde el hombre se desprende de su ropaje tejido con células y se sumerge en lo desconocido. Este tránsito siempre preocupó a los seres humanos, si bien más en unas épocas que en otras. Más en ésta actual que en otras precedentes, cuando la alegría era mayor porque también lo eran la inconsciencia y la falta de inquietudes. Con las inquietudes vino al fin la indiferencia. La humanidad se cansó de estar pendiente de partes de guerra, de noticias de invasiones y catástrofes, de maniobras políticas y abandonó la historia para ocuparse de sí misma. Cae en el narcisismo, dice Vázquez Montalbán, pero es más bien en el hedonismo. Los niños ya no juegan para evolucionar. Se drogan con lo que pueden buscando el placer. Pero el placer causa la muerte o conduce hasta ella y pronto sólo queda volver al antiguo afán de morir bien. De conseguir, al menos, una “buena muerte”, diferente del temido holocausto nuclear. Es una sabiduría que se repite: “Buena muerte es buena suerte”, “Bien morir es empezar a bien vivir”. Una sabiduría que conduce a la exaltación mística: “Ven, muerte, tan escondida...”.

Todo esto ha vuelto a suceder hoy, en la época de los derechos. Se lucha ya por un “derecho a la muerte” paralelo al “derecho a la vida” y a veces el primero supera al segundo, aunque en el fondo todo es lo mismo porque nacer es comenzar a aproximarse a la muerte. Así se ha producido una gran preocupación por dar forma a leyes sobre eutanasia o aborto. El suicidio pronto será un derecho. Si en alguien se emplean esfuerzos médicos es en los ancianos, en un loable intento de mitigación. En cambio, poco se hace todavía a favor de los que tienen que seguir viviendo, aunque sea a medias, obligados muchas veces a pervivir y aún a sobrevivir. Confundidos con enfermos sin serlo, contemplando como gran parte de las ayudas que deberían corresponderles van destinadas a subvenir necesidades de otros colectivos, de modo fundamental enfermos y ancianos. Nos referimos a los discapacitados que, no obstante, están obligados a cumplir un destino sin el cual la muerte dejaría de tener sentido, ni como tránsito, ni como reposo. Conceptos tales que el libre albedrío o el Juicio Universal se diluyen. La resurrección de la carne sería un contrasentido porque significaría repetir el fracaso.

El destino del hombre, de todos los hombres, ha de ser cumplido porque ello representa la justificación de su vivir. Antes de que este destino se cumpla no cabe ningún derecho a la muerte. Se dice que Alejandro Magno y Helena Petrovna Blavatski fueron los únicos seres que, sufriendo en su infancia una herida en el corazón no murieron porque tenían un alto destino que cubrir. Al discapacitado no le corresponde tampoco la muerte en vida del olvido legalizado porque tiene también un destino que cumplir, un destino que justifique su existencia. Es preciso hacerle su tarea más asequible para que, obteniendo la calidad de vida precisa, pueda cumplir su misión de nacido en el mundo de los vivos. Para ello deben ser coincidentes, idénticos, los puntos de vista de los discapacitados y de los que, al menos oficialmente, no lo son. Ello obliga a llegar a lo profundo del problema, que consiste en comprender el contenido vital que encierra cada individuo humano, discapacitado o no. En llegar al entendimiento de un individuo hacia otro, que se basa a la vez en el apoyo y en el egoísmo, el respeto y el rechazo, la aceptación y la crítica, la admiración y el desprecio, sobre un mosaico de ambivalencias que, bien jugadas, constituyen la base de la convivencia.

Esto induce a ocuparse del individuo, de cada mismidad y sus contradicciones. A efectuar un análisis del ser que está obligado a vivir tenga una discapacidad u otra o ninguna. Porque es el individuo, la célula de ese cuerpo gigante llamado humanidad, quien va a ser contemplado a lo largo de una serie de números de MINUSVAL. Los matices de discapacidad ofrecerán fisonomía pero será el individuo humano, siempre, el protagonista. Cada forma de ser minusválido, cada forma de ser hombre, será tratada antes o después. Se ha elegido al parapléjico para el primer enfoque de un individuo discapacitado, porque había que empezar por alguien y no por otras razones. Ciegos, sordos, amputados, oligofrénicos, paráliticos cerebrales, seguirán en el futuro. Siempre atendiendo a la comprensión de los diferentes matices de cada entidad individual, genérica.

Premisas básicas

Este escrito previo pretende servir de introducción general de todos los sucesivos estudios. Vamos a matizar en él algunos hechos comunes que puedan servir ante todos y cada uno de los supuestos elegidos. Analizaremos los factores de coincidencia en el seno de dos apartados fundamentales: A. Premisas básicas en relación con la discapacidad. B. La discapacidad como entidad situacional.

A. Premisas básicas del vivir en situación de discapacidad

Es necesario analizar una serie de factores. Son los siguientes:

1. Factor persona individualizada.

Representa la esencia de cada individuo con todas sus dicciones, adicciones y contradicciones. Ser persona es tener identidad entre los demás. Poseer todo lo esencial y todo lo accesorio de la entidad "individuo". Lo cual no significa apartarse de los otros ni, mucho menos, ser distinto. Sólo matices nos separan del prójimo y estos matices pueden acrecentar su interés hacia nosotros y el nuestro hacia él. Todos los humanos tenemos similares apetencias, inclinaciones, instintos, ansias de sobresalir. Sólo los niños varían en algo sus ilusiones y por eso son diferentes. Los niños y algunos minusválidos, que se consideran o son considerados personas distintas y por eso se automienten, como hacen los niños. Todo ello se cura, desde el enfoque individual, acoplando aptitudes y logros.

2. Factor persona inmersa en un entorno de actuación

Este entorno de actuación del individuo discapacitado puede ser la familia, la escuela, el círculo de amistades, el puesto de trabajo, es lo mismo. Actuamos, nos comportamos, trabajamos siempre para nosotros mismos o para nuestro ideal, siendo lo último lo más noble. Por eso el ideal de cada uno, cuando no es de agresión o peligro para los otros, debe ser respetado o al menos tolerado por ellos. Es una cadena que nos enlaza a cada uno de nosotros.

3. Factor persona inmersa en un entorno de convivencia

Las dificultades son mayores aquí para el individuo porque sus propias apetencias no deben chocar con las de los demás, ya individualizados también, lo cual no siempre es posible. El que no existan ni amos ni esclavos no pasa a veces de ser otro ideal. Conseguir un factor común que aglutine los afanes de todos los seres humanos es en ocasiones una entelequia, aunque este factor común no puede ser sino el trabajo. Es el único que concede sentido, lo hemos dicho muchas veces, a la idea de sociedad.

Esta unión de todos a través del factor común del trabajo tiene el inconveniente de que no todos somos aptos para el mismo o equivalente tipo de trabajo y se hace necesario aceptar la norma de que cada individuo trabaje en la medida y posibilidades que sus aptitudes le consientan.

Siendo, cada uno de nosotros, complemento de los demás. El mosaico de ambivalencias que comporta la convivencia se difumina en la búsqueda de un ideal común. Tal vez, si el término es posible, fuera mejor hablar de "convivencia". Convivir, es decir, vivir al unísono, buscando, más que un ideal común, lo que de común puede haber en todos los ideales.

4. Factor persona individualizada con dificultades para vivir

No por estar enfermo o ser anciano o niño, que son otras cosas, sino por esa circunstancia vital llamada discapacidad. El individuo que la posee precisa de un apoyo lógico y ordenado que no tiene por qué estar limitado a lo económico. El proceso rehabilitador y todo el equipo cuyos miembros colaboran, codo con codo, a que este proceso se cumpla, tienen desde ese punto de vista su más plena vigencia y su justificación.

B. La discapacidad como situación

Los términos situación, situacional, definen bien una de las características fundamentales de la minusvalía: la de su estabilidad. Es una situación con tendencia a mantenerse, a veces durante toda la vida, al contrario de lo que normalmente sucede en la enfermedad y la lesión y, sobre todo, la ancianidad o la infancia. El sujeto inmerso en la situación minusvalía y su prójimo juegan también aquí papeles conjuntos en una representación que atañe a todos, pero el primero puede menos que el segundo. La tarea compete más en este apartado a los seres que rodean al minusválido que a este mismo. De aquí la importancia que tiene el que cada situación sea perfectamente comprendida por la humanidad no minusválida. Analizaremos los aspectos más importantes de esta necesaria comprensión.

1. Formas de minusvalía

Debemos aceptar la norma de que para clasificar los diferentes modos posibles de ser minusválido es preciso recurrir a la ordenación de factores que integran la personalidad humana. Recordemos la clasificación que, sobre esta base, hemos propuesto otras veces.

A. Minusvalías esenciales o fundamentales. Según la faceta personalística alterada de modo primordial se producen las siguientes:

Minusvalías sensoriales. Afectan a los factores captativos de la personalidad.

Minusvalías mentales. Crean detrimento en los factores ideativos de la misma.

Minusvalías expresivas. La afectación está instaurada en el núcleo de lo manifestativo, vertiente expresiva o de comunicación.

Minusvalías motóricas. La función alterada es la manifestativa de relación y atañe especialmente a las diversas estructuras del aparato locomotor.

Minusvalías mixtas. Este grupo, muy numeroso, comprende afectaciones múltiples o por lo menos de más de uno de los sistemas básicos. Por ejemplo, en la parálisis cerebral puede haber afectación mental, expresiva, motora e incluso sensorial.

B. Minusvalías intermedias. La fisonomía de los factores de discapacidad es menos nítida. Con frecuencia se producen etapas de enfermedad que alternan o se superponen con las de minusvalía. Ello crea los conocidos problemas de valoración al especialista en Medicina rehabilitadora. La minusvalía es siempre valorable. La enfermedad no. El poder determinar los matices diferenciales entre una y otra, exige gran experiencia en el mundo de la Medicina de minusválidos y minusvalías. Cabe encerrar en este grupo las minusvalías respiratorias, circulatorias, cardíacas y metabólicas.

C. Minusvalías sociales. Son aquellos cuadros que derivan de una defectuosa comprensión del individuo discapacitado por parte de quienes le rodean. La evolución personalística del interesado no se lleva a cabo, yugulada por el ambiente. Especialmente claro es el síndrome de oligofrenia social, ya descrito en otras ocasiones.

2. Afectación del individuo

En todos los casos, cualquiera que sea la forma imperante de discapacidad el individuo se ve afectado holísticamente, en su persona toda. En sí mismo y en el entorno en que ha de desenvolverse. Muchos matices de comportamiento quedan así aclarados y sirva esto más de explicación que de justificación.

De aquí se deduce que hay que atender simultáneamente los problemas del individuo y los del entorno. Que, en más o en menos, en un momento evolutivo u otro, hay que efectuar acciones terapéuticas, tanto en el individuo como en su entorno y ello es válido, no sólo en Medicina rehabilitadora, sino también en el resto de especialidades cuyo conjunto integra el proceso rehabilitador.

3. Núcleo doctrinal

Lo mismo que se estudia al enfermo o al anciano hay que estudiar al minusválido si lo que se pretende es ayudarlo. El que además haya que estudiarlo en función de su entorno convierte la labor médicorrehabilitadora en más compleja que la correspondiente a Geriatria, Patología o Cirugía, más limitadas en sus acciones. Pero además, todas las especialidades cuentan ya con conocimientos, libros de consulta, experiencia a veces de siglos, y todo ello hay que empezar por crearlo en Medicina rehabilitadora. Por eso es tan lento el avance, en ella y en el resto de las facetas de atención al minusválido. Y, sin embargo, es necesario este avance. Pocas conquistas sociológicas pueden hacer los discapacitados si los que están llamados a ayudarles no son capaces de estudiar en profundidad los problemas que les atañen.

Para acelerar estas conquistas y este conocimiento de un ser humano especial, el ser humano minusválido, el INSERSO va a desarrollar una serie de estudios a través de las páginas de MINUSVAL. No se va a tratar en ellos de la minusvalía sino del minusválido. Las situaciones serán sólo analizadas en función de la persona. Será una forma de conseguir que nadie tenga que pedirle cuentas a nadie. Que ningún ser humano se vea en la obligación de reclamar. Que la igualdad de ser y sentirse humanos se manifieste por fin con toda su grandeza.

III-7 GIMNASIA Y DEPORTE COMO DERECHO. PUNTO8 DE VISTA SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA RECUPERACION PSICOFISICA DE LOS INVALIDOS.

Aportación al I Congreso Nacional de Medicina de la Educación Física y el Deporte en las edades de la enseñanza. - Madrid, Enero 1970. Publicado en 1970. Pags. 343-345.

GIMNASIA Y DEPORTE COMO DERECHO. PUNTOS DE VISTA SOBRE ALGUNOS ASPECTOS DE LA RECUPERACION PSICOFISICA DE LOS INVALIDOS.

Comenzaremos por una anécdota. Una anécdota intuida, porque ninguna señal pudo llegar a nosotros de aquel sucedido. Hubo un hombre, allá en la remota Prehistoria, que pretendía pintar un bisonte en la pared de una cueva, sin conseguirlo, por más que lo intentaba. De pronto, al volverse, vio que, en otra parte de la misma cueva, otro hombre plasmaba, con sorprendente facilidad, un bisonte lleno de vida y de movimiento. El primer hombre sintió dentro algo muy raro y, casi sin saber lo que hacía, tomó su maza y golpeó salvajemente el cráneo de su compañero, destrozándolo. Después, febrilmente, machacó y emborronó sobre la roca hasta destruir la imagen que el otro había conseguido. De aquellos dos hombres la posteridad nunca supo ni recibió nada. La situación, sin embargo, pudo tener otro final. El primer hombre pudo "dirigirse" al segundo para que este le enseñase la forma de conseguir una pintura como la suya, es decir, para que le "rigiese" en la confección de la misma. Con ello aceptaba una "dirección" y, por tanto,

recababa un "derecho" u opción a ser dirigido, manteniendo su propia dignidad, con lo cual concedía a su vez al otro su respectivo derecho, capacidad o disposición para comunicar su pensamiento y su habilidad.

Han tenido que pasar siglos, sin embargo, para que esta segunda situación tomase forma. Para que el hombre admitiera que el "derecho" era un bien común, perteneciente a todos, representante de un beneficio recíproco de cada individuo para todos los demás y de los demás para con cada individuo. Independientemente, y esto es quizá la conquista más importante de la humanidad actual, de los atributos somáticos o psíquicos de estas individualidades aisladas. Independientemente de que se trate de personas, como suele decirse, "inválidas".

La idea de que el hombre — todos los hombres — poseen unas obligaciones y unos derechos, se encuentra en las filosofías y religiones más antiguas de la humanidad, pero solo cristaliza de modo efectivo el 10 de Diciembre de 1948, fecha en la que hicieron las Naciones Unidas la Declaración Universal de los Derechos Humanos. En esta Declaración, así como en los Pactos Internacionales aprobados el 16 de Diciembre de 1966, se recogen cuantas situaciones de derecho corresponden al ser humano por el simple hecho de serlo, "sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición". Implícitamente están aquí comprendidos los inválidos, pero nuestra intención no es demostrar esto, ni su derecho al trabajo, reconocido en el apartado 3 del artículo 23. Nuestra idea es la de que todos los hombres y, por supuesto, los minusválidos, tienen derecho a realizar un deporte si tal es su inclinación. Este derecho se halla esbozado en el artículo 24 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, que admite que toda persona tiene derecho "al disfrute del tiempo libre" y en el 26, que reconoce que "toda persona tiene derecho a la educación". Educación mental, pero también física y deportiva. Lo indica claramente el apartado 2 del mismo artículo 26, según el cual "la educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana". Y el artículo 27, que admite el derecho "a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten".

Estos beneficios científicos son, para el inválido, los que viene a traerle la especialidad de Rehabilitación. Con ella han cambiado conceptos ancestrales. El discapacitado no solamente puede y debe incorporarse a la sociedad sino que ha de trabajar para conseguir su sustento. Tiene derecho a ello y tiene, también, derecho a hacer deporte y a participar competitivamente, si así le place. Antes, el concepto era conseguir, con la gimnasia o el deporte, unos efectos terapéuticos directos. La Rehabilitación ha logrado que ya no se usen apenas denominaciones como "deporte terapéutico", "gimnasia terapéutica" o similares. Y dejarán de utilizarse, del todo porque el deporte, la gimnasia, son un derecho inalienable de todos los hombres, aunque estén disminuidos en su capacidad. El conseguir esto ha sido, sin duda, el triunfo más hermoso de la humanidad de nuestros días.

Un ejemplo claro entre nosotros de este importante cambio conceptual lo tenemos en la creación, en 1968, de la Federación Española de Deportes para Minusválidos que cuenta actualmente con 7 Delegaciones Provinciales y 300 licencias. En el pasado año, en los XXI Juegos Internacionales de Stoke-Mandeville, nuestros representantes consiguieron una medalla de oro, en slalom, y 3 de plata y 4 de bronce en natación, entre 453 deportistas discapacitados de 26 países. En Octubre pasado se celebraron los I Juegos Nacionales en Madrid y compitieron atletas minusválidos de Centros de Rehabilitación de Barcelona y de Sevilla. En este año de 1970 se celebrarán los Juegos Mundiales en Saint Etienne, Francia y en 1971 en Stoke-Mandeville, Inglaterra, cuna de esta forma importante y conmovedora de humanismo.

El discapacitado, mental o somático, es, como decía Freud, "un hombre en general". Sus derechos son idénticos a los que posee cualquier otro hombre. Lo mismo que fomentamos y defendemos el derecho al trabajo de todos los discapacitados debemos defender su derecho al

deporte, a la gimnasia, a la educación física. Para darles poesía, que es, como dijo Unamuno, "consuelo de la vida".

Y para concluir, otra posible anécdota. Una anécdota que también hemos intuido pero que llega a nosotros envuelta en la esperanza que nos sacude desde todas las partes del mundo. Un hombre, avanzando en su silla de ruedas, porta la antorcha olímpica. Unos escalones, insalvables para él, le separan de la meta. Otro hombre, un corredor, tomando de sus manos la antorcha, la sube hasta arriba y hace brillar la llama. Los nombres de los dos atletas, junto a los de sus demás compañeros, quedaron inscritos para siempre en el libro inmortal del deporte.

IV EN EL ESPACIO Y EN EL TIEMPO

M-I LA ESCOLIOSIS DE LA DUQUESA CAYETANA.

Comunicación presentada a la II Reunión de la Sociedad Española de Médicos Escritores, celebrada en Mérida en Mayo de 1975. Publicada en Ediciones Roche, 1976.

LA ESCOLIOSIS DE LA DUQUESA CAYETANA

I

El día 17 de noviembre de 1945, a instancias del entonces Duque de Alba, se reunieron en la antigua Sacramental de San Isidro de Madrid los doctores Blanco Soler, Piga Pascual y Pérez de Petinto, para proceder a la exhumación y estudio de los restos de la Duquesa María del Pilar, Teresa, Cayetana de Alba, fallecida en 1802. La Duquesa había recibido 27 nombres en su bautizo, pero sólo con uno de estos nombres, el de Cayetana, iba a pasar a la inmortalidad. La leyenda apuntaba, ya desde la opinión del mismo Carlos IV, hacia una muerte por envenenamiento ordenada por sus enemigos políticos e incluso, tal vez, por la propia Reina María Luisa. Las leyendas, como las mentiras piadosas, se justifican por su belleza, más que por su veracidad. En realidad, indican, en general, la ausencia de una veracidad contrastada. Cuando no se tiene una idea clara sobre aquello que ya se fue se tiende a poetizar sobre aquello que pudo ser. Otras leyendas habían ido surgiendo al socaire de la enemistad existente entre la Reina y la Duquesa de Alba, enemistad que seguramente no pasó más allá de una femenil rivalidad. Casi una red de leyendas envuelve precisamente la vida del hombre más entero y más íntegro de aquella época de caos: D. Francisco de Goya y Lucientes.

La leyenda adorna las circunstancias auténticas de la Duquesa Cayetana, las de D. Francisco de Goya y, como en cierto modo parece lógico, las de las relaciones y convivencia entre ambos. Facilitará en gran forma nuestro trabajo detenernos someramente en cada uno de estos aspectos.

Seguramente, como dice BERUETE, la Duquesa de Alba no pasó de ser "una modernista de su tiempo", mal comprendida y peor interpretada. Su leyenda alcanza así cimas indescriptibles, sublimadas en su novela por Dominique AUBIER. De esta Duquesa ardiente, enamoradiza, amiga de andar mezclada con majos y toreros, tonadillera, maja y orgullosa, a pesar de ello, de su alcurnia, rival ante el pueblo de la Duquesa de Osuna y conspiradora contra la Reina y contra Godoy, solamente nos interesa comentar ahora lo que se refiere a su pretendida muerte por envenenamiento, parte esencial y sobrecogedora del núcleo de su leyenda. Copiamos de "La Duquesa de Alba y su tiempo", de Blanco Soler, Piga Pascual y Pérez de Petinto:

"La muerte resulta sospechosa por la misma brevedad de su proceso morboso y por la calidad secreta de su entierro. Y esta duda alcanza al mismo Trono. Así llega a escribir el Rey a Godoy: 'Palacio y julio 30 de 1802. —Nada más escrupuloso que el Juzgado de las cosas propias a

cada individuo, y mi conciencia no estaría tranquila si la confianza que tengo por repetidas pruebas de tu lealtad y amor a mi persona, tu austeridad en el cumplimiento de los preceptos que nos impone nuestra sagrada religión no me relevase de una dificultad que como incidente ha producido la testamentaria de la Duquesa de Alba; sospechando yo de la rectitud de los facultativos que la asistieron en su enfermedad, mandé indagar si la muerte fue por causa natural y resultado de su enfermedad... El alcalde... ha podido averiguar que por criados desleales se habían sustraído papeles de la caja de la Duquesa en el momento que expiró; ...Así pues, te encargo esta diligencia; desempeñala como te parezca conviene a mi dignidad y decoro... Fío a tu celo acreditado—. Carlos. Al Príncipe de la Paz”.

En el mismo libro se cita la correspondencia entre los esposos HUMBOLDT, en que se da por sentado el envenenamiento. La leyenda pasa a ser tradición y esto mueve al Duque de Alba en 1945 a ordenar la exhumación de los restos de su noble antecesora en la titularidad de la Casa de Alba. Máxime cuando el nombre de la Reina María Luisa se hallaba involucrado en los entresijos de la tradición, mantenida incluso hasta nuestros días. (LASSAIGNE, en la edición Skira de pintura española, año 1952, dice textualmente: "...se habla de un envenenamiento en el que tendrían algo que ver los celos de la Reina", al citar la "misteriosa muerte" de la Duquesa Cayetana).

En cuanto a la "leyenda de Goya", (en frase de ORTEGA Y GASSET), ha alcanzado proporciones gigantescas, resultando abrumador el conjunto de hechos que se han inventado sobre su vida. Si ésta no hubiera sido tan intensa, si su espíritu no fuera inconmensurable, si lo real en él no fuera más asombroso que lo inventado, la leyenda de Goya hubiera llegado a sobrepasar, como habitualmente sucede, la realidad. El haber hecho a la fuerza, contra la voluntad del interesado y en sus propios salones, un retrato de Benedicto XIV, es leyenda, puesto que este Papa había muerto al menos diez años antes (1758) de que Goya llegara a Roma. El haber pintado los techos increíbles del templo del Pilar de Zaragoza y de San Antonio de la Florida es, en cambio, sorprendente realidad. Las reyertas, cuchilladas y escenas de lecho o de taberna son leyenda, creada en gran parte por José Somoza en sus "Memorias de Piedrahíta" (ORTEGA). Su técnica "de pinceladas pequeñas, que no se unen, que no se funden, con objeto de que den a la pintura una viveza y una vibración de que necesariamente tiene que carecer la pintura de pincelada amplia y larga" (BERUETE, pág. 324), utilizada en los años finales de su vida, es el origen de lo que mucho más tarde iba a ser conocido con el nombre de "impresionismo".

La unión de las figuras de Cayetana y de Goya en la leyenda era irremediable, sobre todo para los ojos de los que, sin haber vivido aquella época, se emborrachaban de romanticismo al hacer su evocación. Hay datos que parecen apuntar a ello en el "Cuaderno de Sanlúcar", en las visitas en Madrid, Sanlúcar o Piedrahíta, en el "Sólo Goya" y los anillos "Alba" "Goya" de los retratos, en los famosos "Volaverunt" y "Sueño de la mentira y la inconstancia" de que más adelante nos ocuparemos. Sin embargo, la idea de que las Majas, fundamentalmente la desnuda, hubieran sido pintadas utilizando a la Duquesa como modelo no empieza hasta 1845, por sugerencia de Louis VIARDOT, como indican GASSIER y WILSON en su edición de Goya (pág. 152). La mayor parte de los autores, nacionales o extranjeros, acogen pronto esta opinión, algunos, como MAYER, con relativa prudencia, otros, como BAUDELAIRE, GAUTIER, ALBERTI o BONMATI DE CODECIDO, con total convencimiento y alguno, como MATHERON o Ramón GOMEZ DE LA SERNA, con verdadera fruición romántica. Opiniones serenas, como las de BERUETE, ORTEGA Y GASSET y, ya en nuestros días, GASSIER y WILSON, son incapaces de influir sobre el sin duda apasionante torrente de datos legendarios e interpretaciones poético-maliciosas.

Es curioso que también los tres médicos forenses que hacen el estudio tanatológico de los restos, por cierto momificados, de la Duquesa Cayetana, caen, en definitiva, a pesar de todo, en el embrujo de la idea de la Maja-Duquesa. Porque, en efecto, uno de los matices menos

conocidos de la leyenda de las Majas de Goya es el que se refiere a la posibilidad de que aquella postura especial de la figura en el cuadro escondiera una deformidad corporal de la modelo. La Duquesa María del Pilar Teresa Cayetana de Alba presentaba, al ser exhumada, una clara escoliosis.

II

Al hacer la exhumación, el cadáver de la Duquesa Cayetana de Alba se mostraba perfectamente momificado, a pesar de que había muerto un 23 de julio, época en que el intenso calor de Madrid favorece la putrefacción. No hubo, en el estudio hecho posteriormente, signos de que se hubiera empleado algún método de embalsamamiento, lo que permitió deducir que la situación fue creada por la permanencia inicial del cadáver en la cripta de la iglesia del convento del Salvador, donde se efectuó el primer enterramiento de la Duquesa. Dato curioso es que le habían sido seccionados ambos pies por encima del tobillo, casi como en el dibujo famoso de Goya, sin duda para que cupiera en el féretro en que fue trasladada, en 1843, a la Sacramental de San Isidro. El pie derecho, por cierto, se hallaba en el féretro, junto al cadáver, pero no así el izquierdo.

El estudio tanato-toxicológico de los restos está perfectamente descrito en el libro ya citado, publicado en 1949 por BLANCO SOLER, PIGA PASCUAL y PEREZ DE PETINTO, "La Duquesa de Alba y su tiempo". Se demuestra la ausencia total de huellas de venenos, minerales o vegetales, y se analizan estado y situación de cada uno de los componentes anatómicos del cadáver. De todos los datos que ofrecen, sin embargo, el fundamental para nosotros reside en la existencia de claras lesiones específicas tuberculosas, que explican perfectamente la causa real de la muerte de la Duquesa.

En primer lugar, describen los autores huellas de una intensa pleuresía serofibrinosa, padecida, según indican, en 1792. Además, había una destrucción, también de etiología específica, del riñón izquierdo. Por último, pudieron constatar que la muerte sobrevino a consecuencia de una meningoencefalitis tuberculosa, última localización del proceso que venía padeciendo desde diez años antes. La pleuresía serofibrinosa había llegado a producir una escoliosis del tipo de las que clásicamente suelen ser denominadas toracógenas. Copiamos algunos párrafos de la descripción tanatológica:

"En la cavidad pleuropulmonar del lado izquierdo resaltan limpias en toda su extensión las costillas... Por el contrario, en contraste, la cavidad del hemitórax derecho está ocupada y en parte recubierta casi toda su pared, por tejido fibroleñoso que recubre las costillas... Es capa de un milímetro o poco menos de espesor, fino y translúcido en algunas zonas... Continuándose con esta capa llegan o salen del mismo tejido fibras, como un gran pincel, en abierto abanico, y cuyo centro viene justamente a coincidir hacia el propio tórax, al mediastino, por fuera de la columna vertebral... La columna vertebral no es simétrica ni está situada en el centro del tronco, en el plano sagital, como sucede normalmente, sino que presenta una ligera curva de marcada convexidad hacia el lado derecho... Está, por consiguiente, disminuido en amplitud el hemitórax derecho y proporcionalmente ampliado el del lado izquierdo".

La columna vertebral, por consiguiente, ofrece "una marcada escoliosis hacia el lado derecho de la región torácica y una curva opuesta, de compensación, en la región lumbar. Queda por ello inclinada la pelvis, levantada del lado derecho. En consecuencia similar, también está más alto el hombro derecho... Los cuerpos vertebrales están limpios en la región dorsal. Algo cubiertos de fibras leñosas en la región lumbosacra". Un dato de cierto interés es que, en relación con el nivel pelviano, de soporte de la viga pélvica, como diríamos ahora, "no están a la misma altura ambas

espinas ilíacas ánterosuperiores, sino que está más alta la izquierda. Esto aparece de manera más clara situando de pie a la momia." Finalmente, recogemos también el dato de que "las vértebras aparecen íntegras, con normal morfología e independientes entre sí, mantenidas en contacto por sus superficies de articulación, gracias a los leñosos restos de ligamentos y de la misma piel".

Se trataba, por tanto, de una columna vertebral sin demasiados problemas en cuanto a su misión mecánica fundamental de pie derecho cargado, al formarse una curva lumbar, en este caso compensadora de la dorsal, pero con exigencias posturales suficientes para que se hubieran creado adherencias capaces de estabilizar convenientemente el tramo lumbar y se hubiera conseguido la elevación pelviana en el lado hacia el que tendería normalmente a inclinarse la columna lumbar, apuntalándola. Es de creer, aunque los autores no citan este detalle, que la lordosis lumbar no habría aumentado gran cosa, gracias a la estabilización creada por las adherencias existentes a este nivel. En cambio la cifosis dorsal debió ser importante, al cumplirse la ley por la cual los momentos de torsión y los de flexión se hallan siempre en razón directa y no existir a este nivel otro freno que el de las semideformadas costillas, incapaces de resistir el tremendo esfuerzo tractor realizado por un tejido retráctil con fibras en "capa de un milímetro o poco menos de espesor". La descripción permite pensar que existió una gibosidad en el plano costal posterior derecho, con leve gibosidad costal anterior izquierda, bajo la mama de este lado. La gibosidad posterior derecha debió elevar ligeramente la escápula y el hombro de este lado.

De por sí, ya llama la atención que la figura, en los dos cuadros de las Majas de Goya, se halle colocada de forma tal que su hombro derecho tienda hacia una posición de mayor elevación, conseguida por la posición casi vertical del brazo, mientras el brazo izquierdo se mantiene en posición próxima a la horizontal. Esto es exactamente lo que el pintor hubiera hecho si éste hombro hubiera estado a un nivel más bajo que el izquierdo, es decir, si hubiera habido una escoliosis dorsal de convexidad contraria, hacia la izquierda. En el retrato de la Duquesa de Alba de la Hispanic Society, en efecto, la dama permanece con el brazo izquierdo en jarras, lo que permite conseguir una mayor elevación del hombro de este lado, es de suponer que para disimular la mayor altura que en aquella época debía tener ya el hombro derecho. En las Majas sucede al revés pero, además, el giro de la pelvis en relación con el tronco favorece, en lugar de disimular, la instauración de una curva lumbar de convexidad izquierda, tal como la que el cadáver de la presunta modelo tenía en realidad. Aún más, tanto la posición levantada de la cabeza como la situación en ligera flexión de las caderas y las rodillas, consiguen incrementar las curvas cifolordóticas, la de cifosis dorsal por la postura de la cabeza, la de lordosis lumbar por la anteversión pelviana. Una y otra curvas provocarían, por las razones antes expuestas, un incremento proporcional de cualquier tipo de curva escoliótica, en el caso de que ésta existiera, lo que conllevaría la adición de un nuevo factor que tendería a realzar unas deformidades del tipo de las encontradas en el cuerpo de la Duquesa Cayetana por los tres médicos forenses.

Para mayor seguridad colocamos a diversas personas en una postura similar a la que muestran la Maja vestida y la Maja desnuda en los cuadros inmortales. Las curvas del raquis siguen una dirección análoga (dorsal hacia la derecha, lumbar hacia la izquierda) a la mostrada por la columna vertebral de la Duquesa Cayetana. Lo cual significa, de manera obvia, que la postura que Goya hizo adoptar a sus Majas hubiera puesto más de manifiesto las curvas escolióticas de la Duquesa, en lugar de atenuarlas, en el caso de que esta última hubiera sido la modelo de que se sirvió en sus retratos. Porque, si bien en la posición de decúbito la columna vertebral deja de comportarse como un pie derecho cargado y se convierte en eje de transmisión o, a lo sumo, en viga de soporte transversal, las deformidades ya existentes se mantienen y un pintor tan experimentado como Goya hubiera tendido a buscar posiciones que las atenuaran, nunca que las realzasen.

La demostración parece suficientemente sólida. La modelo que Goya utilizó para pintar sus Majas no pudo ser la Duquesa Cayetana de Alba. El análisis cinesiológico muestra que, dada la deformidad raquídea sufrida por esta última durante la última etapa de su vida, la postura en que la habría colocado el pintor, para disimular las alteraciones existentes, hubiera sido exactamente la contraria a la que las dos Majas nos ofrecen. Algo importante queda, sin embargo, todavía por decir.

III

Con certeza, con absoluta certeza, la verdad, toda la verdad, se halla en la obra de Goya y, también, en el análisis razonado y desapasionado de los hechos de su vida. Vamos a intentar este camino aún a sabiendas de que resulta imposible agrupar, en tan corto espacio de tiempo, todas las sugerencias que la obra de Goya ha ofrecido a nuestra limitada observación.

El arte constituye, como el movimiento de la mano, la gesticulación facial o corporal o el lenguaje hablado o escrito, una forma técnica de comunicación. La pintura es, en gran parte, expresión, y este carácter alcanza su cima en Goya, para quien la pintura supera en riqueza expresiva a la palabra y al gesto. Toda la producción de Goya, sobre todo la de sus últimos años, expresa una verdad interior, descarnada, sin tendencia a idealismos, lo cual es manifiestamente claro en las Pinturas Negras y en todas las realizaciones de la etapa final. Expresaban "su" verdad, pero esta verdad era también una verdad absoluta, primero, porque Goya era soberanamente inteligente, segundo, porque la sordera había agudizado sus demás dotes de captación y percepción y, tercero, porque, por desgracia, acertó plenamente en sus vaticinios. Estos vaticinios eran, fundamentalmente políticos y, sin embargo, Goya fue siempre todo lo contrario a un hombre político. Ha habido quien le ha considerado republicano y ateo (POMPEY) basándose en interpretaciones de sus pinturas. Pero su simpatía por la realeza y la aristocracia es tan obvia como su respeto a la religión (POMPEY). La clave está en que él buscaba una realeza y una nobleza limpias, bienintencionadas, impuestas de sus obligaciones y como esto no era así fustigaba sus vicios como advertencia, sobre todo, del peligro que amenazaba. Del mismo modo, porque era profundamente religioso, repudiaba la corrupción existente en el seno de la Iglesia española, mostrando este repudio, a veces ferozmente. En sus cartones trasciende el amor y el respeto que sentía por el pueblo pero ello no le impidió comprender el desastre a que iban a desembocar sus gentes por culpa de la incultura, la superstición y la falta de horizontes. Y se lo dice, claramente, muchas veces. Anunciándoles lo que él veía que iba a suceder

Así, Goya nos da, ante todo, noticia real de aquella España absurda y miserable que, dando la razón al pintor, se iba a desmoronar "oficialmente" muy pronto. Para su grandeza, resulta indudable que luchó para evitar este desmoronamiento, precisamente porque fue muy español, muy religioso y muy humano. Al principio, y siempre a través de su pintura, intentó ser un reformador, idealista y, a su manera, romántico. Al ser desoído se convirtió en fustigador, acusando y condenando, para terminar en profeta, vidente anunciador de una catástrofe que no tardó en llegar.

Por ejemplo, a mí me parece que Goya nunca fue taurómaco. Por el contrario, veía en la "fiesta" cierta degradación y así lo muestra en alguno de los Caprichos, como el 77, en que una de las picas se parece a un pincel, en los Proverbios 21 y 22 y, sobre todo, en la Tauromaquia, donde el verdadero protagonista es el toro, cuya epopeya, siempre trágica, nos es genialmente contada. Como dice ORTEGA, "si pinta lo castizo es porque había dejado de ser casticista". Y porque "aquellos" era lo que veía, en su misión eterna de observador. Si cupiera encontrar en Goya alguna dosis de afrancesamiento sería en un solo sentido: El de haberse dado cuenta de que Europa, la europeización, representaba casi la única salvación para España.

Otro ejemplo es el de sus sentimientos hacia la Duquesa Cayetana de Alba. A mi modo de ver, en la consideración de Goya por la Duquesa había mucho de crítica, como la hubo también en relación con la Reina María Luisa, cuya caricaturización es fácil de adivinar en varios de los Caprichos e incluso, sorprendentemente, por la audacia que ello representaba, en los grandes retratos. Como dice MAUCLAIR, sólo la "hipócrita suficiencia" de la retratada pudo hacerle ignorar aquellas burlescas representaciones. Con la Duquesa Cayetana la crítica, contra todo lo que se ha dicho, fue menos personal de lo que lo había sido con María Luisa. Es una crítica, no de la persona, sino del símbolo que representaba a la mujer noble y, en definitiva, dado el espíritu pretendidamente popular de la Duquesa, a la mujer madrileña y a la española en general. Símbolo que también era representado, a ojos de Goya, por otras grandes damas de la época, como la Marquesa de Pontejos, la Condesa de Chinchón o D.^a Tadea Arias, y por eso los rasgos de mujeres en que Goya pretendió representar sin duda a la española, y no a la Duquesa de Alba, recuerdan, si nos fijamos, a todas ellas. Recordemos, únicamente, el Capricho 27, con los dos perritos de lanas que, con lazo o cascabel, simbolizan en la obra de Goya la feminidad y la currutaque. BLANCO SOLER aclara mucho en su estudio acerca de la personalidad psicológica de la Duquesa Cayetana: "Mujer en la que no brotó plenamente su adolescencia... Su carácter es amorfo, con un temperamento ligeramente cicloide y reacciones histeriformes de marcado tono exhibicionista que definen un complejo de inferioridad" iniciado por "la adoración por su madre"; "falta de entusiasmo erótico" y "narcisismo, que la llevará a las mayores extravagancias". Todo bien distinto a la leyenda, creada porque, como dice el propio BLANCO SOLER, "no pudiendo negar su gracia y su deliciosa desenvoltura, se ha hecho lo posible por menoscabar su fama".

Estos rasgos serían captados sin dificultad por Goya (recordemos el expresivo dibujo del perrito muerto) y, si al principio creyó encontrar el prototipo de la mujer española bien pronto se da cuenta de la verdad y pinta a la Duquesa como en realidad es. Con cejas muy espesas, como las de la Tirana; desenmascarando su falsa majeza, incapaz de tolerar la preponderancia de una maja auténtica, como en el Capricho 84; igualando su propia nobleza a la de ella, que no otra cosa pienso representan los anillos "Alba", en el dedo medio y "Goya" en el índice, del retrato de la Hispanic Society; señalando su nombre (el famoso "Sólo Goya"), lo mismo que la Reina María Luisa hace en otro retrato, como afirmación de su preponderancia como pintor único de la Corte. Los rivales, para Goya, no eran, al menos en este caso, los amorosos, sino los profesionales. Del mismo modo podríamos comentar matices existentes en otros retratos goyescos y no solamente femeninos. Por ejemplo, la firma de Goya está en el plano que lleva en la mano D. Ventura Rodríguez y en el retrato de la Marquesa de Villafranca en que ella pinta a su marido, se lee "Goya" en el brazo del sillón y "Doña María Tomasa Palafox" en la paleta que mantiene la dama.

El famoso dibujo "Sueño de la mentira y la inconstancia" es, para mí, una alegoría de la nobleza: La auténtica, que sueña Goya, y la oficial, representada en las dos mujeres, de cabeza ligera la superior (alas de mariposa, como en Volaverunt) y con el doble rostro, engañoso, tan frecuente en los Proverbios. Este doble rostro representa a la alta dama y a la plebeya, que así resultan homologadas. No es Goya, dormido, quien sujeta un brazo de la imagen superior, sino una mano de ésta la que trata de arrastrarle. Creo que es un tema similar al del dibujo 87 de los Caprichos, en que Goya aparece preso de unos blasones que tal vez le fueron prometidos, pero que él sabía opresores y perjudiciales. Es interesante, por último, la imagen del viejo con el cachirulo, cuyas facciones recuerdan las de Goya, absorto en la contemplación de una rana y una serpiente. También me parece ver una simbolización de Goya viejo en los dibujos 77 y 90 de los Caprichos. SALAS, en la edición de Gustavo Gili de los Proverbios, afirma que representa también al pintor su Saturno devorando un hijo.

En esta situación de decadencia patria, en este ambiente de engaño y falsedad, pinta Goya sus Majas, seguramente (BERUETE, GASSIER) hacia 1803. Las debió pintar obedeciendo a un

reto. Ya hubo, que sepamos, varios retos profesionales que Goya aceptó. El de Carlos III, cuando le muestra escenas de Teniers para impulsarle a crear cartones para tapices. O el de los frescos de la Florida. En esta nueva ocasión el reto se lo lanzaría Godoy, a quien agradaban los cuadros de desnudos femeninos, mostrándole la Venus del espejo, de Velázquez, que había adquirido a la muerte de la Duquesa de Alba, y, tal vez, la de Tiziano. ¿Sería Goya capaz de pintar una mujer desnuda ante un espejo, utilizando una solución diferente?. La respuesta de Goya fue la Maja desnuda. Su postura, soportando las manos una cabeza más bien pequeña, acaso pintada aparte, como antaño hiciera en el retrato de Carlos III, con el cuerpo que parece buscar un escorzo más sugerente, se aclara si pensamos que se tratara de una mujer que se está contemplando en un espejo. Un espejo que está fuera de ella, fuera del cuadro. Que era Goya mientras la pintaba y que ahora somos todos cuantos la contemplamos.

Cabe la posibilidad, sin embargo, de que la solución dada por Goya al problema fuera distinta. El se había ya planteado y solucionado, unos años antes, el problema de la pintura y el espejo con su Autorretrato en el taller. El pintor mira, no hacia el público, sino hacia el espejo de que se vale para copiarse y que se halla fuera del cuadro. En el caso de la Maja bien pudo decidir que fuese el propio cuadro el espejo, que iba a conservar eternamente la imagen de una figura que ya no estaba allí. Ello significaría que las curvas raquídeas de la imagen que contemplamos son opuestas a las del modelo, que el razonamiento cinesiológico que antes hicimos no nos vale y que la propia Duquesa Cayetana de Alba pudo, desde los puntos de vista biomecánico y patomecánico, ser la modelo de que se valió el pintor.

IV

La convicción de que la Duquesa no pudo ser la modelo de las Majas de Goya se obtiene mediante el análisis de una serie de datos y de circunstancias que a nosotros nos parecen suficientes. Estamos convencidos de que existió realmente la broma genial del espejo, en cualquiera de las dos posiciones posibles. La idea derivó, sin darnos cuenta, del estudio cinesiológico de la figura que, en situaciones de normalidad pictórica, presenta una situación postural antagónica a la que hubiese presentado la Duquesa Cayetana si hubiera tenido que ser retratada. Sólo nos queda repasar estas otras circunstancias históricas que, por sí solas, rechazan la posibilidad de que la Duquesa hubiese servido de modelo. El razonamiento que intentábamos no nos sirve o, al menos, no nos sirve del todo, pero nos compensa, con creces, del fracaso, el estudio complementario que hemos tenido que hacer de Goya, una de las figuras señeras de la humanidad de todos los tiempos.

En primer lugar cabría reseñar un factor negativo, como es la falta de tradición. En aquella época, poco seria, de nuestra historia, las habladurías se extendían como pólvora, tal como pasó con la leyenda del envenenamiento. Sin embargo, hasta que VIARDOT lo dijo, a nadie se le había ocurrido que la Duquesa de Alba hubiera servido de modelo de las Majas, entre otras razones porque estos cuadros apenas eran conocidos. Es curioso que Goya que, como dice LAFUENTE FERRARI, ha surgido de la nada, "tan inesperadamente como un surtidor en el desierto", pasase casi por completo desapercibido a sus contemporáneos. TAINÉ, en su "Filosofía del Arte", publicada en 1880, no lo cita y el propio GODOY, en sus "Memorias", incluye su nombre como uno más en las listas de pintores y grabadores de la época. En cambio, un escándalo como el apuntado, por parte de una dama como la Duquesa de Alba, habría sido rápidamente conocido y difundido.

Como contrapunto y prueba de que no existió noticia alguna de las relaciones pintor-Duquesa tenemos el proceso inquisitorial cursado contra Goya en 1814 por pintar "dos Majas o Gitanas" faltando a la moral. Son, sin duda, los cuadros hechos para Godoy y requisados, junto a todas sus propiedades, en 1808. Es una lástima no disponer de datos relativos a este proceso, pero cabe pensar que si hubiera sido de conocimiento general la romántica historia o, al menos,

hubiera habido sospechas de ella, las cosas se hubieran llevado de otra forma, aunque no fuera más que en consideración a la reputación y gloria bien cimentadas de la casa de Alba.

En tercer lugar habría que considerar como prueba de imposibilidad el análisis tanatológico de la Duquesa Cayetana. Desde por lo menos diez años antes de su muerte esta última debió verse muy afectada físicamente, sobre todo después de la muerte de su marido, también a causa de un proceso fímico. La Reina María Luisa, en una de sus deliciosas cartas a Godoy, fechada en Aranjuez el 21 de marzo de 1800, dice textualmente: "La de Alba se despidió esta tarde de nosotros, comió con el Coronel y se fue. Está echa una piltrafa". Y añade, aludiendo al antiguo enamoramiento de Godoy: "Bien creo no te subsedería ahora lo que antes y también creo estas bien arrepentido de ello". Su cuerpo no podía servir a ningún pintor, ni siquiera a Goya, para sugerir los tonos y la lozanía del cuerpo de la Maja desnuda.

El cuarto dato de importancia nos lo da BERUETE en "Las Majas de Goya". Algunos autores, como Ramón GOMEZ DE LA SERNA, lo recogen, pero, al no encajar en su sistema, tratan de desproveerlo de la transcendencia que sin duda posee. Dice BERUETE: "Yo lo único que sé de esta Maja, lo único que me merece crédito por ser referencias de personas prestigiosas y de respeto es lo siguiente: El año de 1868 don Luis de Madrazo tuvo un pleito relacionado con la venta de unos cuadros de Goya. El único testigo que podía dar fe en el asunto era el nieto de Goya; era éste un anciano que vivía con modestia, casi pobremente, en el pueblo de Bustarviejo. Don Luis de Madrazo consiguió traer a Madrid a este valioso testigo y el pleito se ganó. El nieto de Goya, el anciano que apareció aquí el año 68, fue en tiempos aquel niño que conocen todos los aficionados al arte... El viejo nieto fue interrogado por Madrazo acerca de detalles y cosas curiosas. Al llegar en la conversación a estas dudas acerca del modelo de la Maja vestida y la Maja desnuda, se reía el buen viejo de que se le hubiera tomado por la duquesa de Alba y entonces contó la historia: en aquellos años, no los precisaba, pero ya se refería a los primeros del siglo XIX, era popular en esta Corte un fraile llamado el padre Bavi. Se dedicaba especialmente a la cristiana misión de ayudar a bien morir. Era hombre pudiente, bondadoso, muy querido de las gentes, conocido de todos y se le distinguía en todas partes por el nombre del Agonizante. Pero tal vez el verse tan a menudo frente a frente de la muerte le encariñaba con la vida y en cierta ocasión tropezó con una muchacha madrileña a la que protegió después durante un tiempo. Goya y el Agonizante eran amigos. Goya conoció a la madrileña y sirviéndose de ella como modelo, hizo dos cuadros: uno en que estaba vestida de Maja y otro en que lucía toda la majestad de su desnudez primaveral. Esto contaba el nieto de Goya el año 1868".

Por último, citaremos en apoyo de nuestra tesis sobre el nacimiento de la idea de pintar las Majas el retrato de la Marquesa de Santa Cruz, que a BERUETE le recuerda la Venus del espejo de Velázquez. Fue seguramente una variante de un tema que sin duda llegó a apasionar a Goya, aunque aquí no llegó, por respeto, a las audacias que se permitió con las Majas, colocando almohadones de forma que los senos quedaran realzados o buscando esa postura asombrosa que comparamos a la de una mujer coqueta ante un espejo o dando unos tonos a la carne que nadie ha podido imitar.

Un comentario merece la mirada de las Majas, que, según nos hace notar Eugenio D'ORS, es anodina, vacía, fría, en contraste con otras miradas, como la inigualable de Pepa Bayeu, llenas de calor, de contenido, de vida. De nuevo nos encontramos ante el espíritu crítico de Goya, con su denuncia implacable. Aquellas mujeres eran todo apariencia, coquetería, egoísmo, pero por dentro estaban vacías. Sin duda pintó después la Maja vestida que la desnuda, para dar a la española, a la madrileña, toda su dimensión, acentuando todavía más la liviandad de la cabeza, que aquí ni siquiera necesita las alas de mariposa de los Caprichos para que se ponga de manifiesto su falta de peso. Todo podría haber sido mejor en aquella España entrañable, en aquel Madrid que era a la vez devoción y condena del pintor. Goya intentó que aquello

cambiase, mejorando. Ensayó todo, todo lo que él sabía y podía hacer, para lograrlo, pero no lo consiguió.

Goya, en cambio, vio claro su cometido. Se trazó un camino y fue capaz de seguirlo hasta el final de su vida. El dibujo "Aún aprendo" es una clave que nos ayuda a comprenderle. "El solo — dice MENENDEZ PELAYO— sin discípulos ni secuaces, rebelde a todo yugo e imposición doctrinal, insurrecto contumaz contra todo clasicismo y aún contra toda saludable disciplina de la forma,... fue, a un tiempo, el último retoño del genio nacional y la encarnación arrogante del espíritu revolucionario". Cualquiera etapa de su vida encierra contenidos gigantescos. En una sola de sus obras existen claves que jamás llegaremos a descifrar por completo. Me voy a permitir, para finalizar este trabajo, una meditación razonada, aunque ineludiblemente apasionada, sobre lo que pudo ocurrir realmente durante unos pocos años de la vida de Goya. Aquellos en que mantuvo contacto con la Duquesa María del Pilar Teresa Cayetana de Alba.

Al morir Carlos III y advenir Carlos IV en 1788 Goya es nombrado por fin pintor de Cámara, con lo que parece cumplir su gran afán de no pintar más cartones para la fábrica de tapices. Como, a pesar de todo, el Rey le obliga a seguir pintándolos, confecciona una nueva serie de cartones, entre los cuales figura "El pelele". No es difícil reconocer en el muñeco las facciones del monarca. En vista de que persiste la real exigencia hacia un cometido que Goya está decidido a abandonar, acepta en 1792 el ofrecimiento de pintar la Santa Cueva de Cádiz y se escapa, sin permiso, a Andalucía, amparándose sobre todo en su gran amistad con Ceán Bermúdez y Sebastián Martínez, pintando retratos de los dos. A finales de año surge la enfermedad (¿meningoencefalitis de origen ótico?) que le produce la primera hemiparesia y va a ser causa de su sordera, lo que le impide concluir su trabajo en la Santa Cueva. Convaleciente, escribe a Palacio, fingiendo hallarse en Madrid, con el fin de poder percibir su asignación. A principios de 1793 (¿febrero?) vuelve a Madrid, alegando, según documentos conservados en la Real Fábrica de Tapices, hallarse "absolutamente imposibilitado de pintar". Se refiere, por supuesto, a cartones, porque los cuadros que realiza en esta época son abundantes: El general Ricardos, D^a Tadea Arias de Enríquez, la Tirana de la Colección March, D. Félix Colón y, tal vez, la Condesa del Carpio. Estamos ya en 1795 y les llega el turno a los Alba; la Duquesa, mirada dura, de blanco, el Duque con aire melancólico. En esta época envía once cuadros a la Academia, entre ellos el Corral de locos. 1796 es el año designado para inaugurar la Santa Cueva y Goya ha de concluir su encargo. Tal vez su reciente amistad con los Duques de Alba le brinda el pretexto de una invitación para "convalecer" en su finca de Sanlúcar, donde el Duque iba a pasar una temporada. Parte Goya a finales de mayo de 1796, no hacia Sanlúcar, sino a casa de Ceán, en Sevilla, ciudad en la que muere en el mes de junio el Duque de Alba. La Duquesa, al saber la noticia, se traslada a Sanlúcar y es de suponer que Goya fuera a visitarla en muestra de su condolencia. El hecho de que los funerales por el Duque se celebrasen en Madrid los días 4 y 5 de septiembre hace pensar que la estancia de la Duquesa en Sanlúcar fue breve. Regresa, una vez cumplimentados en Madrid sus deberes piadosos, a finales de año, al fin con posibilidades reales de descansar. Permanece en Sanlúcar hasta fines de marzo y como Goya no ha de volver a Madrid hasta febrero o marzo (el 24 de enero está aún en Cádiz y el 1 de abril presenta su dimisión como director de Pintura de la Academia en Madrid), es de suponer que fuera entonces cuando Goya viniese a pasar unos días en el palacio de Sanlúcar para pintar el retrato de la Duquesa, de negro y con anillos. Más que intimidades pinta entonces impresiones de lo que ve. Que es, ante todo, la Duquesa de Alba humanizada ante él por primera vez. Este respeto, que la Duquesa viuda supo ganarse, es seguramente la clave que va a inducir más tarde a Goya, en el proyecto de su panteón, a incluir figuras de Majas, tributo final a una gran dama que nunca tuvo espíritu de maja, pero que se esforzaba ante los demás por demostrar que lo tenía. Esta es, seguramente, la mayor grandeza de aquella gentil e infortunada mujer que se llamó María del Pilar Teresa y, para la posteridad, Cayetana, decimotercera Duquesa de Alba.

BIBLIOGRAFIA

Aubier, D.: "La Duquesa de Alba". Ed. Mateu, 1964.

Beruete y Moret, A.: "Conferencias de arte". Madrid, 1924.

Blanco Soler, C.: "Esbozo psicológico, enfermedades y muerte de la Duquesa María del Pilar Teresa Cayetana de Alba". Madrid, 1946.

Blanco Soler, Piga Pascual y Pérez de Petinto: "La Duquesa de Alba y su tiempo". Epesa, 1949.

Bonmatí de Codecido, F.: "La Duquesa Cayetana de Alba". Vidas insignes. Edic. Cumbre, 1940.

"Cartas confidenciales de la Reina María Luisa y de D. Manuel Godoy". Intr. y notas por C. Pereyra. M. Aguilar, sin fecha.

Gassier, P. y Wilson, J.: "Vida y obra de Francisco de Goya". Ed. Juventud, 1974.

Gómez de la Serna, R.: "Goya". Obras Completas, II. Ed. AHR, 1956.

Lafuente Ferrari, E. y Stolz, R.: "La pintura española". Tomo III. Skira, 1955.

Lassaigne, J.: "La pintura española". Tomo II. Skira, 1952.

Mauclair, C.: "La espléndida y áspera España". M. Aguilar. Col. Crisol, núm. 49.

Mayer, A. L.: "La pintura española". Ed. Labor, 1926.

Menéndez Pelayo, M.: "Notas de Historia del Arte". Antol. Gral. de Menéndez Pelayo, II. BAC, 1956.

D'Ors, E.: "El arte de Goya". M. Aguilar, sin fecha.

Ortega y Gasset, J.: "Goya". Obras Completas, VII. Edic. Rev. de Occidente, 1969.

Pompey, F.: "Goya, su vida y sus obras". Afrodisio Aguado, 1945.

Príncipe de la Paz: "Memorias". Bibl. de Autores Españoles, tomos 88 y 89. Edic. Atlas. 1956.

IV-2 ALGO MAS QUE TODO UN HOMBRE. RECORDANDO A UNAMUNO A LOS 50 AÑOS DE SU MUERTE.

Se publicó en MINUSVAL, en su número 54, de Diciembre de 1986, con un ligero cambio en el título. Se incluye en este volumen por los matices que contiene en cuanto a lo que puede influir en una persona, incluso en un gran hombre como Unamuno, la minusvalía de un ser querido.

ALGO MAS QUE TODO UN HOMBRE. RECORDANDO A UNAMUNO A LOS CINCUENTA AÑOS DE SU MUERTE.

Vigencia de Unamuno

Una de las cosas que más llama la atención en la figura y en la obra de D. Miguel de Unamuno es la pasión que trasciende, la entraña que no se oculta. Padecimiento de carne y sangre ("carne y hueso", como él gustaba decir) presente hasta en Cristo. Hay una efusividad que no se halla en otros pensadores, superior, digamos, a la de Vives o Balmes, lejana de la frialdad de un Ortega y Gasset. "Soy un sentidor", decía Unamuno. "No soy un intelectual sino un pasional" y justifica, ante los estudiantes, su papel de erizo, "por miedo a que, gastándole las púas, le conviertan en conejo". Quizá por eso es, ante todo, poeta. La poesía, tarea "de escultor y no de sastre" contiene "el supremo buen sentido". Con la palabra hecha poesía es como mejor se expresa, no buscando belleza sino sinceridad. Borges critica el "Rosario de sonetos líricos" porque soslaya el que a veces el único consuelo que queda es expresar la propia pena en poemas que no siempre han de ser buenos.

La sinceridad es otra de las características vitales de Unamuno. Buscaba siempre la verdad y atacaba la injusticia allá donde estuviese. Por eso cada grupo de tendencias le creía correligionario hasta que recibía sus críticas. Entonces le atacan, sin comprender que, como le escribe Blanco Fombona "es un espíritu hospitalario por inteligente, por comprendedor, analizador y gozador despreocupado de las más opuestas ideas, de las más opuestas obras, de los hombres más opuestos". Ilya Ehreburg le considera "poeta eminente, filósofo triste y político lamentable", sin comprender que Unamuno es político de una forma que no encaja con la habitual de búsqueda de poder. El anarquista Federico Urales, despechado, considera que su mentalidad "flota en todas las atmósferas, en todas las ideas, en todos los sistemas y de todos se escapa". A los tres días de los tristes sucesos del 12 de octubre de 1936, que le valieron la enemistad del gobierno de Burgos y aumentaron su angustia, se publica en "El mono azul" un feroz ataque del marxista Armando Bazán: "Este hombre, maculado por el vicio de un orgullo satánico, de un egocentrismo feroz, paseaba ante el mundo una albeante testa de apóstol venerable". Su etiqueta de antimilitarista hace que, ante una conferencia suya en 1906, el ministro de la Guerra, no sólo aconseje que no asista ningún jefe ni oficial, sino que envía al acto un Auditor, dos jefes de Estado Mayor y dos taquígrafos "por si, cosa que no espero, el señor Unamuno pronunciara frases o conceptos castigados por la ley". Como él mismo quizás hubiera dicho, D. Miguel no era hombre de partido, sino hombre entero.

De aquí su idea de política como servicio y no como dominio, genuina administración de los bienes de la ciudad, "polis" ("la ciudad está ardiendo"), no admitiendo infidelidades ni transgresiones de nadie; "poder, no gobierno, de verdugos erigidos en jueces". Política es "hacer justicia, moral, verdad", dice desde Hendaya a los estudiantes de España. Así se convierte en conciencia de la nación española, una conciencia polivalente, bien cimentada, con todos los rasgos precisos de inteligencia, cultura, patriotismo, bonhomía, visión de futuro, honradez, capacidad y arrestos. Preocupado de la religación del hombre con Dios, del sentido europeo del español, del papel de España en América, de la problemática política en el sentido de administración de bienes, del idioma oficial del país y los idiomas regionales, de las características de las razas hispanas, de la incultura, etc. Esta es su vigencia. Cuando faltan intelectuales no ya que decidan, que sería lo lógico y lo ideal, ni siquiera que opinen, sino que simplemente critiquen, Miguel de Unamuno constituye un ejemplo vivo cincuenta años después de morir. En su época, como dice Waldo Frank, no había en España quien pudiera responderle "y tuvo que responderse a sí mismo". Esta es su grandeza.

Ente universal

"La patria del hombre es la tierra toda" (*La patria*, 1895). El ideal es que "se reparta la humanidad por la superficie del planeta", "que abandone la tierra ingrata por la fértil". Para Unamuno la humanidad conforma un todo del que España, la tierra de sus raíces, constituye parte. Desde España sus preferencias se dirigen hacia Europa por un lado, hacia América,

trasunto hispano, por el otro. Africa le interesaba poco. Incluso sentía algo de prevención, que le censuró el vizcaíno Timoteo Orbe, contra los andaluces. También tenía cierta aversión a “todo lo francés”. “Como vasco —le escribe a Pedro -Emilio Coll, venezolano— gusto más de lo inglés, alemán y escandinavo. Me complazco en la bruma”. Es vasco y castellano sobre todo. “Vasco por todos sesenta y ocho costados” y de Castilla, “ara gigante”, “madre de corazones y de brazos” que le levanta “en la rugosa palma” de su mano. Enraiza pronto en la Castilla natural, sin artificios, que es Salamanca, pero vuelve de cuando en cuando a Bilbao, a buscar sus otras raíces, a diluir en agua y en verde la sequedad de la meseta. Y regresa luego al centro que es su centro, como el de tantos que hemos nacido en la periferia y precisamos de cuando en cuando humedecer al menos las manos en el mar que nos vio nacer. “Es Vizcaya, en Castilla, mi consuelo, y añoro en mi Vizcaya mi Castilla”, dice con belleza y sinceridad D. Miguel.

En su españolidad, Unamuno se siente tan europeo que se ofende cuando oye hablar de la supremacía de Europa o ante gritos como el de “¡Muera D. Quijote!”, persuadido de que no es ese el camino. “¿Es que nos echaron de Europa?”. De aquí su frase famosa, tan mal entendida “¡Inventen ellos!”, con la que expresa un despecho que es espera, como aclara en la misma carta a Azorín que *ABC* publicó en 1909: “Aspirar no sólo a aprender de ellos sino a enseñarles”. “Abrirse a la europeización” (*En torno al casticismo*) es abrirse a la cultura española y fomentarla: “España está aún por descubrirse y será descubierta sólo por españoles europeos”. Por eso habla también de “españolizar Europa”, que no es sino hacer a esta última “verdadera y honda”, ibérica. España y Europa han formado siempre en el mismo trozo de tierra, han tenido idéntico destino, son parte y todo de una unidad. Sólo varían los dones concedidos a cada zona del territorio. “Nuestro don es ante todo un don literario y todo aquí, incluso la filosofía, se convierte en literatura”, dice en *Sobre la tumba* de Costa. Pero literatura, poesía, son ciencia. En una carta inédita, dirigida el 4 de abril de 1917 a D. Santiago Ramón y Cajal, de la cual poseemos transcripción, afirma D. Miguel de Unamuno: “La ciencia es arte y yo agregó que cuando es creación científica es bella arte, es poesía”.

Este gran español tuvo que sufrir 1a inconsecuencia (Real Gaceta de 21 de febrero de 1924) del “destierro” a un trozo de su propia tierra, Fuerteventura. No se consideró allí desterrado, sino confinado. Amó a Fuerteventura (“¡Dios la bendiga!”, exclama en el número 5 de *Hojas Libres*) y a sus gentes. Al volver de Hendaya, “en mi segundo nacimiento”, lo primero que hace es enviar un telegrama al alcalde de Puerto del Rosario. Sólo tuvo destierro (“más bien descielo”) en París, tampoco en Hendaya, junto a su tierra hispana.

Su mirada, llena de luz, alcanza también a América, sobre todo la hispana y a Filipinas. Era “uno de los pocos, de los muy pocos europeos que se han interesado por las cosas de América”. Allí también le preocupa sobre todo el hombre y por eso considera a Bolívar “uno de los más grandes héroes en que ha encarnado el alma inmortal de la Hispania máxima, miembro espiritual sin el que la Humanidad quedaría incompleta”. Europeo, como lo es para Unamuno todo el que adopta la riqueza cultural de Europa, “el único continente que tiene contenido”. “Sólo el que es anterior a la historia es capaz de sobrevivirla”. Por eso es respetado por los europeos, conocido y conoiente de Kierkegaard, de Croce, de Pirandello, de Moeller, uno de los hombres que mejor le han comprendido. Vasco, y castellano, y español, y europeo, Unamuno es universal porque habla al hombre, a todos los hombres. Su voz seguirá sonando allá donde perviva una inquietud mínima por la cultura y las demás formas de libertad.

Humano cum laude

Para ser humano no basta con ser hombre. Hay que sufrir por ello. D. Miguel de Unamuno lo hizo con creces, por sí mismo y por todos los demás. Él, que veía claros los problemas, agonizaba de impaciencia, porque el “hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía” (Del *sentimiento trágico de la vida*). Y este hombre le falla. Y Unamuno, creador, poeta, que no quiere que nos conformemos con la mediocridad, como no lo consigue, sufre. De aquí su agresividad, que es fama y que sólo indica su convencimiento

de que la verdad no tiene más que un camino y que se preocupa de mostrarlo, "pues que la esencia misma de mi vida espiritual es crítica y aún dialéctica y hasta polémica". (Carta a Cajal). Respetaba a sus contrincantes ("A éste —dijo una vez contemplando un retrato ecuestre de Alfonso XIII— si le he dado tanta guerra es porque le quería"). No hay odio, sino rabia, en sus ataques a contendientes a los que a veces, como a un jugador de ajedrez bisoño, concediese poca identidad.

Alto, enjuto pero fornido, tez sonrosada, pelambreira rala, Miguel de Unamuno traducía energía con sus ademanes, con todo el cuerpo y, sobre todo, con la mirada, tras los lentes de montura metálica, jamás de concha. Azorín, Max Aub y Ramón Gómez de la Serna nos hablan de su rostro de búho. Hacia los 14 años creyó tener vocación sacerdotal pero a los 16, a su llegada a Madrid, sufre una crisis religiosa que se repite a lo largo de su vida y que alcanza su máximo en marzo de 1897 ante la meningoencefalopatía con hidrocefalia de su tercer hijo Raimundo Jenaro, cuya minusvalía le marcó. Pero su inquietud religiosa fue constante, mostrando que la duda puede ser también libertad. Siempre temió a la muerte pero era sobre todo inquietud por si no le diera tiempo a cumplir la tarea. Por eso su aparente brusquedad es sólo prisa, sus diatribas, sus discusiones, inquietud. Los que no le comprenden toman por endiosamiento lo que es entusiasmo, dos palabras que significan lo mismo pero con mayor dignidad en la de origen griego. Las palabras siempre fueron instrumentos precisos para Unamuno, concededor de catorce lenguas cultas. "Lo que crea es la palabra y no la idea", porque "las palabras suscitan ideas", dice en el *Cancionero*. La palabra es lo más humano y al manejarla el hombre se enriquece y se autodefine. Las palabras bastan, incluso para el verso: "...el ritmo mismo te traerá la idea". Por eso dice en la carta a Jean Cassou: "Que me den pues mi obra, que me den mi alma". En su novela *Abel Sánchez*, le dice a Cajal, "he descendido a lo que podríamos llamar la histología psíquica de la envidia". "Piensa el sentimiento, siente el pensamiento", dice en frase bien conocida.

La profunda humanidad de Unamuno se aprecia en infinidad de detalles, presentes sobre todo en su epistolario. Ese tratar de complacer peticiones de recomendación que sabía perdidas, el cuaderno y el lápiz siempre presentes en la mesilla de noche, junto al imprescindible vaso de agua, la angustia al despertarse con una mano dormida, las lágrimas ante la esposa que le tranquiliza llamándole "¡Hijo mío!" o ante el amigo sacerdote Juan José Lecanda, los paseos por Salamanca llevando del brazo a su gran amigo ciego, el poeta Cándido Rodríguez Pinilla e, incluso sus errores, luego subsanados, como el de la "pluma de indio" de Rubén Darío, o la crítica a la fiesta de los toros ante José María de Cossío.

En 1934 muere Concha, la esposa, novia desde la infancia, única mujer de su vida. Es uno de los últimos golpes para D. Miguel. "Está aquí, más dentro de mí que yo mismo". Le esperaba, él lo cree y le acompañaba mientras. "Está aquí, está aquí, siempre conmigo". Un dolor que es esperanza, contrario al dolor por Raimundo Jenaro, el hijo nacido el 7 de enero de 1896 y muerto en 1902, cumplidos los siete años. "Pero en mí se quedó y es de mis hijos -el que acaso me ha dado más ideas, - pues oigo en su silencio aquel silencio- con que responde Dios a nuestra encuesta". (*En la muerte de un hijo*). El silencio de Dios, tema presente en la obra unamuniana, como el de Jesús andando sobre las aguas en Machado. Encabezando la primera página del *Diario íntimo*, una sola palabra, escrita en griego: Hidrocefalia.

Del "fondo tierno y bondadoso de don Miguel" nos habla José María de Cossío en el entrañable Prólogo que escribió al libro de Villarrazo. "Ni para escribir ni para obrar usó nunca de la menor cautela". "Sus razones y sobre todo sus sentimientos, iban disparados hacia el interlocutor". Con "un cierto aspecto infantil de su carácter que completaba las maduras lecciones de bondad, en él fundamentales". De "su fondo moral, la bondad de su alma" habla también Timoteo Orbe, que le escribe en junio de 1897: "Hay para enloquecer y usted ha enloquecido como enloquecen los buenos, haciéndose mejor".

El 31 de diciembre de 1936, por la tarde, hablando con el joven profesor Bartolomé Aragón, quedó de pronto callado D. Miguel de Unamuno. Su interlocutor esperó unos momentos creyendo que meditaba hasta que le puso sobre aviso el olor de la zapatilla quemándose en el brasero. Vivió el terror de tantas muertes anticipadas que la real, por compensación, le fue concedida dulce.

Profeta en esta tierra

En la obra monumental de Charles Moeller *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, cuyo primer volumen, aparecido en 1953 se titula precisamente "El silencio de Dios", sólo un español figura, Miguel de Unamuno. El norteamericano Runes incluye únicamente a Unamuno y Ortega, por este orden, en su *Pictorial History of Philosophy* (1959). Otros aspectos del Unamuno poeta, dramaturgo, ensayista, sociólogo, cristiano, crítico o futurólogo, son fuente constante de temas de estudio. El número de tesis doctorales y de investigaciones de estudiantes extranjeros sobre la figura del Rector de la Universidad de Salamanca alcanza cifras no esperadas. Se debe ello en gran parte a sus dones proféticos, manifiestos en los distintos bloques de su obra. Nos dice que no es el pasado ni el presente, sino el porvenir, lo que debe preocuparnos. Predecir, es decir, prever el porvenir, eso es ser profeta. Unamuno lo fue y pretendió que lo fuéramos todos. A pesar de saberse filósofo no quería en modo alguno sentirse sólo porque ello significaba que en el resto se encontraba el universo entero y se veía obligado a enfrentarse a él. Por eso acepta para sí mismo la nueva misión de D. Quijote, "clamar, clamar en el desierto", porque "el desierto oye, aunque no oigan los hombres y un día se convertirá en selva sonora". "Caballero andante del espíritu", como le llama Runes, dice en su carta "A los estudiantes de España" en 1929: "...no tenemos espíritu de cuerpo sino espíritu de espíritu", que es "la salvación de la inteligencia, de la verdad, de la libertad, de la justicia"; "nuestra religión" es "la del estudio, la de la investigación, la del examen, la de la verdad". En el "Romance" que figura en el número 2 de *Hojas Libres* concluye: "...mira que empieza la vida cuando se acaba el papel". La tradición puede resultar negativa. Los males del país se explican en la tradición de guerras civiles "que ensangrentaron España en el siglo XIX".

La primera guerra civil que padeció Unamuno fue la carlista. Sufrió a los 9 años el bombardeo de Bilbao. Todo ello lo describió más tarde en *Paz en la guerra*. La segunda, la de "vencer no es convencer", la de julio de 1936. Entre las dos se desliza su vivir, impregnado en la idea de que el porvenir de la cultura humana no puede ser la guerra sino, precisamente, la cultura. Lo dice, a todos y en todas partes, valientemente. Incluso Ehreburg se lo reconoce: "...tuvo el valor de pronunciarse contra la dictadura" cuando todos los demás callaban. Fue utilizado, sin duda, precisamente por bienintencionado, pero ha llegado a convertirse en símbolo, no sólo español sino universal. "Su enraizamiento en esta tierra de España —dice Moeller— le convierte en hombre de todos los tiempos". Tiempos que rechazan las guerras aunque caigan en ellas. "Dentro, en mi corazón, luchan los bandos", dice en *En la Basílica del Señor Santiago*, y aunque se refiere a la inutilidad de las guerras civiles sirve el dolor para todas.

La comprensión certera de cuanto le rodea es lo que hace a Unamuno profeta. Profeta, nos dice, es el hombre que "pone a la vista de todos los que en todos ellos está oculto, lo que no se atreven a sacar a la luz o no lo conocen bien, aún llevándolo dentro de sí". Esta comprensión se basa sobre todo en la observación constante del hombre, entendiendo por tal a sí mismo y a los demás. "... esto no es un libro sino un hombre", había dicho Walt Whitmann, al que Luis Felipe Vivanco ha considerado par de Unamuno. D. Miguel tenía un mensaje para todos y lo expresó en todos los idiomas y todas las formas que pudo alcanzar. "... mi alma quiere vaciarse de todo lo que tiene que decir" y ello explica por qué no elimina ninguna canción al publicarlas. "Todas, buenas y malas, mejores y peores". Todas poseen mensaje, un mensaje que es para todos, para toda la humanidad. Sus crisis de fe religiosa son, en el fondo, crisis de fe en la humanidad, porque todo es uno. "Creer es lo mismo que crear". "Creador, esto es, poeta" y por eso constituye una de las bases del modernismo, admirado por Rubén y Juan Ramón y Max Aub y

Machado. Incluso en los "Romances" y "Sonetos" más chocarreros de *Hojas Libres* surge la idea poética, el acierto de un verso pleno, henchido de contenidos.

Unamuno, para entregar su mensaje, quiso desnudar su alma pero su genialidad estuvo en que desnudó también la de su pueblo y el alma humana en general. "El hombre, esto es lo que hemos de buscar en nuestra alma". Es su principal mensaje y el símbolo de supervivencia. Símbolo que se concreta, como dice Moeller, en ese "contraste entre la esperanza y la nada" que sólo él es capaz de afrontar. Porque "meditando se hace uno mejor, más santo; pensando, más sabio". Y esto lo quería para todos, para su pueblo, para todos los pueblos del mundo. "El pueblo —le dice a Nikos Kazantzakis pocos días antes de su muerte— tiene necesidad de mitos, de ilusiones; el pueblo tiene necesidad de ser engañado. Esto es lo que lo sostiene en la vida. El mártir San Manuel Bueno ha dejado de creer. No obstante continúa luchando para comunicar al pueblo la fe que él no tiene, ya que sabe que sin la fe, sin la esperanza, el pueblo no tiene la fuerza de vivir". El espíritu gigantesco de D. Miguel de Unamuno lo hizo todo, lo pretendió todo. Que el pueblo meditara, que pensara. Y a la vez, que conservara, por encima de todo, la fe.

A los cincuenta años de su muerte Unamuno está más vivo que nunca. Lo estará cada vez más, conforme nosotros, el pueblo, vayamos poniendo más y más atención en sus mensajes, en su pensamiento, en su voz, "la voz incansable", como dice José María de Cossío de aquel viento de alma, bregando entre las hojas en búsqueda ansiosa de inmortalidad, de espíritu y de Dios.

IV-3 DESTELLOS.

He tenido la fortuna de acudir a siete Parolimpiadas genuinas, desde 1972 en Heidelberg. La convivencia, la observación, el asombro me fueron inspirando unos pensamientos a los que llamo "destellos". Están escritos "en" es decir, durante, cada estancia. Todos ellos han visto la luz en MINUSPORT.

"DESTELLOS" -1.- ASPECTOS DE UNA PAROLIMPIADA: TORONTO.

Todos los que acudimos a la V Olimpiada para minusválidos estamos de alguna forma obligados a relatar, desde nuestro cometido, lo que experimentamos. Así, hablaré de algunos aspectos médicos relacionados con la Parolimpiada de Toronto. Realmente, hubo de qué ocuparse, profesionalmente hablando, y, también, de qué preocuparse: Temor y admiración ante Bertrand de Five, nadando y ganando medalla de plata con una fiebre gripal solo a medias contenida; angustia y responsabilidad ante Antonio Delgado, llorando de dolor al caer al suelo lesionado tras la serie clasificatoria, luchando por evitar su evacuación en camilla y temiendo, a la vez, las consecuencias; nerviosismo por el intento de María Teresa Herreras de batir un record mundial sin la acción galvanizante de la lucha directa; esfuerzos en los transportes en aeropuertos o en la residencia olímpica; asombro ante la hazaña del canadiense Boldt, saltando, con una sola pierna, 1,86 en altura... Por otro lado, hubo que almacenar disposición de ánimo para defender los principios clave de un sistema para valorar al ser humano que es, por primera vez en la historia, sistema auténtico y no tabla fundamentada en simples acuerdos. Y que debemos a la Federación Española de Deportes para Minusválidos.

Pero lo importante no está en todo esto ni en otros cometidos profesionales, normales en realidad. Por mucho que se hubiese multiplicado el trabajo, por pertinaz que fuese la inquietud, no pasaba, como médico, de ser un espectador más, admirador entregado y, a veces, conmovido. Alguien ha dicho que Toronto es la ciudad cuyo horizonte está cambiando cada

instante. A la luz cambiante de este horizonte eran más concretos los matices de una figura que se apoyaba en bastones, más rica la silueta recortada de una silla de ruedas. En Toronto, a la luz de "su" victoria, los deportistas minusválidos nos han mostrado otro horizonte, con nuevos y mejores hallazgos, con más ricos contrastes. Por esto valió la pena estar allí. Moneda de oro auténtica ha sido la recibida, para premiar sus esfuerzos por un médico español, lleno de asombro y respeto.

2.-IMPRESIONES EN LA PAROLIMPIADA "HOLANDA 80".

Ante un destello, los párpados se cierran para abrirse en seguida en espera del siguiente resplandor. La luz impresiona la retina y se proyecta fotográficamente en el cerebro. Con el movimiento de los párpados las impresiones se suceden, de fuera a dentro, de dentro a fuera. El rumor de los párpados es poesía en Miguel Nuayna. Se han podido dictar, en Morse, pensamientos, libros, con el aleteo de los párpados. En este caso el pensamiento que ha movido nuestros párpados viene de fuera, de unos destellos de vida que nos han rodeado y nos han traspasado durante unos días. Estos pensamientos, parpadeos de asombro, de defensa ante el destello, han sido constantes, múltiples, casi ilimitados. Sólo algunos de ellos van a ir plasmados en este deshilvanado y, nunca mejor dicho, alucinado escrito.

Una Olimpiada para minusválidos. Dos semanas de vida auténtica. Luego, una larga preparación de cuatro años, que es espera de la siguiente explosión de vida. Como una falla, el esfuerzo de cada minusválido se quema en una Parolimpiada para renacer y volver a ser inolado en la siguiente.

Sentirse Rey: No tener ojos, o brazos, y ganar una medalla.

Pero, también, la limpia alegría que da, sencillamente, llegar.

Lo verdadero, en el mundo de los minusválidos, solamente se encuentra o más acá o más allá de la compasión. Más acá estamos todos los que hemos llegado a comprender. Más allá la mirada de la muchacha que empieza a enamorarse de un hombre que no tiene manos. O el sentimiento ante el llanto de un niño ciego que se ha quemado de noche con la llama de una candela.

En deporte no caben las discriminaciones por raza, color, política, lengua o religión. Pero el deportista con una minusvalía motora que no gusta ver junto a él a otros minusválidos, por ejemplo mentales, está discriminando.

Conforta la dignidad que mantienen en su marcha, torpe y a veces grotesca, los paralíticos cerebrales. El acto más simple de su cometido queda, siempre, revestido de importancia.

Ser olímpicos, del Olimpo, es, en el fondo, ser un poco dioses.

Ir sobre ruedas... ¿Quién inventaría esta frase?

Es cierto que el deporte no corrige ninguna minusvalía, pero el minusválido deportista es, por serlo, menos minusválido.

El etiope que hizo el desfile olímpico solitario en su silla de ruedas valía, el sólo, por todo un país.

Ganar una medalla es recoger el fruto que la siembra llegó a producir. Llorar por haberla perdido es seguir regando una siembra que todavía no fructificó.

El baloncesto en silla de ruedas está siendo ya un deporte de multitudes. Sólo había que mostrar el espectáculo descorriendo la cortina de la incomprensión y encendiendo la luz en la batería de la verdad.

El perro del ciego es consciente de su papel. Basta para comprenderlo ver cómo mira a quien estorba.

Cuando hay en un cuarto dos que quieren hablar mientras los demás pretenden dormir hay tres formas de comportarse: 1 Callar o bien salir fuera a hablar. 2 Seguir hablando sin advertir que se molesta a los demás. 3 Continuar la charla con plena conciencia de la molestia producida. La buena convivencia entre todos es función del primer presupuesto, al que podemos

llamar A y la mala de los otros dos, B y C, lo cual se puede expresar matemáticamente: Convivencia igual a: A partido por el producto B.C. Esta igualdad explica que haya en el mundo tantos problemas de convivencia. ¡Son tan difíciles las Matemáticas...!

El idioma que hablan los ciegos-sordos se basa en el contacto directo. Por eso los ciegos-sordos están más unidos entre sí que los demás mortales.

Hallar a alguien que responda a la presión de sus dedos es como encontrar tierra el náufrago, agua el sediento. No hallarlo es, tal vez, el vacío total.

"Het Dorp", la ciudad para minusválidos, es una prisión pequeña dentro de una prisión grande, la Tierra. Los problemas son los mismos que en todas partes y se reducen a una sola cosa: Soledad. Soledad de cada uno entre todos los demás.

"Het Dorp" es triste. Sus gentes son tristes. Los techos son demasiado bajos, las paredes y el suelo demasiado oscuros. Nos damos cuenta de que la idea de tumba se nos acuerda más allí que cuando estamos fuera. Por lo demás, todo es lo mismo.

Y es que el político no comprende y ello por una sola razón: Los votos pueden conseguirlo todo excepto que alguien pueda ver, que alguien pueda andar, que alguien pueda hablar. O, sobre todo, que alguien se conforme con no poder ver, con no poder andar, con no poder hablar.

Aceptar. Esta es la clave de todo. No hacerlo es llamar a gritos a un sufrimiento que ya habría terminado.

Aunque, a veces, regresar al origen, a Alfa, para volver a empezar, es la única esperanza que queda.

Para las parejas en silla de ruedas hay menos peligro de separación. Bastante difícil es encontrar un solo camino sin obstáculos. Hallar dos caminos, uno para cada uno, es casi impensable.

Ver bailar en una silla de ruedas hace comprender la supremacía de las líneas curvas sobre las rectas en armonía y riqueza de movimientos. Sobre un soporte circular los cambios posibles son infinitos, en tanto que a la línea recta (muslo, pierna, pié) no le queda mas que un sistema: trazar ángulos.

El niño sin brazos cantaba en francés. La lluvia hacía menos ruido.

Comprender el problema de los minusválidos, llegar al fondo de la verdad y, sin embargo, seguir. Es como pasar la prueba del fuego no sólo quemándote sino ardiendo.

Destellos. Parpadeos. Al final, todo se ve dentro. Da lo mismo que tengas los ojos abiertos o cerrados. El parpadeo es, sólo, alivio.

Arnhem y Veenendaal,
21 de junio - 5 de julio de 1980.

3.- NOTAS DE UNA OLIMPIADA: USA 84.

Tal vez los más resaltante, en valores absolutos, de esta Olimpiada, sea la presencia masiva de paralíticos cerebrales. Ninguno español. Lástima.

Los discursos de inauguración, incluido el del Presidente Reagan, apuntaron hacia los derechos de los minusválidos y no sólo en deporte. Se les reconoce ya en un plano de igualdad con los demás. Como símbolo y prueba de todo ello la bandera olímpica ondeando en el aire. Tenía que llegar. Lo dijo Anaximandro hace mucho tiempo: Todo retorna a aquello de lo que emana.

Claro que también es necesario que haya suficiente madurez en el minusválido. No basta con que le acepten. Tiene que saber integrarse. Sin afán de proteccionismo pero también sin exigencias de estrella mal encumbrada. En el deporte es muy clara la postura: Espíritu olímpico. En la vida, seguramente, convivencia. Nada más. Nada menos.

Resultaban conmovedores la emoción, el respeto y el afecto del pueblo estadounidense hacia su Presidente. Es el amor al padre, eterno, como el hombre, aunque a veces se interprete mal o se rechace. Era el domingo 17 de junio. En Estados Unidos, Día del Padre.

Cientos de globos subieron al cielo. Uno azul, solitario, ascendía y un avión comercial pasó cerca, componiendo, durante segundos, una curiosa figura. Luego el avión continuó y el globo siguió su camino. Hacia arriba.

La valoración médica se va pareciendo cada vez más al Sistema que propusimos hace años, el que defendió la Federación Española. Las diferencias son cada vez menores y es de esperar que en el futuro se adopte lo fundamental de nuestro contexto. Los años transcurridos, tal vez más de quince, son necesarios. La mayoría de edad está en los 21 años en gran número de países.

Hace falta quizá también que se imponga el sistema de coeficientes en la línea propuesta por Jesús Maza, muy superior al actual de Clases. Un atleta nos fue eliminado por superar el máximo exigible. Con un sistema de coeficientes hubiera podido competir. Aunque lo biológico se basa en actos y en funciones hay veces en que las cifras pueden ser de utilidad. Lo que hace falta es saber cuándo y cómo.

Las palmas de los andaluces de la expedición española resultan molestas para la generalidad de naciones. En cambio, resultaban atractivas para coreanos, japoneses, egipcios y chinos, bastante identificados con estas formas de expresión, al fin y al cabo surgidas de sus tierras. Conque, ánimo, dentro de cuatro años en Corea, compatriotas. Va a ser la primera vez que se os comprenda.

Hay quienes aún se ríen de los paralíticos cerebrales. De los ciegos no. Tal vez lo hicieron hace años. De nuevo el factor tiempo.

Sin embargo, los paralíticos cerebrales, como los ciegos, suelen ser serios en el cumplimiento de sus misiones. Poseen, sin ninguna duda, verdadero espíritu deportivo.

Espíritu deportivo. Aquí hay una clave. La mayor parte de los atletas minusválidos de natación han llegado al deporte por error, porque algún médico, poco impuesto en minusvalías, les dijo que nadando mejorarían sus secuelas, en general poliomiélicas. Con el entrenamiento mejoró todo menos las secuelas y esto es difícil de perdonar, aunque se nade en competición y se consigan medallas y al final se comprenda la verdad. Los ciegos y muchos paralíticos cerebrales llevan alguna ventaja, porque no esperan del hecho deportivo otra cosa que satisfacer una vocación, autocompensarse con una entrega que les dignifica como personas. Por eso poseen desde el principio espíritu deportivo.

Hubo algunos minusválidos que no debían haber acudido a una Olimpiada, no por otra razón sino porque no estaban en condiciones de competir. De nuevo surgen como ejemplo, esta vez negativo, los paralíticos cerebrales, muchos de los que fueron llevados a USA 84. La falta de médicos especialistas es, como siempre, evidente, pero también la de técnicos con conocimiento de causa. Fallo también de clasificación adecuada, hecho que se evitaría con un Sistema de Valoración de la Minusvalía más apropiado. Hay que aprender a rechazar a los atletas que no lo son, lo mismo que se rechaza ahora a los que lo son en exceso. Si los paralíticos cerebrales estuvieran bien llevados no se darían estas lamentables confusiones entre una competición olímpica y la simple Terapia Recreacional.

Los policías del Condado de Nassau han cumplido una labor extraordinaria. Comenzaron con un rígido criterio ordenancista para, día a día, irse transformando, inmersos en aquella tremenda ola de humanidad que les envolvía. Cumplieron su disciplina en todo momento. Al principio como autómatas. Muy pronto como hombres y mujeres enriquecidos por un matiz vital hasta entonces ignorado.

Alguien, al cabo de unos días, quitó a los policías que había y envió otros, alegando que "confraternizaban" demasiado. Quienes dieron la orden del cambio debieron abandonar sus

despachos para confraternizar también con los atletas. Si lo hubieran hecho sus órdenes hubieran sido seguramente más sensatas en el futuro.

Por parte española debe quedar constancia de agradecimiento a los policías del Condado de Nassau, de todo el Estado de Nueva York. Su humanidad, competencia e inteligencia, que solucionaron muchos problemas de muchos atletas de muchos equipos, sirvieron en gran medida para nuestra difícil salida del inundado aeropuerto de Nueva York. Tal vez ellos se han enriquecido en su contacto con esa entidad humana llamada minusválido. Lo cierto es que todos nosotros hemos aprendido a conocer la humanidad que se encierra en esas personas, los policías, tan poco conocidas como mal interpretadas. Simplemente, gracias.

No poder regresar a casa es una tragedia que une y que hace ser más comprensivo con los demás. Sirve para darse cuenta de que es tan difícil juzgar a una persona que es mejor dejar a otros la tarea. Si queremos juzgar a alguien empezamos por aprender a hacerlo cada uno consigo mismo.

Ceremonia de Clausura. La política aflora con claridad. Es como si la limpidez del deporte se hubiera enturbiado. Seguramente tendría que ser así. Lo importante es que el agua siga fluyendo.

Hosffstra University,
Junio 1984

4. - Destellos Olímpicos en Seúl 88

La llama parolímpica parecía más ardiente, más fraterna, como si quemara menos pero diese más calor. Y más luz.

Aquellos globos-máscaras que aparecieron rodeando el estadio semejaban espectadores. Unos espectadores que se asombraban desde el aire aunque no comprendiesen del todo.

Hubo unidad en el transporte de la antorcha paraolímpica. Unidad, que es dar sentido a la unión. Un amputado, un ciego, una parapléjica en silla de ruedas, un parálítico cerebral, cubrieron las etapas de luz de la antorcha hasta la llama parolímpica. Unas etapas que médicamente aún no han sido superadas. En lugar de médicos que entiendan y valoren la discapacidad hay grupos de especialistas magníficos en otras ramas del saber clínico que se limitan a indagar la causa que produjo la ceguera o se pierden en detalles como el de que el pie forme o no garra al apoyarse en el suelo o que solo consideran el nivel metamérico o de amputación.

Esta falta de criterio unicista, holista, se debe a que son todavía los médicos, los especializados en temas de minusvalía, los únicos capaces de valorar al hombre en sí, con su propia discapacidad y sus propias posibilidades, como entidad indivisible y única. Pero no es así. Solo pervive, a través del tiempo, la paciencia y, pese a todo, la esperanza.

La necesidad de unidad la comprenden los atletas, que se integran sin dificultades. Por eso pidieron en una carta la creación de una Federación única. La carta criticaba la ausencia de criterio unicista en los médicos que efectuaban las valoraciones, pero es la política la principal opositora. Una sola Federación deportiva para todos los minusválidos significaría perder muchos

cargos, muchas golosinas. Antes, el deporte para minusválidos era prácticamente ignorado. La prueba de la envergadura que ha alcanzado está en la gran cantidad de políticos que han acudido a la última Parolimpiada.

Lo ideal sería llegar a una Federación única dividida en diferentes Comités, uno por cada deporte. Por cada deporte, no por cada minusvalía. La unión fortalece, la disgregación debilita. No es bueno quedarse solo. La soledad crea limitaciones, durante la competición y también fuera de ella. "Tan solitario... ¿Con quién regresaré al hogar?" dice un antiguo poema coreano.

Alguna figura relevante de las varias que visitaron Seúl durante la Parolimpiada mostró su pena ante aquellos atletas disminuidos. Todo eso del derecho al trabajo y al deporte y, para los mejores, al deporte olímpico, nada contaban ante aquella compasión tan bien intencionada como mal fundada. Los cursos, las conferencias, los actos de divulgación de lo que es y representa el deporte por y para minusválidos, se deben multiplicar con verdadera urgencia.

Porque deporte es sublimación, pero también vehículo. En Corea no se hablaba antes de los minusválidos, casi no se les veía por las calles. La explosión humanística de la Parolimpiada ha conseguido que el millón oficialmente admitido comenzara a vivir en comunidad. El reconocimiento instantáneo por parte del pueblo coreano, su afluencia hasta llenar estadios inmensos, su entusiasmo, su entrega, demuestran a la vez su condición humana y, una vez más, su falta de información. En España la información es también ahora más patente. Se empieza a saber que existen atletas minusválidos. Como pruebas, el Premio Nacional de Valores Humanos a Puri Santamarta, el título de Atleta del Año en Palencia a Mariano Ruiz. La esperanza continúa.

Sam, el intérprete coreano, voluntario, residente en California, tenía también una esperanza. Que todos los atletas, los de las dos Olimpiadas, recibiesen en España el mismo, idéntico trato, sin discriminación. En todas las atenciones. Televisor, teléfono, nevera, en las habitaciones de todos. O de ninguno.

España se dice así, "España", en coreano. Hace unos años, cuando Filipinas era española, nos dijo un coronel retirado, Corea y España eran casi fronteras.

Alguien dijo que la "pupa" coreana era una sopa. Por fortuna el tabernero sabía suficiente inglés para entender lo de sopa. Nos enseñó lo que era pupa, en una lata de conserva, como los berberechos. Crisálidas, a consumir con un palillo. Hay pocas diferencias entre los pueblos y una es la alimentación. Un norte americano puede salir disparado a vomitar si se le explica que los sabrosos trozos que acaba de comer son de calamar. En cambio ellos se toman las ostras, o los langostinos con ketchup. Todo arbitrario. Pero ninguno fuimos capaces de ingerir un pinchito de pupa.

Corea es Han-kuk, el país de Han, aquel hombre primordial que fue capaz de crear dinastías en China, divinidades en Tibet. Han se llama también el río de Seúl. El futuro del país es firme porque se cimenta en un sólido y poético pasado y en un presente que es puente continuo entre uno y otro.

Las palmas de los árabes de Bahrein eran asombrosamente similares a las obsequiadas por algunos de nuestros atletas. Tal vez afinidad, pero también concepto, porque las manos pueden ser utilizadas en otras muchas cosas, diferentes al batido de una contra otra.

La norma de acompañar con flores las medallas al ser entregadas estas concede poesía al triunfo.

Cuarenta y tres medallas son el poema escrito por los atletas minusválidos españoles. Los demás no podemos hacer otra cosa que intentar ayudar uniéndonos estrechamente con ellos. Aunque esto represente, o precisamente porque representa, ceder un poco de nuestra propia identidad y un mucho de nuestras ambiciones. Algunas medallas pueden ganar también los que, sin ser atletas, luchan de verdad a favor del deporte por y para minusválidos. Sabiendo que esas medallas nunca podrán ser de metal.

(Sobre notas tomadas en la Parolimpiada de Seúl)

5.-Destellos en "Barcelona'92"

1.- La emoción de una nueva Parolimpiada. En rigor, la VI. Roma, Tel-Aviv y Tokio fueron, todavía, "Juegos de Stoke-Mandeville".

2.- Muchas ganancias hubo y no sólo espirituales. Barcelona está preciosa y además ha mejorado desde el punto de vista urbanístico. Y esto, aquí, si que quedará para siempre.

3.- Las Olimpiadas traducen fuerza. Las Parolimpiadas esfuerzo. Hoy ya los verdaderos olímpicos son los parolímpicos.

4.- Por fin cayó donde le corresponde, en el ridículo, el denigrante termino "paralímpico". Hasta la Real Academia ha intervenido. "Barbarideces", de las que en principio se echó la culpa a los lingüistas del COOB. Por eso dijimos, hace tiempo, que era urgente organizar un curso de lingüística para los lingüistas del COOB. No se organizó.

5.- Para saludar, Petra no da la mano, sino el pie. O el corazón.

6.- Mostrar viva, realizada, a Petra, fue un gran acierto. Lorenzo Boettner, el travesti chileno ("Lorenza", como gusta que le llamen), es un buen ser humano.

7.- El entusiasmo del público barcelonés no era bondad, sino convicción. Descubrimiento. Un salto por encima de la compasión.

8.- El público de Badalona era todo un espectáculo. Superior a veces al de la cancha de baloncesto en silla de ruedas.

9.- Y el público de Badalona, supremo en conocer baloncesto, aceptó en seguida al baloncesto en silla de ruedas y lo prohió. Algo tendrá éste especial deporte.

10.- Todo el público, en todos los deportes, vibraba con los avatares de los deportistas españoles. ¿Donde estaba el separatismo?. Sin querer, uno queda pensando en los políticos.

11.- Los primeros días la prensa de Barcelona rezumaba quejas contra las injustas "clasificaciones funcionales". El último día eran perfectas y, además, inventadas en Barcelona, a pesar de que desde Fulda han pasado más de siete años. Se ve que la prensa cambia mucho de opinión.

12.- 107 medallas para el equipo español, las instalaciones deportivas repletas de público, gente esperando a diario para poder entrar en las piscinas Picornell. Al principio nadie esperaba este éxito. Ello explica algunas cosas.

13.- Barcelona superó todas las marcas parolímpicas: Número de participantes, 3039, número de países 81, número de deportes, 15. Asistencia de público, cobertura de servicios de información, sanitarios, de transporte, de alimentación, de vivienda, de organización interna... Donosura.

14.- Copiamos de los Menús diarios: Salmón al cava. Zarzuela de mariscos. Salmón a la plancha. Rape estilo Cadaqués. Pavo a la naranja... Servicio casi constante. Impecable condimentación. Esto no lo podrá superar, nunca, nadie.

15.- Los atletas estaban en casa. Una casa, grande, para todos.

16.- El atleta nadando sin brazos ni piernas ya era un espectáculo. Ganando oros, pulverizando récords, era un mensaje.

17.- Los voluntarios, fueron lo más aproximado que en la tierra puede haber a los ángeles de la Guarda. Sean benditos por siempre, amén.

18.- La Parolimpiada "Barcelona'92" era de una ciudad, una región, un país. La ciudad, la región, se volcaron. El país vivió apenas la gesta. Culpa acaso de los medios informativos.

19.- Porque pasarán seguramente muchos años antes de que se celebren otros Juegos Olímpicos en territorio español y es lástima haber perdido el enriquecimiento espiritual que ofrece siempre la fracción Parolímpica.

20.- Hubo muchas autoconfesiones, revelaciones, propósitos: "Si ellos pueden hacer esto yo podría hacer más de lo que hago".

21.- Admiración. Una palabra con mucho contenido.

22.- Admirables todos los atletas españoles. Si uno electo, Puri Santamarta, campeona del esfuerzo y de la calidad. Depender del esfuerzo de uno mismo. Nada hay más congratulante.

23.- Joan Maragall consideró a la multitud como un estado inferior del pueblo, cercano al caos y no a la poesía. No ha sido así en su propia tierra, donde la multitud ha sabido crear poesía. Porque la multitud, cuando la guía el espíritu, es también pueblo. Y también poeta.

24.- Los atletas están unidos por sus gestas, por su mutua admiración. Las Federaciones no existen en los campos de competición. Amigos para siempre. Amigos. Siempre. Hay pocas palabras que tengan un mayor contenido.

25.- Con los ojos encandilados ante el espectáculo de fuera, que rodeaba y acogía al espectáculo de dentro, solo queda decir, también emocionado: Gracias, Barcelona.

IV-4. LA EDAD DEL MINUSVALIDO

Se publicó en el num.38 de MINUSVAL, en Marzo de 1982.

LA EDAD DEL MINUSVALIDO

El paso del tiempo modifica. Al hombre, a los seres vivos, a las instituciones, a las cosas. A veces dirime y es buen ejemplo el paso del vivir al morir. También hay determinadas condiciones de existencia en que el tiempo a lo sumo matiza. Se es hombre, o mujer, o miembro de una raza y el tránsito vital no modifica la condición básica del sujeto. El capricho, la voluntad, una motivación particular impulsan a ensayar a veces cambios que se basan en lo técnico, no en lo temporal, lo trascendente.

Otra condición que dirime, con independencia del paso del tiempo, es la de minusválido. El minusválido lo es desde que nace, o desde el momento en que el deterioro se traduce en discapacidad, y lo será hasta el final. El minusválido niño se transforma con el tiempo en minusválido adulto, minusválido anciano, pero su situación ante la vida, esa entidad legalmente denominada "condición de minusválido", podrá ser transformada, nunca eliminada, salvo en el caso de que el deterioro y su vertiente funcional lleguen a ser normalizados por el especialista en minusvalías.

Este concepto, especialista en minusvalías, ofrece una clave fundamental. El especialista en minusvalías se mantiene de modo constante como tal, sin abdicaciones de ningún tipo,

cualquiera que sea la edad, sexo o condición del minusválido. Es un contrasentido pensar que cuando el minusválido es niño o anciano su especialista natural pierda la condición y se transforme en pediatra o geriatra. Por razones similares habría que encargar al ginecólogo la atención de todas las minusvalías padecidas por mujeres. Los problemas, médicos o sociales, que se les plantean al niño, al anciano, al hombre o a la mujer minusválidos tienen como factor común la minusvalía y no la edad o el sexo. El niño y el anciano minusválidos están unidos, a través de este factor común, a todos los demás minusválidos. Por el contrario, el niño o el anciano no minusválidos tropiezan con problemas similares a los padecidos por los demás niños o los demás ancianos. Problemas que nada tienen que ver con los que envuelven a los diversos minusválidos. Salvar los matices propios de edad y sexo, en unos y otros, minusválidos o no minusválidos, no pasa de ser exactamente esto, salvar unos matices que, por otra parte, no son los únicos que hay que cuidar en todo intento de atención al ser humano.

Entramos así en una serie de aspectos que conviene revisar. En primer lugar, se nos ocurre plantear la poco clara situación relativa a la procedencia o no procedencia de rehabilitación en los ancianos. Entendemos como al menos muy dudosa la misión rehabilitadora en personas de edades avanzadas. No sólo porque los ancianos carezcan en general del obligado factor de enfoque laboral, tan esencial en Medicina rehabilitadora, sino porque el envejecimiento, la involución, son fenómenos obligados, habituales, normales cabe decir, y la minusvalía nunca es "normal". El anciano, como el niño, pueden ser considerados, si se quiere, "desvalidos". Minusválidos, nunca, salvo que aparezca en un individuo determinado una situación minusvalidante, en cuyo caso el niño, el anciano, pasan a ser tributarios de rehabilitación. Por minusválidos, no por niño ni por anciano. De aquí la improcedencia del antiguo concepto "rehabilitación en Geriatría", "rehabilitación en Pediatría" o en cualquier otra especialidad. Como ya es admitido, las minusvalías son, fundamentalmente, sensoriales, mentales, expresivas o motóricas. Si faltan estos caracteres no puede hablarse en ningún caso de Medicina rehabilitadora, de Rehabilitación en general. No tiene envergadura suficiente para llevar a confusión ese pequeño error de llamar "rehabilitación" a las técnicas de Terapia Recreacional. Como tampoco puede servir el intento de transvasar el nombre Rehabilitación a la Medicina Física o la Fisioterapia. Los integrantes parciales, importantes o no, es imposible que alcancen a igualar al todo.

En el extremo opuesto del devenir cronológico vital, el que atañe al niño, el enfoque se puede orientar también de manera errónea. No se estila hablar, sin más, de "rehabilitación en el niño" o del niño" sino que se traslada la misión rehabilitadora, al menos parcialmente, a los especialistas de la infancia. Como además no se suelen expresar de forma correcta los diferentes campos de acción (minusvalías mentales, motoras, etc.) y se sigue hablando de "rehabilitación en neurología" o "neurológica", ocurre con gran frecuencia que los niños minusválidos caen en manos de neuropediatras y aún psiquiatras. Con la paradoja adicional, en el primero de los casos, de que Rehabilitación es especialidad oficialmente reconocida y Neuropediatría no.

De nuevo se hace necesario llamar la atención hacia el hecho de que es la propia situación del minusválido y no la edad del sujeto lo que concede soporte de especialización en el mundo de las minusvalías. Una vez aceptado esto se comprende que un neurólogo, un pediatra, o su combinación, el neuropediatra, no pueden ser útiles a los minusválidos, niños o no, si no aprenden minusvalías. Es decir, si no se transforman en médicos rehabilitadores. Lo cual, por cierto, no es difícil, dado que a la Medicina rehabilitadora, como a cualquier especialidad que comienza, se pueda acceder desde cualquier origen o cometido médico. Siempre que la especialización, la entrega a los quehaceres rehabilitadores sea total, completa. Es imposible dedicarse en serio a Medicina de minusvalías y a la vez a Neurología, Pediatría, Psiquiatría, Traumatología o cualquier otra especialidad. No sólo en estos momentos de comienzo de la especialidad, en que el esfuerzo se ve ampliado en tareas de investigación, ordenación de hallazgos, creación de técnicas y búsqueda de un amparo doctrinal. También será imposible la

dualidad en el futuro, cuando la Medicina rehabilitadora alcance su dimensión auténtica. Basta para deducir la necesidad de dedicación absoluta pasar la vista por una clasificación de minusvalías y por las implicaciones individuo-entorno de cada una de las diferentes situaciones. Es más, hay que prever que irá surgiendo la subespecialización dentro del gran campo de la Medicina de Minusvalías. Lo que nunca será factible es que cada especialista llegue a entender, sin abandonar otros cometidos, los problemas de minusvalía que rocen el entorno de su modo de especialización. Esto no se ha conseguido durante siglos, ni siquiera en relación con los aspectos quirúrgicos de cada rama médica, lo cual parece sin duda mucho más sencillo.

Como se dice al principio, ser minusválido dirime, independientemente de la edad que se tenga. Ser niño es una cosa, lo mismo que ser anciano. Ser niño minusválido, anciano minusválido otra muy distinta. El minusválido, a cualquier edad, necesita especialista, pero este ha de serlo en minusvalías. No se puede permitir que un niño, tomemos este ejemplo, pierda las posibilidades médicas que se le ofrecen porque un médico, perfectamente enterado de su propio cometido, le acoja gentilmente, cerrándole así el paso hacia la única solución que podría alcanzar. Y lo mismo cabría decir con referencia al anciano con minusvalía. El minusválido, que no tiene ninguna culpa de esta falta de engranaje, es el único que sufre las consecuencias de la desorganización. Como el filósofo, ve transcurrir sus días, todas las edades de su tiempo perdido, esperando encontrar por fin a alguien que de verdad le entienda.

IV-5 LA LUZ DE LA CEGUERA.

Fue escrito para participar en el Premio Cincuenta Aniversario de la Organización Nacional de Ciegos y publicado en Febrero de 1988 en el num.78 de la revista MINUSPORT.

LA LUZ DE LA CEGUERA

Ni siquiera sé por qué me he puesto a pensar. Por qué razón me ha surgido este afán de encontrar respuestas a preguntas que sería mejor callar. Tal vez sea la luz que noto que baña mi rostro. Conservo un recuerdo nítido de la luz, de los contrastes que conceden a las cosas una fisonomía de la que entonces no me daba cuenta. Recuerdo, sobre todo, los colores. Puedo imaginar sin dificultades el rojo, el azul, los tonos blanquecinos, hirientes a veces, de la plena luminosidad solar. Lo que menos recuerdo es el negro, los tonos oscuros. Las penumbras si, me siguen pareciendo sedantes. Quizá el negro lo tengo tan presente ahora que yo mismo trato de ocultarlo, o bien es que, por repetido, va perdiendo en mí entidad. Recuerdo también los objetos, su imagen se me representa con facilidad al tocarlos. Aquellos años de experiencia visual facilitan ahora la labor captativa de mis manos. Los sonidos son también distintos, más ricos. Llenos de contenidos que antes de quedarme ciego era incapaz de sospechar. Con matices, como los de los colores. Ahora comprendo que Wladimir Korolenko hable de sonidos rojos o blancos en "El músico ciego".

El mundo se me muestra más importante porque es más manifiesta mi inferioridad. Mi dominio sobre él es menor, su dominio sobre mí mucho mayor. Estar ciego constituye una lección de humildad, siempre, aunque a veces intentemos disfrazar nuestro verdadero sentir, como niños que gritan a la oscuridad porque tienen miedo. Es una lección continúa, más dulce que amarga, más confortadora que vulnerante. Pronto se aprende que es inútil tener miedo, gritar a la oscuridad, odiarla, rechazarla, temblar ante la seguridad de lo perenne. Hacer todo esto es dejar de ser humilde para pasar a sentirse humillado.

En cambio es más rica mi visión de mi mismo. Al no ver hacia afuera miro hacia adentro. No solo cuando estoy despierto sino incluso en sueños. Ahora veo cosas que nunca hubiera visto y

he adquirido saberes a los que nunca hubiera podido antes aspirar. Sólo a través de la ceguera se puede tener visión del más allá; por eso eran ciegos los adivinos antiguos. Ahora puede dirigirme, como dice Borges, "a mi secreto centro". "Pronto sabré quién soy". Incluso noto que los demás están también en mi interior. El amor es eso, hacer vivir a otros dentro de uno mismo. Es triste que haya que quedarse ciego para aprenderlo.

Sin embargo, queramos o no, una de las claves está en la luz, la luz que nos rodea, que es un hálito de Dios. "Y la luz se hizo". A veces, la luz en los ojos sólo da calor, a veces nada, convertida en puro estímulo secreto que se cortocircuita hacia el espíritu. Pero está ahí y nos atrae, esa "atracción de la luz" de que habla Korolenko y que está presente también en quienes en ningún momento de su vida hayan llegado a verla. La esencia de la ceguera está en no percibir la luz. Esto hay que aceptarlo, como Buda indica, o curarlo, como hizo Jesús. Pero la pregunta tiembla: ¿Es esto todo? ¿Ausencia de luz? ¿Qué luz?. En el Bhagavad Gita se describen tres cualidades que, nacidas de la naturaleza, están presentes en cada ser: Sattva, Rajas y Tamas, representados por los colores blanco, rojo y negro, una entre las muchas triadas que el hombre ha creado y que Kircher recogió ampliamente. La primera cualidad, Sattva, representa bondad, verdad, pureza, estabilidad, poder, aptitud vital, luz. La tercera, Tamas, simboliza ignorancia, insensatez, confusión, apatía, negligencia, letargo, tinieblas, oscuridad, ceguedad. Ceguedad, no ceguera. Entre ambas, Rajas representa pasión, afán, deseo, ambición, inquietud, actividad. Un impulso central que puede ser orientado hacia uno de los dos extremos.

En los Evangelios se nos dice que Cristo quiso que todo comenzara con su fin, pero sólo nos dejó su ejemplo. Escribió sobre la arena y anduvo sobre las aguas; su huella debía quedar de otra forma. Cura a un ciego con saliva, es decir, con la palabra y le conmina para que no entre en la aldea (Betsaida), para evitar encontrarse de nuevo con los antiguos errores. El ciego Bartimeo tira su prenda exterior de vestir para presentarse a Jesús; se ha desprovisto de su falsa apariencia. El templo que será destruido es seguramente el cuerpo. Al ciego de nacimiento le abre los ojos, le ofrece la verdad, aplicándole barro que fabrica con tierra y saliva. Barro de la creación primitiva, amasado en el Gilgamés con sangre de la cabeza del Creador, con tierra roja en el Génesis. Luego le envía a la piscina de Siloé para que le lave el agua purificadora. "Mientras es de día", le dice. Para que pueda captar la luz, que está en Él. Porque Jesús vino a este mundo "para que los que no ven vean y los que ven se vuelvan ciegos", es decir, para que los ignorantes sepan y los fatuos queden deslumbrados al comprender su error. "Si fueran ciegos, o sea inocentes, no tendrían pecado".

El pensamiento ha volado, quizá demasiado lejos, pero no por buscar consolaciones religiosas o literarias, siempre confortadoras, sino para mostrarme a mí mismo que no existe un único concepto de luz. Junto a la luz que permite ver hay otras formas de luz que no admiten tinieblas. Luz del entendimiento. Luz de la razón. Del conocimiento. De la verdad. Del amor. Lo importante es comprender, aunque no sea a través de la vista. Es cierto que la simbología, que liga arte, religión y sabiduría, se basa en gran parte en símbolos visuales, pero el no ver estos signos no significa que no se pueda participar. La ceguera no elimina la comunicación. La ceguedad sí, en gran parte. "La verdadera transmutación hermética es un arte mental", se nos dice en el Kybalion. Lo que marca diferencias es el conocimiento. El sabio y el hombre ordinario se comportan en el río de la vida como un nadador o un simple leño. Pero no son los rayos luminosos, aunque ayuden, los que marcan estas diferencias. El esfuerzo no debe hacerse desde la sombra hacia la luz, tal como dice Goethe que intentaban los hombres del Norte, sino desde la sombra hacia la vida. Creo que hay una luz, una gran luz, en vivir y precisamente el acierto de los hombres del Norte está en haber desarrollado su vida en su propio ambiente, sin salir en busca de luces meridionales, que a veces deslumbran. La luz puede hacer visibles unas cosas, invisibles otras.

Otra idea paralela que me surge, tal vez porque tengo recuerdo de la luz, es que no sólo de rayos luminosos está formada la naturaleza. La lluvia, el mar, el viento, los rumores del bosque, la noche, la oscuridad, son también naturaleza. Aunque falte algo en toda esta grande, incomparable riqueza, lo que queda, siempre asombroso, es vida. Pero hay que saberlo, comprender que cuando los espejos se han hecho inútiles otros reflejos permanecen. Es difícil esta comprensión, sobre todo por la constante, continua presencia de la oscuridad. Las tinieblas, como dice Huxley, van en busca de la luz y de la luz nacen nuevas tinieblas para que se renueve el ciclo. Lo terrible es la monotonía de la tiniebla o de la luz. Por eso los cambios de ánimo de quienes estamos sometidos a una situación sin más mutación posible que la muerte. Borges trasciende desánimo a veces: "Con el verso debo labrar mi insípido universo"; "y solo puedo ver pesadillas". Su tesoro es "la vasta y vaga y necesaria muerte". En cambio, en otros momentos reconoce que "vivía en la sombra y ahora en la luz" y refiere, por haberlo leído "en las bibliotecas de los sueños", creyéndose invisible porque ha dejado de ver, que también hay rosas invisibles, como la "que Milton acercó a su cara sin verla". Identificado, nos dice que Demócrito se arrancó los ojos para pensar mejor.

Esto no significa que haya que renunciar a la esperanza de volver a ver, o de ver por primera vez los que nunca antes conocieron la luz y la inventan. Se hacen intervenciones en pacientes con más de treinta dioptrías y se puede remedar una especie de luz mediante destellos electrónicos. Pero la confianza en el progreso debe ceñirse a lo real, a lo, nunca mejor dicho, tangible. La electrónica nos ha hecho ganar precisión y rapidez. Grabar, en lugar de escribir, hace más fluido el pensamiento. Oír libros permite también releer. Y meditar. Lo esencial es hacer algo. La ocupación es el instrumento que nos hace reaccionar impidiendo que la vida quede reducida a la ceguera. Mantener la noción de la propia desgracia es estéril, porque el alto nivel de percepción del dolor limita la posibilidad de captar alegrías, y es egoísta, porque impide sentir los dolores y las alegrías de los demás. Los ciegos podemos hacer mucho. Bastante más de lo que podría pensarse. La visión concede apoyo y seguridad para apoyarse y en qué asegurarse. Se ha dicho que es sabio y aconsejable tomar como guía a un hombre ciego en un camino oscuro.

Al no ver se llega a creer, como Borges, que lo visible no existe. Es mejor entonces hacerse invisible porque ello representa ser más libre, poder reformar o inventar la realidad. Encontrar nuevos modos de ver. "Hasta que nos veamos de nuevo", decimos los ciegos al despedirnos. Nada existe si no hay alguna forma de mirada que lo reciba. Nada es real si alguien no es capaz de imaginarlo. La luz viene así desde la mirada, desde el pensamiento. Poco importa la belleza si no hay nadie para percibirla. Haber visto la luz y tener memoria de ello es suficiente. Al que nunca la vió le queda la opción, más apasionante todavía, de inventar todo, de construir consistencias desde una nada parcial. Al menos se habrá encontrado el lugar adecuado por donde transite y trascienda la persona, cada persona.

Con un "mundo a ciegas, sin luz de tal mirada", en verso de Jorge Guillén, le queda una opción al ciego y es encontrar otras formas de mirar, de dar luz a lo que le rodea. Sin olvidar que puede dirigir la mirada hacia adentro, iluminándose a sí mismo. La ceguera sólo es castración en el psicoanálisis. "Contra las perversidades de la vida - dice Hermann Hesse - los mejores recursos son valentía, obstinación y paciencia. La valentía da fuerza, la obstinación alegría y la paciencia tranquilidad".

El pensamiento, mi pensamiento, se detiene. Ahora lo sé. Las preguntas son innecesarias, porque no existen respuestas. Sólo vida que nos envuelve, en forma de luz, en forma de sonidos, de silencios, de contactos y, sobre todo, de afanes. De deseos de formar también parte de esa vida a la que se ofrece la luz que hay detrás de unos ojos que no están solos ante las tinieblas.

IV-6. EL LATIDO DEL SILENCIO.

Salvo error, este texto, escrito en 1995 como homenaje a Fray Pedro Ponce de León, permanece inédito.

EL LATIDO DEL SILENCIO.

Nunca he percibido ningún sonido. De niño murmuraban en mi interior los quejidos de mi propio llanto, la ternura de los besos de mi madre. Siempre han resonado en mí el fulgor de las caricias, la calidez de la amistad y el crujido del desdén, que todavía me retumba a la vez como un relámpago y como un fragor. Intento, a través de mis manos y de mi cuerpo, conocer el sonido de la lluvia al caer y el aullido del viento, al que noto como una fuerza que se me opone y sin embargo me envuelve para protegerme. Mis manos captan, como un susurro, la melodía en la caja de resonancia, igual que percibía Hellen Keller los aplausos a través de sus pies en la tarima de los escenarios. El susurro se extiende por todo el cuerpo y mi esqueleto vibra, aunque no tanto como cuando hay gritos a mi alrededor. Las disputas, las reconvenciones violentas, me siguen asustando y tengo para ellas una receptividad casi auditiva.

Todos estos remedos de audición se reducen a un latido, una especie de temblor que se prolonga a saltos, como si galopara en el caballo de mi propia ansiedad. También oigo, cuando lo pretendo, los latidos de mi corazón. Son, cada uno, como el rebote de una pelota sobre el frontón de mi espíritu. Entonces el silencio ya no es un eco vano, sino una sucesión de impulsos. Es cierto que te acostumbras al silencio, vives con el silencio, el silencio te rodea como una atmósfera, pero nunca te sirve de apoyo, de fuente de vida. Tú soportas el silencio pero él no te ofrece a tí ningún apoyo. Por eso te animas cuando late, como un corazón, porque entonces el silencio se humaniza y te notas menos sometido. La sumisión rige la vida del sordo que no ha aprendido a comunicarse. El gesto, el contacto, te liberan aunque a veces se te nieguen y te quedas aislado, en el vacío. Tan solo acompañado por el latir de tu corazón.

Todo esto hace que un sordo tenga muchos motivos para aislarse todavía más y encerrarse en sí mismo. Motivos de dolor, de incompreensión, de rechazo, que solo la acogedora naturaleza y el refugio en tu propio latido mitigan. Todos los seres humanos fracasamos, en un sentido o en otro, en un momento dado o algún tiempo después. Muchas veces me he preguntado: ¿por qué los sordos, y supongo que también los ciegos, hemos de fracasar más veces y (ello me hace sonreír) con mayor claridad, con más precisión?. Nuestro problema está en no percibir determinados mensajes que el cosmos envía. Esto afila nuestra capacidad mental, pero también nuestra desconfianza. La respuesta que hemos de dar nace dentro de nosotros, como un impulso del espíritu, que puede ser acertado, pero que puede no serlo. ¿Acaso cabe dar respuesta adecuada a un mensaje que no se ha comprendido bien?

Quiero meditar sobre esto, hacer vacilar mi incertidumbre. Quienes perciben estímulos sonoros matizan en su mente el significado del mensaje, que viene envuelto, sustentado, en decibelios. Interrelacionan, comparan, despiertan recuerdos o anhelos, indagan experiencias y elaboran una respuesta, que es vertida a través de la palabra o de la acción gestual. La mente trabaja con símbolos, que se transforman en palabras según un código que es la base para la ordenación de un verdadero lenguaje. El símbolo se transforma en sonido en la emisión de la voz, en grafismo a través de la mano. Siempre me llamó la atención esta unión entre lo expresivo y lo motórico, y no sólo en el lenguaje hablado o escrito, sino en la expresión mímica, en el lenguaje corporal. Es el poder nacido del contacto humano.

En lo que hace al lenguaje, el deficiente mental flaquea sobre todo en los aspectos logopédicos, los de creación, mediante símbolos, de un sistema codificado, aunque también puede fallar en la emisión fónica, la que reside en los órganos fonatorios, sobre todo por problemas de articulación. Oye bien pero comprende mal y elabora sus respuestas con dificultad, lo cual es independiente de que pueda mostrarse torpe en su dicción y sus ademanes. Pero capta sonidos. Los disfruta. O los teme. Yo he visto la alegría que producen a algunos deficientes mentales ruidos, golpeteos, zarabandas y bullicios y su temor ante, por ejemplo, el sonido de una máquina. El sordo ha de inventar todo esto y yo mismo lo he hecho muchas veces. Es bueno imaginarse las notas de una melodía, o el sonido de cascabeles y de campanas, como si todo ello existiese en tu interior. Es una forma de fingir, de forjar una alegría. Y de unirte un poco más al mundo que hay fuera de ti.

En cambio, nuestra capacidad mental es buena. Ideamos códigos, elaboramos mensajes, intuimos estímulos, planeamos respuestas que tenemos dificultad en expresar. Es curioso ver como precisamos de la levadura de los estímulos que vienen de fuera para que fermenten algunos contenidos mentales y nos apoyamos en la lectura labial, en el alfabeto dactilológico, en toda la amplia gama de posibilidades que nos brinda la tecnología moderna. Todo empezó a mediados del siglo XVI, con el esfuerzo de Fray Pedro Ponce de León. Todos los sordos le debemos mucho, porque nos permitió disponer, con sus signos, de una forma coherente de lenguaje. Yo, al menos, siento una gran ternura cada vez que me surge su recuerdo venerable. Creo que él también era algo sordo, aunque tal vez esto no es sino un recurso mío para sentirlo más cercano a mí. Lo imagino en Sahagún, por donde pasaba la ruta del "Camino francés" de Santiago y también le intuyo solitario en su nobleza y un poco enterrado en San Salvador, que fue Panteón Real de Navarra.

Con los impulsos nacidos de tu cerebro, sin estímulos previos, elaboras pensamiento, respuesta y acción. Se cubre así una parte del arco que comienza en la llamada exterior y culmina con el acto voluntario, que a su vez revierte hacia afuera a través de la respuesta. Este fragmento de convivencia es suficiente si aceptas vivir de este modo. No hace mucho, cuando todavía era un niño, sentía una gran ansiedad por comprender las letras, aquellos signos misteriosos que llenaban las páginas de los libros. Las imágenes ayudaban mucho y cuando llegué a comprender el primer cuento (era "Blancanieves y los enanos") se me abrió el horizonte, como si volara en una nave a reacción. El aprendizaje es muy lento. Resulta imposible la integración con niños no sordos. Te ayuda la fantasía, pero también te equivoca y corres el peligro de formarte un mundo y una vida falsos, como si fueran de otra galaxia. La contradicción es una característica básica del ser humano.

Los niños ciegos aprenden más deprisa, con sus dedos sensibles siguiendo las huellas de los caminos trazados en el papel, sabiendo siempre a qué sonido corresponde cada garabato en relieve y jugando a la vez con el gustoso sabor de la palabra, el succulento pronunciar de la lengua y los labios. En el sordo es distinto. Cuando me regalaron una máquina fotográfica de revelado instantáneo pasaba mucho tiempo captando imágenes, jugando con ellas, descifrando su lenguaje secreto. A veces, en mi excitación, me parecía oír el ruido del disparador, el zumbido de la placa entre los pequeños rodillos. Es algo, en cambio, de lo que los niños ciegos no pueden disfrutar y sentía gran pena por ello. Creo que el niño ciego se encuentra más desamparado, aunque los sordos estemos más aislados. Los demás niños no comprenden casi nada. Tal vez les da miedo intentarlo.

A veces sientes que estás en una gruta, dentro de una montaña. A mí me gusta creer que estoy en el interior de una caracola, rodeado del sonido del mar. No sé como suena el agua del mar pero me imagino el ruido que hacen las olas al golpear contra las rocas y las gotas de espuma son como letras que puedo leer. En la caracola es diferente, el mar te rodea, como un

eco uniforme que llego a percibir, hasta que, de repente, me invade una sensación de angustia, casi de desesperación, como si me incorporase de pronto despierto en medio de una pesadilla. Es una sensación agobiante de estar encerrado en un bote de cristal, con la esperanza mantenida de que, de repente, con un simple crujido, estalle. ¿Contradicción?

En sueños oigo. Mi estrato noológico crea, inventa, actúa en libertad. Durante el sueño es normal que los impulsos no vengan de fuera, sino que nazcan allí de forma espontánea. Se pueden idear aventuras, comportamientos, inquietudes, y cumplirlos. Cuando duermo me siento libre y luego recuerdo y el silencio me sirve entonces para revivir mis ensueños. Unos ensueños de crisálida, que espera librarse de su prisión sin conseguirlo nunca. Pero las caras de las voces que hablan en mis sueños tienen forma y color, aunque siempre les falte algo. Y el sonido de la voz... ¿Lo estoy oyendo o me estoy inventando esa plenitud de armonías sonoras?. Luego, al despertar, pienso muchas veces en la paradoja de que la belleza pueda existir plenamente sin sonido, una paradoja inventada por mí y tal vez por otros muchos sordos. Falsa paradoja, puesto que así se muestran la pintura, el dibujo, la escultura, y, durante algunos años, el cine mudo. Además, ¿qué representa el sonido de una cascada que no puede verse? ¿Cómo captan la belleza los ciegos sordos?. Al pensar, me doy cuenta, una y otra vez, de la inmensidad de la belleza que se encierra en la naturaleza toda, de que los fragmentos de esta inmensidad también contienen belleza. A través de este pensamiento me siento feliz y, sobre todo, con valor. Ese valor que es imprescindible para seguir viviendo.

Viviendo y esperando. Antes, en mis años de niño, ahora cada vez menos, aguardaba una especie de magia, un milagro que me haría oír. Algún día aparecería entre la bruma, en algún rincón de un jardín, en medio de la noche o en sueños, una figura misteriosa que me tocaría y me abriría los oídos. No era religión, ni fe, ni esperanza, sino una especie de acendrado deseo de justicia, un afán de retribución ante una desigualdad establecida sin lógica. Nunca pensé que mi sordera fuese un castigo que otros no merecían, sino simple injusticia, como tantas veces se da en la vida. Ahora sé que todo se reduce a un problema de casuística, de incidencia sobre un grupo de población. Que es un hecho nosológico. Que nunca llegaré a saber cómo suena la voz de la mujer amada y que la naturaleza siempre estará truncada para mí. Y agradezco poder seguir teniendo valor, conforme con lo que me queda, que es mucho.

Me hubiera gustado ser músico. Cuando veo actuar a una orquesta siento una gran paz interior. Creo que es música la armonía cadenciosa que late dentro de mí, aunque tal vez sólo sea ese mismo silencio que me late al compás del corazón. Porque el sonido late, como el silencio, estoy seguro. La verdadera tragedia está en la falta de latido de todos los que no son sordos, de todos aquellos que se sienten superiores porque pueden oír, de los que creen que el sonido que nos es negado les pertenece. No comprenden que no es el sonido tan solo lo que nos falta, sino la aceptación humana, el latido que hay en los demás. Se puede danzar como María O'Reilly, aunque la música no exista para ti y el hacerlo en pareja, o en grupo, se oiga o no la melodía, es convivir. Los que oyen no son capaces de entender que el verdadero dolor está en su rechazo y que la rabia que a veces me rebosa brota de su incompreensión.

Me consuelo pensando que ahora se puede plasmar una escritura utilizando el sonido de la voz, que hay teléfonos de textos para sordos, que existen ya sistemas de ampliación individual del sonido para que los hipoacúsicos puedan escuchar los diálogos en cines y teatros, que se ha creado una Asociación Internacional de Intérpretes de Lenguaje de Signos.

La esperanza se mantiene, como se mantiene el brillo del sol, o la caricia de la brisa, o el aroma de la noche. ¿Será una esperanza compartida?. Miro a mi alrededor y noto que de repente me rodea otra vez la sensación de aislamiento, de lámina de cristal que me envuelve y comprendo mi dependencia, humana y triste, tierna y emocionante, de los demás y pienso que el

único camino posible de salvación está en conseguir que los demás dependan de alguna forma de mí, de mi esfuerzo.

A veces, y ello me consuela, vuelvo a creer, como cuando era niño, que algún día oiré. Entonces iré a buscar a los que todavía no oigan para mostrarles que no están solos, que también ellos cuentan y que tienen que demostrarlo. Únicamente de este modo alcanzaré a comprender el verdadero significado de muchas cosas. Hasta que llegue ese momento, me basta con pensar de cuando en cuando en el misterio de ese latido que me rodea pero que nace a la vez de mí. Y que hace que el silencio tenga también sentido y el mundo y yo permanezcamos unidos.

IV-7. CREPUSCULO.

Publicado en el número 74 de MINUSVAL en Sepbre de 1991.

CREPUSCULO

El sol se va ocultando lentamente tras las montañas. Como mi vida. Mi vida también se acaba. Terminará por ocultarse, delante de esas montañas que no puedo atravesar. Que mi silla de ruedas no puede escalar.

Cuando era joven impulsaba las ruedas con gran facilidad. Cubría los kilómetros de una maratón en menos de dos horas. Menos tiempo del que empleaban hombres con sus dos piernas en uso. Subía rampas, bailaba, superaba alturas que ahora son también como montañas. Mis brazos podían llevarme sin dificultad. Si encontraba asidero era capaz de caminar con ellos, de colgar de ellos mi cuerpo, como un péndulo. O de desplazarme sobre el suelo apoyando en él las manos, elevándome unos centímetros, con los inútiles miembros colgantes, arrastrándose, barriendo la superficie sobre la que tan precariamente me había encaramado. Era como una babosa con brazos.

Los brazos me servían para todo. Para abrazar, para trabajar, para alcanzar lo que me era dable alcanzar del mundo, para desplazarme, para ayudar a otros. Para vivir. Entonces sentía el orgullo latente de no necesitar ayuda de nadie para casi nada y, a la vez, el orgullo, mucho mayor, de ayudar a los demás. Con mis manos partía ladrillos, madera, cocos, doblaba barras de hierro. Mis dedos bastaban para abrir nueces o botellas de cerveza. Había alcanzado algo muy difícil. Había logrado la libertad.

Ahora mis manos me sirven para comer, para desplazar mi silla de ruedas, para trasladarme a la cama o salir de ella. Pronto ya ni esto podré hacer. Pronto será la muerte la única capaz de asir mis manos para levantarme; tal vez entonces pueda, por fin, mantenerme erguido. Si llego a hacerlo, aunque sólo sea unos instantes, miraré a lo lejos, lo más lejos que pueda y aspiraré el aire, un aire que imagino más libre, más puro. La silla de ruedas, lo sé, te limita el horizonte y te obliga a respirar un aire más cargado.

Estoy a punto de concluir una etapa. Una etapa de vida con limitaciones, con discapacidad, pero vida al fin. El sol se pone para volver de nuevo. Mi vida desaparece y mi esperanza es que resurja en otro plano, en otra dimensión. ¿Sin discapacidad? Esta es la pregunta que muchas veces me he planteado, que ahora, de nuevo, me hago. ¿Qué haría yo, libre de minusvalías? Lo asombroso es que me lo pregunto sin inquietud. Hay algo que he aprendido. El temor reside en uno mismo. A veces, incluso, la amenaza la inventamos nosotros. Cada uno somos nuestro mejor amigo, nuestro peor enemigo. Lo importante en la vida no es lo que uno hereda, lo que recibe, sino lo que es capaz de ganarse por sí mismo. Con su esfuerzo, con su humanidad, con su comportamiento. Yo soy, he sido siempre, como los demás. La única diferencia está en que todo cuanto hice me representó un esfuerzo mucho mayor que a ellos. Un esfuerzo que ahora,

anciano, ya no puedo realizar Ahora mi discapacidad es distinta, siendo la misma. Porque el anciano, por sí sólo, no tiene discapacidad, como no la tiene el niño recién nacido. Son situaciones normales que se dan al aparecer y al desaparecer en este escenario que es el vivir. El niño con discapacidad, el anciano con discapacidad, son otra cosa. Y otra, bien diferente, el envejecer con discapacidad, como a mí me ocurre. Hacerse viejo dentro de una normalidad que a su vez está encastrada en una dificultad, la de la minusvalía. Que posee también esa normalidad que da la costumbre.

Pero mi propia limitación disminuye mi temor y acrecienta mi esperanza. Vivir con una discapacidad, perseverar a pesar de ella, es un honor. Mi propia limitación ha constituido mi mayor orgullo, al haber sido capaz de vencer el reto. Mi lucha ha sido, en efecto, mayor que la de los demás hombres, pero también es mayor el pago por haberla vivido. He sido un poco más niño que los demás, pero, a la vez, bastante más adulto. Mis ilusiones han sido más intensas, mi ambición más concreta, mis logros menos aparentes pero más reales. La discapacidad engendra anhelos y es mejor, ya es sabido, tener anhelos que cumplirlos. La ilusión supera siempre a la realidad.

Discapacidad... Palabra larga, casi susurrante. ¿Cómo será después? Pronto, muy pronto, sin deseos pero sin temor, lo voy a averiguar.

El sol se está poniendo tras las montañas. Yo quedo, delante, esperando.

V.- LUZ DE AMANECER

V-1. DEL NIÑO AL HOMBRE, PASANDO POR EL PAJARO.

De nuevo el niño como eslabón hacia el hombre. El niño con discapacidad, que parece aún más entrañable. Se publicó este escrito en el num. 32 de MINUSVAL, correspondiente a Noviembre de 1979, Año del Niño.

DEL NIÑO AL HOMBRE, PASANDO POR EL PAJARO

El hombre no es sólo un niño que se ha hecho grande. Es, sobre todo, un niño que ha aprendido a volar. La magia de este vuelo es rito de iniciación, bautizo que permite la entrada en un culto hasta entonces desconocido por el neófito. Algo muy triste sucede cuando un niño, a veces muchos niños, todos los niños minusválidos, por ejemplo, no pueden desvelar del todo los misterios que se les irían ofreciendo a lo largo de este vuelo. Sin embargo, no solamente son los niños minusválidos los que pueden fallar. Algo ocurre que impide o dificulta a casi todos los niños del mundo el esfuerzo obligado de volar.

Los aspectos a estudiar en el niño son, sin hipébole, infinitos. Uno de ellos, facetado a su vez con una inmensidad de matices, es el de su evolución. El paso de niño a hombre, que a tantos pensadores ha preocupado. La transformación en adulto, que a veces tiene apariencia de evolución armónica y a veces de cambio tempestuoso. Es, de todos modos, evolución, como la del árbol que ha perdido su apariencia de arbusto. O la del manantial, tan distinto cuando, más grande y más quieto, se ha transformado en río.

En esta evolución que marca el paso de niño a adulto algo está ocurriendo. Tal vez sea un conjunto de gradaciones intermedias que se van sucediendo una a otra. Pero tal vez exista algo más, acaso la creación de un ser diferente, de transición. El niño, al hacerse hombre, abandona un sueño para conquistar una realidad. Como el pájaro, que abandona su mundo y se lanza a volar en busca de nuevas tierras. Pero algo sobreviene a veces, y es que el pájaro no emigra, no

cambia su tierra vieja y ya estéril por una nueva. Ese vuelo, su vuelo, se pierde. La transición, no importa cual sea la causa, no se realiza. El pájaro nunca será el mismo pájaro que sería si hubiese volado. Acaso el ejemplo sirva para los niños, cuyo paso a la edad adulta puede decirse que se hace a través de una forma de vuelo. Un vuelo que nadie, si no es cada individuo por sí mismo, puede volar. Si este vuelo no se realiza, todo habrá cambiado. Cabe pensar que algo, la prisa tal vez, o la indiferencia, está haciendo que el niño, que muchos niños, pasen directamente a ser hombres sin ser pájaros en medio.

EL VUELO DEL NIÑO: SER HOMBRE

Los dos estratos biológicos, soma y espíritu, que componen, junto al alma, la personalidad humana, han de reposar. Lo hacen, uno y otro, cíclicamente. Cuando el soma, abandonando su actividad, entra en reposo, el espíritu se independiza y el sujeto cae en el ensueño o en el sueño, según que esta independencia sea parcial o total. Del mismo modo, cuando los estratos somáticos se independizan del espíritu, realizan actos automáticos cuando esta independencia es total. Si no lo es, se producen situaciones de ensueño, representadas por el juego y el deporte. De aquí que hayamos definido al deporte como "ensueño a nivel proteico". La liberación de uno de estos estratos, por ruptura o semirruptura de las ligaduras existentes entre ambos, significa, por tanto, reposo para el otro. La más estudiada, la liberación del espíritu, se simboliza, desde hace milenios, en el vuelo. Esta liberación representa dejar independiente lo ideativo, que se dedica a crear, crear sólo, sin necesidad de manifestarse. Lo mismo, en sentido contrario, sucede en el juego y el deporte. Lo manifestativo se enriquece en sí mismo y por sí mismo, liberado en gran parte del freno que supone el tener que decidir, que crear una respuesta antes de responder. En esta mezcla de sueños y ensueños evoluciona el niño. Crea su propia personalidad. A expensas, sobre todo, de su fantasía. Necesita que esto sea así. Necesita, simbólicamente, volar. El vuelo, el ensueño, es una liberación y, a la vez, una etapa que no puede faltar. Que tampoco, por supuesto, debe llegar más allá de lo necesario. El problema de Icaro es que voló -fué niño -demasiado tiempo. Lo cual sucede con muchos niños minusválidos, que se mantienen, por fallo de lo Ideativo, en lo Manifestativo, en lo Captativo o en las conexiones entre los estratos, siendo niños demasiado tiempo. La solución tal vez sea no dejarles acercarse demasiado al sol, pero es mejor ofrecerles un sol que no quemara sus alas de cera.

El vuelo del niño le lleva hasta la meta lejana: ser hombre. Aún entonces el vuelo ha de continuar, porque el hombre, el hombre -niño, ha de seguir volando, volando siempre, para ser un hombre mejor. Saint Exupery fue toda su vida un poeta, poeta -niño, poeta de la niñez, porque volaba cuando soñaba y soñaba cuando volaba. Lo mismo sucede con Richard Bach. Juan Salvador Gaviota no es sino un niño que quiere ser hombre. En los cuentos infantiles el pájaro es siempre figura principal. El ruiseñor, la paloma, el cuervo, el gigantesco "roc", son símbolos, más o menos claros, de elevación espiritual, de etapa hacia lo desconocido, de liberación de lo terrestre. De evolución. El mito del Ave Fénix representa volver a nacer, es decir, volver a ser niño. El niño que saca los ojos a un pájaro se automutila sin saberlo; es un niño marcado que, siguiendo su destino, se marca aún más profundamente. Porque en el adulto el vuelo en sueños puede representar, en gran parte, evasión. En el pájaro, en el niño, el vuelo significa siempre destino.

El alma, la porción inmortal de cada persona, viene representada por un pájaro en los mitos más antiguos y en los más modernos. También la ascensión de tipo chamánico, en general en busca de una comunicación con los espíritus. Un vuelo es siempre la ascensión a los cielos, presente en gran número de mitologías. En general, sólo son unos pocos, elegidos, los que lo consiguen, ya se trate de taoístas, alquimistas o budistas ("arhat"). Un claro símbolo de abandono del cuerpo está en el vuelo astral. El alma permanece unida por un cordón de plata o de oro, idea que recoge el Ecclesiastés.

De menos trascendencia es la levitación, vuelo al fin y al cabo. La levitación de los magos, de las brujas, de Zarathustra, de Mahoma, encierra la búsqueda de un nuevo estado, más allá que el de hombre. Los místicos suponen este estado claramente mejor y así su vuelo es un vuelo de ansiedad, casi de pasión.

Las implicaciones religiosas, queda claro, son muy abundantes en la mitología del vuelo humano, de su simbolización en un pájaro. Ello puede significar que la religación de cada niño dependerá también de este "ser" o "no ser" pájaro. La faceta religiosa es, para mí, inseparable en la estructura total de la personalidad humana. Aunque sea para negarla, el hombre la necesita y nunca es hombre completo sin ella. Aquí puede haber una clave importante para la realización y comprensión del *Homo religiosus*. Y para el niño en el que este hombre va a nacer.

DESARROLLO DE LA FANTASIA EN EL NIÑO

El vuelo es siempre viaje. Conlleva una partida y también una llegada. Desde ser niño, por ejemplo, a ser hombre. Sin vuelo, sin ser como un pájaro, la partida, pero sobre todo la llegada, no se van a dar. Ello requiere la conjunción de dos factores: una voluntariedad, un querer volar de cada individuo y, a la vez, unas condiciones suficientes apropiadas para este vuelo. Condiciones que en más y en menos faltan en cada niño minusválido.

La voluntad de volar surge de una toma de conciencia. Es algo instintivo, pero también resulta de la huella genética dejada por millones de generaciones. Los pertrechos para el vuelo, en cambio, vienen dados por la educación, el ambiente, la normativa vital en que se desenvuelve cada individuo que va a emprender un vuelo o que está realizándolo ya. En este segundo grupo de factores la responsabilidad es general. Por ello, conviene hacer su estudio. La evolución del niño puede hacerse bien de manera armónica, bien con carácter tempestuoso. Por lisis o por crisis. Pero lo cierto es que el niño puede hacerse adulto de una manera lenta, progresiva, como el árbol, o de forma rápida, casi explosiva, como la mariposa. El primer sistema obliga a la paciencia, al esfuerzo, a la forja lenta de la personalidad. El segundo abre paso a la inconsciencia, a la irresponsabilidad, al desconocimiento de lo que se tiene y de su origen. Es claro que el primer sistema es el mejor, pero es claro también que hace falta tiempo para que pueda ser llevado a cabo. Como en el buen vino, que ha de seguir un lento proceso de sedimentación y crianza. Lo cual no puede hacerse cuando se tiene prisa. La prisa es un factor que hace que el niño se transforme en hombre sin sedimentar, sin esfuerzo. Alguien proporciona lo que aparentemente necesita y el niño, sin poner nada de su parte, lo utiliza en su transformación. Una transformación por lo menos muy dudosa. Como la del pájaro que nunca llegó a volar. La vida moderna facilita estos cambios rápidos, casi súbitos. Resulta curioso ver que los países anglosajones han cuidado siempre mucho el desarrollo de la fantasía de sus niños. Santa Claus, Peter Pan, Mary Poppins, Alicia, la Madre Gansa, los protagonistas innumerables de las narraciones ilustradas... Paul Bunyan, gigante americano, construye el río Mississippi y las cataratas del Niágara. El Dr. Doolittle habla con los animales. La mejor forma de visitar Suecia es, sin duda, a lomos de un ganso. Los ejemplos serían inacabables. Entre nosotros todo esto se ocultaba. A lo sumo había acceso a los viejos (fuera de hora) cuentos de Perrault o de Grimm. El «Juanito» y el Catecismo eran la base de todo. Pero no se advertía que eran norma, no fantasía. Comportamiento, nunca evolución. Aún recuerdo la prohibición, en mi infancia, de las películas de Tarzán y las novelas de "La Sombra". El niño español siempre ha tenido dificultades tremendas para emprender el vuelo.

HOMBRES DUEÑOS DE SU PERSONALIDAD

El niño de otros países no, hasta ahora. Podía cursar esa etapa secreta, que también vivió Cristo, en que cumple su formación. En que realiza su vuelo. Cuando reaparece es ya un hombre, con responsabilidades de hombre y tarea de hombre. Pero hoy día las cosas se le han puesto demasiado fáciles, lo cual es tan negativo como ponerlas demasiado difíciles. La

cinematografía, la televisión, se lo dan todo hecho. El niño actual no se molesta en volar. ¿Para qué, si los héroes que está viendo todos los días lo hacen mucho mejor?. No hay necesidad de esfuerzo. De golpe, fácilmente, se puede pasar a ser hombre.

Sin embargo, la realidad no ha cambiado. El niño sigue obligado al esfuerzo. A realizar el vuelo necesario que le transforme en hombre. Sé del caso de dos niñas de cinco y siete años que se mareaban en el coche de su padre hasta que empezaron a montar en bicicleta. Desde este momento los mareos desaparecieron por completo al subir en el coche. Su esfuerzo les hizo ser mejores, acercarse más a la meta. Esto es siempre así. El problema es que no lo vemos. La técnica hace que maduren más pronto nuestros niños. La prudencia y el respeto a la naturaleza nos debe impulsar a ponerles los medios para que hagan uso, mediante esfuerzo, de su propia fantasía. Para que, como desde el principio de la humanidad, todos los niños, también los niños minusválidos, sean pájaros una temporada antes de ser, de verdad, hombres. Sólo así conseguiremos la aparición de hombres completos. De hombres dueños de todas las facetas de su personalidad.

V-2 EL MEDICO ANTE EL MINUSVALIDO.

Una de las necesidades más acuciantes del ser humano con minusvalía está en contar con un médico verdaderamente especializado, conocedor de los problemas que atañen a su situación. La atención médica es el primer eslabón de su "entrada en sociedad". Ello obliga a cambiar los esquemas habituales de atención médica. Este escrito fué publicado en Noviembre de 1980 en el num. 36 de MINUSVAL.

EL MEDICO ANTE EL MINUSVALIDO

De lo mágico a lo científico.

La misión de sanar está llena de trascendencia. Tanto para el que la recibe como para el que la imparte. Por eso, al principio, el acontecer médico se entronca en lo religioso y se hace mito, ritual y, a veces, hasta dogma. Luego, el quehacer científico va prestando al misterio su andamiaje lógico, hasta que el largo camino luminoso desemboca en la medicina moderna. Pero lo mágico, por fortuna, se resiste a morir. A veces, incluso, se impone de nuevo, llegando a dominar la situación. Cada rama médica se ve compulsada, al menos al nacer, por una dualidad que la lleva de lo científico a lo escatológico, de lo trascendente a lo mágico. Esta oscilación entre lo romántico y lo doctrinal sirve para ir enlazando la trama laboriosa del aprender y el conocer, el intuir y el saber.

Ante el minusválido, la medicina moderna, es decir, su rama denominada medicina rehabilitadora, o rehabilitación médica, o medicina de minusválías, se ha venido a encontrar también ante esta dualidad. Por herencia y por tradición, se va a tender primero hacia lo luminoso, lo mágico, lo mitológico. Sólo después va a intentarse la búsqueda de lo científico. Aquí, más que en otras ramas del saber, acaso por la aureola literaria, religiosa, que ha venido rodeando al minusválido, las ideas antiguas, lo ya existente, se resisten a dejar paso a lo nuevo, a lo que, necesariamente, debe de venir. En rehabilitación en general, en medicina rehabilitadora en particular, estamos todavía intentando liberarnos de la primera etapa mágica y asomarnos a la siguiente etapa científica. Los problemas que se plantean en el curso de esta pendencia pueden ser analizados en una doble vertiente:

La necesidad que siente el minusválido de una determinada ayuda por parte de la medicina y las soluciones que la medicina ha de dar al compromiso derivado del hecho de haber aceptado al minusválido como cliente.

NECESIDAD POR PARTE DEL MINUSVALIDO DE UNA DETERMINADA AYUDA MEDICA

Cualquiera que sea su minusvalía, el momento cronológico de aparición o establecimiento de la misma o las circunstancias causales que la motiven, el primer soporte que va a necesitar el minusválido en su proceso de entronque social es el que pueda brindarle un médico. Un médico, por supuesto, que en verdad entienda acerca de los diferentes problemas planteados por las formas típicas de minusvalía. El encaje social y laboral definitivo se va a retrasar, va a ser incompleto o no se va a dar nunca si falta este apoyo médico especializado.

Esta ayuda médica especializada ha de venirle al minusválido en función de la existencia de una serie de presupuestos, sin los cuales ese engarce social pretendido es posible que ni siquiera pueda ser iniciado. Comencemos, en función de la importancia que la ley concede, por la valoración de la minusvalía. Se es minusválido o no según se supere o no se alcance la cifra legal de 33 % de discapacidad. Es preciso un médico que sea capaz de esta valoración, capaz de distinguir ese umbral antes desconocido que transforma lo patológico en etiológico. El amputado por haber sufrido una embolia arterial es minusválido en tanto a la amputación. La enfermedad causal o "pathos" se ha convertido en "aitia", causa, lo mismo que antes hubo una "aitia" causal de aquella embolia. Valorar la embolia y no la amputación, la polineuritis de los troncos nerviosos y no la alteración funcional de la mano es uno de los más graves errores cometidos en las tablas AMA, subsanado en nuestro sistema personal de valoración de minusvalías.

En segundo término, el minusválido le pide al médico soluciones lógicas. Estimulación de lo evolutivo y no su frenado en la deficiencia mental; habilidad máxima en la deficiencia motora, pongamos por caso. Si el médico frena medicamentosamente el proceso evolutivo o crea desequilibrios con sus acciones quirúrgicas, el minusválido se va a ver defraudado. Aunque sea él quien se haya equivocado acudiendo directamente a un neurólogo o un cirujano. Otros aspectos, que sólo de pasada cabe comentar, son los que se refieren a la orientación profesional y al seguimiento del minusválido. Es mucho lo que tiene que colaborar el médico verdaderamente experto en minusvalías en la solución de los múltiples problemas que se van planteando en este terreno. Descansar tan solo en el psicólogo es cómodo pero irreal.

SOLUCIONES MEDICAS A LOS PROBLEMAS DERIVADOS DE LA SITUACION DE MINUSVALIA

Para poder llamarse especialista en minusvalías un médico debe saber valorar, pero también diagnosticar, pronosticar y tratar cada situación minusvalidante que se le plantee. Los puntos clave de su formación son, ante todo, sentido humanista; es decir, criterio de consideración de persona global del minusválido, con olvido de la tendencia localista de otros especialistas; sentido clínico y a la vez sentido social; noción de enfoque directo, en función de la minusvalía y no de la enfermedad causal, suponiendo que ésta haya existido. El médico rehabilitador es el único entre todos los médicos capaz de comprender que en el minusválido el "pathos" inicial se ha hecho "aitia" y que su "pathos" actual es el propio vivir.

La medicina rehabilitadora es oficial en España bajo la denominación genérica de "Rehabilitación". La buena intención inicial se quedó aquí. Una verdadera medicina rehabilitadora todavía sigue sin existir. Se piensa en terapéuticas a ciegas, como las de la llamada Medicina Física; en acciones manuales; en ejercicios terapéuticos y hasta en masaje o acupuntura. En todo menos en una verdadera especialidad, ordenada en función de la existencia de unas situaciones de minusvalía. El resultado es claro. Esta especialidad médica no ha conseguido entrar aún en la etapa científica. Sus raíces se mantienen vivas dentro de las viejas normas

clásicas, las originales, las primigenias. El diagnosticar o valorar bien la minusvalía es un problema que no preocupa. El curar se hace mágico, taumatúrgico, casi casual. Claramente estamos ante una especialidad en la que todavía predomina lo mitológico sobre lo científico.

LA DUALIDAD MAGIA-CIENCIA SIGUE HOY REAL Y LATENTE

La dualidad magia-ciencia sufre variaciones en uno u otro sentido según el juego recíproco de varios factores sociológicos, de índole cultural sobre todo. En épocas de decadencia o desmayo científico la opinión pública se vuelve hacia el polo de atracción eterno de lo numinoso. Por el fondo religioso de sus orígenes todo esto es más claro aún en medicina. El médico debe inspirar confianza, imbuir seguridad, mantener un estado de fe. Esta es su magia eterna, que deriva del gran secreto a voces de su entrega humana. Pero no sería médico completo si, a la vez, su trabajo no se basara en el conocimiento, en la investigación, en el estudio, hasta un límite posible, de cada paciente, de cada caso individual. Si no es capaz de poner también en juego el otro secreto importante, el de su entrega científica.

En la época actual, no nos engañemos, lo científico está, al menos entre nosotros, en decadencia. Al fallar la medicina científica toma incremento la medicina mágica, entendiendo por tal, sobre todo, la que busca una curación por el medio que sea. Ya que el médico no consigue averiguar lo que le sucede a su paciente, puesto que ignora los mecanismos patogenéticos de un proceso que en otras manos podría ser curado (es paradigmático a este respecto la que está ahora sucediendo en relación con la artrosis), busca, al menos, la atenuación de los síntomas. Resulta un éxito mitigar un dolor cuya causa se desconoce, quitar una fiebre cuyo origen sigue siendo un misterio. El paciente se ha hecho a esto y sólo pide que le alivien sus molestias; le importa bien poco la eficacia clínica de su médico, en gran parte porque no está acostumbrado a contar con ella. Así, ideas como la enternecedora del "ojo clínico" han quedado enterradas en el recuerdo, arrumbadas en la historia. Por eso tal vez la frecuente confusión de un especialista con otro de rama ajena por parte de los pacientes. Muchos minusválidos acuden a un cirujano sin advertir que con ello le invitan tácitamente a que actúe. En realidad, rara vez una minusvalía va a tener indicación quirúrgica. Dan fe de esto la legión de sujetos con una deficiencia, sobre todo mental o motora, intervenidos una y otra vez con esperanzas siempre renovadas y resultados progresivamente deprimentes. Pero el fracaso médico recae sobre todos los médicos.

Surgido el desengaño, el paciente que pide ser aliviado busca este alivio como sea. Por quien sea, y de aquí la preponderancia que toman en épocas como la presente los "sanadores" extraoficiales. La vuelta a lo primitivo es, prácticamente, total. El médico, el sanador oficial, entra también, por supuesto, en este juego de la terapéutica a ciegas, con técnicas como las del ejercicio terapéutico, los "masajes", las manipulaciones, las "punturas", bien con los dedos bien por medio de agujas o grapas, e incluso recurre a los ultrasonidos, las ondas cortas o el radar cuando busca en ellos esta acción de curación "a ciegas". Pero esto le obliga a aceptar que jueguen también personas ajenas a la medicina. Así, para todos, sin distinción, el curar se hace mágico, taumatúrgico. Casual.

LA MEDICINA REHABILITADORA, POCO PROPENSA A LAS TAUMATURGIAS

En el mundo de los minusválidos y las minusvalías todo esto puede ser más o menos grave que en otras ramas de la medicina, pero lo que sí resulta es todavía más frecuente. En ello influye la opinión pública, sobre todo la opinión pública de los estamentos rectores. Un alto dignatario, por ejemplo, recomienda a un paciente con una deficiencia a nivel raquídeo que acuda a un quiropráctico. La gimnasia está todavía a la orden del día, y lo cierto es que sería ideal que pudiéramos convertir a cada minusválido en un émulo de Nadia Comaneci. Los más vivos se dan cuenta, sin embargo, de que esto pasará y cambian el nombre a las técnicas de siempre, dando a luz la llamada "psicomotricidad". La idea de que los deficientes en general, los mentales en particular, deben ser enviados precozmente al especialista en minusvalías, se

disfraza bajo el nombre de "estimulación precoz". Lo curioso es que los estamentos rectores secundan todas estas ideas, olvidando, en cambio, el camino verdadero. Es de temer que cuando ya haya suficiente número de especialistas en minusvalías para atender la demanda médica existente y se aprenda lo que de verdad es psicomotricidad, alguien invente otra forma de retroceso y se le escuche.

Lo curioso es que la medicina rehabilitadora es muy poco propensa a estas taumaturgias de segunda fila, taumaturgia de sauna y de peloides, de contactos manuales o ejercicios liberadores. En el minusválido tiene escasa aceptación lo intermedio. La alternativa es clara: o el milagro o la Academia de Medicina. O Lourdes o un médico rehabilitador. Si algún minusválido se deja arrastrar hacia una magia determinada es por influencia de la opinión pública general. La moda del momento influye en todos, también en los minusválidos, insuflando fe. Una fe que también debe envolver al taumaturgo sincero. Como ante el mago o el sacerdote. El creyente debe tener fe. El mago o el sacerdote también. Y es tener fe, por ejemplo, cuando tantos fracasos se dan en el tratamiento de las deformidades de columna vertebral, el pretender solucionar el problema por la simple acción de las manos. El hecho es conmovedor, pero el juego mágico-lógico debe inclinarse en el segundo sentido lo antes posible.

El problema, por supuesto, está en contar con suficientes médicos especializados en minusvalías. Hasta ahora ello no ha sido intentado. Las plazas destinadas a rehabilitación son cubiertas por especialistas de otras ramas. Minusválidos mentales y mixtos continúan ingresados en centros para enfermos mentales, "tratados" por fisioterapeutas "dirigidos" por los psiquiatras de la entidad, con ausencia total del verdadero piloto de la nave. En la Universidad domina lo mágico de una manera muy clara. La opinión pública, esencialmente en las altas esferas, aporta la resistencia que la masa opone siempre a todo lo nuevo. Pero el hecho es incontrovertible: el minusválido necesita un especialista médico en minusvalías y la medicina se lo debe ofrecer. El camino a seguir es el rigurosamente científico, hasta que, poco a poco, vaya quedando lo mágico reducido a su verdadera dimensión y a su peregrino encanto. A lo largo de ese camino el médico que, de verdad, pretenda convertirse en especialista en minusvalías, debe ir aprendiendo muchas cosas, descubriendo muchas incógnitas, desvelando muchos misterios. El punto de partida de todo está seguramente en un solo hecho, en una situación que, por desgracia, continúa pasando casi inadvertida: respeto al minusválido.

V-5 TAMBIEN ELLOS SON ATLETAS OLIMPICOS.

El derecho a practicar un deporte durante el tiempo libre es equivalencia y consecuencia del derecho a desempeñar un trabajo. Se publicó este escrito en DEPORTE 2000, num.113, en Noviembre de 1979 y se reprodujo en la Editorial del número 23 de MINUSPORT, en Febrero de 1980. Se recoge aquí el texto completo de esta Editorial.

En diversas ocasiones y por distintos colaboradores se ha tratado en esta revista el tema que el Dr. Hernández Gómez aborda hoy.

En esta misma sección se ha reiterado el carácter dímpico de nuestros deportistas. Pero nunca había sido expuesto con la rotundidad y elegancia con que lo hace Ricardo Hernández. Es por ello y por expresar el sentir de todos cuantos hacemos MINUSPORT que lo traemos a nuestra EDITORIAL.

TAMBIEN ELLOS SON ATLETAS OLIMPICOS

Está muy extendida en España la idea de que nuestros atletas olímpicos consiguen escasísimas medallas. El esfuerzo de los rectores del deporte, sin duda constante, se afila y exacerba ante cada nueva confrontación olímpica. En apariencia los frutos que obtienen son el desencanto y la resignación. Pero la realidad es otra. Hay un número apreciable de medallas obtenidas por atletas españoles en las Olimpiadas. Los atletas minusválidos. El ignorarlo no cambia el hecho. El conocerlo puede llegar a anular muchas desilusiones.

Para que este conocimiento sea real, motivado, es preciso antes conseguir, en todos los niveles, que se conciencie una situación que, por ser nueva, es metabolizada muy lentamente por la sociedad en general. Prescindiendo de otras facetas socio-económicas o humanitarias, es decir ciñéndonos exclusivamente al cometido deportivo, los minusválidos que son seleccionados para competir en una Olimpiada poseen tres características básicas, que también comparten los atletas olímpicos españoles no minusválidos: Ser olímpico. Ser deportista. Ser español. Cada una de ellas ofrece matices que, aunque muy de pasada, conviene revisar.

A) El minusválido como atleta olímpico

Dentro de la consideración de atleta existen diversas clases, independientemente del tipo de competición. Hay atletas masculinos, femeninos, infantiles, de una y otra edad, etc. Se marcan edades, pesos, condiciones biológicas. Cada grupo compete con independencia de los demás. Nunca hombres contra mujeres o niños. Con los minusválidos amantes del deporte sucede igual. Componen un grupo genérico, minusválidos, dentro del que se ordenan según unas características tipificadas. Por ejemplo, parapléjicos, o ciegos, o amputados, oligofrénicos, paráliticos cerebrales, etc., en una posibilidad clasificatoria que todavía no ha agotado sus enfoques. Pero el hombre, la mujer o el niño, cada uno en su grupo, son considerados atletas. El parapléjico, el ciego, el deficiente mental no, salvo, por supuesto, en los medios especializados.

El derecho de cada minusválido es practicar un deporte, si ello le agrada, es el mismo que tiene cada ciudadano de cada país. Una vez superada la primitiva idea del "ejercicio terapéutico" se entra con Guttman, desde 1948, en la senda verdadera del deporte por el deporte. El atleta minusválido es un atleta como cualquier otro. Con unas limitaciones que se le respetan y unas condiciones que se le exigen. Lo cual le lleva, de un modo lógico, a participar en el deporte olímpico. Ello ocurrió en 1960, en la Olimpiada de Roma. Desde entonces, salvo en casos de fuerza mayor, los atletas minusválidos han competido en cada país organizador de la Olimpiada en 1964 (Japón), 1968 (Israel, por dificultades climatológicas en México), 1972 (Alemania Federal) y 1976 (Canadá). En 1980, como en 1968, será un país distinto al oficial en este caso Holanda en lugar de Rusia, el organizador. Hay que tener en cuenta que la Olimpiada para minusválidos exige unas estructuras arquitectónicas, técnicas, sanitarias, etc., que requieren, no sólo un alto nivel rehabilitador, sino una independencia de acción que las instalaciones olímpicas normales no pueden en forma alguna ofrecer. De aquí que cada país organizador haya celebrado los dos aspectos de cada Olimpiada en ciudades diferentes o en etapas cronológicas distintas.

B) El minusválido como deportista

El deportista, minusválido o no, es un ser humano con matices propios. Matices que derivan de su amor a la práctica deportiva que ha elegido. Del hecho de haber decidido huir de unas obligaciones para entrar en unas ocupaciones apetecibles. Porque el deporte es fuente de belleza, de autosatisfacción para todos, incluidos los minusválidos. Alguna vez puede ocurrir que un minusválido busque mejorar, a través de una práctica deportiva, su propia situación de minusvalía. Ello es, ciertamente, humano, pero no es auténticamente deportivo.

En la práctica deportiva reside una de las maneras más nobles de emplear el ocio. El ocio, que no es desentendimiento pasivo, sino situación sociológica "activa" (CAMUÑEZ), consciente. Si

alguien, minusválido o no, elige emplear su tiempo libre en una práctica deportiva, no sólo ejerce un derecho humano, sino que merece, si es que de verdad actúa con seriedad, la denominación, también sería e importante, de deportista.

C) El minusválido como español

En la Olimpiada cada deportista queda acogido bajo una bandera. Si triunfa le acompañan unas notas musicales. El himno de su patria. Todo ello le emociona, le exalta. Sus triunfos y los triunfos de sus compañeros se convierten en comunes. Muy recientemente, en la octava asamblea del ISOD, coincidente con los Juegos Internacionales celebrados en Stoke Mandeville, se ha conseguido que el idioma español sea aceptado como oficial junto al inglés, francés y alemán. El triunfo, y las medallas conseguidas, palián la tristeza por la ausencia de paralíticos cerebrales en el equipo español. Aherrojados, como los oligofrénicos, en sistemas anticuados que siguen pretendiendo pervivir. En una Olimpiada no se lucha por un club sino por un país. Las medallas que se consigan, por quien sea, deben ser de todos. Pertenecen, en nuestro caso, a España. Para ella han sido obtenidas por olímpicos españoles, militantes de una Federación única e indivisible.

El análisis de matices parece suficiente. Queremos llamar la atención de los cuidadores de la administración general y de la administración deportiva en particular. De los periodistas deportivos. De los practicantes de todos y cada uno de los deportes, olímpicos o no. De todos los españoles en general. Las medallas que hasta ahora han conseguido en las Olimpiadas en que han participado nuestros atletas minusválidos, las que, sin duda, van a conseguir en la Parolimpiada de 1980, son también medallas olímpicas. El podio al que suben, la llama que matiza sus gestas, son olímpicos. El himno y la bandera que les envuelven son los de España. Ignorarlo no es sólo injusto sino inconsecuente. Seguramente, torpe, inhábil, dado que se renuncia a una prueba que justifica un esfuerzo general y una labor al frente de la organización deportiva.

Conseguir que sea más rápida la aceptación de su verdad favorece, qué duda cabe, a los deportistas minusválidos. Pero favorece, sobre todo, a aquellos capaces de encontrar en sus triunfos un motivo nuevo de orgullo y de satisfacción.

V-4 CONCEPTOS SOBRE REHABILITACION LABORAL.

El Trabajo es un derecho supremo y una obligación común a todos los seres humanos. Como ejemplo de estos aspectos, tan esenciales en Rehabilitación, incluimos la colaboración ofrecida en la Mesa Redonda sobre Rehabilitación Laboral que tuvo lugar en el Hospital Central de la Cruz Roja de Madrid en Marzo de 1973. Fue publicado en la Revista Iberoamericana de Rehabilitación Médica en el num. 3 del vol. IX, en el mes de Julio del mismo año.

CONCEPTOS GENERALES SOBRE REHABILITACION LABORAL

El proceso de Rehabilitación comienza en cada caso al establecerse la secuela invalidante y concluye al lograrse la máxima estabilidad sociolaboral de cada sujeto invalidado. La rehabilitación es, por tanto, una especialidad médica que comienza a actuar cuando dejan de hacerlo las demás, pero, sobre todo, es una especialidad con una orientación, la laboral, de la que carecen casi todas las otras. Rehabilitación laboral es final de carrera, meta, propósito y designio; es el enfoque constante de todos nuestros esfuerzos, de todas nuestras acciones. Algo connatural e inseparable, como una partícula lingüística, del concepto y la práctica de

rehabilitación. Rehabilitación viene a ser como un viaje; de Madrid a Barcelona, por ejemplo. Cada kilómetro recorrido es imprescindible en el avance, pero la esencia del viaje, sus motivos, su finalidad, están en la llegada a Barcelona. Quedarse antes es perderlo todo, por mucho que se haya andado. Es una frustración, comparable a la de muchos inválidos, que también se quedan a las puertas de su destino. Resultaría, por tanto, más correcto hablar de "aspectos laborales de la rehabilitación" que de "rehabilitación laboral", pero esta última expresión es, todavía, mejor comprendida por la generalidad y de aquí, sin duda, que se haya preferido en esta mesa redonda. En cierto modo, la denominación pasa a ser secundaria cuando el concepto que se quiere expresar está, como en el caso presente, suficientemente claro. También el Curso que contribuimos a realizar hace unos años en "La Paz", primero seguramente de este tipo celebrado en España, se llamó "Rehabilitación profesional". Entonces los conceptos estaban mucho menos claros de lo que, por fortuna, lo están en el momento presente.

Queda claro que "rehabilitación laboral" es la etapa final, obligada, del proceso rehabilitador, a través de la cual se cumple el asentamiento real del inválido en la vida activa. Es lo mismo que sucede con los niños y, sin embargo, aunque está admitido en relación con ellos no lo está para la generalidad en lo que se refiere a los inválidos. Cualquier persona sabe que a un niño hay que enseñarle a andar, a hablar y a leer; que hay que educarle, formarle y poner los medios, por último, para que aprenda un oficio o curse una carrera. A nadie se le ocurre dejar de hacer esto. A nadie se le ocurre, por lo menos, negar que deba hacerse. Al minusválido, niño o adulto, en cambio, sí se le niegan estas posibilidades. Todavía sí. No se piensa aún hoy casi nunca en sus posibilidades como ente social, que debe bastarse a sí mismo. Se hacen campañas propagandísticas, generalmente a favor de niños, inválidos-niños, que tienen mejor prensa que los inválidos-adultos, pero nadie se da cuenta de que las empresas siguen siendo reacias a admitir a ningún deficiente físico, ni mucho menos mental. Nadie se ocupa de hacer ver a los empresarios, a los directivos, a los gerentes, que no se trata de contratar seres perfectos, sino individuos capaces de desempeñar eficazmente una tarea.

Ahora bien, no todos servimos para todo. La clave está aquí, en conocer para qué es útil cada inválido. Averiguarlo es uno de los cometidos esenciales de la rehabilitación. Les ruego que no olviden nunca esta idea: rehabilitación es una especialidad médica nacida para ayudar a los inválidos, mentales, sensoriales o físicos, en todos los aspectos posibles, hasta que se cumpla su destino final, que es laboral. Para ayudarles en su lucha, porque, para todos los hombres, vivir es luchar contra la vida para defenderse de la muerte. "Vida es lucha, método es camino", como dijo don Miguel de Unamuno. Por eso la clave, hoy por hoy, se encierra seguramente en el hallazgo de una aptitud y en su medida. Encontrar capacidades, no incapacidades, y medirlas, noción que motiva mi término discapacidad y su concepto: alteración de la aptitud o suficiencia que corresponde a cada ser humano. Medir, aún más, antes que capacidades residuales, capacidades matizadas, lo que corresponde de lleno al médico rehabilitador, único especialista dedicado por completo al estudio de discapacidades y a la convivencia con discapacitados. En las valoraciones, tal como se hacen todavía, hay un enorme desajuste. Los distintos especialistas imbricados llegan a hacer un desmontaje de cada sujeto explorado, pero el montaje final, el ensamblaje como ente real de proyección, se les escapa por completo, lo que no puede suceder en el médico especializado en invalideces, que sólo de modo ocasional precisará recabar algún dato complementario, oftalmológico o quirúrgico, por ejemplo.

Somos los médicos rehabilitadores los destinados a medir de forma más lógica y efectiva las aptitudes de nuestros pacientes, lo cual, de por sí, constituye un trabajo apasionante. Imaginemos lo que significaría poder medir, de verdad, la inteligencia, los instintos del ser humano, atributos que sólo nos llegan indirectamente a través de las respuestas de unas manos, unos ojos o unos oídos no siempre en situación de respuesta. Solamente considerando a cada sujeto como ente total, como auténtica personalidad holística, llegaremos a vislumbrar algo, a encontrar los oportunos factores de conversión. Desde hace años intento asomarme a este

hontanar oculto de la personalidad humana sin haber podido pasar todavía, con mi baremo cinesiológico, cada vez más completo, eso sí, de los niveles de expresión. Al menos es un camino, porque medir mejor la psicomotricidad del ser humano es acercarse un poco más a la voluntad que la pone en marcha.

Como conclusión, me voy a permitir hacerles algunas recomendaciones relacionadas con rehabilitación en general, pero que aclaran en gran medida este concepto de rehabilitación laboral. En primer lugar, que no consideren a esta especialidad como una forma de terapia, sino como un enclave importante de Medicina Social, dedicado precisamente al individuo discapacitado de cualquier origen (congénito, por enfermedad o por accidente) y localización (mental, sensorial, expresiva o motórica). En segundo término, que no vean a nuestra especialidad sino como una metódica de acción sobre un individuo, nunca sobre una porción de éste, como puede ser un brazo, una rodilla o una inteligencia. Muchas veces he comentado que es fácil descubrir en el lenguaje profesional quién domina o no una especialidad. Los que hablan de "rehabilitación" de la mano o la columna vertebral se denuncian fácilmente a sí mismos como desconocedores de lo que es rehabilitación. Por último, les vuelvo a insistir en la necesidad de que no consideren terminada la posible rehabilitación de determinado inválido si no se ha conseguido una estabilidad laboral, tan completa como sea posible, del mismo, lo que es cierto para todos los inválidos, cada uno en su nivel posible de acción. Los errores de los demás, de los que no conocen aún bien lo que es rehabilitación, pueden ser subsanados por los que nos dedicamos a ella. Pero los errores nuestros, de los que estamos inmersos en su mundo apasionante, van a ir directamente en contra de todos los minusválidos, hiriéndoles todavía un poco más.

V-5 LAS RAICES DEL HOMBRE.

Publicado en MINUSPORT, en su número 85, de Abril de 1989.

LAS RAICES DEL HOMBRE

Se advierte en la humanidad actual una fluida tendencia hacia hechos, costumbres, apariencias, maneras y aún conceptos de tiempos pasados. Lo arcaico, lo remoto, parecen estar de moda, aunque sea bajo disfraces de pretendida modernidad. La novela de aventuras ha adoptado en nuestra época una forma especial, habitualmente conocida como "Ciencia Ficción" o "Ficción Científica", pero algunos de los títulos más conocidos, como "El Señor de los Anillos", los libros de "Dune" o de "Conan", o las aventuras de lord Valentine o los Príncipes de Ambar, entre otros muchos, contienen un registro primitivo, incluso prehistórico, de combates a espada, de ejércitos de lanceros, de luchas medievales. Todo lo cual trasciende también en la otra forma fundamental de cultura de nuestro tiempo, la cinematográfica. Se produce así una curiosa mezcla de flechas y cerbatanas con robótica o rayos láser, en muchos momentos deliciosos.

La tendencia se muestra así mismo en facetas más elevadas, como las de religión y búsqueda de contenidos espirituales, facetas que no pueden ser suplantadas por ninguna tecnología, por progresista y avanzada que sea. Se indaga en lo más antiguo para actualizarlo o para darle enfoques más en consonancia con la forma de vivir actual, manteniéndose así vivos nombres que componen una larga cadena de "iniciados", que junta el pasado con el presente. Iniciados en esas doctrinas genéricas habitualmente englobadas bajo la denominación de esotéricas. Algunos eslabones de esta cadena serían Hermes Trismegisto, Buda, Pitágoras, Platón, Salomón, Plutarco, San Pablo, Plotino, Giordano Bruno, Arnau de Vilanova, Ramón Llull, Paracelso, Roger Bacon, Swedemborg, John Dee y, más en nuestros días, Helena Patrovna

Blavatski, Alice Bailey o Dion Fortune. Sin olvidar a escritores como nuestro marqués de Villena, Bulwer Lytton o Walter Scott.

Innumerables jóvenes de hoy día conocen de estos personajes y de sus doctrinas, de Gurdejoff, de Aurobindo, de Krishnamurti, bastante más de lo que cabría pensar. Lo que la moda "oficial" ofrece no satisface a muchos. Los no convencidos buscan otros caminos o, por lo menos, protestan. Juan Miró vió como era rechazado en Mannheim por la multitud uno de sus típicos frontispicios, como prueba de que en arte no hay antiguo y moderno sino bueno y malo.

Hay gran cantidad de personas que a veces se dejan engañar. Pero no siempre. Al no serles ofrecido algo aceptable bucean en el pasado. No hay duda de que la mayor parte de las gigantescas formas escultóricas actuales son muy inferiores a los Moais de la Isla de Pascua. Cuando el Robot produce desengaños se vuelve a Conan. O a Don Quijote. Flash Gordon representa en muchas cosas más el pasado que el futuro. La música sincopada intenta imponerse pero son legión los seguidores de Ricardo Strauss y su "Zarathustra". Siempre habrá el clásico doble entendimiento aristotélico: pasivo o "pathetikos" y activo o "poiethikos". Todas las cosas, hasta las más dispares se unen, dijo Thomas Hardy: "El bien con el mal, la generosidad con la justicia, la religión con la política". Y un ejemplo de ello es la humanidad actual.

Como dicen dos conocidos autores de "Ciencia Ficción", Pohl y Kornbluth, con el progreso de la publicidad la poesía lírica ha perdido categoría y el hombre actual, obligado a "planificar" en lugar de "crear" se da cuenta de ello. Y busca nuevos derroteros y los halla en sus raíces, en todos los antecedentes válidos que han precedido su presencia en la Tierra. Pero al mirar hacia su pasado lo que hace el hombre en realidad es dirigirse hacia la naturaleza, su naturaleza, la naturaleza de todos. Hacia la clave que creó la vida y hacia las claves que la vida creó para verse mantenida e impulsada.

Las raíces auténticas del hombre nacen siempre de la naturaleza. Por eso lo normal es que, cuando se encuentra defraudado y perdido, la busque. En cambio, cuando, de forma consciente o inconsciente, va en contra de la naturaleza, va también en contra de sí mismo. Lo cual puede ocurrir solo por ignorancia o incultura, o por avaricia, en una forma de medrar devorándose a sí mismo, o por insociabilidad, dentro ya del terreno de las sociopatías, donde huir de los otros es huir de uno mismo y destruir a los demás una forma de suicidio.

Estos estamentos negativos constituyen una parte mínima de la humanidad, aunque sus acciones puedan alcanzar gran importancia. La inmensa mayor parte de los seres humanos está vuelta hacia sus orígenes, hacia la única o incontrovertible forma de ser hombre, siempre la misma, desde el comienzo, para todos. Los escrúpulos hacia unos hipotéticos orígenes antropoides van siendo aplacados por hallazgos que remontan la aparición del hombre en la tierra más y más atrás. Incomparablemente antes de que hiciera su aparición en este planeta cualquier especie de simios. No hay que tener ningún temor a enfrentarse a los orígenes; nuestras raíces están en la naturaleza. Si contemplamos a aquel hombre de hace millones de años nos veremos a nosotros mismos. Los cambios que hayan podido darse son solo matices, como los que nos separan en razas. Las razas, que aparentemente establecen grupos diferenciados en la humanidad, no pasan de simples estructuraciones en la ordenación cromosómica, apenas apreciables. Lo único que cambia entre los hombres es su forma de pensar, voluntaria e inalienable. Respetar este derecho es unirse por la comprensión, otra de nuestras posibles y más importantes raíces.

Lo cual es tan válido para el hombre con discapacidad como para todos los demás, ya que las raíces les son comunes. La unión entre los hombres es uno de los mejores caminos para conseguir el que hemos llamado "prodigioso don del equilibrio". El seguir apartando del conjunto social a los discapacitados no es buscar posibles raíces en el pasado, sino pervivir en un error, que también los errores enraízan con facilidad y no siempre es fácil distinguir.

Atender y respetar las propias raíces no es volver atrás, retroceder a situaciones mejores, a épocas más halagüeñas. Pensar que "cualquier tiempo pasado fue mejor" es padecer de

melancolía, de insatisfacción, renunciar a la lucha que es vivir, cediendo a la entrega, antesala de la muerte. Es rechazar la aventura insustituible del futuro que nos aguarda. La humanidad actual se da, en gran medida, cuenta de todo ello. Resucitar la idea del "médico de familias" es humanismo, no vuelta al pasado. Cuanto haya de útil en ese pasado debe ser recogido y utilizado para construir los nuevos edificios de la vida futura. Ser hombre es pertenece a un tronco único, común. Y ese tronco no puede renegar de unas raíces que le transmiten, esencialmente, vida.

V-6 MINUSVALIA Y CULTURA.

El tema básico de este trabajo fue tratado en las Jornadas sobre Discapacidad y Bibliotecas, según se cita al comienzo del texto, y fue publicado, junto al resto de aportaciones, por el Centro de Coordinación Bibliotecaria del Ministerio de Cultura, Madrid, 1988. Esta es una versión ampliada y vió la luz en MINUSPORT, números 84 (Febrero) y 87 (Septiembre) de 1989.

MINUSVALIA Y CULTURA

La premisa de la igualdad de oportunidades para todos obliga, entre otras cosas, a proveer de un fácil acceso a la cultura a todos los seres humanos, tengan o no discapacidad. Las dificultades son mayores cuando ésta última existe. En Marzo de 1988 tuvieron lugar, en el Castillo de las Navas del Marqués, unas Jornadas sobre Bibliotecas y Discapacidad organizadas por el Centro de Coordinación Bibliotecaria del Ministerio de Cultura y la Secretaría Ejecutiva del Real Patronato de Prevención y de Atención a Personas con Minusvalía, con la colaboración de FUNDESCO, INSERSO, Ministerio de Educación y Ciencia, ONCE y SIIS. El presente escrito se ha elaborado utilizando nuestra aportación a aquellas Jornadas, "Discapacidad es en la movilidad y la percepción", por entender que el contenido real del tema excede de los límites que entonces hubo que marcar.

Es indudable que el progreso de la humanidad está en razón directa con el grado de cultura conseguido por las gentes de cada generación en cada momento, en cada país, en cada raza, en cada sociedad. La cultura ofrece una base fundamental a la evolución del hombre. A las entidades administradoras del bien común corresponde por tanto facilitar la adquisición de cultura, haciendo que ésta resulte accesible y utilizable. Nada mejor para ello que recogerla en esos grandes almacenes de secretos que son las Bibliotecas. Es rara la existencia de buenas bibliotecas privadas realmente importantes. A lo sumo, algunos profesionales reúnen, en cantidad y calidad, colecciones de volúmenes de una determinada especialización. Las Universidades, los Colegios Profesionales, las Fundaciones, los Archivos, los Museos, dependientes de entidades oficiales o privadas, cuentan con buenas bibliotecas, pero, en general, no suelen ser asequibles sino a un grupo limitado de personas y, además, suelen estar orientadas con preferencia hacia una rama determinada del saber humano. De aquí que la célula de ofrecimiento del saber más caracterizada, por polivalente y por asequible, sea la Biblioteca Pública. Especial mención merecen las Hemerotecas, entidades públicas de valor inapreciable, verdaderos almacenes de datos, que no sólo de papel.

Porque lo cierto es que al hombre se le forma en las aulas, pero los afanes que le van forjando se cumplen sobre todo en estos núcleos, depósitos de sabiduría, a los que tiene derecho a acceder. Con amor a la sabiduría y con libertad para conseguirla. Porque en cuanto surge una verdadera sofophilia, la apetencia ha de ser correspondida, por parte del saber, mediante su entrega a quien lo requiere. Todo esto conduce a una bivalencia: la del hombre que se sirve del libro, la del libro que sirve al hombre. Hay que conseguir compaginar el afán de adquirir

conocimientos con la posibilidad de que estos conocimientos existan y sean adquiridos. Sin este mutuo concierto el engranaje que hace avanzar al hombre en la vida quedaría obstruido. Ambos aspectos deben ser enfocados por separado.

A. - El hombre ante el libro.

En situaciones todavía frecuentes, acceder a los medios de cultura y llegar a utilizarlos puede resultar comprometido para aquellas personas que están sometidas a limitaciones de su aptitud, a alteraciones de su capacidad. Estas personas, los minusválidos, están viviendo en la actualidad el nacimiento de una organización favorable cuyo conjunto de acciones se conoce bajo el nombre de "proceso rehabilitador". En este proceso confluyen especialistas de diversas ramas profesionales: Médico, psicólogo, pedagogo, sociólogo, legislador, arquitecto, entre otros, que integran sus esfuerzos en ese complejo mundo de la rehabilitación de discapacitados. Las acciones de todos ellos se imbrican o se suceden, coinciden o se separan en el tiempo de actuación, pero siempre se orientan hacia la máxima armónica consecución de resultados. Unas veces la acción es directa y los esfuerzos rehabilitadores se concentran en el individuo, otras indirecta y entonces buscan la mejor adecuación que sea posible del entorno en que aquel ha de desenvolverse. De aquí la doble vía rehabilitadora, ya clásica. Por un lado intentar incrementar al máximo las aptitudes de la persona, por el otro allanar las dificultades con que pueda encontrarse en el desempeño de su actividad.

Todas estas acciones tienden a facilitar y armonizar el engarce Individuo-Entorno. El médico rehabilitador, por ejemplo, busca mejorar los factores individuales. El legislador intenta quitar barreras y facilitar accesos. Todos deben basarse en una comprensión suficiente de la persona con minusvalía y de sus problemas. Vale la pena detenerse un momento en el análisis estructural de la persona en general. Ello permitirá un mejor enfoque de la persona con minusvalía en particular y una mejor comprensión de sus problemas frente a la adquisición de cultura.

En toda persona existen una estructura y una aptitud, las cuales se manifiestan al exterior en forma de diferentes actuaciones. La estructura y la aptitud de cada individuo son determinantes de su capacidad para realizar actos, de modo que cuando una u otra han sufrido alguna alteración, los actos realizados podrán hallarse, en mayor o menor magnitud, lejos de la eficiencia, es decir, se encontrarán dentro de una situación de deficiencia. La capacidad de un ser humano depende, en primer lugar, de la integridad de su estructura personalística y en segundo término de la aptitud que esta estructura permite. Cuando un niño lanza piedras éstas llegarán más lejos y con mayor precisión si su mano y toda la extremidad que lanza mantienen una integridad anatómica y ésta se halla debidamente coordinada neurológicamente. La aptitud para lanzar se verá mermada si a la mano le falta algún dedo, tiene visión defectuosa, existe un componente de atetosis o, simplemente, lleva un vendaje en la mano o en el codo o no quiere soltar unas bolas que lleva en la mano que lanza. Así pues es más apto aquel que posee unas estructuras y unas conexiones más correctas, pero también aquel otro que concreta su esfuerzo en lo que está haciendo e incluso el que llega a vencer sus propias limitaciones, dado que intervienen siempre un factor de ordenación de posibilidades y, sobre todo, otro evidente de voluntariedad. El norteamericano Mordecai Brown era en los años 40 uno de los mejores lanzadores de baseball del país a pesar de que le faltaban dos dedos en la mano de lanzar. Los ciegos, en los deportes de invierno sobre todo, son buen ejemplo de capacidad, pese a fallarles la estructura fundamental de guía, la visual.

El mejor sistema para entender estos conceptos es utilizar los que solemos denominar "factores integrantes de la personalidad", es decir, Captativo, Ideativo y Manifestativo o Instrumental. Cuanto hace el ser humano en su vida es recoger estímulos, captarlos, comprender su significado, elaborar una respuesta y plasmar esta respuesta al exterior mediante acciones. En el área de lo Captativo se encuadran las funciones visual y auditiva, en la de lo Ideativo la función mental y en la de lo Manifestativo, por último, las dos funciones que permiten

que cada contenido personalístico pueda traducirse al exterior, es decir, la expresiva y la motora. Los substratos somáticos o estructuras que soportan lo Captativo son los sistemas visual y auditivo; lo Ideativo o mental se basa en las neuronas de la corteza cerebral; finalmente, lo Manifestativo depende de los complejos instrumentos neurocinesiológicos que permiten los distintos modos de lenguaje y las diferentes formas de traslación en el espacio.

La lesión surgida en cada una de estas zonas o sistemas va a originar un detrimento somático que se muestra en forma de merma funcional cuando se traduce al exterior. Cualquiera que sea el detrimento (pérdida de un ojo, lesión de un área cortical, ausencia de un segmento motórico), la persona que lo sufre ve alterada a la vez su propia capacidad de desenvolvimiento. Presenta una discapacidad. La discapacidad (en inglés "disability") es, por consiguiente, una alteración de la funcionalidad que a cada ser humano le debe corresponder por el simple hecho de haber nacido. Deriva de modo directo de la existencia de un detrimento (en inglés "impairment"), una alteración estructural, anatómica, aunque a veces, como sucede en algunas formas de oligofrenia, no llegamos a captar del todo su localización.

La afectación estructural o detrimento determina, por otro lado, que surjan, de una forma u otra, determinadas modificaciones de la aptitud del sujeto. Este se convierte en una persona potencialmente mermada en sus posibilidades de actuar. Si se decide a cumplir un determinado cometido tendrá una desventaja para llevarlo a cabo, en comparación con otra persona que no ostente detrimento alguno. Esta desventaja ("handicap") limita al hombre y reduce sus aptitudes. De aquí que hayamos elegido el término limitación para expresar este supuesto. Limitación, traducción recomendable de "handicap", sería la alteración o merma de la aptitud de una persona con detrimento.

La concatenación detrimento -discapacidad -limitación posee una nueva e importante vertiente, situada en un tercer nivel de actuación. La actividad o capacidad de actuar que su aptitud le permite a cada persona con minusvalía, en función del detrimento establecido, deberá orientarse, tarde o temprano, en más o en menos, hacia el cumplimiento de tareas concretas, ocupacionales, laborales. Es entonces cuando se muestra el grado de deficiencia del sujeto. Por su componente de actividad es la deficiencia una característica mucho más objetiva y fácil de valorar que el "handicap", situación que proponen como base de valoración de la minusvalía ingleses y franceses, a pesar de ser tan claramente subjetiva.

Queda por aclarar un concepto importante y es el de minusvalía. La discapacidad, como también la deficiencia, puede ser medida. Basta para ello con contar con un sistema que permita calibrar la personalidad del ser humano. Determinar el grado o intensidad de la discapacidad es importante porque en España las personas que superan un 33% de pérdida alcanzan una condición legal, la de minusválido, hecho que permite recibir una serie de beneficios. Minusvalía es, por consiguiente, la palabra correcta para expresar la discapacidad que ha alcanzado un ropaje legal, que cumple con los requisitos necesarios para conformar una figura jurídica. Discapacidad es concepto genérico, minusvalía un grado de la misma señalado por una cifra de determinada magnitud.

Estos conceptos pueden ser recogidos en un esquema. El centro, el núcleo de todo, es la discapacidad, porque sin función, aunque sea inespecífica, no hay, propiamente, vida. Los demás supuestos son circunstancias que la acompañan, niveles o peldaños de la misma escalera. La clave de toda la situación la da la existencia de una alteración en alguna de las facetas integrantes de la personalidad, realidad que expresa así mismo perfectamente la palabra discapacidad. Una palabra que, he de reconocerlo, tiene para mí un gran valor afectivo, por ser quien la ideó, allá por los años sesenta. Parece lógico un examen previo de este supuesto antes de entrar en el verdadero ámbito de la conquista cultural

A.- Discapacidades.

Resumiendo lo antes dicho, los niveles de alteración son como sigue:

1.- Detrimento = Alteración estructural.

2.- Limitación = Modificación negativa de la aptitud.

3.- Discapacidad = Alteración de lo funcional, de la actividad, aunque aún no específica.

4.- Minusvalía = Discapacidad con un grado tal de pérdida de la posibilidad funcional (33 %) que alcanza lo establecido en la normativa legal.

5.- Deficiencia = Discapacidad aplicada a actividades concretas, por ejemplo profesionales.

Todo esto aclara mucho la situación de la persona con discapacidad ante la necesidad de adquirir cultura. Recordemos los tres factores, Captativo, Ideativo y Manifestativo, que integran la personalidad. La alteración surgida en cada uno de ellos da origen a los diferentes tipos de Discapacidad, Minusvalía o Deficiencia: Sensoriales, Mentales, Expresivas y Motóricas. Una clasificación mucho más lógica que la desvaída que habla de minusvalías físicas, psíquicas y sensoriales. Las discapacidades que afectan de modo especial a la movilidad y a la percepción, según fue indicado en las Jornadas de Las Navas del Marqués, son las auditivas, las visuales y las motóricas, pero, a poco que se piense en ello, se cae en la cuenta de que también influyen en las citadas otras aptitudes, tales las mentales y expresivas, esenciales para comprender y hacerse comprender. De aquí que resulte indicado especificar las dificultades que se les plantean a los discapacitados de cada uno de los diferentes tipos para acceder al libro y a la cultura.

I.- Discapacidades sensoriales.

a).- Auditivas. El sordo se enfrenta únicamente con problemas de información verbal, lo cual permite soluciones fáciles mediante adecuadas indicaciones visuales. Poco mayores dificultades plantean los sordomudos, que poseen también un buen medio de entendimiento con el lenguaje escrito o incluso el gestual.

b).- Visuales, Las dificultades se extienden a casi todas las áreas, desde el acceso al edificio hasta la captación de los textos, pasando por la ordenación de los archivos, la información y el sistema de almacenado e impresión de textos. La técnica ofrece posibilidades cada vez más amplias que es preciso ir colocando al servicio de los deficientes visuales que quieran investigar, estudiar o, simplemente, informarse.

c).- Táctiles. Aunque las minusvalías táctiles son, con mucho, las de menor importancia en el gran grupo de las sensoriales, nos referimos a ellas para resaltar una de las dificultades que se le pueden plantear al ciego, como es la de perder la lectura digital. El ciego con su sentido del tacto alterado o que no posea dominio de la lectura digital debe recibir la información requerida de alguna de las otras maneras con que hoy día se cuenta.

II.- Discapacidades mentales.

Afectan a los problemas de comprensión, de aptitud para codificar mensajes, de capacidad para transmitirlos. Ello hace necesaria, para compensarlo, la presencia de sistemas concretos, elementales, adecuados para estimular contenidos ideativos muy bajos. Son necesarios los libros sencillos, las narraciones simples, quizá aún más que los cuentos para niños, las publicaciones con ilustraciones sugestivas. Todo ello servirá para atraer al deficiente mental a las bibliotecas, lo cual contribuirá en gran medida a elevar su nivel evolutivo.

III.- Discapacidades expresivas.

Las dificultades en el área del lenguaje, hablado, escrito o mímico, exigen, acaso más que en otras formas de minusvalía, una suficiente formación del personal encargado de las Bibliotecas y los Archivos. No solo es capacidad de informar lo que se requiere. Es algo a lo que algún día se podrá llegar.

IV- Discapacidades motóricas.

Ofrecen la problemática más conocida, la que comienza con el acceso a los edificios y continúa con el paso de puertas, las evoluciones, el uso de pupitres, el manejo de ficheros, la obtención de los ejemplares e incluso la adecuación de los lavabos. Los casos más habituales, aquellos en los que hay que ofrecer franquicia en casi todos los aspectos, se refieren a personas que manejan bastones o sillas de ruedas.

Está claro que todas las formas de discapacidad, especialmente cuando se ha alcanzado el grado de minusvalía, conllevan una cierta dificultad para percibir y para moverse. Para adquirir una sabiduría, a la cual todos los hombres tienen derecho. Todos los pueblos, entre ellos el nuestro. Tan paradójico, dice Gil Albert, que es "pueblo de ignorantes que aspira a la verdad suprema". Hay matices religiosos que están sin duda ligados a la sabiduría, para buscarla o para perseguirla. Porque sabiduría es conocer el contenido de un evangelio cuyas palabras están hechas de cultura, de búsqueda de la realidad dentro de una religión que une al hombre con el conocimiento y, como dice Gil Albert, la verdad suprema. Por eso las dificultades que afectan a los discapacitados por el hecho de tener alterada alguna de las facetas integrantes de su personalidad poseen un interés sociológico evidente. Si no se solucionaran de manera adecuada, si el acceso a la cultura no se llegara a cumplir, se podría producir una forma de incultura específica de las situaciones de discapacidad. La sabiduría de la humanidad se ha transmitido siempre de unos hombres a otros. Hombres capaces tanto de conocer como de comunicar y ello debe continuar, con el mayor número posible de mensajes. Porque así se han conservado desde muy antiguo, por vía oral o escrita, tradiciones que de otro modo se habrían perdido. Incluso deben pervivir las corrientes de esoterismo, esas sabidurías ocultas, que derivan del tronco común de las mitologías y las religiones. Hasta los escritos llamados apócrifos existen en función de un fondo de verdad, de una situación, un autor, una norma, una religión y pueden llegar a convertirse en lo más verdadero si las circunstancias cambian. O son, al menos, estímulo, levadura que hace fermentar una masa de otro modo ázima. Si Avellaneda no hubiera publicado su Quijote apócrifo tal vez no se hubiera lanzado nunca Cervantes a escribir la Segunda Parte de la historia de su inmortal hidalgo manchego.

Por otra parte, todo ello es patrimonio de la humanidad entera y nadie debe verse privado de acceder a su conocimiento. "Toma la sabiduría por compañera", dijo Pitaco; porque "es la más estable de todas las posesiones". Sócrates expresó que "solo hay un bien, que es la sabiduría, y solo un mal, que es la ignorancia". Y Aristóteles que "el saber, en las prosperidades sirve de adorno y en las adversidades de refugio", un refugio que también le corresponde por derecho al discapacitado. Derecho a conocer, para poder aceptar o rechazar, para poder cumplir la misión apasionante de sentir nacer la propia idea. No basta con leer lo que el autor dice. Lo importante es lo que el lector, al leerlo, piense.

B.- El libro ante el hombre.

El libro es el más perfecto compendio posible de sabiduría, una fuente constante de consejos, de opiniones, de razones y de deleite, en todo momento dispuestos. "Amigo ejemplar", le llamó Marañón. Libro amigo y a la vez amigo libro. Es, en sí mismo, un estuche de signos, un compendio semiótico. La semiótica es ciencia de interpretación de los signos, en lingüística y también en clínica. Así, el lenguaje viene a ser como un síndrome, de la misma manera que la enfermedad se convierte en una forma de expresión. Hablar es, en gran parte, padecer y expresar a los demás el propio sufrimiento. El libro y el pensamiento se llegan a convertir, de esta forma, en un sufrir continuo, entreverado sin embargo de alegrías. En ese sufrimiento agrídulce que es vivir. Al libro le debe la humanidad (Marañón) "el noventa por ciento de sus progresos material y moral". "No hay libro malo que no contenga algo bueno", dijo Plinio y refrendó Cervantes.

El libro alcanza una nobleza que no tienen las normativas escritas, muchas veces convertidas en simples barreras de papel. Es difícil imaginar una humanidad sin libros. Cuesta mucho aceptar que puedan existir censuras, mutilaciones, índices expurgatorios y condenatorios; el castigo del fuego se asoma a la nada. La excelencia del libro está en la que Marañón llamó "su incapacidad para progresar". "El libro nació perfecto, casi como nacen las obras directas de las manos de Dios" y no hay nada en la vida "que fuera mejor que lo que los libros han dicho ya". Porque el libro es mensaje y apólogo, parábola y sentencia. Testamento. Aunque no esté escrito, como el que brinda la naturaleza o como el que Cristo nos dejó. Cristo nunca quiso escribir. Solo

una vez lo hizo, sobre la arena, porque sabía que Su palabra quedaba encerrada en un libro mucho más perfecto: El de Su ejemplo.

El libro es el único sistema posible para sujetar el tiempo. Desde el comienzo se ha pretendido conservar de alguna forma lo ya pasado. Lo conquistado, lo padecido, lo anhelado por hombres cuya huella va a quedar únicamente en unos párrafos, en unos signos. Que son intención y designio (designio, signo de Dios). Fueron piedras, pieles, papiros. Son, o serán, grabaciones, como en el libro leído, huellas encastradas en un ordenador, mensajes registrados mediante técnicas que aún no conocemos. Con la imprenta, el mensaje eterno consigue incorporarse, alcanzar una postura erecta. El hombre puede ver más lejos en el horizonte del saber Y se aficiona. Comienza a necesitar al libro, a los libros. Dijo Diógenes Laercio de Platón que mientras otros necesitaban dinero el solo precisaba libros. El libro, los libros. Para Séneca "es más importante tener buenos libros que tener muchos". Seis docenas no más tenía, según Cervantes, el Caballero del Verde Gabán. En el fondo, en su Quijote, Cervantes no atacaba a los caballeros ni a los libros de Caballería, sino a la sociedad que los olvidaba.

Un libro puede llegar a ser el espíritu de un hombre. Imaginemos lo que representaría para la Humanidad encontrar las obras de Sócrates, los libros perdidos de Aristóteles, algún escrito de Dante, de Cervantes, de Quevedo, de Shakespeare. Unos simples "papeles de Aspern", de alguno de los hombres que han tenido, a lo largo de los siglos, algo que decir a los demás. La esencia del hombre, dijo Unamuno, está en su comunicabilidad. Que no es solo sentir la necesidad de expresar a otros nuestro contenido espiritual sino ser capaces de recibir y comprender lo que los demás nos comunican.

Por eso hemos considerado la Comunicabilidad como una de las cuatro aptitudes de soporte de la personalidad (Aceptabilidad, Afectividad, Psicomotricidad y Comunicabilidad) con las que nacemos porque poseen huella genética. Las cuatro juegan en la vida de todos pero, sobre todo, en la de los discapacitados de todo tipo. No solo porque las cuatro Aptitudes de Soporte les van a permitir desplazarse, expresarse, integrarse en suma, sino porque la Voluntad que todo lo vence tiene su base en la Aceptabilidad, su núcleo en la Afectividad y la Comunicabilidad y su vértice en la Psicomotricidad. También la semiología y la etimología nos ayudan en esto. Comunicar, comunión, comunidad, provienen de la misma raíz latina. Y también comunicabilidad.

El libro, plasmación del pensamiento, guardián de su perennidad, ofrece uno de los cauces más importantes y más ricos para que los hombres puedan comunicarse unos con otros, no importa la forma que adopte. Platón, Quevedo o Milton están mucho más cerca de nosotros que nuestros propios vecinos. Al libro hemos de acceder todos para leerlo y también, el que lo pretenda, para escribirlo. El discapacitado igual que los demás, porque, ya lo sabemos, la discapacidad no impide crear obras maestras, ser, salvo en casos especiales, poeta, pintor, músico, escultor, arquitecto. Es bueno recordar entre muchos, a Homero, a Hellen Keller, a Borges. D. Francesillo de Zúñiga, bufón de la corte de Carlos I escribió una "Crónica" y dejó un sabroso epistolario. Prescott, el gran hispanófilo, ambliope hasta el punto de no poder leer ni escribir, realizó su ingente labor de investigación utilizando la ayuda de diversas personas. Luis Pasteur conseguía sus máximos descubrimientos después de convertirse en hemipléjico y Fernando Martín-Sánchez creó, entre otras cosas, una Editorial de gran envergadura desde su silla de ruedas de tetrapléjico. Poesía, hemos escrito otras veces, es decir algo importante y decirlo bien. Hay muchos ejemplos de buenos poetas, algunos citados antes, con algún tipo de discapacidad.

Todo esto enriquece las ideas de humanitarismo y de justicia social; de respeto a los derechos humanos y de conciencia de la necesidad de una buena administración en el seno de una sociedad moderna bien estructurada. Los responsables del bienestar social se deben plantear toda una problemática de acceso al libro, motivo fundamental para la realización de las Jornadas sobre Discapacidad y Bibliotecas. Una vez conocidos los diferentes tipos posibles de discapacidad se está en condiciones de encontrar formas de resolver las dificultades.

Con la sola intención de completar el esquema vamos a ofrecer algunos matices prácticos relacionados con la accesibilidad a los libros y con la utilización de estos por parte de los discapacitados. Aunque la Medicina rehabilitadora actúa mejorando en lo posible las condiciones individuales de las personas con discapacidad, a la vez posee un importante papel, al ser rama de la Medicina Social, en la atenuación de las dificultades que a aquellas tiende a oponer el mundo en que se desenvuelven. Pero lo cierto es que, en el segundo de estos aspectos, es necesario el protagonismo de diversos profesionales extramédicos, así como la estrecha colaboración de todos los miembros en general del Equipo rehabilitador. Aún más, es esta una tarea en la que se halla comprometida la sociedad entera. La aportación debe ser de todos. Solo así se conseguirá convertir en fácil lo difícil. Que el libro, la información, sean accesibles y puedan ser utilizados para la adquisición de cultura o para deleite por las personas con minusvalía es una finalidad que requiere una compleja serie de atenciones por parte de la sociedad. Estas atenciones se pueden esquematizar del siguiente modo:

- Acceso al edificio. Acceso a las salas de lectura y a los archivos. Maniobrabilidad.
- Acceso a los libros y revistas. Colocación adecuada para un fácil alcance. Ordenación claramente comprensible y solvente. Ficheros que permitan un manejo suficiente.
- Tipificación adecuada a cada forma de minusvalía de los caracteres o códigos de lectura lo cual atañe a la impresión, o grabación, o audición, o visualización, en sus diferentes modalidades: Letra grande para ambliopes o deficientes mentales, sistemas táctiles de lectura, máquinas parlantes, etc., etc.
- Ordenación del material. Conviene distinguir dos supuestos: a) En la Biblioteca. Requiere contar con pupitres, mesas, asientos, espacios suficientes, instalaciones adecuadas, con inclusión de las de fotocopiado u otro tipo de reproducción de originales. b) En el domicilio. Se ha introducido un factor adicional, como es el acarreo de los volúmenes, los videos, las grabaciones, etc.
- Reproducción de originales. Cuando los sistemas disponibles no resultan accesibles a determinados minusválidos deberá contarse con personas que se encarguen de ofrecer la colaboración adecuada.
- Manejo de manuscritos y documentos. Los problemas son bastante similares a los que se plantean con las personas sin discapacidad. Las instalaciones y las medidas de seguridad vienen a ser aproximadamente las mismas. La discapacidad no está reñida con el afán investigador.
- Manejo de volúmenes especiales. Lo son por su tamaño, por su antigüedad, por su delicadeza de conservación y manejo. Los problemas son así mismo similares a los que se plantean en el uso convencional: Reproducciones, medidas de protección y seguridad, almacenaje, acceso, etc.

Una problemática final es la que se refiere al archivado y utilización de revistas, periódicos y publicaciones similares, ya sean científicas, culturales, recreativas o de cualquier otro tipo. Hay que poner especial atención a la problemática que se plantea en las hemerotecas, por la peculiar idiosincrasia del material en ellas contenido. Aquí es imprescindible un buen sistema de reproducción.

El que el hombre discapacitado llegue a la cultura y la cultura alcance al hombre discapacitado depende de una tarea de múltiples factores que atañe a muchos profesionales. En las Jornadas que se celebraron en el castillo de las Navas del Marqués se enfocó el problema hacia el área importante de las Bibliotecas. Por el simple hecho de haberse emprendido un estudio del tema ha quedado automáticamente introducido un factor social, que podría ser denominado

“ocupacional” en el sentido más amplio del concepto. Los factores sociales constituyen algunas de las claves fundamentales en todas las acciones rehabilitadoras, desde las médicas a las arquitectónicas, desde las psicológicas a las educacionales. Desde el balbuceo a la lectura. Esta presencia rica en matices, de un factor social, permite un nuevo enfoque del concepto “discapacidad”, enfoque que también podría aplicarse de algún modo al resto de los niveles. Con ello, el concepto adquiere una proyección que se refiere de modo directo a las posibilidades de alcanzar una máxima actividad en el medio de desenvolvimiento. Los conceptos de discapacidad y deficiencia se aproximan, llegando casi a confundirse. Porque, bajo este enfoque, discapacidad sería la situación personalística estable de una persona con detrimento ante el quehacer vital. Personalística. Persona. Con ello está dicho todo.

V-7 EL TEMBLOR DE LAS MANOS.

Un profesor de un Conservatorio se oponía a que cierta alumna continuase sus estudios musicales porque poseía una discreta limitación en una mano. De este hecho nació el presente escrito, publicado en “La Caja de Música”, del Conservatorio Joaquín Turina, Vol II, num. 4, Noviembre 1995.

EL TEMBLOR DE LAS MANOS

No siempre hace falta que exista la total integridad somática para realizar con eficiencia una determinada tarea. La máxima de Juvenal “Mens sana in corpore sano”, mal interpretada en general, ha contribuido en gran medida a la exclusión social de las personas con discapacidad. Se puede superar un detrimento leve hasta conseguir convertir en eficiencia la deficiencia. Incluso detrimentos importantes pueden ser superados por el esfuerzo de la propia voluntad, llegándose a crear maravillosas obras arte estando ciego o dominando unas manos que tiemblan.

Tal vez no es demasiado sabido que hay muchos ciegos sordos trabajando en diversas industrias, que ha habido un piloto famoso, Douglas Bader que no tenía piernas y otro, repentinamente ciego mientras volaba, que pudo tomar tierra siguiendo las indicaciones que recibía por radio. Ni que Maria O'Reilly, sorda, ha sido bailarina de ballet, ni que Arnie Boldt llegó a saltar en altura 2,23 metros a pesar de no tener mas que una pierna. Quizá más conocida es Helen Keller, ciega, sorda y muda, que escribió libros y pronunció numerosas conferencias, gracias a la ayuda que le brindó Ana Sullivan, ambliope.

Es curioso que, a veces, el afán de superación conduce por caminos insospechados. Schumann, que pretendía alcanzar el máximo como pianista, se dio cuenta de que el dedo medio de la mano, al tener más longitud, abarcaba mejor las teclas y quiso esforzar al resto de los dedos bloqueando aquel con una tablilla de su invención. Llegó tan lejos en su entusiasmo que estuvo muy cerca de perder la función de la mano. Ello le obligó a abandonar su labor de intérprete musical y a iniciar el cometido de compositor, verdadera razón de su vida.

La mano es un instrumento incomparable. En nuestros estudios hemos comprobado que realiza la función de al menos 33 instrumentos diferentes. La capacidad más conocida es la de formar pinza, oponiendo el esfuerzo del primer dedo contra el del segundo, como cuando se coge un lápiz o un pincel, o bien consiguiendo que el primer dedo actúe apoyándose contra el resto de los dedos, como cuando se manejan el arco o las cuerdas de un violín. Pero no es necesario que los dedos estén completos. Basta con poseer un segmento digital suficiente. Aún más. Se puede hacer buena presa sin poseer dedos. No hace mucho era bastante frecuente la acción quirúrgica sobre la muñeca de ciegos con la mano amputada. La pinza, habitualmente llamada de Kruckenberg en atención al cirujano que la propuso, se obtenía dinamizando los

extremos distales de los dos huesos del antebrazo, cúbito y radio. Estos dos extremos se oponían el uno al otro y entre ambos era posible sujetar gran número de objetos. No solía emplearse esta intervención en los videntes, capaces de un mejor dominio espacial sin necesidad de orientarse por el tacto, lo cual convierte en más práctico el empleo de prótesis convencionales.

Pero ni siquiera es necesario poseer antebrazo. Un finlandés, con muñones de pocos centímetros colgando de cada uno de sus hombros debido a una malformación congénita, ha sido en varias ocasiones campeón y subcampeón del mundo de tenis de mesa en las competiciones de atletas minusválidos. Conviene recordar también que Ravel compuso, el único que sepamos, piezas de piano para una sola mano, a petición de un pianista al que le había sido amputada una de las suyas, la izquierda. No importa lo que falte, sino lo que se tiene, aunque sea tan solo ilusión, afán de superación.

En la conquista del dominio de las acciones motoras se suceden varias etapas o fases que componen una secuencia de menor a mayor perfección.: Coordinación, Correlación, Capacitación, Destreza. Todas ellas pueden educarse. También la destreza, llegándose con ella a alcanzar una cota mayor o menor, de acuerdo con el propio esfuerzo, hasta lograr el virtuosismo. Que no siempre es necesario buscar. Ingres tocaba el violín para reposar su mente y es fama que lo mismo hacía Sherlock Holmes. Alguien que está esforzándose en aprender nunca sabe hasta donde va a llegar, pero lo adecuado es dejarle proseguir en su trabajo. Juzgar, llegado el momento, su realización, pero en forma alguna apartarlo porque presente un detrimento. No se apartó Goya, ni lo hicieron, con mayor mérito aún, Beethoven ni Pasteur, que realizó la mayor parte de su trabajo claramente limitado por una hemiplejía. Ni cedió Goetz de Berlichingen, que peleó a las órdenes del Emperador Carlos I, cuando perdió la mano derecha combatiendo; diseñó una mano de hierro e hizo que un herrero se la construyera, con lo cual pudo seguir manejando su espada y su lanza y guerreando. Era la época en que se compuso la primera Opera de la historia, el "Orfeo" de Monteverdi.

Es posible que algún estudiante de algún instrumento musical no llegue a superar la pericia de Paganini, Kreisler, Menuhin, Rubinstein, Clara Schumann, Iturbi, Alicia Larrocha, Wanda Landowska, Pablo Casals, Andrés Segovia o Narciso Yepes, entre otros muchos virtuosos que, por fortuna, son o han sido, pero si algún día se convierte también en virtuoso, será más por la fuerza de su espíritu que por la habilidad de sus manos. Dimicu, el verdadero autor del "Ora Stacatto", era un mendigo que se ganaba la vida en las calles de Bucarest con su violín. Con su violín. Por eso pudo escucharle e inmortalizar su música Jascha Heifetz.

Noviembre 2001

